

IMPERIOS ENTRELAZADOS

En los orígenes del mundo moderno

Sanjay Subrahmanyam



IMPERIOS ENTRELAZADOS

IMPERIOS ENTRELAZADOS

En los orígenes del mundo moderno

Sanjay Subrahmanyam



Edicions

TRANSFERÈNCIES 1400-1800

CONSEJO EDITORIAL

Directores:

Joan-Lluís Palos (Universidad de Barcelona)

Joan-Pau Rubiés (Universidad Pompeu Fabra)

Secretario: Diego Sola (Universidad de Barcelona)

Melissa Calaresu (Universidad de Cambridge)

Diana Carrió-Invernizzi (Universidad Nacional de Educación a Distancia)

Alejandra Osorio (Wellesley College)

Paola Volpini (Università degli Studi di Parma)

© Edicions de la Universitat de Barcelona

Adolf Florensa, s/n

08028 Barcelona

Tel.: 934 035 430

comercial.edicions@ub.edu

www.edicions.ub.edu



ISBN: 978-84-1050-055-6

Fecha de edición: 2023

Este documento está sujeto a la licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada de Creative Commons, cuyo texto está disponible en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



Fotografía de la cubierta: Plano de Surratte y alrededores, con soldados y barcos en batalla (Pedro Barretto de Resende, *Livro do Estado da India Oriental*, 1646). © The British Library Board (Sloane 197, ff. 181v-182).

Traducciones: Noelia Moreno Herrero, Rosa Pérez, Francesc Reyes Camps, Susana Rodríguez-Vida

Revisión técnica: Joan-Lluís Palos, Joan-Pau Rubiés, Diego Sola

La edición de esta obra ha sido posible gracias al apoyo económico del Ministerio de Economía y Competitividad a través del proyecto de investigación «Poder y representaciones culturales: comunidades sensoriales y comunicación política en el mundo hispánico (ss. xv-xviii)» (PID2020-115565GB-C21).

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada mediante ningún tipo de medio o sistema, sin autorización previa por escrito del editor.

SUMARIO

| | |
|---|-----|
| <i>Presentación</i> , de Jorge Flores. | 9 |
| Introducción. Historia en tres (o cuatro) marchas | 17 |
| 1. Escrito en el agua, planes y dinámicas del Estado da Índia portugués | 35 |
| 2. Girar las piedras: el milenarismo en el siglo XVI entre el Tajo y el Ganges | 63 |
| 3. Una historia comparada de tres imperios: mogol, otomano y habsburgo | 95 |
| 4. «Sostener el peso de todo el mundo»: las historias conectadas de los imperios ibéricos de ultramar, 1500-1640 | 121 |
| 5. El doloroso parto del Asia portuguesa: una revisión de la fatídica «larga década» entre 1498 y 1509 | 149 |
| 6. Más allá de la inconmensurabilidad, por una historia conectada de los imperios en los tiempos modernos | 169 |
| 7. A propósito de quienes llevan sombrero, sus costumbres en el aseo y otras prácticas curiosas. | 189 |
| <i>Procedencia de los textos</i> | 215 |
| <i>Índice onomástico</i> | 217 |

PRESENTACIÓN¹

El presente volumen aspira a facilitar el encuentro de los lectores en español con el trabajo de un historiador singular, autor, a lo largo de más de tres décadas, de una obra que ha dejado una profunda huella en la historiografía internacional. Sanjay Subrahmanyam es, de hecho, lo que en la jerga académica se denomina un *game changer*, es decir, un especialista cuyas ideas son realmente capaces de transformar una determinada área del conocimiento. No resulta exagerado afirmar que sin su trabajo nuestra comprensión del mundo moderno sería mucho más pobre. A ello contribuye en particular su forma de hacer historia: baste solo considerar su perspectiva de la historia global o, estrechamente relacionada con ella, la manera en que practica sus «historias conectadas» (*connected histories*), sobre las que volveré más adelante.²

Sanjay Subrahmanyam se ha servido de diversos ingredientes que van más allá de la mera práctica edisoniana, basada en la prueba y error, que cada uno de nosotros trata de equilibrar como mejor puede. Uno de ellos es la capacidad de pensar «a lo ancho», relacionando lo que a primera vista parece que no guarda relación. Nuestro autor puede interesarse tanto por las acciones de un virrey portugués del siglo xvi como por el pensamiento de un intelectual brahmán del siglo xviii y, además, ponerlos a dialogar. Otro ingrediente es una amplitud de conocimientos lingüísticos envidiable. Conocí a Sanjay Subrahmanyam hace más de 30 años en Lisboa, cuando fui su alumno en un seminario de maestría sobre la historia del océano Índico que, para sorpresa general, se impartió en portugués. Su dominio de varios idiomas le ha permitido acceder a numerosas y muy diversas fuentes primarias, entretrejidas —este sería el término apropiado— en sus escritos con enorme destreza. Y, por último, su capacidad para recordar. Subrahmanyam posee una memoria prodigiosa, que rememora tanto libros, fuentes y referencias académicas como ciudades, restaurantes y episodios divertidos. El producto final es un historiador tan creativo como prolífico. Alguien —creo que nuestro amigo común Kenneth McPherson (m. 2010)— comen-

¹ Traducción del portugués de Noelia Moreno Herrero.

² Sobre su concepción de historia global, véase Sanjay Subrahmanyam, *Aux origines de l'histoire globale* (París: Fayard-Collège de France, 2014). Este texto, que corresponde a la clase inaugural del autor en el Collège de France en 2013, fue publicado como artículo en portugués. Véase *id.*, «Em busca das origens da História Global», *Estudos Históricos*, 30, 60 (enero-abril de 2017), pp. 219-240. El concepto de *historias conectadas* ya había sido explicado por primera vez en *id.*, «Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia», *Modern Asian Studies*, 31 (1997), pp. 735-762.

tó en cierta ocasión en tono humorístico que Sanjay escribe libros como nosotros escribimos artículos y escribe artículos como nosotros escribimos reseñas críticas. Y efectivamente es así.

Sanjay Subrahmanyam estuvo a punto de ser economista en vez de historiador. Estudió en la Delhi School of Economics en los años ochenta y en el momento justo de la teoría de los juegos se «desvió» hacia la historia económica.³ Bajo la dirección de Om Prakash, trabajó en su doctorado sobre la economía del sur de la India y el comercio europeo en la región hasta mediados del siglo xvii, investigación que dio lugar a su primer libro.⁴ Más cautivado por el llamado Estado da Índia y sus fuentes que por las compañías comerciales del norte de Europa, cuyo estudio, a pesar de todo, no descuidó, practicó desde entonces una historia económica, cruzada con la historia social, que pronto reconfiguró el estado de la cuestión sobre la «expansión portuguesa» en la India y el océano Índico.

A esta época se remontan los estrechos vínculos de Subrahmanyam con Luís Filipe Thomaz, y también con el maestro francés del historiador luso, Jean Aubin (m. 1998). Aubin y Denys Lombard (m. 1998), historiador especializado en el sudeste asiático y China, consiguieron atraerlo a la esfera francesa, si bien Lombard siempre temió que «Monsieur Subrahmanyam» se viera seducido un día por el canto de sirena del mundo académico anglófono. Subrahmanyam impartió clases en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, donde, gracias a una fructífera interacción con Serge Gruzinski, su trabajo se fue transformando. A continuación, pasó brevemente por Oxford, antes de trasladarse a la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), donde sigue siendo profesor. Aunque la predicción de Denys Lombard fue acertada, el autor regresaría a Francia, gracias a su vinculación desde 2013 con el Collège de France, por un lado, y a la traducción al francés de casi todas sus obras, por otro. Lombard hubiera estado encantado al verlo.

La obra de Sanjay Subrahmanyam tuvo un fuerte impacto en Portugal ya en la década de los noventa debido a los temas que trata y a sus vínculos personales con el país. Su segundo libro, *Improvising Empire* (1990), que estudió la peculiar participación portuguesa en las economías y sociedades del golfo de Bengala durante los siglos xvi y xvii, fue traducido al portugués cuatro años después de la edición inglesa, si bien con algunas adaptaciones, empezando por el título que, según el autor me confió en cierta ocasión, la editorial se resistió a traducir literalmente, ya que la imagen de un imperio portugués «improvisado» podría haber resultado incómoda a algunos lectores, de ahí que *Improvising Empire* se transformara en *Comércio e Conflito*.⁵ Un año

³ Se encuentra información e interesantes reflexiones del autor acerca de su recorrido personal y profesional en las entrevistas que concedió a dos revistas académicas portuguesas con una década de diferencia. Véanse Ângela Barreto Xavier y Catarina Madeira Santos, «Entrevista a Sanjay Subrahmanyam», *Cultura. Revista de História e Teoria das Ideias*, 24 (2007), pp. 253-268; y Xavier et al., «Impérios, historiografia, ciências sociais: uma entrevista com Sanjay Subrahmanyam», *Análise Social*, LIII (1.º). 226 (2018), pp. 189-206.

⁴ Subrahmanyam, *The Political Economy of Commerce: Southern India, 1500-1650* (Nueva York: Cambridge University Press, 1990).

⁵ Subrahmanyam, *Improvising Empire. Portuguese Trade and Settlement in the Bay of Bengal, 1500-1700* (Delhi: Oxford University Press, 1990); trad. port. *Comércio e Conflito. A Presença Portuguesa no Golfo de Bengala, 1500-1700* (Lisboa: Edições 70, 1994).

más tarde, en 1995, se publicó en Portugal la traducción de *The Portuguese Empire in Asia*, una refrescante panorámica del imperio asiático portugués entre 1500 y 1700.⁶ Por último, en el marco de las celebraciones del 500.º aniversario del viaje de Vasco de Gama a la India (1497-1499) y de la actividad editorial de la Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses (CNCDP), apareció, poco después de la versión original en inglés, la traducción al portugués de su biografía del navegante.⁷ Los sectores más tradicionales del mundo académico y de la sociedad portuguesa, aunque no solo ellos —sorprendentemente, o quizá no—, no comprendieron su visión de la trayectoria de Vasco de Gama y, menos aún, apreciaron su leyenda. De este modo, Subrahmanyam fue sometido a una especie de auto de fe moderno, que un excelente historiador y hombre justo como fue el difunto António Manuel Hespanha —por entonces comisario general de la CNCDP— rechazó inmediatamente y más adelante historió.⁸ El propio Subrahmanyam volvió en 2002 sobre los tristes pero reveladores acontecimientos de 1998.⁹ Polémico y directo, puede llegar a ser virulento en sus críticas.¹⁰ En este caso, sin embargo, su amargura estaba más que justificada.

Para el lector portugués de la época, este seguía siendo el «primer Sanjay», conectado sobre todo con la historia de los portugueses y otros europeos en el océano Índico y el sur de Asia durante la Edad Moderna. Pero lo cierto es que la obra del autor fue mucho más allá de este marco temático. Cuando, en 2012, volvió a publicar un libro en portugués, esta vez en una editorial universitaria,¹¹ Subrahmanyam era ya, en cierta medida, un historiador diferente, ya que su campo de investigación había incorporado de forma decisiva los imperios islámicos, los otomanos y los safávidas, pero sobre todo los mogoles. En su horizonte figuraba ahora una historia del sur de la India en la que los europeos casi desaparecían o se diluían entre otros muchos actores y observadores. Al mismo tiempo, la historia económica dio paso a la historia cultural: al comercio marítimo, los puertos y los mercados se les unió ahora el mundo de las cortes y los entramados políticos. Y las fuentes, sobre todo las narrativas, dejaron de ser meros repositorios de información para empezar a ser consideradas como sujetos y, por consiguiente, situarse en el centro del análisis. Una recopilación de textos suyos

⁶ Subrahmanyam, *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: A Political and Economic History* (Londres y Nueva York: Longman, 1993) (reed. Chichester, West Sussex: Wiley-Blackwell, 2012); trad. port. *O Império Asiático Português, 1500-1700. Uma História Política e Económica* (Lisboa: Difel, 1995).

⁷ Subrahmanyam, *The Career and Legend of Vasco da Gama* (Nueva York: Cambridge University Press, 1997); trad. port., con prólogo de Luís Filipe Thomaz, *A Carreira e a Lenda de Vasco da Gama* (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 1998). La edición en español se publicó ese mismo año: *Vasco de Gama* (Barcelona: Crítica, 1998).

⁸ António Manuel Hespanha, «Comemorar como política pública. A comemoração dos Descobrimentos Portugueses, ciclo 1997-2000», *Práticas da História*, 8 (2019), pp. 198-220 (206-207).

⁹ Subrahmanyam, «Somos el mundo: el discurso de la autarcía en la tierra de los descubrimientos», *Istor*, 8 (2002), pp. 165-181.

¹⁰ Para un ejemplo reciente, véase Cornell Fleischer, Cemal Kafadar, y Subrahmanyam, «How to Write Fake Global History», *Cromohs: Cyber Review of Modern Historiography* (2020) (<https://oajournals.fupress.net/index.php/cromohs/debate>).

¹¹ Subrahmanyam, *Impérios em Concorrência. Histórias Conectadas nos Séculos XVI e XVII* (Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2012). Véase el prólogo de Ângela Barreto Xavier a este volumen, *ibid.*, pp. 9-13.

publicada en italiano en 2014 ilustra a la perfección lo que hacía y pensaba en ese momento.¹²

La importancia que las geografías, los temas y los enfoques mencionados adquirieron en la obra de Sanjay Subrahmanyam desde finales de la década de los noventa le pusieron en relación con investigadores del mundo mogol como Muzaffar Alam¹³ o del sur de la India como Narayana Rao y David Shulman.¹⁴ Tanto algunos proyectos de colaboración de envergadura, como otros más episódicos, revelan mucho sobre su forma de entender el oficio de historiador. Subrahmanyam no es la persona adecuada para desmesurados e impersonales proyectos de investigación colectivos. Al contrario, a la hora de investigar y escribir, el autor combina a la perfección la amistad personal y la camaradería intelectual con el fin de intercambiar ideas y construir argumentos junto con sus interlocutores. Su práctica intelectual está definitivamente más cerca del espíritu de las asambleas nocturnas (*majalis*), que tenían lugar en la corte de los emperadores mogoles, que de los paneles de evaluación científica propios de nuestra época, convocados para decidir qué constituye o no un *output* significativo.

Podría pensarse que la atracción de Subrahmanyam por el pasado de un sur de Asia «puro y duro» se traduce en su identificación con una historia de la India *per se* o, en un sentido más amplio, con la visión de un mundo moderno conformado por zonas culturales compartimentadas y bien definidas. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Las colaboraciones mencionadas han contribuido a descompartimentar y desnacionalizar la historia. En ellas, el sur de Asia ha sido analizado a escala euroasiática, incluso mundial,¹⁵ diferenciando entre las muchas «Asias» existentes y rechazando, por supuesto, la frecuente homogeneización occidental de Asia.¹⁶ En sus trabajos se puede asistir, por un lado, a un vivo diálogo entre historiografías muy diversas y, por otro, a la búsqueda de investigaciones científicas que no pertenecen inevitablemente a Occidente. En la obra de Subrahmanyam, al igual que en la de Lombard sobre el sudeste asiático, late el deseo de «espolear» en todo momento una implícita excepcionalidad europea con el fin de demostrar que los supuestos «subalternos» —término, método y escuela que rechaza de lleno¹⁷— al fin y al cabo hablaban, pensaban, viajaban y escribían de forma similar a los europeos de su época. Así, por ejemplo, en 2017 Subrahmanyam afirmaba, con cierta incredulidad, al plantear las posibilidades de ela-

¹² Subrahmanyam, *Mondi connessi. La storia oltre l'eurocentrismo (secoli XVI-XVIII)* (Roma: Carocci, 2014).

¹³ Muzaffar Alam y Subrahmanyam, *Writing the Mughal World: Studies on Culture and Politics* (Nueva York: Columbia University Press, 2011); *id.*, *Indo-Persian Travels in the Age of Discoveries, 1400-1800* (Nueva York: Cambridge University Press, 2007).

¹⁴ Velcheru Narayana Rao, David Shulman y Subrahmanyam, *Textures of Time: Writing History in South Asia, 1600-1800* (Nueva Delhi: Permanent Black, 2002); *id.*, *Symbols of Substance: Court and State in the Nayaka Period Tamil Nadu* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1998). Véase también Subrahmanyam, *Penumbra Visions: Making Politics in Early Modern South India* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 2001).

¹⁵ Para otra tentativa reciente de disociar la historia de la India de narrativas eminentemente esencialistas, poniendo el acento en su continua relación con el vasto y rico mundo persa, véase Richard M. Eaton, *India in the Persianate Age, 1000-1765* (Londres: Allen Lane, 2019).

¹⁶ Subrahmanyam, «One Asia, or Many? Reflections from Connected History», *Modern Asian Studies*, 50.1 (2016), pp. 5-43.

¹⁷ Subrahmanyam, «One for the Money, Two for the Show. On Postcolonial Studies and South Asian History», *L'Homme*, 187-188 (julio-diciembre de 2008), pp. 93-104.

borar una historia intelectual global del periodo moderno que «una version responsable de la historia intelectual global exigirá a investigadores especializados en una u otra parte del mundo expandir sus vocabularios conceptuales para incorporar conceptos nuevos (o, incluso, enteras constelaciones conceptuales) que les resultarán poco familiares. Espero que un día términos como *rasa*, *dhvani*, *zikh*, o *tasawwur* no requieran más glosa que los de *oikos*, *habitus*, *Begriff* o *Willkür*».¹⁸

Todo esto encaja con la forma en que Subrahmanyam estableció la agenda historiográfica hace un cuarto de siglo con su concepto de «historias conectadas», una herramienta esencial para estudiar el entrelazamiento de individuos, sociedades, ideas y prácticas en todo el mundo moderno. La noción de historias conectadas, que cuenta por igual con críticos, escépticos, seguidores interesados y seguidores informados, permite, por una parte, superar realmente las configuraciones nacionales y las barreras continentales en el análisis histórico y, por otra, ir más allá de la historia comparada. Hay que decir, sin embargo, que, como bien demuestra el presente volumen, su rechazo a la historia comparada no es absoluto. Él mismo abordó el tema en varios de sus escritos, y recientemente el historiador italiano Giuseppe Marcocci ha señalado la relación entre la historia conectada de Subrahmanyam y la historia comparada defendida por Marc Bloch hace casi un siglo.¹⁹

Aunque los siete estudios recogidos en este libro sugieren un determinado itinerario de lectura a partir de la vasta obra de Subrahmanyam, sería posible explorar otras direcciones temáticas y metodológicas. El presente volumen habla del imperio portugués en Asia, de las conexiones entre los imperios ibéricos, de los imperios modernos desde una perspectiva comparada, así como de ciertas formas de entrelazamiento entre Europa y el sur de Asia en este periodo. Más que con realidades observables a través del microscopio (que también interesan al autor), como podrían ser las personas que transitaron entre mundos diversos o los textos generados en la confluencia de múltiples culturas, con lo que nos encontramos aquí es, sobre todo, con gigantescas entidades políticas y vastos espacios geográficos.

El primer capítulo fue ya anunciado en una obra escrita en 1991 en colaboración con Luís Filipe Thomaz.²⁰ Consiste en una reflexión sobre la naturaleza, las características y la evolución del Estado da Índia, la rama asiática del imperio portugués, a lo largo de los siglos XVI y XVII, en el contexto de una consideración más amplia de cómo habría que definir un imperio (si es que tal definición existe, como se señala al principio). El capítulo segundo es seguramente uno de los textos más conocidos de Subrahmanyam, aunque también uno de los más controvertidos. Se ha traducido a varios idiomas²¹ y su versión original en francés dio lugar a una acalorada polémica en las

¹⁸ Subrahmanyam, «Beyond the Usual Suspects: On Intellectual Networks in the Early Modern World», *Global Intellectual History*, 2.1 (2017), pp. 30-48 (44).

¹⁹ Giuseppe Marcocci, «Gli intrecci della storia. La modernità globale di Sanjay Subrahmanyam», en Subrahmanyam, *Mondi connessi*, pp. 9-21 (16), 2014. Agradezco a Marcocci la lectura atenta de este prólogo.

²⁰ Subrahmanyam y Luís Filipe F. R. Thomaz, «Evolution of Empire: The Portuguese in the Indian Ocean during the Sixteenth Century», en James D. Tracy, ed., *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade, 1350-1750* (Nueva York: Cambridge University Press, 1991), pp. 298-331.

²¹ Subrahmanyam, «Du Tage au Gange au xviiè siècle: une conjoncture millénariste à l'échelle eurasiatique», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56, 1 (2001), pp. 51-84. Para las versiones portuguesa e italiana de este artículo,

páginas de la revista *Annales* en 2002.²² Ejemplo modélico de historia conectada, estudia una «ola» milenaria que va desde el Portugal de los reyes Manuel I (m. 1521) y Sebastián I (m. 1578) hasta el Mediterráneo de Solimán (m. 1566) y la India de Akbar (m. 1605). El tercero fija su atención en la historia de los imperios modernos, aunque sustituye las conexiones por comparaciones.²³ Su ambicioso propósito es ofrecer una visión macroscópica de tres formaciones imperiales —mogoles, otomanos y los Habsburgo— que se extendieron desde el Atlántico hasta las puertas del sudeste asiático. Un ejercicio inverso al que realiza en el siguiente capítulo, en el que nos proporciona un cuidadoso análisis de la coyuntura de la primera década del Asia portuguesa.²⁴ Es, sin duda, el tipo de artículo que a Jean Aubin le hubiera gustado leer. El quinto capítulo es quizá uno de los que más impacto tendrá en los lectores de este volumen. Anunciado en español un año antes de su publicación en inglés,²⁵ el texto ensaya la aplicación del concepto de «monarquías compuestas» de John Elliott a los imperios ibéricos y explora su historia y relaciones bajo el prisma de la conexión.

Finalmente, los dos últimos estudios se ocupan de las miradas etnográficas cruzadas entre la India y Europa en la Edad Moderna y de las posibilidades de comunicación entre diferentes culturas e imperios en el mismo periodo. Son temas que aparecen con fuerza en varias obras posteriores de Sanjay Subrahmanyam, desde *Three Ways to be Alien* (2011) hasta *Courtly Encounters* (2012) y, finalmente, *Europe's India* (2017).²⁶ El capítulo sexto, que tuvo en su momento una considerable acogida, centra el debate en el concepto de conmensurabilidad, o falta de ella, y muestra que el problema puede verse mucho más allá de la argucia del choque entre civilizaciones o de las habituales vacuidades sobre el «otro». El séptimo, a su vez, se ocupa de la(s) forma(s) en que los europeos (y Europa) fueron percibidos en el sur de Asia, basándose en las primeras impresiones que los nativos se formaron de los portugueses a principios del siglo XVI y las de varios indios que viajaron por Lisboa y Roma a finales del siglo XVIII.

véanse, respectivamente, *id.*, *Impérios em Concorrência*, Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2012, cap. 4 («O milenarismo do século XVI do Tejo ao Ganges»), 113-152; e *id.*, *Mondi connessi*, cap. 2 («Dal Tago al Gange: una congiuntura millenaristica del Cinquecento»), pp. 27-61.

²² Francisco Bethencourt, «Le millénarisme: idéologie de l'impérialisme euroasiatique?», *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 57, 1 (enero-febrero de 2002), pp. 189-194; Subrahmanyam, «Ceci n'est pas un débat...», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 57, 1 (enero-febrero de 2002), pp. 195-201.

²³ También en portugués, en Ângela Barreto Xavier y Cristina Nogueira da Silva, eds., *O Governo dos Outros. Poder e Diferença no Império Português* (Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2016), cap. 19 («Uma história de três impérios: mogóis, otomanos e habsburgos em contexto comparativo»), pp. 587-617. Más recientemente fue publicado de nuevo en inglés en Subrahmanyam, *Empires between Islam and Christianity, 1500-1800* (Albany: SUNY Press, 2019), cap. 6 («Mughals, Ottomans, and Habsburgs: Some Comparisons»), pp. 324-397.

²⁴ Otra versión inglesa en Subrahmanyam, *Empires between Islam and Christianity*, cap. 2 («Rethinking the Establishment of the *Estado da Índia*, 1498-1509»), pp. 73-133.

²⁵ Subrahmanyam, «Sobre comparaciones y conexiones: notas sobre el estudio de los imperios ibéricos de Ultramar, 1490-1640», en Roger Chartier y Antonio Feros, eds., *Europa, América y el mundo: tiempos históricos* (Madrid y Barcelona: Marcial Pons, 2006), pp. 239-262.

²⁶ Subrahmanyam, *Three Ways to Be Alien: Travails and Encounters in the Early Modern World* (Waltham, Mass.: Brandeis University Press, 2011); *id.*, *Courtly Encounters: Translating Courtliness and Violence in Early Modern Eurasia* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2012); *id.*, *Europe's India: Words, People, Empires* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2017).

Imperios entrelazados. En los orígenes del mundo moderno es la más reciente colección de estudios de Sanjay Subrahmanyam, que se suma, como ya hemos señalado, a proyectos editoriales de la misma naturaleza ya desarrollados en otros ámbitos, como el portugués (2012) e italiano (2014). Es de desear que este volumen permita a nuevos lectores acceder en su propia lengua a la innovadora y cautivadora narrativa de Sanjay Subrahmanyam, y que despierte la curiosidad necesaria para profundizar en el conocimiento de su obra.

JORGE FLORES
Universidad de Lisboa

INTRODUCCIÓN. HISTORIA EN TRES (O CUATRO) MARCHAS¹

En una palabra, dejemos, si ustedes así lo quieren, de conversar eternamente de historia nacional a historia nacional sin llegar a comprendernos.

MARC BLOCH (1928)²

I

Este volumen incluye siete ensayos que, si bien fueron escritos a lo largo de una década, aproximadamente, y abarcan una diversidad de temas y enfoques, conservan una unidad, no solo por haber salido de la pluma de un mismo autor, sino también porque nacieron al hilo de discusiones y debates que se desarrollaron en un momento historiográfico preciso en el clima de intensas conversaciones entre India, Europa y Estados Unidos. Más aún, todos están ligados hasta cierto punto con el mundo ibérico de la Edad Moderna, si bien algunos de forma más directa que otros. Mis colegas de Barcelona los han seleccionado de entre un conjunto más extenso de trabajos relacionados con otros temas y áreas geográficas —en especial, la historia de la India y del océano Índico, así como la del mundo islámico— que aquí solo se abordan de manera tangencial. He dividido esta introducción en dos partes. En la primera expondré ciertas observaciones metodológicas sobre cuestiones como la historia comparada, la historia imperial y la historia conectada, y en la segunda, más breve, añadiré algunas reflexiones sobre cada uno de los ensayos y las posibles relaciones entre ellos. Para proporcionar el necesario contexto que ayude a valorarlos, considero conveniente comenzar con una sucinta y esquemática autobiografía intelectual.

¹ Traducción del inglés de Susana Rodríguez-Vida.

² Marc Bloch, «A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas», en Marc Bloch, *Historia e historiadores*, trad. F. J. González García (Madrid: Akal, 1999), pp. 113-147.

A diferencia de la mayoría de los historiadores indios de renombre internacional, como Dipesh Chakrabarty, Prasenjit Duara, Sunil Khilnani y Mrinalini Sinha, pertenezco a un grupo que se formó enteramente en la India; en mi caso fue en una excelente aunque algo descuidada institución denominada Delhi School of Economics fundada en 1949, muy poco después de la independencia del país.³ A pesar de que la escuela no contaba con un Departamento de Historia, albergaba un importante grupo de científicos sociales que estudiaban economía, historia económica y antropología social y cultural. En las décadas de 1970 y 1980, los temas que centraban el interés de los economistas eran la planificación, el desarrollo y el crecimiento económicos, porque en esos años aún se consideraba que la India tenía una economía planificada, aunque de carácter mixto, en la que eran importantes tanto el sector público como el privado. En contraste con otras instituciones de la época, en la Delhi School no imperaba el pensamiento marxista, si bien todo estudiante que tuviera curiosidad intelectual podía acceder a una exposición de los argumentos de Karl Marx y sus seguidores. Por lo general, lo que más se enseñaba era el pensamiento económico liberal y sus métodos, que solían calificarse de «neoclásicos», junto con diversas corrientes relacionadas como el keynesianismo. Los antropólogos se formaban en las ideas de una escuela influida en gran medida por pensadores británicos como Alfred Radcliffe-Brown y Edward Evans-Pritchard, aunque poco a poco aumentaban los seguidores del «estructuralismo» francés de Claude Lévi-Strauss y Louis Dumont. Entre los antropólogos sociales algunos tenían un pronunciado interés en la historia. Tal era el caso de M. N. Srinivas y su discípulo y heredero intelectual, André Beteille, de origen franco-indio, a los que más tarde se sumaron otros, como Veena Das, con una actitud más ambivalente hacia el estudio del pasado.⁴ Por su parte, los historiadores económicos —de los que recibí una profunda influencia— constituían un grupo bastante ecléctico. Tendían a ser muy escépticos respecto al marxismo predominante y a la historia económica nacionalista de la época con su insistencia en temas como el progresivo empobrecimiento de los campesinos durante el dominio británico o el fracaso de la India para industrializarse a la manera de Occidente. La figura más imponente, intelectualmente hablando, era Dharma Kumar, educada en Cambridge, cuya impactante y excelente monografía *Land and caste in South India* había establecido que el empobrecimiento de los campesinos sin tierra había empezado mucho antes de la intervención del gobierno colonial británico alrededor de 1800.⁵ A Kumar le agradaba cuestionar los superficiales dogmas propagados en esa época por los investigadores indios nacionalistas, lo que la llevó a verse con frecuencia inmersa en intensos, y hasta violentos, debates con ellos. Al mismo tiempo, su colega Om Prakash estudiaba la actividad comercial de la Compañía Neer-

³ Dharma Kumar y Dilip Mookherjee, eds., *D. School: Reflections on the Delhi School of Economics* (Nueva Delhi – Nueva York: Oxford University Press, 1995). Resulta de gran utilidad comparar esta obra con los ensayos publicados en Jackie Assayag y Véronique Bénéï, eds., *At home in diaspora: South Asian scholars and the West* (Bloomington – Delhi: Indiana University Press, 2003).

⁴ Ramachandra Guha y Jonathan P. Parry, eds., *Institutions and inequalities: Essays in honour of André Beteille* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1999).

⁵ Dharma Kumar, *Land and caste in South India: Agricultural labour in the Madras presidency during the nineteenth century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1965). Sus ensayos, muchos de ellos polémicos, están recogidos en Dharma Kumar, *Colonialism, property, and the state* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1998).

landesa de las Indias Orientales en los siglos xvii y xviii con un interés particular en Bengala. En líneas generales, defendía los efectos positivos del comercio europeo con la India antes del dominio británico, el cual, a su juicio, había producido una suerte de «crecimiento impulsado por la exportación», en un sentido más o menos cercano al concepto de Adam Smith. Prakash continuaba así con la tradición de estudiar la historia de la actividad comercial de las compañías de las Indias Orientales que había iniciado su maestro Tapan Raychaudhuri, quien a finales de la década de 1950 ya había examinado los archivos de la Compañía Neerlandesa.⁶

En pocas palabras, los historiadores económicos de la Delhi School se centran en dos temas que consideraban principales y en algunos otros secundarios. Los temas principales eran la historia de la agricultura, incluido el estudio de las sociedades y economía campesinas, y la historia del comercio internacional desde principios de la Edad Moderna hasta la implementación de los acuerdos de Bretton Woods firmados en 1944. Menos importantes, pero aun así presentes, eran los estudios sobre estructuras demográficas y ocupacionales. Curiosamente, ninguno de ellos prestaba mucha atención al estudio de la industria moderna y su impacto sobre el proletariado urbano en la India, aunque, claro está, sí había algunos debates sobre la Revolución Industrial de Occidente. El marco conceptual en que todos estos estudios se encuadraban seguía siendo sobre todo el de la modernización, en particular la versión expuesta por el economista y estadístico Simon Kuznets (1901-1985). Kuznets había recopilado una ingente cantidad de datos procedentes de un elevado número de países y había determinado cuál era, a su juicio, la trayectoria estándar del crecimiento económico, que, supuestamente, se extendería desde el mundo occidental y serviría de modelo a países «menos avanzados» de Asia, África y Latinoamérica.⁷ Si bien este economista recibió la influencia de pensadores de la generación anterior, como Joseph Schumpeter (1883-1950), carecía de su sólida formación histórica, de ahí que, aunque tal vez no fuera su intención, su obra se convirtiera en un marco más bien rígido y dogmático para interpretar los procesos de cambio económico e incluso social. Quizá fue esa la razón por la que Dharma Kumar, como muchos otros estudiosos de su generación, se sintiera atraída por el trabajo de otro economista que, al igual que Kuznets, provenía del entorno de la antigua Rusia zarista: Alexander Gerschenkron (1904-1978). Pese a su carácter poco sistemático y un tanto disperso, la célebre colección de ensayos de Gerschenkron sobre «atraso económico», publicada en 1962, se utilizó para criticar las concepciones más mecanicistas, propias tanto del análisis marxista típico de la época como de otras simplistas «teorías de etapas» del cambio, como la postulada por W. W. Rostow.⁸ Más adelante llegué a saber que la traducción italiana de esta obra, aparecida no mucho después de la publicación del original inglés, había corrido por cuenta de dos renombrados

⁶ Om Prakash, *The Dutch East India Company and the economy of Bengal, 1630-1720* (Princeton: Princeton University Press, 1985); Tapan Raychaudhuri, *Jan Company in Coromandel, 1605-1690: A study in the interrelations of European commerce and traditional economies* (La Haya: Martinus Nijhoff, 1962).

⁷ Simon Kuznets, *Crecimiento económico moderno*, trad. Rafael de los Ríos Romero (Madrid: Aguilar, 1973).

⁸ Alexander Gerschenkron, *El atraso económico en su perspectiva histórica*, trad. María Soledad Bastida (Barcelona: Ariel, 1968).

intelectuales, los hermanos Ginzburg (Andrea y Carlo).⁹ También ellos parecían haberse interesado por el intento de Gerschenkron de elaborar una teoría de las múltiples trayectorias históricas presentes incluso dentro de la esfera europea, que no tenían por qué imitar el «camino hacia la modernidad» británico.

Como se deduce de lo dicho, muchas de las preguntas formuladas por estos economistas e historiadores se expresaban explícitamente mediante comparaciones, unas más simples entre dos términos y otras complejas y múltiples. Es interesante señalar que una de las comparaciones favoritas de esos años era la que se planteaba entre la India y Japón, sobre todo durante el antiguo periodo Tokugawa y la posterior Restauración Meiji.¹⁰ Entre los diversos motivos para hacerlo se encontraban las relaciones, en ocasiones estrechas, que se habían establecido entre historiadores indios y japoneses en la década de 1960. Pero la comparación también tenía que ver con el hecho de que, desde finales del siglo XIX, los pensadores nacionalistas indios habían mirado con frecuencia a Japón con envidia, como uno de los pocos países asiáticos que no habían sido colonizados por las potencias occidentales, ni de manera formal ni de manera informal. Se entiende con facilidad, pues, por qué en tantos ensayos sobre la industria capitalista de la India se argumenta que, si las políticas económicas seguidas hubieran sido similares a las de Japón, el desarrollo habría sido mucho más rápido, y que el principal impedimento para ello fue «la relación de explotación de Gran Bretaña y la de dominio racial entre europeos (especialmente británicos) e indios, ambas favorecidas y mantenidas por los gobernantes británicos».¹¹ En una línea similar, a veces se trazaban comparaciones entre las reformas agrarias introducidas en Japón con posterioridad a la Restauración Meiji y su relativa ausencia en la India colonial. Otro ejercicio de comparación dentro de Asia fue el que emprendió Dharma Kumar en la década de 1980, en colaboración con Chris Bayly y otros colegas, entre dos colonias vecinas, India e Indonesia.¹² Por desgracia, el proyecto no prosperó más allá de unas pocas reuniones y los resultados fueron de limitado interés, excepto algunos sorprendentes para los historiadores indios, como el que afirmaba que, en términos puramente económicos, la explotación neerlandesa de Indonesia había excedido con creces la británica de la India.¹³ Aún queda por desarrollar el enorme potencial de esta compleja comparación entre dos poderes colonizadores y dos extensas colonias.

Esta predilección por el análisis comparativo de la historia de los siglos XIX y XX se aplicó también al estudio de los siglos XVI y XVII. Un ejemplo de ello fue la compara-

⁹ Alexander Gerschenkron, *Il problema storico dell'arretratezza economica*, trad. Carlo y Andrea Ginzburg (Turín: Einaudi, 1965).

¹⁰ Para una primera visión de conjunto de tales intentos, véase B. R. Tomlinson, «Writing history sideways: Lessons for Indian economic historians from Meiji Japan», *Modern Asian Studies*, 19.3 (1985), pp. 669-698.

¹¹ Amiya Kumar Bagchi, *Private investment in India, 1900-1939* (Cambridge: Cambridge University Press, 1972), p. 423.

¹² Véase el número especial titulado «India and Indonesia: general perspectives», en *Itinerario*, 13.1 (1989). Mi propia contribución a este ejercicio de comparación puede encontrarse en Sanjay Subrahmanyam, «Aspects of State formation in South India and Southeast Asia, 1500-1650», *The Indian Economic and Social History Review*, 23.4 (1986), pp. 357-377; y en Sanjay Subrahmanyam, «State formation and transformation in early modern India and Southeast Asia», *Itinerario*, 12.1 (1988), pp. 91-109.

¹³ Angus Maddison, «Dutch income in and from Indonesia 1700-1938», *Modern Asian Studies*, 23.4 (1989), pp. 645-660.

ción del funcionamiento de las compañías de las Indias Orientales británica y neerlandesa, fundadas en 1600 y 1602, respectivamente. Mientras que la segunda fue, al parecer, un organismo centralizado de gran tamaño con acceso a elevadas sumas de capital a través del intercambio de productos con Ámsterdam, la primera se constituyó como una institución bastante libre e inestable sin una cadena de mando centralizada, que mantuvo una compleja y ambivalente relación con redes de comerciantes privados.¹⁴ En las décadas de 1970 y 1980 hubo una notoria tendencia a idealizar la Compañía Neerlandesa (conocida como la VOC por sus siglas) y a considerarla la más eficiente y avanzada de las compañías comerciales legalmente constituidas, ya fuera en el océano Índico o Atlántico. Esto se debió, en parte, a la influencia weberiana, como se pudo apreciar en la importante contribución del historiador danés Niels Steensgaard. En su estudio sobre la revolución comercial del siglo xvii en Asia, Steensgaard confrontó la Compañía Neerlandesa, no con su homóloga británica, sino con el Estado da Índia portugués, y lo hizo en términos bastante radicales, describiéndola como una «innovación institucional» en abierto contraste con la «empresa meramente redistributiva» promovida por los portugueses. Tal como explicaba al comienzo del libro, su propósito era realizar «un estudio de las compañías que habían triunfado», pero había llegado a la conclusión de que «un estudio satisfactorio tenía que basarse en la comparación, tomando en cuenta todas las pruebas que pudieran sacarse a la luz sobre las que habían fracasado».¹⁵ Su esquemática descripción de la sociedad asiático-portuguesa, basada en su mayor parte en los burlones informes de viajeros extranjeros que la habían visitado, era que se trataba de «un sistema social dinámico para unas ambiciones arcaicas». Todo el «sistema normativo», a su juicio, estaba concebido para alcanzar insignificantes ventajas en el estatus social, más que para maximizar las ganancias, amén de estar paralizado por «una corrupción intrínseca», imposible de reformar. En cambio, presentaba la Compañía Neerlandesa como una empresa racional que perseguía «resolver [...] problemas revirtiéndolos, por así decir, en su propio provecho».¹⁶ Por tanto, si el concepto central para examinar el Estado da Índia era el de «corrupción», los más adecuados para las compañías eran «flexibilidad y planificación». En la primera sección del libro, Steensgaard resumió muy sucintamente su interpretación al afirmar que «la decadencia del comercio transahariano, la derrota del Estado da Índia y el triunfo de las compañías fue un episodio del proceso histórico en el cual Oriente Medio y la región mediterránea cedieron el liderazgo económico a las regiones atlánticas. Ello formó parte del conflicto entre las católicas potencias ibéricas y las protestantes del Canal de la Mancha, y del enfrentamiento entre viejas y nuevas formas empresariales, es decir, fue un paso adelante hacia el desarrollo de la economía moderna».¹⁷

¹⁴ Este sigue siendo un tema que despierta considerable interés, como puede verse en volúmenes como el de Adam Clulow y Tristan Mostert, eds., *The Dutch and English East India Companies: diplomacy, trade and violence in early modern Asia* (Ámsterdam: Amsterdam University Press, 2018).

¹⁵ Niels Steensgaard, *The Asian trade revolution of the Seventeenth Century: The East India Companies and the decline of the caravan trade* (Chicago: University Chicago Press, 1974), p. 7.

¹⁶ Steensgaard, *op. cit.*, p. 151.

¹⁷ *Ibid.*, p. 10.

Tendremos ocasión de volver a referirnos brevemente a Steensgaard, en especial, a su selectiva interpretación del Estado da Índia y del particular interés de este no en el comercio en sí, sino en la red de clientes y la redistribución. Vale la pena señalar que otros dos grandes historiadores que habían estudiado la Compañía Neerlandesa no compartieron del todo su parecer, aun cuando nunca expresaron de manera abierta su opinión. El historiador inglés autodidacta Charles Boxer se había dedicado desde la década de 1920 a estudiar tanto el Estado da Índia como la Compañía Neerlandesa, y en torno a 1960 publicó importantes obras de síntesis sobre ambos «imperios marítimos». No obstante, por lo general, rehuyó toda comparación explícita entre uno y otro, pese a que había investigado los conflictos entre ellos en los océanos Atlántico e Índico, e incluso en regiones tan orientales como Japón.¹⁸ Por su parte, el historiador estadounidense Holden Furber escribió un estudio ambicioso y de largo alcance sobre la actividad comercial europea en el océano Índico en los siglos XVII y XVIII, que apareció casi al mismo tiempo que la obra de Steensgaard.¹⁹ Este libro incluía muchos actores, tanto principales como secundarios, entre los que se contaban no solo las compañías neerlandesa y británica, sino también la francesa y la danesa. Su inmersión en los archivos no le permitió forjarse ilusiones respecto a las dos primeras. Tenía plena conciencia de cuán profundamente actuaba la «corrupción» en las compañías y de qué poco se correspondían estas con un ideal de flexibilidad y dinamismo en pro de las ganancias. Sus primeros trabajos habían demostrado en gran medida que, bajo la superficie de la compañía británica, existían intrincadas redes de intereses privados y artimañas familiares para conseguir privilegios.²⁰

Como puede desprenderse de lo dicho hasta ahora, desde el inicio mismo de mi carrera como historiador me he encontrado y he tenido que lidiar con la historia comparada. Pero las comparaciones que he resumido en las páginas precedentes eran, por lo general, de grandes dimensiones, tanto en el plano temporal como institucional, con una visión de carácter más bien estructural. Con frecuencia estaban más influidas por sociólogos de la historia —fueran marxistas o weberianos— que por historiadores propiamente dichos. A decir verdad, no descubrí el célebre ensayo escrito en 1928 por Marc Bloch sobre historia comparada hasta finales de la década de 1980, ya que mi conocimiento hasta ese momento de los *Annales* se había basado en la lectura de Fernand Braudel y Emmanuel Le Roy Ladurie, dos integrantes de la escuela más jóvenes que Bloch y Lucien Febvre.²¹ Al releer este ensayo me sorprendí al advertir tanto su vaguedad en algunos puntos como su sofisticación en otros. Por supuesto, Bloch no tenía particular interés en comparaciones que fueran más allá de Europa, si bien tampoco las descartó. Asimismo, era consciente de que la historia comparada tenía sus límites y que no era, según sus propias palabras, una «nueva panacea». Desde su punto

¹⁸ C. R. Boxer, *The Dutch seaborne empire, 1600-1800* (Londres: Hutchinson, 1965); C. R. Boxer, *The Portuguese seaborne empire, 1415-1825* (Londres: Hutchinson, 1969).

¹⁹ Holden Furber, *Rival empires of trade in the Orient, 1600-1800* (Mineápolis: University of Minnesota Press, 1976).

²⁰ Holden Furber, *John Company at work: A study of European expansion in India in the late eighteenth century* (Cambridge: Harvard University Press, 1948).

²¹ Marc Bloch, «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», *Revue de Synthèse Historique*, 46 (1928), pp. 15-50.

de vista, había dos clases de comparaciones: una entre sociedades distantes en el espacio y tiempo que ni tenían orígenes comunes ni se habían influido mutuamente (aquí tenía en mente *La rama dorada*, el extenso estudio sobre mitología y religiones comparadas de James Frazer), y otra entre sociedades contemporáneas y vecinas, como Francia y Alemania, o Francia e Inglaterra. Para que tales comparaciones fueran provechosas, continuaba argumentando, se requerían dos condiciones: que hubiera cierto grado de similitud entre los elementos de la comparación y, a la vez, cierta semejanza entre sus respectivos contextos. Sin la primera condición, no habría base suficiente para la comparación y, sin la segunda, esta carecía de interés.

Dado que Bloch escribía en una época en la que la historia comparada era aún una práctica incipiente, no pudo prever algunos de sus efectos indeseados a medida que su uso se difundió más y más, hasta constituir, de hecho, una verdadera factoría en ciertos ámbitos académicos. He aquí algunas de mis principales objeciones al modo en que la historia comparada ha llegado a ser practicada: 1) la idea de que la simple yuxtaposición de dos o más casos es en sí misma significativa o revela alguna verdad escondida; 2) el uso de la comparación para reforzar jerarquías previamente establecidas entre los casos examinados, un modo de proceder por lo general reforzado por un desigual conocimiento de dichos casos; 3) la cosificación de los objetos o casos estudiados mediante la exageración de su singularidad o especificidad; 4) una aproximación repetitiva e indolente de los elementos comparados en lugar de un enfoque flexible de estos y 5) el uso de comparaciones con el simple objetivo de elaborar listas o de crear tipologías supuestamente valiosas por sí mismas, y así hacer afirmaciones caprichosas, tales como que existen siete tipos de imperios o cinco tipos de ciudades u once tipos de sistemas religiosos.²² Algunos practicantes de la historia comparada se han aficionado incluso a inventar o falsificar datos estadísticos a fin de conferir a su ejercicio un espurio aire de precisión científica y, por ejemplo, asegurar que han descubierto un «índice de desarrollo» para medir diferentes sociedades a lo largo de cinco, diez o quince mil años.²³

Llevado de una profunda insatisfacción con el estado en que se encontraba la historia comparada, propuse como alternativa, en un ensayo escrito finales de la década de 1990, la noción de «historia conectada» con el objetivo de repensar las concepciones geográficas y espaciales que sustentaban las unidades de análisis utilizadas por los historiadores.²⁴ La intención inicial del texto era criticar el proyecto de Victor Lieberman, un historiador estadounidense del sudeste asiático que había esbozado una macrohistoria comparada destinada a mostrar los «paralelismos», especialmente en lo relativo a la formación de los Estados, en el desarrollo de distantes regiones de Eurasia. Basándose sobre todo en fuentes secundarias, Lieberman pretendía definir una tipología

²² Esta enfermiza obsesión con hacer listas puede encontrarse en Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo: Una historia global del siglo XIX*, trad. Gonzalo García (Barcelona: Crítica, 2015). Para una perspicaz crítica de esta obra, véase Giuseppe Marcocci, «La grande metamorfosi del lungo Ottocento: una via weberiana alla storia del mondo?», *Archivio Storico Italiano*, 175.2 (2017), pp. 383-394.

²³ Ian Morris, *¿Por qué manda Occidente por ahora?: Las pautas del pasado y lo que revelan sobre nuestro futuro*, trad. Joan Eloi Roca (Barcelona: Ático de los Libros, 2018).

²⁴ Sanjay Subrahmanyam, «Historias conectadas: notas para una reconfiguración de Eurasia en la modernidad temprana», *Prohistoria*, año XXIII, 33 (2020), pp. 5-35.

de formas de Estados que, comenzando hacia el año 800, abarcara mil años de historia y, con las habituales listas y divisiones, acabara por establecer una «clasificación interna de Eurasia».²⁵ Ya por su esbozo resultaba evidente que el proyecto sería un ejercicio de cosificación de fronteras y reproducción de arraigados estereotipos (como el burdo contraste entre los procesos de unificación imperial de la India y de China), más que un intento de llegar a alguna conclusión nueva o sorprendente. Es probable que más de un especialista en las regiones en cuestión haya experimentado un sobresalto al leer afirmaciones suyas como que «en otros aspectos críticos, tanto sincrónicos como diacrónicos, he encontrado muy pocas diferencias entre, digamos, Francia, Birmania, Japón y Vietnam».²⁶ Por descontado, este era un enfoque muy distinto del que Carlo Ginzburg atribuye a Marc Bloch cuando este «evoca el prejuicio persistente que identifica la historia comparada con la búsqueda de analogías, incluyendo las más superficiales. Pero el punto central de la historia comparada, insiste Bloch por el contrario, es el de enfatizar la especificidad de las *diferencias* entre los fenómenos que se están comparando».²⁷ Queda claro, pues, que hay maneras mejores y peores de practicar historia comparada.

Por su parte, las propuestas centrales de la «historia conectada» eran muy muy diferentes. La primera de ellas se refería al modo en que con frecuencia se formulaban los problemas históricos y los efectos del nacionalismo y las fronteras nacionales que imponen rígidas teleologías. Mientras que estas fronteras eran muy apropiadas para estudiar los siglos XIX y XX, tenían escasa utilidad cuando uno retrocedía en el tiempo hasta las épocas medieval y moderna, en las que resultan mucho más adecuadas como objeto de estudio no solo las grandes unidades espaciales que, como los imperios, desbordaban dichas fronteras, sino también las regiones más pequeñas, atravesadas en ocasiones por las actuales fronteras nacionales, que a menudo fueron históricamente cruciales. Sin embargo, los historiadores suelen estar mal preparados para estudiar tales unidades históricas por su resistencia a combinar los diversos archivos y textos que sería necesario consultar, con la consiguiente dificultad para asimilar las múltiples historiografías que hay que dominar para hacerlo, de modo que, en su lugar, vuelven a los perezosos hábitos de su formación convencional.²⁸ Así pues, me pareció crucial que los historiadores dispusieran de medios y técnicas que les permitieran superar las fronteras espaciales convencionales cuando estas, lejos de ser útiles, constituían un obstáculo para estudiar determinadas realidades del pasado.

Tras haber puesto en cuestión la utilidad de las fronteras convencionales, el segundo desafío de la «historia conectada» era la reconstitución de parámetros espaciales adecuados a las cuestiones que se deseaba analizar. Aquí su propuesta básica era la flexi-

²⁵ El resultado final se publicó en dos enormes volúmenes: Victor Lieberman, *Strange parallels: Southeast Asia in global context, c. 800-1830*, 2 vols. (Nueva York: Cambridge University Press, 2003-2009).

²⁶ Victor Lieberman, «What 'strange parallels' sought to accomplish», *The Journal of Asian Studies*, 70.4 (2011), pp. 931-938.

²⁷ Carlo Ginzburg, *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*, trad. Carlos Antonio Aguirre Rojas (Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2016), p. 75.

²⁸ Un peculiar empeño en defender tal pereza intelectual es el de Indrani Chatterjee, «Connected histories and the dream of decolonial history», *South Asia: Journal of South Asian Studies*, 41.1 (2018), pp. 69-86; compárese con el brillante trabajo de Thibaut d'Hubert, *In the shade of the Golden Palace: Alaol and middle Bengali poetics in Arakan* (Nueva York: Oxford University Press, 2018).

bilidad, porque las unidades espaciales que podían ser adecuadas para estudiar la red comercial de los armenios de Nueva Julfa durante los siglos xvii y xviii podían resultar del todo inapropiadas si el objeto de estudio fuera el mundo cultural de Abdur Rahman Jami (1414-1492), el gran poeta persa autor de algunos de los textos principales de la literatura mística sufi.²⁹ El ejemplo de una generación precedente de estudiosos, como el historiador orientalista francés Jean Aubin o el sinólogo estadounidense Joseph Fletcher, fue una gran fuente de inspiración para pensar esta cuestión con detenimiento.³⁰ Después de haber reflexionado a fondo sobre la complejidad derivada de la superposición de jurisdicciones en las estructuras políticas y culturales de la Edad Moderna, ninguno de los dos aceptó la versión de la «historia global», elaborada a partir de la síntesis de materiales secundarios, que siguiendo la estela de William McNeill había pasado a ser un lugar común en la historiografía angloamericana aún vigente en la actualidad.³¹ En lugar de ello, Aubin y Fletcher mostraron un gran interés en las unidades espaciales, que podían ir de las ciudades a los imperios, pasando por diversos espacios intermedios. Aubin se dedicó a reconstruir algunas fascinantes trayectorias individuales, particularmente pensadores de poca monta que durante la Edad Moderna pasaron del servicio de unos señores a otros y de ahí a un tercero y un cuarto.³² Su interés tenía muy poco que ver, por no decir nada, con el culto «liberal» a la movilidad, como han afirmado hace poco algunos sociólogos de inspiración marxista, sino más bien con el objetivo de fundamentar históricamente el tipo de actividad desarrollada en el mundo islámico por cronistas, poetas y cortesanos.³³

En un ensayo de 1997, Aubin utilizó una primera relación de ejemplos, formada por casos diversos, que incluían leyendas políticas como la de Alejandro, que circularon por extensas zonas del continente euroasiático con diferentes significados, para examinar la reutilización de esquemas y materiales milenarios entre finales de los siglos xv y xvii en una extensa franja de territorio con una intensa comunicación entre diferentes regímenes político-culturales. Desde su publicación, el texto ha provocado distintas reacciones: la de quien lo ha usado como modelo teórico a seguir, quien lo ha leído sin comprenderlo y quien ha mostrado, por motivos diversos, una abierta hostilidad. Casi todas ellas han pasado por alto que el propósito principal del ensayo era mostrar su escepticismo con un paradigma dominante de historia comparada firmemente enraizado en el nacionalismo, con unidades de comparación bastante rígidas.

²⁹ Thibaut d'Hubert y Alexandre Pappas, eds., *Jāmi in regional contexts: The reception of 'Abd al-Rahmān Jāmi's works in the Islamicate world, ca. 9th/15th-14th/20th century* (Boston: Brill, 2018); Sebouh D. Aslanian, *From the Indian Ocean to the Mediterranean: The global trade networks of Armenian merchants from New Julfa* (Berkeley: University of California Press, 2010).

³⁰ Joseph Fletcher, «Ch'ing Inner Asia c. 1800», en John K. Fairbank, ed., *The Cambridge history of China*, 10 (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), pp. 35-106; Jean Aubin, *Émirs mongols et vizirs persans dans les remous de l'acculturation* (Lovaina: Peeters Press, 1995).

³¹ Véase, por ejemplo, William H. McNeill, *La búsqueda del poder: Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.*, trad. René Palacios More e Isabel Peña (Madrid: Siglo XXI, 1988).

³² Jean Aubin, «Indo-islámica I: La vie et l'œuvre de Nimdihī», *Revue des Études Islamiques*, 34 (1966), pp. 61-81. En una línea similar, véase Christopher Markiewicz, *The crisis of kingship in late medieval Islam: Persian emigres and the making of Ottoman sovereignty* (Cambridge: Cambridge University Press, 2019).

³³ Me refiero a la desafortunada caricatura de la «historia conectada» que puede leerse en Huricihan İslamoğlu, *Dünya Tarihi ve Siyaset* (Estambul: İletişim Yayınları, 2012), pp. 11-13.

Muchos investigadores que estaban examinando conexiones más bien triviales, fueran de tipo comercial, político o espaciales de diversa índole, empezaron a afirmar que, por consiguiente y de forma automática, practicaban cierta clase de «historia conectada». Ente los errores de comprensión que ello suponía quizá el más pernicioso fue el de considerar la «historia conectada» como una suerte de discurso tercermundista de historia simétrica (*histoire à parts égales*) en el que se le concede al resto del mundo la misma voz que a Occidente. Esa fue la ingeniosa interpretación de Romain Bertrand, un francés experto en ciencias políticas, reconvertido en estudioso de la Edad Moderna.³⁴ A pesar de sus modestos conocimientos de las principales fuentes asiáticas y europeas de la época, Bertrand logró convencer a parte del público francés de que podía ser un ventrílocuo y hablar con la voz del asiático oprimido, el «otro» del colonizador europeo, cuando ni antes ni después de él ha habido estudioso alguno capaz de lograr tal cosa. En realidad, los escritos de Bertrand retoman y distorsionan la obra de consolidados historiadores de la Edad Moderna en el sudeste asiático, quienes jamás desearon que se le diera tal giro «políticamente correcto» a sus trabajos.³⁵

Una línea diferente de desarrollo, sin duda más fecunda, ha consistido en tratar de combinar a gran escala la historia conectada y la historia imperial de la Edad Moderna sin ninguna pretensión de trato simétrico. El primer intento explícito en esta dirección fue el de Serge Gruzinski en un ensayo publicado en 2001 en un número especial de la conocida revista francesa *Annales HSS*.³⁶ Gruzinski comenzaba su artículo señalando que «los marcos cronológicos y geográficos de la investigación histórica se vuelven a veces opresivos. Su rigidez suele encubrir reflejos etnocéntricos ocultos en las tradiciones historiográficas». Tras formular algunas escépticas observaciones a las contribuciones de expertos en «historia mundial» anglófona y «estudios poscoloniales», continuaba apuntando que, en los inicios de la historia moderna, es necesario hacer frente a «paisajes mixtos, frecuentemente desconcertantes y siempre imprevisibles»:

La exhumación de estas «conexiones» históricas nos ha llevado a cruzarnos con las huellas de Sanjay Subrahmanyam cuando propone que, en lugar de una historia comparada, aproximativa, redundante y llena de supuestos *a priori*, se prefiera la búsqueda y descubrimiento de «historias conectadas». Esto implica a la vez que las historias sean múltiples —que sean plurales y minúsculas no las hace anodinas— y que estén ligadas entre sí e incluso que puedan comunicarse entre ellas. La presencia de un retablo barroco en el interior de una capilla hopi genera de hecho problemas de interpretación que van mucho más allá del estudio de una comunidad, una región o un tipo de objeto. Cuando el historiador se enfrenta a realidades que requieren el análisis de múltiples dimensiones, debería transformarse en una especie de electricista capaz de restablecer las conexiones conti-

³⁴ Romain Bertrand, *L'histoire à parts égales: Récits d'une rencontre Orient-Occident (xvi^e-xvii^e siècles)* (Paris: Seuil, 2011). Muy pocas de las críticas publicadas han advertido que las páginas de este libro están plagadas de inexactitudes y errores en las referencias a fuentes neerlandesas, portuguesas y malayas.

³⁵ Véanse, por ejemplo, los importantes escritos de Claude Guillot, «Libre entreprise contre économie dirigée: Guerres civiles à Banten, 1580-1609», *Archipel*, 43 (1992), pp. 57-72; Claude Guillot, Lukman Nurhakim y Sonny Wibisono, *Banten avant l'Islam: Étude archéologique de Banten Girang (Java, Indonésie) 932(?) - 1526* (Paris: EFEO, 2005); *id.*, «Banten: Histoire d'une région», *Archipel*, número especial, 50.

³⁶ Serge Gruzinski, «Les mondes mêlés de la monarchie catholique et autres «connected histories»», *Annales HSS*, 56.1 (2011), pp. 85-117.

mentales e intercontinentales que, durante mucho tiempo, las historiografías nacionales han conseguido desconectar u ocultar impermeabilizando sus fronteras. Las que separan Portugal de España constituyen un buen ejemplo de estas desconexiones.

El punto de partida de Gruzinski fueron, pues, los «objetos mestizos», que siempre le habían fascinado, y su metáfora —no mía—, la de un electricista reconectando lo previamente desconectado. Mi punto de partida habían sido, sin embargo, fenómenos sociales, culturales o políticos, y no necesariamente objetos concretos como pinturas, mármoles o retablos. El diálogo con Gruzinski continuó de forma creativa en un seminario (sucintamente denominado «América-Asia») que dirigimos los dos durante siete años en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales en París, entre finales de la década de 1990 y principios de la siguiente, en cuyo transcurso él empezó a desarrollar sus ideas sobre la monarquía católica de los siglos *xvi* y *xvii*, aplicando un enfoque de «historias conectadas». Sin embargo, cuando años más tarde transformó el ensayo antes mencionado en un libro, Gruzinski había adoptado el marco global de la «mundialización», un concepto que no me inspiraba (ni me inspira aún) ningún entusiasmo.³⁷ Desde entonces he retomado el proyecto de combinar historias imperiales y conectadas, como se refleja en uno de los ensayos incluidos en este volumen.

Para completar el panorama es menester hacer referencia a algunos intentos de crítica a la propuesta de una «historia conectada», formulados desde ángulos muy diferentes. Uno de ellos provino de Philippa Levine, una historiadora especialista en Gran Bretaña y el Imperio británico del siglo *xix*. En un ensayo escrito en 2014, Levine se propuso, como deja entrever de manera clara el título, una defensa de la historia comparada basada en la convicción de que el mejor modo de hacerlo es atacando los enfoques alternativos.³⁸ Así, comenzó con una serie de dudosas afirmaciones que, simplemente, no resisten un escrutinio riguroso, tales como que la historia comparada se practica de forma esporádica y, por tanto, hay que protegerla como a una suerte de especie amenazada, o que, en realidad, esta no tiene ninguna relación ni compromiso con las fronteras nacionales, y que cualquier problema que pueda detectarse en un enfoque comparativo es, de hecho, un problema general presente en todas las modalidades de historia. Al caricaturizar así las críticas a la historia comparada de forma capciosa, Levine puede ya proceder a declarar que todas las alternativas que se han ofrecido son redundantes, puesto que la historia comparada ya contiene lo que estas dicen que aportan. Después de resumir superficialmente un ensayo mío incluido en este volumen sobre la historia conectada de los movimientos milenaristas en Eurasia, afirmó, entre otras cosas, que «Subrahmanyam no consigue demostrar por qué un enfoque comparativo en lugar de uno conectado no revelaría la sincronicidad que él halla entre diversas formas

³⁷ Serge Gruzinski, *Las cuatro partes del mundo: Historia de una mundialización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010). Coincido ampliamente con la crítica al concepto de «globalización» expuesta en Frederick Cooper, «¿Para qué sirve la globalización? La perspectiva de un historiador africanista», *Nova Africa*, 10 (2002), pp. 7-33.

³⁸ Philippa Levine, «Is comparative history possible?», *History and Theory*, 53.3 (2014), pp. 331-347. Para una visión más equilibrada de la misma cuestión, véase Deborah Cohen y Maura O'Connor, eds., *Comparison and history: Europe in cross-national perspective* (Nueva York: Routledge, 2004).

de milenarismo».³⁹ El problema es que el objetivo de mi ensayo no es descubrir la sincronidad entre esas formas de milenarismo, algo que tomo como un simple punto de partida y no —como cree Levine de un modo erróneo— un punto de llegada; el ensayo trata en realidad de la compleja relación y fecundación mutua de todo un conjunto de ideologías y movimientos políticos que han actuado en un ámbito geográfico extremadamente dúctil. Para Levine, cada objeto de estudio tiene asignado un ámbito geográfico rígidamente predeterminado, que en su caso viene dado por el tipo de historia colonial británica del todo convencional que le inculcaron en las universidades de Oxford y Cambridge. De acuerdo con esta visión, uno puede, al parecer, elegir si va a trabajar con lo universal o lo particular, teniendo en cuenta que lo particular conduce de forma ineludible a lo nacional.⁴⁰

Otra crítica a la «historia conectada» ha sido formulada hace poco desde un ángulo muy diferente utilizando el vocabulario de los estudios poscoloniales. La misma coyuntura intelectual que en la década de 1990 dio origen a los debates sobre historia comparada o conectada a que nos hemos referido produjo una nueva forma de crítica del eurocentrismo de carácter metahistórico. Su defensor más conocido ha sido el historiador indio Dipesh Chakrabarty, que en su libro *Provincializing Europe* trató de criticar una estructura discursiva que consideraba «imposible “pensar” en cualquier lugar del mundo sin recurrir a ciertas categorías o conceptos hondamente arraigados en las tradiciones intelectuales e incluso teológicas de Europa».⁴¹ Chakrabarty aplicó su crítica a diversas corrientes intelectuales, incluido el marxismo, al que él y los restantes miembros de su escuela, conocida como Grupo de Estudios Subalternos, eran particularmente afectos. Aunque su carrera como historiador económico y social comenzó con una inclinación por la historia comparada (comparando la estructura de la clase obrera india con la de la inglesa), en el libro al que me refiero había pasado a practicar una suerte de metahistoria o historia intelectual, muy poco relacionada con la práctica de la historia en general. Pese a su crítica, continuó aferrado, como muchos otros historiadores del Grupo de Estudios Subalternos, a los convencionales ámbitos geográficos del estado-nación (la India) y una región (en su caso, Bengala), con un foco cronológico limitado en gran medida al periodo posterior a 1800. Así pues, con esta delimitación había muy poca o ninguna intersección entre los estudios poscoloniales y la historia conectada.⁴²

Por último, Zoltán Biedermann, un historiador de origen alemán formado en buena parte en Portugal, ha estudiado el mundo alrededor del océano Índico durante los siglos XVI y XVII a partir sobre todo de fuentes ibéricas. En un ensayo reciente, escrito

³⁹ Levine, *op. cit.*, p. 336.

⁴⁰ Tómese como ejemplo Alison Bashford y Philippa Levine, eds., *The Oxford handbook of the history of eugenics* (Oxford: Oxford University Press, 2010), que Levine presenta en su ensayo como modelo de historia comparada. La obra tiene una primera sección «universal» y una segunda y más extensa en la que casi cada capítulo está dividido según fronteras nacionales o clasificaciones de regiones convencionales.

⁴¹ Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial thought and historical difference* (Princeton: Princeton University Press, 2000), p. 4.

⁴² Sin embargo, puede percibirse una perspectiva ligeramente diferente en Partha Chatterjee, *The black hole of empire: History of a global practice of power* (Princeton: Princeton University Press, 2012), en que se abordan algunas cuestiones derivadas de la historia conectada.

en un estilo poscolonial y un tanto moralizador, reflexiona sobre cuestiones metodológicas y trata de elaborar una crítica de la «historia conectada», que considera que con el tiempo se ha vuelto predominante e incluso «omnipresente». «Veinte años de estudios de “historia conectada” han conseguido aclarar bien poco sobre si la “conectividad” se refiere a las conexiones como objeto de estudio, a una cualidad inherente a los objetos estudiados, o al modo en que se puede estudiar cualquier objeto [...] a las tres cosas a la vez o, incluso, a cualquier combinación de ellas».⁴³ Esta afirmación indica que, de hecho, Biedermann ha prestado poca atención a la bibliografía pertinente, ya que debería haber quedado bastante claro que mi propósito no fue nunca el estudio de las conexiones como tales (un estudio muy tradicional más propio de los historiadores del correo y el telégrafo) o una cualidad «inherente» a los objetos (lo cual habría comportado una desafortunada estrategia de cosificación). Confundir dos términos tan distintos como «circulación» y «conexión», como Biedermann hace con frecuencia, también aclara bien poco —o nada— el asunto. Más bien, la cuestión es si nuestros actuales ámbitos geográficos son adecuados o no para encarar la cuestión que nos proponemos investigar. Biedermann sugiere el feo neologismo de «historia (des)conectada» como nueva alternativa, que concibe como una «historia [que] acepta que la conexión y la desconexión son complementarias, están interconectadas y son interdependientes». En resumen, es incapaz de comprender la diferencia entre una estrategia de investigación pensada para hacer frente a un conjunto de opresivas convenciones geográficas y la conexión como una burda referencia a un acto comunicativo que tiene como presunto contrario la desconexión. Por consiguiente, demuestra también que es incapaz de entender la distinción tan obvia entre «historia conectada» y «la historia de las conexiones».

Esta incapacidad tiene serias consecuencias en la anticuada estrategia de investigación que Biedermann aplica al estudio del Estado da Índia en Sri Lanka durante el siglo xvi y principios del xvii, que no parece representar un gran avance respecto a estudios realizados en la década de 1950.⁴⁴ El historiador que aspire a superar la concepción geográfica (por no decir el cliché) convencional de una isla aislada en la que irrumpieron invasores europeos y ejercieron una violencia gratuita deberá reconsiderar la historia de Sri Lanka en relación con otras historias de territorios vecinos tales como Kerala, los estados de habla tamil y telugu o, incluso, el mundo malayo. ¿Por qué, después de todo, los grandes empresarios mappilas, como Palassi Marikkar, invirtieron, alrededor de 1530, tiempo, esfuerzo e, incluso, su sangre intentando mantener su influencia en lo que quedaba del reino de Kotte? ¿Por qué actuaron como intermediarios entre los gobernantes de Sri Lanka y el Estado da Índia durante el periodo de los srivaishnavas de habla sobre todo tamil? ¿Con qué fundamento puede el historiador separar las dos orillas del golfo de Mannar en este periodo, cuando tanta gente se ganaba la vida atravesándolo continuamente? Cuando Biedermann aborda estas cuestiones es por lo general a regañadientes y siempre según la óptica del Estado da Índia, sin una verda-

⁴³ Zoltán Biedermann, «(Dis)connected history and the multiple narratives of global early modernity», *Modern Philology*, 119.1 (2021), pp. 13-32.

⁴⁴ Zoltán Biedermann, *(Dis)connected empires: Imperial Portugal, Sri Lankan diplomacy, and the making of a Habsburg conquest in Asia* (Oxford: Oxford University Press, 2018).

dera percepción de la perspectiva de las otras partes, que tenían sus propios espacios vitales y concepciones geoestratégicas. Al escribir insípidamente sobre aquellos «lo bastante afortunados como para oír en los archivos otras voces que no sean solo las europeas», no logra percibir que tal «fortuna» está reservada a quienes adquieren técnicas de investigación y no a quienes siguen caminos pisados sin moverse de los archivos conocidos que tienen al alcance de la mano. De manera irónica, aunque señala la ventaja de escribir desde la superioridad ética derivada de «los reajustes mundiales de poder de los siglos XIX y XX, de los cuales hoy todos nos beneficiamos o sufrimos las consecuencias», el estilo de historia de Biedermann no solo no cuestiona, sino que ni siquiera se plantea el *mainstream* de la historiografía nacionalista de Sri Lanka.⁴⁵ Sean cuales sean las dificultades que presenta la historia conectada, me veo obligado a concluir que la «historia (des)conectada» no es más que un callejón sin salida intelectual concebido para gratificación propia.

II

En la segunda parte de la introducción quisiera referirme con brevedad al contenido de este volumen. Los siete ensayos que lo integran han sido escritos en un periodo relativamente corto, pero en circunstancias diversas. El primero, «Escrito en el agua», es una visión de conjunto del imperio portugués en Asia y África oriental, el conocido como Estado da Índia, entre principios del siglo XVI y mediados del XVII, destinado en un primer momento a formar parte de una obra de gran alcance sobre imperios mundiales anteriores a 1700. Lo presenté por primera vez en un congreso en Mijas, España, y, posteriormente, lo revisé a la luz de los comentarios de expertos en el imperio hispánico y en historia medieval. Si bien, como es obvio, enlazaba con mi trabajo anterior sobre el imperio portugués publicado en 1993, algunos argumentos fueron objeto de cambios y matizaciones.⁴⁶ Aunque en él no mencionaba de forma explícita el trabajo de Niels Steensgaard, el ensayo puede considerarse como la última descarga de artillería en una discusión de larga duración con este historiador sobre cómo interpretar y caracterizar el Estado da Índia.⁴⁷ ¿Era simplemente, como él creía, una organización arcaica y depredadora basada en una corrupta combinación de aduanas y permisos de navegación (*cartazes*), o se trataba de una entidad flexible, dinámica y organizada con libertad que intentaba dar cabida a una pluralidad de intereses y grupos sociales divergentes, incluidos los *casados moradores*, misioneros, asiáticos convertidos al cristianismo y mercenarios? Confío que el trasfondo antiweberiano de mi argumentación resulte evidente también a los lectores.

⁴⁵ Biedermann, «(Dis)connected history...», *op. cit.*, p. 14.

⁴⁶ Sanjay Subrahmanyam, *The Portuguese empire in Asia, 1500-1700: A political and economic history* (Londres: Longman, 1993), 2.ª edición, Chichester: John Wiley, 2012. Para una reflexión sobre esta obra, véase Sanjay Subrahmanyam, «Should auld acquaintance be forgot?», *The Portuguese empire in Asia, 1500-1700*, *Ler História*, 79 (2021), pp. 265-276.

⁴⁷ Véase también «Tourists, tents and traders: An interview with Niels Steensgaard», *Itinerario*, 18, 1 (1994), pp. 31-41.

A diferencia del primero, el segundo ensayo, «Girar las piedras», trata una cuestión de historia conectada. Se presentó por primera vez en París en mayo de 2000, en un seminario en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales en que participaron Serge Gruzinski, R. Bin Wong, Jean-Yves Grenier, Roger Chartier, Anthony Padden y Maurice Aymard, y se publicó el año siguiente en la revista *Annales HSS*. El texto que ahora presento se basa en la versión inglesa revisada del original en francés, y propone examinar una conjunción milenarista de visiones que se dieron entre el Tajo y el Ganges en los siglos XVI y XVII, basándose en un amplio corpus de fuentes primarias y secundarias. Mi argumento es que, en función de las circunstancias, el milenarismo podría ser tanto un motor de movimientos antinómicos populares como una base para ideologías nacionales dominantes. Publicado en un dossier junto con un texto de Gruzinski y un comentario de Chartier, el ensayo tuvo una amplia repercusión, pero también fue objeto de un furioso ataque nacionalista por parte del historiador portugués Francisco Bethencourt, a quien respondí en la misma revista.⁴⁸

«Una historia comparada de tres imperios» fue escrito en los años posteriores a mi traslado de Francia a Estados Unidos para enseñar historia en la Universidad de California. El tercer ensayo fue una colaboración para la revista *Common Knowledge* por invitación de sus editores como parte de un número titulado «Trauma imperial». En él traté de reflexionar nuevamente sobre la cuestión de la historia comparada, utilizando el ejemplo de los imperios como opuestos a las naciones-estado. Era consciente de que el célebre historiador británico John Elliott (con quien había mantenido un contacto regular mientras enseñé en Oxford entre los años 2002 y 2004) estaba a punto de completar una historia comparada de los imperios británico e hispánico en América, que se publicó poco después de mi ensayo. En esta obra, Elliott reflexionaba:

La historia comparada se ocupa (o debería ocuparse) de las similitudes tanto como de las diferencias, y es poco probable que una comparación de la historia y la cultura de grandes y complicados organismos políticos que culmine en series de marcadas dicotomías pueda hacer justicia a las complejidades del pasado. Del mismo modo, insistir en la similitud a costa de la diferencia tendrá un efecto igualmente reduccionista, pues producirá una tendencia a ocultar la diversidad bajo una unidad ficticia. Un enfoque comparativo de la historia de la colonización requiere la identificación de los puntos de similitud y contraste en igual medida, y un intento de análisis y explicación que haga justicia a ambos.⁴⁹

Aquí Elliott parece retomar varias de las ideas de Marc Bloch y aplicarlas al estudio de los imperios. En el caso de mi escrito —que, como resulta obvio, era muchísimo más corto y esquemático que la minuciosa y extensa obra de Elliott—, las cosas se hicieron aún más complicadas por dos motivos: yo había elegido deliberadamente una comparación entre tres entidades, no entre dos, de las que solo una solía recibir la denominación de imperio «colonial». Dejo a juicio del lector la valoración de si esta

⁴⁸ Sanjay Subrahmanyam, «Ceci n'est pas un débat ...», *Annales HSS*, 57.1 (2002), pp. 195-201.

⁴⁹ John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América (1492-1830)* (Madrid: Taurus, 2006), p. 15.

estrategia de triangulación y configuración variable de comparaciones obtuvo o no resultados provechosos.

El siguiente ensayo, «Sostener el peso de todo el mundo», que trata sobre las historias conectadas de los imperios ibéricos en ultramar, tuvo una gestación algo compleja antes de publicarse finalmente en *The American Historical Review*. Se presentó primero en Madrid en un congreso organizado por Antonio Feros y Roger Chartier en febrero de 2004, y constituyó mi indirecta respuesta al ensayo de Serge Gruzinski sobre la monarquía católica ya citado. Con posterioridad lo sometí a discusión en diversos foros antes de enviar una versión revisada en profundidad para su publicación en *The American Historical Review*, donde debía formar parte de un dossier, junto con ensayos de Eliga Gould y otros historiadores, sobre diferentes enfoques posibles en el estudio de los imperios de principios de la Edad Moderna. Lamentablemente, la idea del dossier fracasó debido al rechazo por parte de diversos evaluadores y la incompreensión de los editores de la revista. El ensayo de Gould y el mío acabaron publicándose en números diferentes de la revista, en su caso con una respuesta crítica por parte de otro historiador.⁵⁰ Sin embargo, se perdió así una oportunidad de comparar dos enfoques, el de la «historia conectada» y la «historia entrelazada», que en ocasiones son objeto de confusión.

El siguiente texto, «El doloroso parto del Asia portuguesa», sobre la creación y consolidación del Estado da Índia en la primera década del siglo xvi, fue presentado por primera vez en un encuentro sobre los «descubrimientos portugueses» celebrado en el Deutsches Historisches Museum de Berlín. Comenzó su andadura como un comentario sobre la publicación póstuma en 2006 del tercer volumen de *Le latin et l'astrolabe*, de Jean Aubin.⁵¹ Yo había tenido el privilegio de presentar oficialmente el primero de los tres volúmenes en la Fundación Gulbenkian de París en 1996, en presencia de Aubin, y había hecho lo mismo con los dos volúmenes siguientes, aunque, por desgracia, en su ausencia. No obstante, como el volumen de Aubin era demasiado extenso y diverso para ser tratado en un breve ensayo, decidí centrarme en uno de los aspectos que trataba. Sigue causándome un gran pesar que este importante volumen, en su mayor parte una recopilación de escritos de Aubin llevada a cabo por Luís Filipe Thomaz, no haya recibido nunca la atención que merece.⁵² La lectura de su obra me hizo comprender la necesidad de examinar más con más detenimiento la historia de Oriente Medio de finales del siglo xv y del xvi para entender apropiadamente la naturaleza del Estado da Índia, incluida la intervención mameluca en el océano Índico.⁵³

Los dos últimos ensayos son bastante distintos del resto. El primero, «Más allá de la inconmensurabilidad», escrito en un primer momento para un congreso en Mineápo-

⁵⁰ Eliga H. Gould, «Entangled histories, entangled worlds: The English-speaking Atlantic as a Spanish periphery», *American Historical Review*, 112.3 (2007), pp. 764-786.

⁵¹ Jean Aubin, *Le latin et l'astrolabe, III: Études inédites sur le règne de D. Manuel, 1495-1521*, en Maria da Conceição Flores, Luís Filipe F. R. Thomaz y Françoise Aubin, eds. (París: Centre Culturel Calouste Gulbenkian, 2006).

⁵² No cabe duda alguna de que obras como la de Felipe Fernández-Armesto, *Straits: Beyond the myth of Magellan* (Berkeley: University of California Press, 2022), habrían mejorado si sus autores hubieran prestado la debida atención al complejo y erudito análisis de Aubin sobre ese periodo.

⁵³ Para un ensayo reciente que sigue los pasos de Aubin, véase Meia Walravens, «Arabic as a language of the South Asian chancery: Bahmani communications to the Mamluk Sultanate», *Arabica*, 67 (2020), pp. 409-435.

lis y presentado posteriormente en el Departamento de Sociología de la Universidad de California, trata la cuestión de la inconmensurabilidad y la historia imperial. Se gestó a partir de dos coloquios. Uno de ellos fue convocado para reflexionar sobre la obra que el renombrado semiólogo Tzvetan Todorov dedicó a la conquista española de América y su relación con los trabajos del etnohistoriador estadounidense Bernard Cohn, que centró sus estudios en la India. Dos colegas que investigaban sobre Latinoamérica, Stuart Schwartz y Serge Gruzinski, expresaron en distintos momentos sus reservas hacia la concepción de Todorov, que, por cierto tiempo, había gozado de muy buena acogida.⁵⁴ El otro coloquio fue con historiadores de la ciencia, que tenían sus propios debates sobre el problema de la «inconmensurabilidad», tal como lo había planteado Thomas Kuhn. Mi reflexión trató sobre estos dos debates aparentemente desconectados entre sí, que, sin embargo, yo veía muy relacionados. Tiempo después, alrededor de 2015, tuve la ocasión de sacar a colación estas cuestiones con Todorov, con quien mantuve una amistosa relación en sus últimos años de vida, cuando ambos coincidimos en diversos encuentros, pero me quedó claro que por entonces había perdido su interés por el tema.

El capítulo que cierra el libro, «A propósito de quienes llevan sombrero», también tuvo origen en un congreso, celebrado en la Universidad Estatal de Pensilvania bajo la dirección de un historiador y un experto en literatura. Los nueve ensayos que finalmente se publicaron recogiendo los resultados del congreso reflejaron otros tantos ángulos desde los que Europa fue «observada» por el resto del mundo, ya fuera China, el norte de África o América Latina. Yo recibí el encargo de ofrecer algunas consideraciones sobre la perspectiva desde la India a principios de la Edad Moderna, e intenté que la selección fuera lo más amplia posible, por lo que tuve en cuenta otros autores y perspectivas, además de las obras en persa más conocidas. No hay duda de que se podría haber hecho mucho más sobre este tema, y otros expertos lo han retomado desde entonces desde una perspectiva histórica o literaria.

El lector habrá advertido, pues, que este libro tiene la forma no tanto de un plato de comida pesado —y tal vez indigesto—, sino más bien de unos *mezze* libaneses o unas tapas españolas. Refleja los múltiples enfrentamientos y debates de un estudioso un tanto itinerante, con residencias y lealtades institucionales cambiantes. He variado también muchas veces de postura a lo largo de los casi cuarenta años que han transcurrido desde mis primeras publicaciones. Esta breve introducción, concebida como una revisión retrospectiva y un balance, ha sido un intento de conferir sentido a estos cambios tanto de contenido como de contexto.

⁵⁴ Tzvetan Todorov, *La conquista de América: El problema del otro*, trad. Martí Soler (México: Siglo XXI, 1987). Bernard S. Cohn, *Colonialism and its forms of knowledge: The British in India*, Nicholas B. Dirks, ed. (Princeton: Princeton University Press, 1996).

I. ESCRITO EN EL AGUA, PLANES Y DINÁMICAS DEL ESTADO DA ÍNDIA PORTUGUÉS¹

Muchos físicos están haciendo un gran esfuerzo por componer un panorama general que lo unifique todo en un modelo ideal. Es un juego tremendamente entretenido, pero hoy en día ninguno de los pensadores coincide con ninguno de los otros pensadores sobre cuál es el panorama general.²

PROBLEMAS DE DEFINICIÓN

La tarea de comparar imperios requiere, como es obvio, una reflexión sobre la naturaleza del propio dominio y, más en concreto, en este contexto, sobre la controvertida cuestión de los criterios de inclusión y exclusión.³ Los imperios son Estados, pero no todos los Estados son imperios; podemos empezar por este sencillo aforismo. Pero, si vamos más allá de esta deducción bastante obvia, parece claro que hay al menos dos formas muy distintas de pensar en los imperios. Un enfoque, de inspiración estructuralista, exigiría que cualquier Estado con pretensiones de ser un imperio satisficiera un gran número de criterios. Los «síntomas» de imperio incluirían complejos sistemas jerárquicos de administración, un extenso poderío militar (y los mecanismos fiscales que lo acompañan), el control de vastos territorios, una nutrida población sometida e ingresos cuantiosos. No solo se tendrían en cuenta todos estos factores, sino que algunos de nuestros colegas querrían incluso definir los umbrales cuantitativos que deben alcanzarse en cada uno de estos casos. Debo confesar, de entrada, mi escepticismo ante esta manera tan dogmática de proceder. Si el concepto de imperio quiere utilizarse también para las formaciones políticas de la Antigüedad, cuando la población mun-

¹ Traducción del inglés de Rosa Pérez.

² R. P. Feynman, *QED: The Strange Theory of Light and Matter* (Princeton: Princeton University Press, 1985), p. 150.

³ M. Duverger, ed., *Le concept d'empire* (París: Presses Universitaires de France, 1980).

dial era una mera fracción de la de, por elegir una fecha, el año 1700 y las tecnologías de construcción del aparato estatal distaban bastante de las disponibles en las épocas medieval y moderna, es evidente que los mismos umbrales demográficos, fiscales o incluso militares podrían no ser válidos para, por ejemplo, los aqueménidas y los otomanos del siglo *xvi*. El problema es más o menos el mismo que definir un concepto como el de «ciudad»: muchos núcleos poco importantes del Asia meridional actual superarían en población a las que se consideraban ciudades en la Antigüedad, pero no funcionan como tales.

En consecuencia, me parece más sensata una definición de imperio más minimalista, contingente y coyuntural que, entre otras cosas, tenga en cuenta el paso del tiempo; de ese modo, no habría que exigir anacrónicamente a los imperios de los siglos anteriores a la era común lo mismo que a los primeros imperios modernos. Pero, asimismo, propongo que, incluso con una muestra sincrónica de, por ejemplo, la primera modernidad, el concepto de «imperio» tenga sus matices. En el periodo comprendido entre 1400 y 1750, hubo algunos claros candidatos al estatus de imperio. Entre ellos están los otomanos y los mogoles de Asia meridional, los Ming y Qing de China, los Habsburgo españoles a partir de 1520 aproximadamente, y los británicos y los franceses desde el siglo *xviii*. No obstante, hay muchos más casos cuyo estatus ni tan siquiera veían claro los observadores de la época. ¿Estaban los mexicas de Tenochtitlán (o los aztecas, como a veces son denominados) al frente de un imperio, como sugería la extensión de sus territorios? ¿Y qué hay de la monarquía birmana de la dinastía Toungoo entre 1530 y 1600? En suma, ¿qué debemos hacer con los Estados aparentemente «imperiales» que no encajan en el molde y legado definidos en la Antigüedad por cuatro antecedentes clásicos aceptados de forma generalizada: el imperio de Alejandro Magno, el de los aqueménidas en Persia, el romano y el de China? Este es el problema al que nos enfrentamos con los portugueses del siglo *xvi*. Pues aunque está claro que en los años anteriores a 1580 (cuando se unieron las coronas portuguesa y española) el monarca portugués no se definía a sí mismo como «emperador», tanto los italianos como sus rivales del norte de Europa veían más o menos en esos términos las posesiones portuguesas de ultramar controladas desde Lisboa. Pero, paradójicamente, no fue hasta mucho después, en 1822, cuando Pedro IV de Portugal y I de Brasil, de la Casa de Braganza, adoptó en su exilio brasileño el título oficial de «emperador constitucional». Así, lejos del enfoque de «máximos» como el descrito, propondría uno de «mínimos», en el que los imperios se definirían de forma más modesta de la siguiente manera: 1) como Estados con una vasta extensión geográfica, que abarcaba más de un ámbito cultural y una ecozona; 2) como Estados impulsados por un motor ideológico que reivindicaba formas de dominio extenso y a veces incluso universal, más que el mero control de un territorio compacto; 3) como Estados en los que la idea de protectorado era un componente crucial de su articulación política y donde el monarca no se definía meramente como rey, sino como «rey de reyes», con un esquema jerárquico bien definido con diversos grados de soberanía, tanto «desde arriba» como «desde abajo».

En un ensayo clásico publicado en 1985 sobre la estructura administrativa y política del Estado de Portugal y sus dominios en Asia durante los siglos *xvi* y *xvii*, el historiador portugués más innovador en su campo, Luís Filipe Thomaz, escribió con lu-

cidez que «cuando lo confrontamos con el actual concepto de imperio, el Estado da Índia portugués puede parecernos un tanto original e incluso desconcertante».⁴ Aun así, propuso incluir la presencia portuguesa en Asia en la categoría de imperio mientras realizaba un concienzudo esfuerzo por comparar los dominios de los portugueses con los de los españoles en América en el mismo periodo. Si el modelo para los españoles era Roma, argüía Thomaz, el precedente de los portugueses bien podrían haber sido los fenicios. En marcado contraste, unos años más tarde, otro estudio, también a cargo de una reconocida autoridad en el Estado da Índia portugués, concluía con las siguientes observaciones, muy pertinentes para las reflexiones que me propongo realizar en este capítulo:

Es muy cuestionable que lo que los portugueses construyeron en Asia durante los siglos xvi y xvii deba llevar este título [de imperio]. [...] Teniendo en cuenta la poderosa imagen evocada por el uso de la palabra «imperio», así como la dificultad de conciliar el contenido real del Estado da Índia durante la mayor parte del siglo xvii con el verdadero significado del término, quizá convenga abandonarlo por completo.⁵

El mismo autor pasaba a proponer dos alternativas: la primera, basada en la idea bastante vaga de «red», a la que podrían ponerse de inmediato innumerables objeciones debido a su imprecisión y absoluta falta de referencia a la noción de poder, y la segunda en la de protoimperio, una realidad en proceso de convertirse en un imperio, lo que, a todos los efectos y propósitos, no hace sino rehuir el problema. Desde entonces, algunos otros autores, quizá más imbuidos del espíritu de la corrección política, han ido aún más lejos. La mera mención en el contexto portugués de términos como «imperio», arguyen historiadores como M. N. Pearson, significa que habría que recelar de la motivación política de los propios autores, cuyo uso de tal terminología «está cerca de invalidar su trabajo».⁶

Todo ello tiene como trasfondo un importante debate, a veces crispado, hay que reconocerlo, que es necesario abordar de un modo abierto: en concreto, que han existido diversas clases de entidades políticas imperiales, no todas las cuales se ajustan a un único perfil, con territorios extensos, organizaciones fiscales y catastrales centralizadas y una presencia militar imperial amplia y continua en periferias que están rigurosamente controladas desde un centro bien definido. ¿Constituyó el «imperio mongol de las estepas» un imperio en el mismo sentido que, por ejemplo, el Imperio mogol de Asia meridional? ¿Es la estructura fiscal y burocrática del imperio vijayanagara comparable en su alcance y magnitud a la de los otomanos? Esta cuestión se complica aún más en el caso del Estado da Índia portugués, una estructura que estaba —por emplear y adaptar una popular expresión india de la época— «escrita en el agua». Hay que dejar claro, pues, que la idea de un imperio portugués en Asia a principios de la Edad Mo-

⁴ Luís Filipe Thomaz, *De Ceuta a Timor* (Lisboa: Difel, 1994 [1985]), p. 208.

⁵ A. Disney, «Contrasting Models of “Empire”: The *Estado da Índia* in South Asia and East Asia in the Sixteenth and Early Seventeenth Centuries», en *The Portuguese and the Pacific*, F. A. Dutra y J. C. dos Santos, eds. (Santa Bárbara: Center for Portuguese Studies, Universidad de California, 1995), pp. 34-35.

⁶ M. N. Pearson, «Introduction», en *South Asia: Journal of South Asian Studies*, 19 (1996), p. 7.

derna será necesariamente más controvertida que, por ejemplo, la propuesta de que existió un Imperio romano en la Antigüedad, lo que ningún historiador actual parece interesado en negar.

DIMENSIONES Y MOTIVACIONES

Este capítulo presenta una narración concisa y un tanto esquemática de la presencia portuguesa en Asia y en el océano Índico entre 1505, el año en que Francisco de Almeida fue enviado como primer virrey a la India, y 1665, cuando las hostilidades entre los portugueses y sus principales rivales europeos, los holandeses, hicieron que dicha presencia casi desapareciera. Mi narración seguirá en gran medida un orden cronológico y tendrá tres propósitos principales. En primer lugar, quiero argumentar que, a diferencia de la historiografía anterior sobre los portugueses, que se había centrado en la fase de consolidación durante la primera mitad del siglo xvi, a la que siguió una fase de decadencia, que tocó fondo con los Austrias en la década de 1630, es necesario entender la presencia portuguesa en Asia como algo que está en constante evolución, respondiendo a múltiples estímulos, tanto en la propia Asia como en Europa. Esto exige de por sí rechazar de plano los métodos estructurales utilizados para definir la esencia de este o aquel imperio, tan habituales en cierta bibliografía. En segundo lugar, doy por hecho que debemos dejar de centrarnos exclusivamente en el océano Índico occidental (Kerala, Goa y Guyarat) en favor de una perspectiva que conceda mucha más importancia a la presencia portuguesa al este del cabo Comorín, en concreto, en la zona del golfo de Bengala, en el sudeste asiático y en Extremo Oriente. Así pues, mi segundo objetivo es proponer una apertura geográfica en nuestra concepción general de lo que constituyó la expansión portuguesa en Asia y, por tanto, una exploración de la superficie de contacto entre imperio «formal» e «informal» con su escala intermedia de grises.⁷ En tercer lugar, está la cuestión de qué grupos sociales deben tratarse al definir la historia de la expansión portuguesa en Asia. En vez de centrarnos en exclusiva en la jerarquía oficial de virreyes, gobernadores y aristócratas (*fidalgos*), deberíamos fijarnos en otras categorías sociales, que van de los colonos mercaderes (o *casados*), los renegados y los mestizos (*mestiços*) a otros grupos como los cristianos conversos, que contribuyeron, les gustara o no, a construir el edificio de la presencia portuguesa en Asia. En suma, si muchos imperios que reconocemos como tales fueron agrarios, también deberíamos, en mi opinión, contemplar la opción de un imperio comercial y a menudo semiformal en nuestro abanico de posibilidades.

A mediados del siglo xvi, la presencia portuguesa en Asia se extendía de África oriental a Japón, a través del golfo Pérsico, la India, Sri Lanka, la península de Malaca y el sudeste asiático insular (figura 1). No hay, por tanto, ninguna duda acerca de su extensión territorial; en todo caso, lo que plantea problemas es la densidad de su presencia en cada una de estas zonas. ¿Cuáles eran, pues, las dimensiones humanas de esta es-

⁷ T. J. Coates, *Degredados e Órfãs: Colonização Dirigida pela Coroa no Imperio Português, 1550-1755*, trad. J. Vieira de Lima (Lisboa: CNCDP, 1998).

tructura? Una estimación contemporánea muy citada situó el número de portugueses entre Sofala y China, en torno a 1540, entre 6.000 y 7.000; por su parte, el cronista Diogo do Couto calculó que había unos 16.000 portugueses en toda Asia en la década de 1570. Obviamente, si consideramos el proceso de mestizaje y aculturación, la cifra de residentes en los asentamientos oficiales del Asia portuguesa resulta bastante superior. Esta incluiría las categorías principales, formadas por los *casados* o *casados moradores* (es decir, los colonos que habían contraído matrimonio), *soldados* y *religiosos*. La crónica de António Bocarro de mediados de la década de 1630 nos brinda un desglose del número de *casados* por asentamiento, lo que demuestra que su presencia aún era destacada en ese momento en que la presencia portuguesa había empezado a debilitarse. Curiosamente, insiste en incluir en la lista no solo a los *casados brancos* (casados blancos), como era habitual en los compendios oficiales, sino también a los indios autóctonos convertidos al cristianismo, a los que llama *casados pretos* (casados negros).⁸ El cálculo de Bocarro es de unos 4.900 casados blancos y unos 7.500 casados «negros», distribuidos desde asentamientos tan grandes como Macao y Goa hasta otros tan pequeños como Sofala y Chuamba (tabla 1).

| ASENTAMIENTO | BLANCOS | NEGROS |
|--------------|---------|--------|
| Macao | 850 | 850 |
| Goa | 800 | 2.200 |
| Damán | 400 | ? |
| Bassein | 400 | 600 |
| Colombo | 350 | 2.000 |
| Cochín | 300 | 200 |
| Malaca | 250 | ? |
| Chaúl | 200 | 50 |
| Nagapattinam | 140 | 360 |
| Jaffna | 140 | 270 |
| Santo Tomé | 120 | 200 |
| Thana | 80 | 100 |
| Galle | 70 | 130 |
| Otros | 800 | 525 |
| TOTAL | 4.900 | 7.485 |

Tabla 1. Asentamientos de casados en el Asia portuguesa, 1635

⁸ Subrahmanyam, *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: A Political and Economic History* (Londres: Longman, 1993).

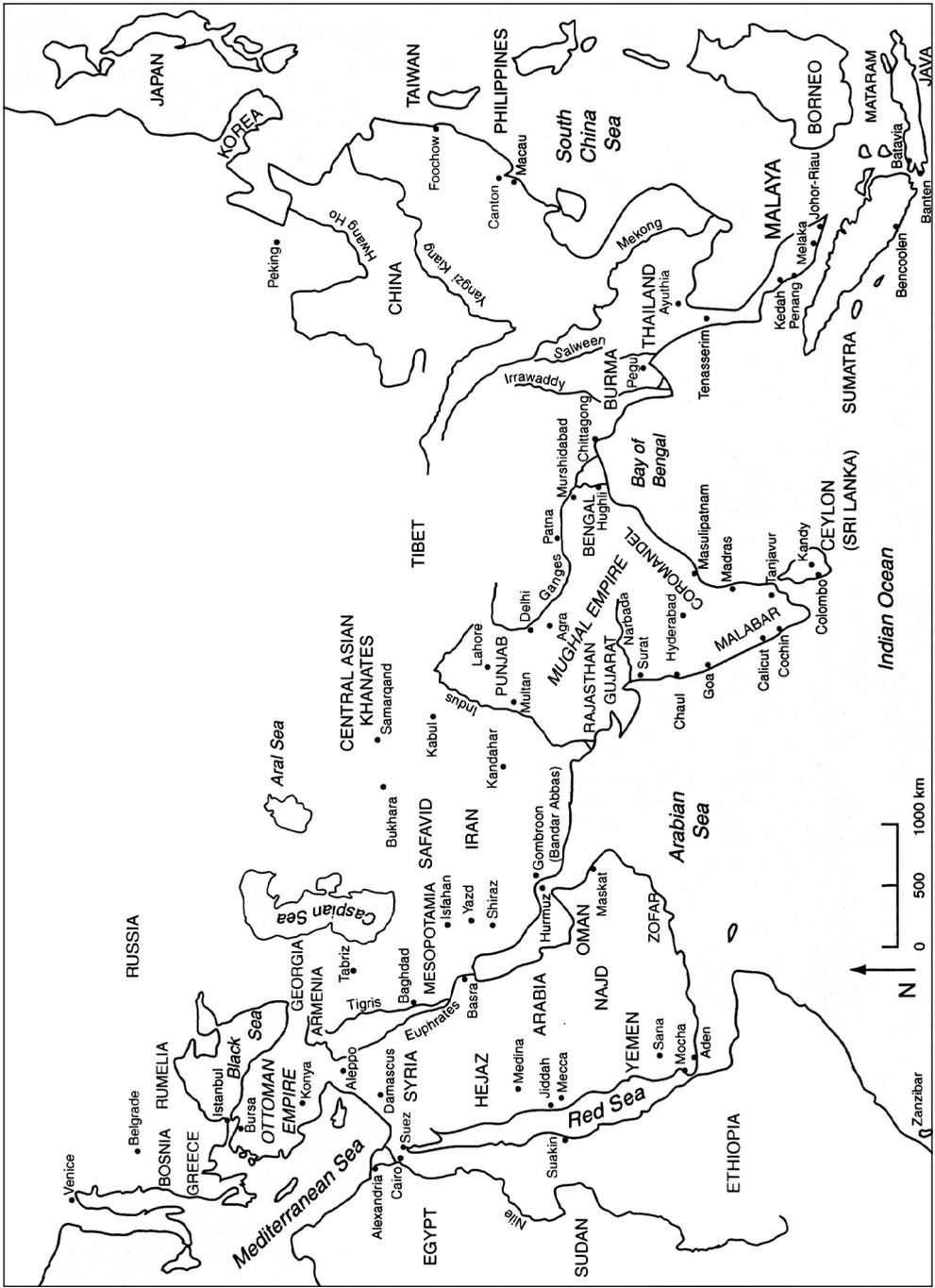


Figura 1. El imperio portugués en Asia, c. 1500-1700. Fuente: S. E. Alcock, T. N. D’Altroy, K. D. Morrison, eds., *Empires: Perspectives from Archaeology and History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009).

No menos importante, tanto por su distribución a lo ancho de la geografía como por su prolongada influencia, fue la presencia misionera, representada en la segunda mitad del siglo xvi sobre todo por tres órdenes religiosas: jesuitas, franciscanos y agustinos (tabla 2). La opinión de C. R. Boxer de que el monedero y la cruz continuaban siendo, todavía a mediados del siglo xvii, los dos polos de atracción en torno a los que giraba la presencia portuguesa en Asia, tiene seguramente parte de verdad.⁹ Esta es la impresión que produce la lectura de los múltiples diarios de viaje contemporáneos, aunque sus autores no siempre simpatizaran con las ambiciones misioneras de los portugueses. Gracias a la combinación de la actividad misionera, el mestizaje y el comercio privado, los dialectos criollos de base portuguesa han sobrevivido hasta nuestros días. De hecho, los restos arquitectónicos que perduran en lo que una vez fue el Asia portuguesa son, además de algunas fortalezas, edificios religiosos, promovidos tanto por el patronato real portugués (*padroado real*) como por las poderosas órdenes religiosas (tabla 2).

No deberíamos dar por sentado que esta historia estuvo exenta de conflictos que, de hecho, no estuvieron limitados al enfrentamiento entre cristianos y musulmanes, como lo estuvieron en la península ibérica y el norte de África a finales del siglo xvi y principios del xvii. Con la Contrarreforma católica, los hindúes y budistas, entre otros, empezaron a ser vistos con ojos cada vez más críticos; a finales del siglo xvi, incluso los cristianos sirios orientales fueron obligados a amoldarse a los rituales y cánones establecidos por Roma y aplicados por el *padroado* portugués. Tal como muestra la tabla 2, existe una estrecha correlación entre los grandes centros de la presencia oficial (como Goa, Malabar y Sri Lanka) y la presencia misionera.

Aparte de mercaderes y religiosos, el Estado portugués contó también, a lo largo de los siglos xvi y xvii, con varios miles de soldados y marineros, repartidos en diversas guarniciones y flotas. Hubo, además, un número cada vez mayor de mercenarios y renegados que no trabajaban para los portugueses, sino para potencias asiáticas y, por último, una población sometida de diversa magnitud, concentrada principalmente en Goa, en la llamada «provincia del norte», en las tierras bajas de la costa de Sri Lanka, bajo control portugués entre las décadas de 1580 y 1630, y en partes del valle de Zambeze, en África oriental. Si sumáramos los residentes de estas zonas, tendríamos, sin duda, una población de varios cientos de miles de personas, tal vez incluso un millón, que se hallaban más o menos bajo el yugo del Estado portugués, además de las poblaciones «clientes» informales de cristianos, que estaban controladas, en parte, por instituciones religiosas. Estas cifras continúan siendo muy aproximadas y, obviamente, varían de una época a otra, aumentan a lo largo de la primera mitad del siglo xvi para alcanzar su nivel máximo entre 1590 y 1610.

⁹ C. R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1815* (Nueva York: Knopf, 1969).



Figura 2. Catedral del Bom Jesus, Goa. Fuente: Falko Berger (licencia CC BY-SA 3.0).

| ASENTAMIENTO | FRANCISCANOS | CAPUCHINOS | AGUSTINOS | DOMINICOS | JESUITAS |
|-------------------------|--------------|------------|-----------|-----------|----------|
| Goa | 149 | 75 | 125 | 102 | 148 |
| África oriental | 0 | 8 | 8 | 10 | 14 |
| Etiopía | 0 | 0 | 0 | 0 | 21 |
| Asia occidental | 0 | 0 | 33 | 0 | 0 |
| Sind | 0 | 0 | 3 | 0 | 0 |
| Dui | 0 | 10 | 0 | 8 | 8 |
| Damán | 0 | 10 | 6 | 6 | 8 |
| Bassein | 38 | 0 | 8 | 12 | 15 |
| Chaúl | 26 | 15 | 15 | 31 | 8 |
| Prov. del norte (otros) | 27 | 12 | 20 | 7 | 38 |
| Corte mogola | 0 | 0 | 0 | 0 | 5 |
| Kanara | 6 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Cochín | 58 | 15 | 20 | 20 | 0 |
| Malabar (otros) | 20 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Provincia de Malabar | 0 | 0 | 0 | 0 | 190 |
| Sri Lanka | 96 | 10 | 18 | 18 | 0 |

(Continúa en la página siguiente.)

| ASENTAMIENTO | FRANCISCANOS | CAPUCHINOS | AGUSTINOS | DOMINICOS | JESUITAS |
|--------------|--------------|------------|-----------|-----------|----------|
| Coromandel | 0 | 0 | 8 | 5 | 0 |
| Bengala | 0 | 0 | 17 | 0 | 0 |
| Malaca | 0 | 12 | 6 | 10 | 0 |
| China, etc. | 0 | 15 | 15 | 12 | 190 |
| Solor | 0 | 0 | 0 | 15 | 0 |
| Otros | 3 | 0 | 0 | 0 | 15 |
| TOTAL | 423 | 182 | 302 | 256 | 660 |

Tabla 2. Órdenes religiosas en Asia, 1635

¿Cómo se alcanzaron estos niveles de población tan elevados como dispersos? A riesgo de parecer anticuado, no estaría de más empezar con un análisis de la metrópoli, para lo cual convendría reflexionar brevemente sobre el trasfondo europeo de la expansión portuguesa en Asia. A menudo se ha señalado que Portugal era uno de los países menos «avanzados» de Europa en el momento de iniciar su expansión y, sin duda, mucho menos próspero históricamente que Italia del norte y central, Francia o España. Portugal fue la última región de la península ibérica en recibir la invasión romana, en ser incorporada al imperio visigodo y en adoptar el calendario cristiano y los títulos de nobleza al estilo de otros países. Quienes viajaron a Portugal a principios del siglo xvi desde otros puntos de Europa a menudo hicieron observaciones sobre el aislamiento y la pobreza del país, en abierto contraste con Venecia, Florencia o, incluso, la España de los Reyes Católicos y Carlos V. Sin duda, lo que hizo posible la expansión en ultramar en estas circunstancias tan poco favorables fue la intervención del Estado, que en el crucial periodo de Manuel I (r. 1495-1521) era una especie de Estado mercantilista. El resultado fue una expansión impulsada por motivos tanto «materialistas» como «idealistas». Los historiadores modernos tienden a evitar el término «mercantilismo», aduciendo que simplifica un conjunto demasiado complejo de políticas estatales. No obstante, como bien saben los historiadores tanto de Asia como de Europa, en este periodo, se observan, en efecto, determinadas estrategias que transformaron los Estados en empresas cuasi comerciales que llegaron a rivalizar con aquellos de sus súbditos que se dedicaban a tales actividades. Aplicando el método de la historia comparada al caso de Portugal, el autor de una obra muy conocida ha llegado a hablar de «capitalismo monárquico» (*capitalismo monárquico português*); este es el fenómeno que deseo plantear aquí al hablar de mercantilismo.¹⁰

Los historiadores de la Baja Edad Media han demostrado de manera convincente que la monarquía portuguesa fue el eje que, a partir del siglo xiv, mantuvo el equilibrio entre sectores antagónicos del país, no en el sentido de una lucha de clases pura y dura, sino de un conflicto entre regiones, entre el interior y la costa, entre una nobleza atraí-

¹⁰ M. N. Dias, *O capitalismo monárquico português (1415-1549): Contribuição para o estudo das origens do capitalismo moderno*, 2 vols. (Coímbra: Universidad de Coímbra, 1963-1964).

da por Castilla y una burguesía urbana y una clase artesanal que veían en el comercio la palanca de la prosperidad, dada la ubicación de Portugal —y sobre todo de Lisboa— en la confluencia del Mediterráneo y el Atlántico. Esta lucha revestía especial complejidad, porque la propia nobleza estaba dividida en cuestiones fundamentales relativas tanto a la política interior como de la expansión, una división que se agravó todavía más con la entrada de algunos mercaderes en la baja nobleza.

La estrategia básica de los monarcas, cuyo ámbito de influencia se amplió con el vacío creado por grupos antagónicos que tiraban cada uno por su lado, no parece del todo distinta a la empleada en ocasiones por los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, en los vecinos reinos de Castilla y Aragón. También allí se creó una alianza de las ciudades (la llamada hermandad) en la década de 1470 para combatir el poder de la aristocracia rural; también allí, la Corona intentó hacerse con el control de las órdenes militares, las más importantes de las cuales eran, en Portugal, las de Cristo, Santiago y Avis. No obstante, la diferencia crucial radicó en la actitud hacia el comercio. Por más que los soberanos españoles se esforzaran a veces por imitar el «modelo» portugués —fundando su propia Casa de Contratación en enero de 1503, por ejemplo, como un claro reflejo de la Casa da Índia portuguesa—, los dos proyectos continuaron siendo muy distintos en espíritu hasta bien entrada la década de 1550.

Una de las instituciones más importantes, y bastante originales, del sistema portugués colonial de finales del siglo xv fue la *feitoria*, o factoría. Las ciudades medievales tanto de Europa como de Asia que tenían numerosas colonias de residentes extranjeros acostumbraron a desarrollar sistemas de regulación interna para ellas, lo que en ocasiones les confirió una autonomía social y jurídica considerable. En ciudades del sudeste asiático como la Malaca del siglo xv, esta práctica derivó en un sistema de múltiples jefes comunales (o *syahbandars*), de manera que los guyaratíes, los tamiles, los javaneses y otros grupos tenían cada uno un líder «representativo». En el Mediterráneo y los Países Bajos, el sistema de cónsules de distintas «naciones» obedecía a una función similar. Así, por ejemplo, en Brujas, los venecianos y los genoveses tenían su propio cónsul, al igual que los mercaderes hanseáticos y los alemanes del sur. La función de estos cónsules es, sin embargo, diferente, tanto en la teoría como en la práctica, del concepto portugués de factor (*feitor*), cuya legitimidad (y remuneración) no provenía de la comunidad de mercaderes en la que residía, sino de una autoridad estatal externa. Una de las primeras *feitorias* portuguesas cuya historia podemos trazar en detalle se encontraba en la ciudad de Brujas, donde permaneció hasta su traslado a Amberes en 1498 (el año que Vasco de Gama llegó a la India) después de una década de inestabilidad política local.

Allí, como en otros lugares, la actividad del *feitor* estaba relacionada con un aspecto de los intereses de la Corona que fue cobrando cada vez más importancia durante el siglo xv: el comercio realizado en barcos reales (*naus del-Rei*). Consta que, al menos desde el tercer cuarto del siglo xiv, la Corona portuguesa manifestó esporádicamente un interés directo en el comercio. En los años centrales del siglo siguiente, el célebre infante Enrique el Navegante (1394-1460) tenía barcos mercantes de su propiedad, e incluso financió expediciones de corsarios; más tarde, el rey Juan II (r. 1485-1495) dispuso de barcos que comerciaban con Middelburgo antes incluso de acceder al trono.

Aunque aún operaban a una escala más o menos pequeña, estos capitalistas mercantiles regios comerciaban con esclavos y azúcar, y vendían grano, vino y fruta producidos en sus *reguengos* (realengos), un ejemplo que imitaron nobles como el duque de Braganza, el conde de Vila Real e incluso el duque de Beja (el futuro rey Manuel I), que en la década de 1480 ya tenía su propio factor en Flandes. Así pues, el calificativo despectivo aplicado por el rey francés Francisco I al rey Manuel a principios del siglo xvi —el «rey tendero» (*le roi epicier*)— se remontaba al menos a principios del siglo xv.

El mercantilismo real portugués alcanzó su apogeo entre las décadas de 1480 y 1520, bajo Juan II y su sucesor Manuel I (r. 1495-1521). Antes, el reinado de Alfonso V (r. 1448-1481) se había caracterizado más que por su participación en el comercio marítimo por su aventurismo militar en el norte de África. En un primer momento fue el tío del rey, el infante Enrique, quien se ocupó de la expansión en ultramar. En 1469, tras la muerte de este, el rey Alfonso V (r. 1438-1477) confió durante un periodo de seis años la ruta mercantil portuguesa más próspera, la de la costa de Guinea, a un próspero mercader con sede en Lisboa. El privilegio estaba condicionado a que el contratista acelerara la exploración de la costa africana. Como resultado imprevisto de ello, en 1471, los portugueses pudieron llegar a lo que más tarde se llamó San Jorge de la Mina. Enseguida se dieron cuenta de su importancia y, a pesar de que apenas produjo nada hasta la década de 1480, con el tiempo se convertiría en un importante centro de comercio de oro.

La política de Juan II contrastó abiertamente con la de su padre: desde el primer momento dio muestras de su impaciencia con la nobleza terrateniente y sus preferencias al mandar ejecutar al duque de Braganza, el más poderoso de ellos, y volver la espalda a Castilla. Sus directrices sobre la expansión hacia el sur relegaron la costosa ruta norteafricana —pese a lo gratas que habrían sido para la nobleza, que podría enviar allí a sus segundones e hijos ilegítimos— por la ruta atlántica. A principios de 1482, se construyó una importante fortaleza en San Jorge de la Mina y, a principios del siglo xvi, una docena de carabelas hacía todos los años el viaje de Lisboa a las factorías dedicadas al comercio de oro, para regresar invariablemente con grandes cantidades de metal precioso. Su interés por el comercio más que por la conquista militar hizo de Juan II el benefactor natural de hombres como Cristóbal Colón, que en 1486 le presentó una propuesta para buscar una ruta a la India por el oeste. Como es bien sabido, Juan II la rechazó, pero su negativa no se debió a que hubiera retomado el tradicional interés portugués por el norte de África, sino a que tenía sus propios planes. Acababa de enviar emisarios a África oriental por tierra y a la India por el Mediterráneo; poco después, en 1487-1488, pudo saborear las mieles del triunfo cuando su súbdito Bartolomé Díaz dobló por primera vez el cabo de Buena Esperanza, abriendo así la ruta marítima a la India que, debido a la fuerte resistencia interna, no empezó a ser explotada hasta una década más tarde, una vez que, en 1495, tras el ascenso al trono de Manuel I, una minúscula flota comandada por Vasco de Gama fue enviada a explorar el océano Índico.

Hasta ahora hemos subrayado dos componentes básicos: en primer lugar, el capital y la pericia y, en segundo, una estructura institucional fundamentada en la *feitoria* y su patrono el *feitor*. Dado que la exploración del Atlántico se centró en gran medida

en el descubrimiento y la colonización de islas desiertas, la fuerza tuvo poca importancia allí, salvo en la denominada *guerra do corso* practicada tanto por portugueses como por españoles y franceses. La fuerza militar —la preocupación de un sector de la sociedad portuguesa— alcanzó su máxima expresión en otros lugares, en las sangrientas campañas del norte de África, tales como la toma de Ceuta y la defensa de Alcazarseguir, Arcila o Tánger.

IDEOLOGÍAS IMPERIALISTAS

Si mi argumento se lleva al extremo, podría parecer que sostengo que la empresa de expansión portuguesa en el siglo xv se concibió en compartimentos estancos, uno en el que residían el cálculo racional y el comercio, y otro en el que lo hacían las pasiones atávicas del sentimiento antimusulmán. En realidad no fue así y, de hecho, el mercantilismo monárquico del reinado de Manuel I no puede analizarse sin su inevitable contrapunto, el mesianismo monárquico. El componente religioso que, por lo general, acompañó a la expansión portuguesa constituye un lugar común en los escritos sobre el tema, que mencionan, entre otras motivaciones, el «espíritu de cruzada» de los lusitanos o la inercia de la Reconquista en la península ibérica. La obra del mejor ideólogo contemporáneo de la expansión portuguesa, el cronista del siglo xvi João de Barros, respalda esta perspectiva. Aunque su rey Juan III le había ordenado escribir sobre las hazañas de los portugueses en el descubrimiento y conquista de los mares y tierras de Oriente, Barros empezó su magnífica crónica de Asia refiriendo que, en la tierra de Arabia, el «gran Anticristo» Mahoma había ascendido al poder a finales del siglo vi, lo que había conducido a la conquista musulmana de la propia Arabia, así como de partes de Siria, Persia y Egipto. Era, pues, el surgimiento del islam lo que, en opinión de Barros, proporcionaba el punto de partida lógico para entender cómo los portugueses habían acabado en Asia; a continuación, Barros abordaba la conquista musulmana de la península ibérica, la Reconquista, las exploraciones del Atlántico y el cartografiado de la costa oeste de África, relegando la primera expedición portuguesa al océano Índico al cuarto libro de su primera *Década*.

No obstante, un lector atento de la obra Barros y de otros escritos y documentos de la época pronto descubre que aquellos que estaban tan motivados por la religión eran a menudo los mismos en cuyo pecho habitaba el más ferviente espíritu mercantilista. Un ejemplo de ello es el infante Enrique el Navegante, gran maestre y fundador del *padroado da Ordem de Cristo*, que se convertiría en el *padroado real* durante el reinado de Manuel I gracias a bulas papales, pero también mercader de azúcar y traficante de esclavos, así como promotor de expediciones corsarias. Pese al fervor religioso de Enrique, el mesianismo portugués se ha asociado casi en exclusiva con el bisnieto de Manuel I, Sebastián I (m. 1578), destinatario de un verdadero culto mesiánico tras su muerte en el norte de África en 1578. Recientemente, sin embargo, los historiadores han señalado la existencia de un mesianismo de una clase diversa en la corte de Manuel I. Reflejado en los escritos de algunos de sus cortesanos como Duarte Galvão y Duarte Pacheco Pereira, la inmediata razón psicológica para ese mesianismo fue el hasta cierto punto imprevisto ascenso del monarca al trono, tras los fallecimientos for-

tuitos de seis de sus predecesores en la línea sucesoria.¹¹ Más aún, parece ser que Manuel I fue educado en las ideas religiosas de Joaquín de Fiore (c. 1130-1202), un monje cisterciense originario de Calabria al que algunos teólogos consideraban un santo y otros un hereje.¹² El pensamiento joaquinista giraba en torno a una serie de ideas centrales: la convicción de que había que trascender la interpretación literal de las Sagradas Escrituras para llegar al espíritu, un enfoque trinitario de la historia y una visión apocalíptica que sostenía que pronto amanecería una nueva era, correspondiente al Quinto Imperio del libro bíblico de Daniel. Además, en la Europa de finales del siglo xv reinaba una influyente coyuntura milenarista, y parece que no solo cristianos como Colón y Savonarola, sino también judíos ibéricos (perseguidos tanto en la vecina España como en el Portugal de Manuel I) abrazaron hasta cierto punto tales ideas escatológicas.

Es posible que estas creencias mesiánicas, fomentadas por algunos miembros influyentes de su consejo tras su ascensión al trono, permitieran al rey Manuel I actuar en ocasiones de una manera sumamente autocrática por creerse inspirado por el Espíritu Santo. La influencia joaquinista en el monarca trajo consigo otro efecto, la preocupación (que llegó a ser obsesiva) por la reconquista de Jerusalén, presentada durante su reinado como la culminación lógica de la expansión en ultramar y el broche de oro que le permitiría atribuirse el título de emperador de Oriente (o quizá incluso de emperador universal). La recuperación de Jerusalén fue una empresa que nació y murió con Manuel I, pues ni sus predecesores ni sus sucesores parecieron muy entusiasmados con ella. No obstante, deberíamos destacar que, incluso en términos tácticos, no había por fuerza una contradicción entre el mercantilismo y el mesianismo del rey, ya que el primero podía con facilidad amoldarse al segundo. El plan del monarca consistía en lanzar un doble ataque contra el reino mameluco de Egipto (o el «sultanato de Babilonia», como lo denominaban sus seguidores mesiánicos), uno por el norte de África y el otro por el mar Rojo, una vez que los portugueses estuvieran asentados en el océano Índico. Es cierto que esa estrategia requería reactivar el frente norteafricano, tras un periodo de inactividad bajo Juan II, y, por tanto, la desviación de recursos de la actividad mercantil. El frente marítimo estaba destinado en realidad a matar dos pájaros de un tiro, ya que el bloqueo de la entrada al mar Rojo no solo otorgaría a los portugueses una ventaja decisiva en el mercado europeo de la pimienta y las especias sobre sus rivales venecianos (cuyos proveedores eran El Cairo y Alejandría), sino que también reduciría la base de ingresos de los mamelucos.

Para alcanzar este objetivo se requería el apoyo de diversas potencias asiáticas, pero en este punto, Manuel y los suyos estaban muy mal informados, pues, incluso tras el regreso de Vasco de Gama a Portugal en 1499, creían que el número de reinos cristianos en Asia era muy superior a lo que en realidad era. A la larga, esta estrategia pasaba por establecer una alianza con Etiopía, el Estado gobernado por el negus, a quien los portugueses identificaban como el mítico preste Juan. Una alianza que encontró

¹¹ J. Aubin, *Le Latin et l' Astrolabe: recherches sur le Portugal de la Renaissance, son expansion en Asie et les relations internationales*, vol. 1 (París: Centre Culturel Calouste Gulbenkian, 1996).

¹² L. F. R. Thomaz, «L'idée impériale manueline», en *La Découverte, le Portugal et l'Europe*, J. Aubin, ed. (París: Centre Culturel Portugais, 1990), pp. 35-103.

una viva oposición tanto en Portugal como en el Asia portuguesa. Así pues, el mercantilismo real era, en parte, una condición necesaria para la puesta en práctica de planes mesiánicos: hacer la guerra requería recursos, sobre todo tratándose de una contienda que era improbable que entusiasmara a la nobleza, como seguramente tampoco lo hubiera hecho la campaña de Jerusalén, de haberse emprendido (Costa y Rodrigues, 1992). La idea de mantener un ejército permanente de mayor tamaño, que cobró popularidad en el reinado de Manuel I, era una consecuencia natural de esta lógica. También era el siguiente paso en el desarrollo del absolutismo real que nunca llegó a darse del todo. El problema fundamental de los dos principios que rigieron la política colonial de Manuel I no fue, pues, su naturaleza aparentemente contradictoria, sino más bien la hostilidad que suscitaba en determinados círculos.

Como es bien sabido, tras una serie de expediciones marítimas a la vez comerciales y militares, incluidas las dos encabezadas por el propio Vasco de Gama entre 1497 y 1499 y, de nuevo, entre 1502 y 1503, la presencia de los portugueses en Asia alcanzó una cierta solidez y estabilidad en 1505 con el nombramiento de Francisco de Almeida como primer virrey. Los cuatro años de su virreinato aún suscitan controversia. Aparte de una serie de misiones exploratorias a las que el virrey accedió a regañadientes, lo más destacado de este periodo en el terreno geopolítico fue la derrota de una flota expedicionaria mameluca frente al puerto guyaratí de Diu en 1509. No obstante, los seis años siguientes, entre 1509 y 1515, fueron espectaculares. El gobernador durante este periodo, el célebre Alfonso de Albuquerque, muy afecto a la ideología mesiánica manuelina, logró capturar, primero, Goa; luego, Malaca y, por último, el puerto insular de Ormuz en el golfo Pérsico. En 1521, las fortalezas portuguesas, eran, de oeste a este las siguientes (con la fecha de construcción entre paréntesis): Sofala (1505), Mozambique (1508), Ormuz (1515), Chaúl (1521), Goa (1510), Cananor (1505), Calicut (1513), Cochín (1503), Kollam (1519), Colombo (1518), Pasai (1521) y Malaca (1511). Algunas habían sido abandonadas, como Kilwa (1505-1512) y las islas de Socotra (1507-1511) y Anjedive (1505-1507). Sin duda, aún quedaban algunos huecos importantes. Uno de ellos era Adén, que custodiaba la entrada al mar Rojo y que Albuquerque no pudo tomar; tampoco el largo y recortado litoral de Guyarat y el Konkan albergaban aún asentamiento portugués alguno.

LA CREACIÓN DE UNA DIALÉCTICA

La actividad del periodo que hemos tratado se desarrolló sobre todo en el océano Índico occidental, entre Sri Lanka y la costa de África. Desde 1505, el objetivo portugués fue construir una cadena de fortalezas en esa región (figura 3) y Albuquerque lo ejecutó hasta las últimas consecuencias. La única iniciativa importante que Albuquerque emprendió fuera del océano Índico occidental fue la captura de Malaca en agosto de 1511, una expedición con implicaciones profundas y, hasta cierto punto, imprevistas para la empresa portuguesa al crear un segundo eje de actividad al este del cabo Comorín.

En los años anteriores a la conquista de Malaca, los portugueses habían establecido alianzas con la comunidad mercantil de esta ciudad, formada, en su mayor parte,

por mercaderes tamiles con una posición destacada en el golfo de Bengala. El otro colectivo importante, los gujaratís, dedicados sobre todo al comercio con Malabar, Gujarat, el mar Rojo y el golfo Pérsico, huyó en masa de Malaca cuando esta cayó en manos portuguesas. Fue a través de los tamiles como Albuquerque y su representante, el primer capitán Rui de Brito Patalim, intentaron entablar contacto con diversos puntos del litoral del golfo de Bengala, el sudeste asiático insular y Extremo Oriente. En 1511, primero, y en 1515, tras la muerte de Albuquerque, después, la Corona portuguesa y varios mercaderes tamiles (entre los que destacó un tal Setu Nayinar) colaboraron en una serie de expediciones marítimas a Martaban en Birmania, a Pulicat en el sureste de la India o las Molucas, entre otros destinos.¹³ Estas expediciones de descubrimiento y exploración, en las que la Corona portuguesa se asoció en pie de igualdad con los tamiles, continuaron hasta 1518, aproximadamente. A partir de entonces, se hizo con el control absoluto, designando a un capitán, a un factor y a un escribiente a bordo de cada navío, todos portugueses.



Figura 3. Fort Chapora, Goa. Fuente: Prayash Giria (licencia CC BY-SA 3.0).

Fue en estas expediciones donde se forjó el sistema de *carreiras* entre determinados puertos de Asia como Pulicat y Malaca, o Malaca y Chittagong en Bengala. El sistema no fue exclusivo de las regiones situadas al este del cabo Comorín. En el océano Índico occidental también había una serie de *carreiras*, como la que conectaba Ormuz con diversos puertos de la costa de la India. No obstante, a partir de la década de 1520, las *carreiras* representaron el compromiso entre la Corona y los intereses privados, ya que

¹³ S. Subrahmanyam, *Improvising Empire: Portuguese Trade and Settlement in the Bay of Bengal, 1500-1700* (Delhi: Oxford University Press, 1990) y S. Subrahmanyam, *The Political Economy of Commerce: Southern India, 1500-1650* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

el capitán y el resto de los oficiales podían utilizar libremente una determinada proporción de la bodega (su *quintalada*), además de recibir un salario. No fue infrecuente que los nobles que en esos años se embarcaban en Portugal con rumbo a Asia lo hicieran con cartas de autorización del rey mediante las que se les nombraba capitanes de alguna *carreira*. La Corona proporcionaba el barco y sus intereses comerciales quedaban, en parte, garantizados por su control sobre casi todo el espacio de carga.

Las primeras rutas comerciales oficiales que operaron al este del cabo Comorín fueron las que unían la costa oeste de la India con las islas de Banda en las Molucas, pasando por Malaca, Coromandel (es decir, Pulicat) y Pegu, en la Baja Birmania. A estas les siguieron otras entre Bengala y un sinfín de puertos de la península de Malaca. No resultó infrecuente que los capitanes de las naves desempeñaran misiones diplomáticas actuando como embajadores y estableciendo relaciones entre Goa y los soberanos de los puertos de destino de las *carreiras*.

A Albuquerque le sustituyó como gobernador Lopo Soares de Albergaria, su implacable rival, que tenía una visión contrapuesta del comercio en Asia. Los tres años que permaneció en el cargo, entre 1515 y 1518, tuvieron, a su manera, tanto impacto como los de su más famoso predecesor. Lopo Soares era un declarado «librecambista» partidario de que los portugueses pudieran ir a cualquier parte de Asia para lucrarse, por lo que puso en marcha lo que se ha denominado la «gran libertad» (*grande soltura*), que fue la antítesis del dirigismo de Albuquerque (Bouchon y Thomaz, 1988). Hacia 1520 esta política había producido resultados impresionantes, de modo que los mercaderes portugueses estaban presentes en la mayoría de los puertos importantes del golfo de Bengala y en lugares como Patani y Pahang, en la península de Malaca. El número de mercaderes que se beneficiaron de su política no era nada despreciable. En Pulicat, en la costa de Coromandel en la India suroriental, había doscientos o trescientos portugueses en el año 1520, y podían encontrarse núcleos más pequeños en Martaban, Tenasserim y otros centros del litoral del golfo de Bengala. Esta presencia de mercaderes privados llegó a ser un claro estorbo para los capitanes de los navíos reales, tanto más porque algunos de ellos no tuvieron inconveniente en practicar la piratería o el corsarismo cuando les convino. O, peor aún, para los intereses de la corona portuguesa, podían renegar del cristianismo, convertirse al islam y aliarse con gobiernos como el del sultanato de Bengala.

Estos dos modelos de expansión, el del océano Índico occidental y el del golfo de Bengala, por un lado, y el del sudeste asiático, por otro, han sido en ocasiones comparados con otros dos que los portugueses habían establecido antes: el primero con el del norte de África y el segundo con el de la costa occidental del mismo continente. Al hacerlo, se ha querido destacar que, en el primer caso la dimensión militar dominó sobre la comercial y la alta nobleza tuvo una participación relativamente destacada, mientras que, en el segundo, el incentivo mercantil dominó sobre el militar, y la nobleza media y baja, así como otros estratos de la sociedad portuguesa, fueron mucho más visibles. Los procesos del periodo entre 1525 y 1540 sirvieron en su mayor parte para afianzar esta distinción más que para difuminarla.

Llegados a este punto, convendría trazar un breve balance de los efectivos humanos que participaron en esta fase de la construcción del imperio portugués. En 1516 habría en torno a unos 4000 portugueses en Asia que, según João de Castro habrían

ascendido a 6.000 o 7.000 hacia 1540. De ellos, unos 400 se encontraban en Cochín, 250 en Malaca y menos de 150 en Ormuz. A estos habría que añadir todos los que se hallaban fuera del control del Estado portugués. Es posible que, en 1550, hasta 200 estuvieran establecidos en Etiopía, y entre tres y cuatro veces más en el conjunto de todos los puertos de la costa de Coromandel de la India oriental, un número similar a los que residirían en los diversos centros adquiridos en la costa oeste de la India después de Albuquerque, como Bassein, Damán, Chaúl y Diu.

Dos de estos últimos, Bassein y Diu, se los había cedido de mala gana el sultán Bahadur de Guyarat en 1534 y 1535, respectivamente. El primero, designado como la provincia del norte (*provincia do norte*), cumplía dos funciones, la primera, asegurar las vías de abastecimiento de Goa, que sufría un déficit de alimentos, y la segunda, satisfacer las pretensiones señoriales de los *fidalgos* que quedaban mediante la concesión de propiedades agrícolas o *prazos*. Chaúl, donde ya en 1521 se construyó una fortaleza, debía actuar, junto con Diu, como freno a la actividad mercantil guyaratí entre la costa oeste de la India y los puertos «enemigos» del Estado portugués. Estos centros complementaron, pero no alteraron en lo fundamental, la red comercial portuguesa del océano Índico occidental tal como era en 1515. El hecho de que generaran no pocos ingresos por impuestos sobre la tierra y el comercio fue una razón más para su adquisición. De igual modo, los cambios en la presencia portuguesa en África oriental durante la década de 1530 estuvieron dirigidos más a la consolidación del modelo que a su reestructuración. Ya en tiempos de Albuquerque, los portugueses habían abandonado su fortaleza de Kilwa y, en la década de 1530, empezaron a penetrar en el valle del Zambeze, en un intento por controlar las vías terrestres de abastecimiento de los puertos. Se fundaron pequeños asentamientos en Sena y Tete, y después, en 1544, en Quelimane.

La mayor parte de los efectivos navales del Estado portugués siguió concentrándose en el océano Índico occidental. Un texto anónimo titulado *Lembrança das Cousas da Índia* ('Memorando de los asuntos de la India'), escrito en 1525, ofrece una detallada e interesante relación de los barcos de que disponía el gobernador Henrique de Meneses, que había sucedido a Vasco de Gama, fallecido en diciembre de 1524 mientras ejercía el cargo de virrey. Tres de los más grandes, con un porte de unos 1500 *toneis*, se encontraban en Ormuz; otros se utilizaban en Calicut; un galeón y un barco redondo tenían su base en Malaca adonde estaba previsto que se trasladara otro galeón. En el golfo de Bengala, había un único buque, en el que el capitán de Coromandel había zarpado con rumbo a Pulicat. Esta distribución refleja la importancia que la administración portuguesa confería a las distintas regiones que controlaba.

¿Se puede deducir que con estos efectivos navales relativamente escasos el objetivo de controlar todo el comercio de la pimienta y las especias entre Asia y Europa era poco menos que inalcanzable? Lo curioso es que, pese a la posición más o menos débil de los portugueses, el comercio entre la India y el mar Rojo que se escapó a su control fue muy escaso en esa época. Las crónicas árabes de Hadramaut, en Arabia meridional, sugieren que, entre finales de la década de 1520 y de la siguiente, los únicos barcos que atrajeron a los portugueses hasta el punto de perseguirlos y capturarlos fueron algunos mercantes con cargamentos de pimienta procedentes del puerto de Bhatkal, al sur de Goa. Es posible que hubiera otros, de puertos como Kollam, Calicut y Cananor, con los que hicieron sistemáticamente la vista gorda, pero no se tiene ninguna certeza

de ello. No obstante, sí parece claro que el comercio de pimienta y especias entre Asia meridional y suroriental a occidental continuó durante las décadas de 1530 y 1540 a pesar de la desagradable sorpresa en la de 1500, cuando la ruta comercial más antigua entró en crisis. Aunque los portugueses controlaban Ormuz, las especias seguían pasando por allí; resulta clave conocer su destino, ya que hay razones de peso para pensar que no se dirigían al mercado europeo, sino a satisfacer la demanda iraní, turca y norteafricana.

Así pues, la dinámica de los primeros años de presencia portuguesa en el océano Índico occidental permitió que se llegara a una especie de compromiso. Una vez construida la red básica de fortalezas, cuando la distribución europea de la pimienta y las especias estuvo en gran medida en manos de los portugueses, pudo estimarse con más precisión la magnitud de la demanda de productos asiáticos. Los cargueros que en 1518 regresaban a Europa lo hacían con una gran variedad de productos a bordo, a diferencia de lo que ocurría hacia 1505, cuando los cargamentos eran casi exclusivamente de pimienta. De ese modo, quedaban asegurados los ingresos comerciales fundamentales de la Corona, que continuaron siendo considerables durante la década de 1520 y principios de la siguiente.¹⁴ La situación era bastante más compleja en el comercio interior asiático, gestionado mediante un sistema de *carreiras* bajo control de la Corona. Hacia finales de la década de 1520 se aprecia una tendencia a la reducción del número de *carreiras*; algunas, como la ruta entre Bhatkal y Ormuz, dejaron de estar operativas en torno a esos años. De nuevo, el comercio del clavo procedente de las Molucas funcionó de 1521 a 1535 como un monopolio de la Corona, pero, a partir de esta última fecha, se permitió la participación de mercaderes privados, siempre que pagaran un impuesto a la Corona y le cedieran una tercera parte del cargamento de clavo a un precio fijo inferior al de mercado.

Pero ¿qué hay de cierto en la afirmación de que hubo un monopolio generalizado sobre el comercio asiático, basada en el título de «Señor de la conquista, navegación y comercio de Etiopía, Arabia, Persia e India» que adoptó el monarca portugués Manuel I tras el viaje de Vasco de Gama? Los estudiosos que han analizado el significado de esos atributos a la luz de los usos jurídicos en el Portugal del Medioevo han señalado que la doctrina generalizada del mar cerrado (o *mare clausum*) no contaba con el respaldo unánime de la corte portuguesa y solo podía justificarse si se adoptaba una postura radical que, dicho sea de paso, habían refutado teólogos como santo Tomás de Aquino, en virtud de la cual las potencias no cristianas debían considerarse, por definición, ilegítimas y, consecuentemente, sin derecho a opinar. Por su parte, los derechos del monarca portugués procedían de una bula concedida por el papa Nicolás V en 1455, que había tenido la precaución de señalar que el monopolio era sobre la navegación a la India (es decir, *usque ad indos*) y no sobre el océano Índico. Así pues, lo que se discutía era el derecho sobre el Atlántico y, en concreto, en relación con otras potencias cristianas como España o Francia. Al hacerlo extensivo a la navegación dentro de Asia, los portugueses estaban, de hecho, interpretando de forma abusiva la concesión papal.¹⁵

¹⁴ V. M. Godinho, *Mito e mercaderia, utopia e prática de navegar, séculos XIII-XVIII* (Lisboa: Difel, 1990), pp. 411-426.

¹⁵ Thomaz, *De Ceuta a Timor* (Lisboa: Difel, 1994), pp. 222-223.

La única manera de justificar esta pretensión más ambiciosa era reconociendo que el soberano portugués tenía, como monarca, derecho a imponer a sus súbditos medidas monopolísticas prohibiéndoles comerciar con determinados productos. En segundo lugar, el estado de guerra podía utilizarse como justificación para negar a ciertos barcos el derecho a navegar. Esto último dio origen al llamado sistema de *cartaz*, un sistema de salvoconductos concedidos a barcos asiáticos, al principio en la costa de Malabar y, más adelante, en la de Coromandel, Guyarat, y en otras. Según el cronista Gaspar Correia, en 1502, Vasco de Gama concedió los primeros *cartazes* a barcos de los puertos malabares de Kollam, Cochín y Cananor, a fin de certificar que pertenecían a regiones que no estaban en guerra con los portugueses. Queda, por tanto, claro que, inicialmente, el sistema de *cartaz* no fue una medida para aumentar los ingresos, como se ha afirmado en ocasiones.

Las pretensiones más limitadas de los monarcas portugueses en este periodo también pueden contemplarse desde la perspectiva de su interés por las *páreas* o tributos de vasallaje. Ya hemos apuntado la posibilidad de que en sus últimos años Manuel I aspirara a proclamarse emperador de Oriente, para lo cual estuvo esperando a que concluyera con éxito la empresa de Jerusalén. Ello no quiere decir que pretendiera ejercer una soberanía plena sobre un territorio tan extenso (y eso que la colonización de Brasil aún no había empezado), sino más bien que aspiraba a un dominio parcial sobre el mayor número de reinos asiáticos posible. Así, en 1521, cuando Diogo Lopes de Sequeira construyó la fortaleza de Chaúl, fue con la condición de que la dinastía Nizam Shahi que gobernaba Ahmadnagar (a la que pertenecía el puerto) pagara *páreas* por un valor de 2.000 *pagodas* de oro, un «tributo» que ascendió a 7.000 *pagodas* a partir de 1539. En Ternate, en Indonesia oriental, las *páreas* consistían en hojas de palma y sagú; a principios del siglo XVI en Kilwa, se exigió a los sultanes que pagaran *páreas* en oro.

Aunque las sumas de dinero solicitadas, o su equivalente en bienes, eran a menudo insignificantes, el hecho jurídico del tributo era mucho más importante que su cuantía. Retomando el concepto político de los reinos de taifas, empleado en la península ibérica a finales del periodo de dominación islámica, se puede afirmar que el monarca portugués aspiraba a ejercer una influencia más extensa que profunda, como bien ilustran algunas de sus decisiones. La más crucial quizá sea la de no intervenir de manera directa en los sistemas administrativos locales durante los primeros años de dominación. En Malaca, intentaron convencer al sultán para que les rindiera vasallaje, pero al no conseguirlo, otorgaron más autoridad al *bendabara* (o «primer ministro»), un cargo que con el tiempo se convirtió en una propiedad hereditaria en manos de una familia tamil. De modo similar, tampoco en Ormuz establecieron un régimen de plena soberanía, sino un protectorado que permitió al sah conservar su cargo, aunque fue mermando paulatinamente su nivel de ingresos. En Goa, el cargo clave de *tanadar-mór* estuvo ocupado durante más de dos décadas y media por un empresario brahmán llamado Krishna, que a principios de la década de 1520 visitó Portugal y consiguió para sí una serie de codiciados puestos. El fuero (*foral*) de 1526 en Goa, elaborado por Afonso Mexia, reflejó esta ideología «conservadora», y suele verse como un intento de poner por escrito los derechos vigentes más que de redefinirlos. No obstante, los efectos a largo plazo de este enfoque tan «museológico» no fueron exactamente los que se buscaban. La situación fue ya algo distinta en la denominada *provincia do norte* (al norte de

Goa), donde los titulares de concesiones de tierras del sultanato guyaratí no fueron desplazados cuando los portugueses pasaron a gobernar la región. Los cambios principales se produjeron en la etapa siguiente, en especial a partir de los últimos años de la década de 1540.

La década de 1530 fue un periodo de continuidad en el que los portugueses no siempre se dieron cuenta de las transformaciones que se estaban produciendo y que, con el tiempo, acabarían afectando sustancialmente a sus intereses en Asia. La primera de ellas fue la creación en Brasil del sistema de capitanías donatarias que facilitaron la colonización del interior del territorio. Su principal impulsor fue Martim Afonso de Sousa, que más tarde sería el gobernador del Asia portuguesa de la que Brasil se convertiría, dados sus recursos tanto humanos como económicos, en el principal competidor.

En segundo lugar, el sultán otomano Solimán el Magnífico (r. 1520-1566), que en la década de 1520 había expandido sus posesiones sobre todo hacia el oeste —Egipto y Hungría—, entre 1530 y 1550 pasó a centrarse en el sur de sus dominios. La primera gran flota otomana, construida en Suez, estaba lista a principios de la década de 1530, pero fue solo después de la conquista de Basora cuando zarpó, capitaneada por Hadim Solimán Pasha, para emprender el célebre «primer asedio» de Diu en 1538. La expedición tuvo resultados dispares, pues, si, por un lado, contribuyó a consolidar el control otomano sobre el litoral del mar Rojo, por otro, fracasó en su asalto a la fortaleza portuguesa de Diu. En todo caso, fue un presagio de lo que estaba por venir en la etapa siguiente, ya que la rivalidad entre los portugueses y los otomanos siguió creciendo hasta, al menos, 1570.

En tercer lugar, hacia 1530, asistió al surgimiento paulatino de un nuevo complejo de poder comercial y político en el golfo de Bengala. Cuando el sultanato de la dinastía Husain Shahi de Bengala entró en decadencia a principios de esta década, se originó un doble proceso. Por un lado, la emergencia de dos estados ferozmente mercantilistas, Arakan, en el norte de Birmania, gobernado por Minbin (r. 1531-1553), con Mrauk-u como capital, y el imperio Toungoo en la Baja Birmania, gobernado por Tabinshwehti (r. 1531-1550). Como consecuencia, el comercio en la costa birmana, que antes se había desarrollado de manera intermitente, adquirió una cierta continuidad, de modo que los puertos de Cosmin, en la parte occidental del delta del Irawady, y Martaban, en la desembocadura del río Salween, compitieron con Mrauk-u por el comercio con Coromandel. Por otro lado, Bengala y Birmania se convirtieron en dos de los destinos preferidos de un número cada vez mayor de portugueses, que llegaron a ser varios centenares en 1540.¹⁶

EL PUNTO DE INFLEXIÓN DE MEDIADOS DE SIGLO Y SUS EFECTOS

En las tres décadas siguientes, caracterizadas por una profunda crisis fiscal y económica en el Asia portuguesa, se produjeron muchos cambios. Las raíces de esta crisis de-

¹⁶ S. Subrahmanyam, *Improvising Empire: Portuguese Trade and Settlement in the Bay of Bengal, 1500-1700* (Delhi: Oxford University Press, 1990).

ben buscarse en una serie de fenómenos independientes que confluyeron en una coyuntura desfavorable: mal tiempo y pérdida de cosechas en la década de 1540, que dieron lugar a grandes hambrunas en la India y a una contracción de los intercambios, perturbaciones en la dinámica comercial en Europa y en la ruta del cabo de Buena Esperanza y desafíos políticos para los portugueses en diversos frentes, que coincidieron con manifestaciones de violenta oposición al comercio oficial en sus dominios asiáticos. La actividad privada se expandió rápidamente a medida que el sistema oficial de *carreiras* iba cayendo poco a poco en la desidia. Los mercaderes particulares expandieron cada vez más su radio de acción, de modo que, en torno a 1543, inauguraron el comercio con Japón, que se convirtió, por ende, en objetivo de la obra misionera de los jesuitas. A finales de la década de 1550, la conflictiva presencia portuguesa en la costa suroriental de China recibió por fin la bendición oficial de la dinastía Ming, con la creación del asentamiento de Macao. Por estos años empezó a quedar claro que el centro de gravedad de la empresa portuguesa en Asia se había desplazado hacia el este, lejos de la red de fortalezas creada por Alfonso de Albuquerque.

En 1570, los portugueses habían alcanzado el límite geográfico de su expansión en Asia durante los siglos XVI y XVII. Lo que les quedaba por hacer era explotar los espacios explorados hasta entonces. En ese momento se podía contabilizar enclaves portugueses —fuera de misioneros, mercaderes privados, renegados o representantes de la Corona— en Japón, China, el sudeste asiático continental, el archipiélago indonesio, Asia meridional continental, Irán y los dominios otomanos, y África oriental. Los historiadores de casi cualquier punto del litoral asiático pueden estar seguros de que en este periodo ya existen fuentes documentales portuguesas sobre la región por la que se interesan, algunas impresionistas y muy alejadas de la realidad, y otras basadas en documentos empíricos pormenorizados. Gracias a ello fue posible la elaboración de compendios como el célebre y muy reproducido *Códice Casanatense*, una serie de 76 acuarelas que ilustran los rasgos raciales, los usos y la indumentaria de los pueblos de las costas de África oriental y Asia. Partiendo del «Kafir de [el cabo de] Buena Esperanza», el anónimo pintor nos lleva de viaje por Etiopía, el mar Rojo, Irán, Guyarat y Goa (a estos dos últimos territorios les dedica varias acuarelas), las costas de Kanara y Malabar, Coromandel y Orissa, Bengala, Birmania, el mundo malayo, Sumatra, Java o las Molucas para terminar su odisea visual en China. Hoy en día estamos lejos de las imágenes fantasiosas de los antiguos o, incluso, de las de los viajeros italianos medievales; nuestra mirada de esta zona del mundo está condicionada por la experiencia de los viajeros del siglo XVI.

No obstante, casi toda la documentación generada por los portugueses hasta ese momento —las crónicas político-militares de Barros y Castanheda, por ejemplo— sigue haciendo referencia a lugares cercanos a la costa. Por tanto, el Estado da Índia portugués —como empezaron a denominarse por esos años los asentamientos y territorios en manos portuguesas alrededor de Goa— continuaba siendo, en esencia, una empresa marítima. Incluso la escasa actividad oficial en materia de expansión y conquista durante la década de 1560 continuó ajustándose a este patrón. En 1568-1569, los portugueses se apropiaron de tres puertos de Kanara —Honawar, Basrur y Mangalore— por razones bastante tradicionales, como la necesidad de controlar el comercio de la pimienta de Kanara y asegurar las vías de suministro a Goa desde estas zonas productoras de arroz. El hecho de que se escogiera este periodo fue providencial, ya que la de-

rrota del imperio vijayanagara de la India meridional en 1565 a manos de sus rivales del norte —los sultanatos de Bijapur, Ahmadnagar y Golconda— creó un vacío político en la región que los portugueses no tardaron en ocupar. De hecho, no se replantearon el carácter básicamente litoral de su ocupación hasta las décadas posteriores a 1570.

Para resumir en pocas palabras lo que fue un proceso complejo, nos limitaremos a decir que las cuatro décadas posteriores a 1570 se caracterizaron por un creciente interés portugués en las tierras del interior del continente y la aparición de redes marítimas que compitieron con las del Estado portugués. Ello no debería llevarnos a desdeñar los cambios que se produjeron en su actividad marítima, que se aceleraron todavía más después de que Felipe II de España se convirtiera en rey de Portugal en 1580-1581.¹⁷ Parece que, obsesionado con la información, nada más acceder al trono, el monarca encargó un informe acerca de la extensión y naturaleza de sus posesiones en Asia. Este texto, el *Livro das Cidades e Fortalezas*, lleva un título bastante inapropiado, ya que, al menos en una cuarta parte, no trata ni de ciudades ni de fortalezas, sino del comercio marítimo. No sabemos quién fue su autor, pero es muy probable que se tratara de un antiguo funcionario de la hacienda portuguesa en Asia. En él se nos brinda una descripción detallada de la faz cambiante del Estado en un momento en el que el viejo sistema de *carreiras* estaba siendo sustituido por viajes a cargo de concesionarios privados (o *viagem*), que establecieron nuevas fronteras comerciales y colonizadoras, a la vez que se debatían hipotéticos y, en ocasiones, descabellados proyectos de conquista territorial en lugares tan diversos como África oriental, Sri Lanka, Birmania y Camboya.

Estos cambios complejos que se produjeron a finales del siglo xvi han resultado a menudo difíciles de asimilar para los historiadores. Algunos de ellos han afirmado que desde mediados de la centuria, la empresa portuguesa en Asia perdió vigor, cayendo en una dinámica habitualmente calificada como de *decadência* imperial. Desde este punto de vista, la crisis de este periodo, que hemos expuesto brevemente, puede entenderse como una crisis decisiva, que dejó al imperio portugués en Asia vacío por dentro y listo para su demolición por holandeses e ingleses. Esta lectura de la situación se basa en buena medida en la perspectiva que el gran cronista de la época, Diogo do Couto (1543-1616), expuso en textos como su *Soldado Prático*, del cual se conocen al menos dos versiones distintas.¹⁸ Sin embargo, algunos estudios recientes sobre la «decadencia imperial» deberían hacer vacilar a los historiadores que han aceptado acríticamente la perspectiva de Couto, pues todo indica que la «visión decadente» fue una reacción a los reajustes sociales que se estaban produciendo, que, de hecho, llegó a constituir un lugar común que afectó a otros imperios contemporáneos, como el otomano y el mogol.

EL CONTRATAQUE ASIÁTICO

La primera etapa de la presencia portuguesa en Asia coincidió, por casualidad, con un periodo de rápidas transformaciones políticas en la mitad occidental del continente.

¹⁷ G. Parker, *La Gran Estrategia de Felipe II* (Madrid: Alianza Editorial, 1998).

¹⁸ A. C. Martins, *Em torno de Diogo do Couto* (Coímbra: Biblioteca General de la Universidad de Coímbra, 1985).

Durante sus primeros treinta años en el océano Índico, los portugueses fueron testigos de una de las etapas más importantes de la historia otomana: la expansión de Selim I por Egipto y el mar Rojo; la consolidación del imperio safávida en Irán por parte del sah Isma'íl, el fundador de la dinastía; la implantación del dominio mogol en el norte de la India por el príncipe timúrida Babur y el apogeo del imperio vijayanagara en la India meridional con Krishnadevaraya (r. 1509-1529). Desde la perspectiva de los portugueses, en torno a 1530, las principales potencias políticas de Asia eran los otomanos, los vijayanagara y los chinos Ming; por ello temieron y combatieron activamente a los primeros, trataron con los segundos por la vía diplomática y guardaron con prudencia las distancias con los terceros.

Las cuatro décadas siguientes tuvieron una trascendencia un poco menor, pues el único cambio político significativo en el océano Índico occidental fue, desde la perspectiva portuguesa, la reestructuración del poder de los sultanes del Decán, en la India centromeridional, con su decisiva victoria en 1565 sobre el ejército vijayanagara. Goa, cuyo comercio estaba ligado a la demanda de la ciudad de Vijayanagara, sufrió las consecuencias de este cambio que, sin embargo, fue pronto compensado con el incremento de las transacciones con Bijapur. Además, la actividad en el golfo de Bengala durante la década de 1560 benefició cada vez más a los mercaderes privados portugueses, que regresaban con noticias del gran aparato estatal que estaba creándose en la región. El dominio birmano se convirtió en las crónicas de estas décadas en una presencia muy atractiva hasta su transitoria caída en la década de 1590.

No obstante, a partir de la década de 1570 se configuró un nuevo orden político en el arco que se extendía desde Bengala hasta el mar Rojo, pasando por el norte de la India e Irán, que perduró —con algunos reajustes relativamente menores— hasta principios del siglo XVIII. El factor más decisivo en este nuevo orden fue la expansión del Estado mogol, que pasó de ser un reino sin salida al mar en el valle del Ganges a convertirse en un imperio con acceso marítimo, no solo al océano Índico occidental, sino también al golfo de Bengala. El cambio se produjo durante el reinado de Akbar (r. 1556-1605), el primero de su linaje a quien los portugueses llamarían de manera sistemática el Gran Mogol («Grão Mogor») que en la década de 1530 hizo realidad la aspiración de su padre Humayun de hacerse con el control de Guyarat y Bengala. En 1572-1573, los efectivos de Akbar conquistaron Guyarat con facilidad, y en marzo del año siguiente, los mogoles firmaron un tratado con los portugueses. Más adelante, en 1575-1576, llevaron a cabo una eficaz campaña en Bengala que les permitió apoderarse de los puertos de Pipli y Satgaon y crear la *sūba* (provincia) mogola de Bengala. Por último, en 1591-1592, arrebataron el Bajo Sind a su soberano, lo que les permitió controlar Thatta y su puerto Lahori Bandar, en la desembocadura del Indo.

A pesar de ello, hasta aproximadamente 1610, los mogoles se conformaron con usar la amenaza que representaban para los asentamientos portugueses por tierra como una forma de impedir que el Estado da Índia adoptara estrategias poco juiciosas. Es significativo que, en una etapa dominada por ambiciosos proyectos de conquista, nadie aventurara realmente la posibilidad de conquistar los territorios mogoles. Lo máximo que esperaban conseguir los portugueses era que la presencia jesuita en la corte de Akbar lo tentara a convertirse al cristianismo y lo volviera así más maleable; pero ese proyecto de conversión resultó ser una quimera. Cuando la plata del Nuevo Mundo, y es-

pecialmente los *reales de a ocho* acuñados con el metal de las minas de Potosí, una vez perfeccionada la amalgamación con mercurio, empezó a viajar en los barcos de la *Carreira da India*, Guyarat y Goa adquirieron una cómoda posición comercial. Al mismo tiempo, a finales del siglo xvi, seguían zarpando barcos de Guyarat con destino al mar Rojo, de donde regresaban con metales preciosos que intercambiaban por telas indias. La plata de Goa servía para abastecer las cecas del Imperio mogol.

Una preocupación inmediata mucho mayor que los mogoles eran sus vecinos occidentales y a veces rivales, los soberanos safávidas de Irán. Parece que las relaciones oficiales portuguesas con los primeros gobernantes de esta dinastía, Isma'íl, Tahmasp y Muhammad Khudabanda, se desarrollaron sin grandes complicaciones. No obstante, todo cambiaría durante el reinado del sah Abás (1587-1629), que entabló relaciones comerciales con Moscú, envió embajadores y representantes comerciales a Europa y empezó a molestarse por el control portugués de Ormuz, que con tanta eficacia dominaba la entrada al golfo Pérsico. El poderío militar de los safávidas, puesto en duda por las derrotas ante los otomanos en la frontera de ambos imperios, recobró su vigor cuando el sah Abás formó un ejército profesional a partir de los efectivos mucho más reducidos que había mantenido Tahmasp. Abás y sus consejeros trazaron una elaborada estrategia para combatir la amenaza otomana y lidiar con los portugueses. En julio de 1599, envió una embajada con mensajes para el zar Boris Godunov, los soberanos de Polonia, Hungría, Francia y Escocia, la reina Isabel I de Inglaterra, el dux de Venecia, el gran duque de Toscana y Felipe III de España, en la que les proponía una alianza contra los otomanos. La propuesta, bien aceptada por los ingleses, obtuvo una reacción poco entusiasta por parte de los Habsburgo, lo que obligó a Abás a considerar un ataque contra Ormuz, su único otro medio de comerciar libremente con el exterior. Un diplomático inglés educado en Oxford, sir Thomas Roe, resumió muy bien la situación cuando escribió por esas fechas que el sah Abás tenía que «decidir constantemente entre continuar con los españoles o hacer las paces con los turcos; es lo uno o lo otro».

El intercambio de embajadas entre Madrid, Goa e Isfahán continuó durante toda la década de 1610, pero pronto se puso de manifiesto que para el sah Abás era tan solo una manera de ganar tiempo mientras esperaba a que los ingleses le prestaran apoyo. El establecimiento de una factoría inglesa en Jask en el año 1616 marcó el comienzo de la alianza anglo-iraní contra los portugueses. Gracias a los impuestos sobre la actividad comercial, Abás y su corte dejaron de depender del patrimonio de la dinastía. Una de las primeras medidas para lograrlo fue convertir el lucrativo comercio de la seda en un monopolio del Estado. Pero mientras las dos rutas de la seda —una terrestre hacia el noroeste y otra marítima hacia el sureste por el golfo Pérsico— estuvieran bloqueadas, esta estrategia tenía fuertes limitaciones. Esta fue la razón que condujo al conflicto entre safávidas y portugueses por el control de Ormuz.

Hasta ahora, me he centrado en los cambios que tuvieron lugar en el sur y el oeste de Asia antes de 1610 para poner de manifiesto que la nueva configuración política de estas regiones no resultaba nada propicia a los intereses de los portugueses. Lo mismo cabe decir durante estos años del extremo más alejado de la empresa portuguesa en Asia: Japón. Como ya se ha señalado, su intervención como intermediarios entre China y Japón en las décadas de 1540 y 1550 fue en gran parte el resultado de circuns-

tancias locales. El auge por pura coincidencia de la extracción de plata en Japón durante estos años facilitó el crecimiento del comercio portugués, de manera que el «Gran Barco de Amacon» se convirtió en una de las principales vías interasiáticas del sistema de concesiones. Se estima que, entre 1560 y 1600, los portugueses transportaron anualmente de 22.500 a 37.500 kilos de plata japonesa.

No obstante, la situación política y cultural no era nada fácil de manejar. Durante los primeros años de la presencia portuguesa, los señores locales (*daimyô*) habían competido entre sí por el comercio portugués en un contexto de luchas intestinas. No obstante, en el último cuarto del siglo xvi, la situación empezó a estabilizarse, primero con Oda Nobunaga, después con Toyotomi Hideyoshi y, por último, con Tokugawa Ieyasu —los llamados «grandes unificadores»—. Los problemas entre Hideyoshi y los portugueses surgieron por dos razones, una religiosa y otra relacionada con cuestiones de Estado. En los años posteriores a la llegada de Francisco Javier, la misión jesuita no había hecho sino ir viento en popa, con la conversión al cristianismo de muchos miles de japoneses, desde campesinos hasta miembros del propio séquito de Hideyoshi. Importantes *daimyô* cristianos habían destruido templos de la tradición indígena y algunos habían llegado a obligar a los campesinos de sus tierras a convertirse por la fuerza. El cristianismo fue tolerado hasta cierto punto por Nobunaga e Hideyoshi por la utilidad que sus «portadores» —los portugueses— tenían para ellos. Al fin y al cabo, las armas de fuego se habían introducido en Japón gracias a ellos y se habían convertido en una parte importante de la estrategia militar de los grandes unificadores. No obstante, en la década de 1580, los jesuitas empezaron a amenazar con una actitud demasiado firme y enérgica, lo que llevó a Hideyoshi a promulgar un edicto en 1587 declarando que el cristianismo era una doctrina perniciosa y, por lo tanto, prohibida en «la tierra de los dioses», que era Japón. En la práctica, los misioneros no fueron expulsados, sino obligados a moderar su actividad. Aun así, los conflictos persistieron, como demuestra el conocido caso de la ejecución pública de veintiséis cristianos, incluidos tres jesuitas y seis franciscanos españoles, en Nagasaki a principios de 1597.

En resumen, en 1610 los portugueses podían formarse ya una idea de hasta qué punto había cambiado la situación en Japón tras la guerra civil, así como de la diferencia entre el nuevo orden, cada vez más centralizado, y el anterior sistema dominado por los *daimyô*. Pero, aun así, es probable que subestimaran la firmeza de las intenciones del régimen instaurado por Hideyoshi y su sucesor, Tokugawa Ieyasu. De cualquier modo, la relativa ausencia de persecuciones en la primera década del siglo xvii fue ilusoria, tal como constataron los portugueses en 1614, cuando se promulgó la orden definitiva de expulsión de todos los misioneros. Desde entonces, el comercio luso tuvo los días contados. Su cancelación, a finales de la década de 1630, fue un golpe bastante duro para la red de comercio privado que habían establecido en Asia.

A pesar de todo lo anterior, paradójicamente, los golpes más duros contra los portugueses no fueron propinados por los mogoles, los safávidas o, ni siquiera, los japoneses, sino por los holandeses, que en 1605 se apoderaron de Ambon y ocuparon una fortaleza española en Tidore. Los españoles, sin embargo, se recuperaron enseguida y penetraron en Ternate, mientras que los portugueses siguieron obteniendo clavo y especias a través de Makassar, que se convirtió en un importante centro comercial de Indonesia oriental en 1610. Un golpe mucho más certero fue el que recibieron en un

punto muy distinto: Birmania. Aprovechando los conflictos políticos que azotaban la región a finales de la década de 1590, un empresario privado portugués llamado Filipe de Brito e Nicote había logrado hacerse un hueco (para sí y para el Estado da Índia) en el puerto de Syriam, situado en el delta del río Irawadi, desde donde cobraba aranceles por los envíos procedentes de la India e intentaba restringir la navegación regional. No obstante, aunque consiguió evitar varias amenazas, Filipe de Brito no logró organizar un frente común con los portugueses y *mestiços* de la región, que podría haber aportado los soldados necesarios para defender su empresa. En todo caso, el punto de inflexión llegó con un cambio en la situación política de la propia Baja Birmania. Hacia 1600, la dinastía reinante Toungoo trasladó el centro del poder político a Ava, situada al norte, e inició el proceso de consolidación. En 1612, Syriam era un enclave sitiado en una región políticamente unificada. Cuando, por último, la fortaleza capituló, Brito fue asesinado de una manera brutal, mientras que muchos de sus compañeros fueron llevados a Ava como prisioneros y obligados a servir a la Corona como especialistas militares.

La caída de Syriam abrió el camino para la expansión del libre comercio entre la India y Birmania, que alcanzó unas dimensiones considerables en la década de 1620. A medio plazo, también los holandeses sacaron provecho de este cambio en las condiciones comerciales, al igual que hicieron diversas redes locales de mercaderes asiáticos. Explicar el declive de la presencia portuguesa en Asia durante el siglo xvii únicamente a partir de su rivalidad con los holandeses resulta insuficiente, ya que, de hecho, el conflicto luso-holandés en Asia no era un asunto entre dos partes, sino, más bien, una cuestión multilateral que incumbía a soberanos de una pluralidad de Estados, que iban de Irán a Japón. Hay que tener presente que algunas de las pérdidas más importantes que los portugueses sufrieron en el medio siglo posterior a 1610 tuvieron poco o nada que ver con los holandeses; tal fue el caso, sin ir más lejos, de Syriam (1612), Ormuz (1622), Hughli (1632), el comercio con Japón (1638) y, por último, los puertos de Kanara (1654).

SUPERVIVENCIA Y COMERCIO PRIVADO

A pesar de estos reveses, los portugueses buscaron, en las décadas de 1630 y 1640, estrategias para sobrevivir. Algunos de sus proyectos más ambiciosos, como la efímera Compañía de las Indias Orientales, creada a finales de la década de 1620 con capital de cristianos nuevos y destinada a cubrir la ruta del Cabo, fracasaron estrepitosamente. Pero el comercio privado desempeñado por mercaderes *casados* en el océano Índico siguió encontrando nuevos mercados y centros de operaciones. Además, un cierto número de portugueses decidió residir a partir de entonces en comunidades de *mestiços*, situadas fuera del ámbito del Estado da Índia, que sobrevivieron durante largo tiempo. Sabemos que la presencia portuguesa en Asia durante los siglos xvi y xvii no se basó en una migración en masa desde la península ibérica, lo que la diferenció hasta cierto punto de Brasil, sobre todo en la última parte del periodo que estamos tratando. Es más, la presencia oficial portuguesa fue, a excepción de unas pocas zonas como la *provincia do norte*, Sri Lanka y el valle del Zambeze, en su mayor parte urbana, y su interac-

ción con el entorno local se inspiró en gran medida en prácticas urbanas desarrolladas en la metrópoli. Algunas de estas instituciones, como la Cámara Municipal (el ayuntamiento) o la Santa Casa de Misericórdia, se implantaron también en otras partes del imperio portugués, sea en Angola o en Brasil.

En su *Fatalidade histórica da ilha de Ceilão* ('Tragedia histórica de la isla de Ceilán'), João Ribeiro (1622-1693), un soldado lisboeta, veterano de guerra que había combatido durante dos décadas en Sri Lanka, resumía así el periodo tratado en estas páginas:

No estábamos dispuestos a permitir que ningún territorio situado más allá del cabo de Buena Esperanza escapara a nuestro control; estábamos impacientes por apoderarnos de todo en esa vasta extensión de 5000 leguas entre Sofala y Japón; y lo peor fue que lo acometimos sin calcular nuestra fuerza ni pensar que ni tan siquiera con los propios indígenas la conquista podía durar para siempre.¹⁹

Con la perspectiva que el tiempo le proporcionaba, Ribeiro ofrecía su punto de vista sobre la que tendría que haber sido la estrategia del Estado, consistente, a su parecer, en concentrarse en Goa, Ormuz, Malaca y Sri Lanka. Este enfoque, que podríamos calificar como «intensivo», fue el que el Estado se vio obligado a adoptar después de 1665. Pero es muy probable que Ribeiro se equivocara al argüir que esa tendría que haber sido la estrategia portuguesa desde el principio. Como hemos visto, la lógica de intereses y los grupos de presión en el seno del imperio portugués en Asia condujeron en los años posteriores a 1515 a la diversificación espacial. Las incursiones en China y Japón dieron un nuevo impulso, primero, durante la crisis de mediados del siglo xvi y, de nuevo, entre 1570 y 1610, permitiendo una expansión de las fronteras que resultó decisiva para reducir las tensiones en los márgenes del Estado da Índia.

CONCLUSIÓN

Los factores hasta aquí expuestos, si bien de manera bastante esquemática, nos permiten retomar la pregunta planteada al principio: ¿hasta qué punto puede entenderse como un «imperio» la presencia portuguesa en Asia durante los siglos xvi y xvii? Si insistimos en que la idea de territorialidad es clave para la noción de imperio, debemos probablemente excluir el Estado da Índia de esta categoría, ya que la etapa en la que se aprecia un claro impulso territorial, entre 1570 y 1610, es breve y poco concluyente. No obstante, eso no impidió que un cierto número de autores contemporáneos utilizaran el término, en particular fray Serafín de Freitas, en su célebre tratado *De iusto imperio lusitanorum asiatico*.²⁰ La razón de ello era simple: en la medida en que los portugueses controlaban una serie de centros repartidos por gran parte de Asia, pretendían ejercer un régimen de protectorado sobre diversas estructuras políticas del continente

¹⁹ Cit. en S. Subrahmanyam, *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: A Political and Economic History* (Londres: Longman, 1993), pp. 179-180.

²⁰ Frei S. de Freitas, *Do justo império asiático dos portugueses*, 2 vols., M. Caetano y M. P. de Meneses, eds. y trads. (Lisboa: Instituto Nacional de Investigação Científica, 1983).

invocando el concepto de las *páreas* (fuera cual fuera la realidad concreta *in situ*) impuesto por la fuerza, les parecía natural tratar el Estado da Índia como un imperio, si bien bastante «original», como suponían que pudo ser el caso de los fenicios.

Por consiguiente, quedan abiertas tres posibles conclusiones. Una consistiría en aceptar, como en gran medida hemos hecho en las páginas anteriores, que a comienzos de la Edad Moderna los portugueses formaron un verdadero imperio en Asia, aunque, para ello, sea necesario adoptar un concepto de imperio bastante más flexible del que proponen algunos autores. Una segunda, seguramente más artificiosa, sería sostener que los portugueses tuvieron un imperio de dimensiones mundiales en este periodo, que incluyó, además de sus dominios en Asia, las islas atlánticas, Brasil, las pocas guarniciones norteafricanas y África occidental. De ese modo, la presencia de Brasil proporcionaría, a partir de los últimos años del siglo xvi, mayor dimensión territorial y peso demográfico al conjunto, reforzando de este modo la opinión de quienes piensan que, en efecto, era un imperio; este planteamiento exigiría aceptar que el Estado da Índia no era un imperio en sí mismo, sino más bien parte de un imperio. Si, no obstante, se opta por la tercera conclusión y se rechazan estas dos propuestas, la responsabilidad de explicar qué fue el Estado da Índia portugués recae, sin duda, en los escépticos. No fue, desde luego, una «diáspora» comercial en el sentido habitual (pues tenía una importante dimensión militar y fiscal y poblaciones sometidas bastante numerosas), ni tampoco fue un Estado unitario. Quizá sea un ejemplo destinado a desestabilizar nuestras cómodas generalizaciones basadas en la idea preconcebida de que los historiadores y los científicos sociales sabemos qué son los imperios. Los imperios contraatacan, sin duda, y de maneras inesperadas e incluso epistemológicas.

2. GIRAR LAS PIEDRAS: EL MILENARISMO EN EL SIGLO XVI ENTRE EL TAJO Y EL GANGES¹

Serán vueltas las piedras con las letras derechas y en orden,
Cuando tú, Occidente, veas las riquezas de Oriente.
El Ganges, el Indo y el Tajo serán cosa maravillosa de ver.
Pues cada uno trocará con el otro sus mercancías.

Profecía sibilina en Sintra (1499)²

Entre los historiadores del Asia meridional existe un debate antiguo y aún sin resolver que enfrenta a quienes defienden la especificidad de la región, definida, o no, a partir de «estudios de área», y a quienes sostienen que su historia debe contemplarse desde una perspectiva sobre todo universal. Si, en un determinado momento, este debate enfrentó a los culturalistas, partidarios de la originalidad de la India, con los historiadores económicos, defensores de la racionalidad del actor indio —fuera campesino o proletario—, hoy en día la oposición se da entre los que querían presentar una narrativa única y grandiosa del desarrollo del capitalismo y los que consideran que tal perspectiva ignoraría las especificidades de la experiencia colonial de la India. Como ocurre en todos los debates radicalizados, las sutilezas de una postura intermedia pueden acabar a veces aplastadas entre las dos piedras de molino de los extremos. Por ello, a menudo se dice que el método comparativo puede servir para sustentar las posturas intermedias. En otras palabras, una vez identificada, la especificidad india puede compararse a través de un proceso secuencial con situaciones distintas, alejadas en el tiempo o en el espacio. Ello no impide que haya quien se haya mostrado escéptico con la verdadera utilidad de este método comparativo tradicional (weberiano o de otro tipo). Una

¹ Una primera versión de este artículo apareció en los *Working Papers in Early Modern History*, Departamento de Historia, Universidad de Minnesota (octubre de 1994). Agradezco a varios colegas sus comentarios, en especial a Muzaffar Alam, al ya desaparecido Jean Aubin, Kathryn Babayan, Cornell Fleischer, Serge Gruzinski, Maurice Kriegel, Derryl Maclean, Geoffrey Parker, James Tracy e Ines Županov. Traducción del inglés de Rosa Pérez.

² Fernão Lopes de Castanheda, *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses*, M. Lopes de Almeida, ed., 9 libros en 2 vols. (Oporto: Forgotten Books, 1979), tomo I, pp. 71-72.

propuesta alternativa —entre tantas otras— ha avanzado la idea de las «historias conectadas» como una manera de aproximar fenómenos históricos que en demasiadas ocasiones han sido artificialmente separados por convenciones historiográficas.³ En consonancia con esta propuesta, el objetivo de este capítulo es reconfigurar la historia de Asia meridional en el contexto de un paisaje de historias conectadas a principios de la Edad Moderna.

¿Cuáles fueron los grandes fenómenos que unificaron el mundo en la primera modernidad, permitiendo que, a pesar de su dispersión, los habitantes de diversas partes del planeta imaginaran por primera vez la existencia de procesos a escala verdaderamente global?⁴ Al tratar de responder a esta pregunta, los historiadores han barajado diversas posibilidades. Así, por ejemplo, unos han apuntado a los microbios que se propagaron por toda Eurasia durante e inmediatamente después del periodo mogol, causando grandes epidemias de peste en ambos extremos del continente euroasiático. Otros a la plata y a los metales preciosos —cuya distribución por todo el mundo desde los yacimientos de Potosí a partir de la década de 1570, o desde Japón por esos mismos años, han reconstruido pacientemente—, que provocaron, en algunos casos, desastrosos procesos de inflación y malestar social, e incluso inspiraron de manera involuntaria grandes obras literarias, como el *Quijote*, a decir de Pierre Vilar.⁵ Los defensores de la tesis del «intercambio colombino» han señalado las plantas y animales que, si, por un lado, ofrecieron un potencial de desarrollo para la agricultura y la ganadería, por otro, diezmaron a las poblaciones más viejas y su estilo de vida más antiguo. Pero, aparte de estas tesis, sin duda valiosas, hubo otra serie de fenómenos a escala global en el curso de los siglos xv, xvi e incluso xvii, que tuvieron repercusiones culturales, sociales y hasta políticas muy amplias. Me refiero a la compleja red de movimientos políticos milenaristas que acompañó al proceso de expansión europea, infundiéndole a veces aportaciones ideológicas determinantes. Mucho se ha escrito sobre estos movimientos como focos de rebelión y resistencia o como mecanismos de defensa desesperada de grupos amenazados que engendraron sus propios profetas, como ocurrió, por ejemplo, en Canudos a finales del siglo xix.⁶ Estos puntos de vista están en consonancia con el célebre ensayo de Norman Cohn, quien en 1957 intentó demostrar que «entre

³ Véase Sanjay Subrahmanyam, «Connected Histories: Notes towards a reconfiguration of Early Modern Eurasia», *Modern Asian Studies*, 31.3 (1997), pp. 735-762 (reimpreso en Victor Lieberman, ed., *Beyond Binary Histories: Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1999), pp. 289-316. Traducción en español: «Historias conectadas: notas para una reconfiguración de Eurasia en la modernidad temprana», *Prohistoria*, 33 (2021), pp. 5-35. Serge Gruzinski desarrolló el argumento en «Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres “connected histories”», *Annales HSS*, 56.1 (2001), pp. 85-117; este mismo número de *Annales HSS* también incluía una versión francesa anterior del presente texto.

⁴ Dos ejemplos entre otros de pensamiento «global» en estos años son los de Katib Çelebi, *Cibânümâ* (sobre el cual véase M. Norberg, trad., *Gihan Numa, Geographia orientalis*, 2 vols. (Londini Gothorum: Literis Berlingianis, 1818) y António Galvão, *Tratado dos Descobrimentos (1563)*, Visconde de Lagoa y Elaine Sanceau, eds., 4.^a ed. (Oporto: Livraria Civilização, 1987).

⁵ Pierre Vilar, «The age of Don Quixote», en Peter Earle, ed., *Essays in European Economic History 1500-1800* (Oxford: Oxford University Press, 1974), pp. 100-112. Versión en castellano: «El tiempo del Quijote», en Carlo M. Cipolla, John H. Elliott, Pierre Vilar et al., *La decadencia económica de los imperios* (Madrid: Alianza, 1973), pp. 113-129.

⁶ Véase la obra clásica de Euclides da Cunha, *Rebellion in the Backlands (Os Sertões)*, trad. Samuel Putnam (Chicago: The University of Chicago Press, 1944).

finales del siglo xi y la primera mitad del siglo xvi, en Europa el deseo de los pobres por mejorar sus condiciones de vida se impregnó reiteradamente de fantasías sobre un nuevo Paraíso en la tierra». ⁷ No obstante, ¿qué hay del milenarismo político como ideología dominante, base de imperios y motor de ambiciones imperiales? El presente análisis está dedicado a este fenómeno bastante menos explorado, aunque decididamente global y propio de la primera modernidad.

Será útil empezar con una breve reflexión sobre el significado de los términos para distinguir los movimientos milenaristas de otros basados en el ideal de la cruzada o en visiones proféticas más generales. Un historiador del milenarismo en China, Jonathan Spence, ha propuesto una definición que nos parece adecuada; estamos, escribe, ante un «modelo de fe [...] [que] prometía la perspectiva de un mundo final en el que habría “cosmos sin caos”, un mundo de “hechos maravillosos” sin imperfecciones, una paz eterna más allá de la historia, un reino inmutable gobernado por un dios sin rival». Añade que «los maestros y profetas predecían que, antes de que se alcanzara este mundo nuevo, habría una última batalla apocalíptica entre dos fuerzas, una batalla en la que, después de mucho sufrimiento, el bien triunfaría y el mal sería expulsado de la tierra». ⁸ Spence escribe sobre el reino Taiping en el siglo xix, pero la definición es, a la vez, tan general y tan específica como para satisfacer nuestras exigencias.

Consideremos, para empezar, una serie de ilustrativos incidentes de los primeros años del siglo xvi, que, pese a ser de poca importancia, parecen conducirnos al núcleo del problema que nos ocupa. En 1513, el gobernador portugués del Estado da Índia, el célebre Alfonso de Albuquerque, penetró en el mar Rojo con su flota. Albuquerque aseguró que había sido testigo, mientras navegaba a lo largo la costa oeste de Yemen, cerca de la isla de Kamaran, de una señal del cielo que lo reafirmó en sus diversos proyectos: atacar y destruir las ciudades santas musulmanas de La Meca y Medina, forjar una alianza con el legendario Preste Juan, señor de Etiopía, y consolidar el destino de Portugal creando un imperio universal que se extendiera hasta el océano Índico. En una carta a su amigo, el cortesano e intelectual Duarte Galvão en la que trata cuestiones ya abordadas en otra dirigida a su rey, Albuquerque escribió:

[...] estando [nuestra flota] así fondeada en ese mar, se nos apareció una señal en el cielo en la dirección de la tierra del Preste Juan, una gran cruz muy brillante y muy bien hecha y muy resplandeciente: vi una nube sobre ella y al acercarse se hizo pedazos y no la tapó; se quedó así durante un buen rato en el cielo, vista y adorada por muchos, y algunos con devoción se deshicieron en lágrimas, pues Nuestro Señor nos mostraba esa señal en la dirección de las tierras del Preste Juan donde se consideraba mejor servido por nosotros; y como hombres de poca fe, nosotros no osamos emprender ese camino. ⁹

⁷ Norman Cohn, *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Messianism in Medieval and Reformation Europe and its Bearing on Modern Totalitarian Movements*, 2.ª ed. (Nueva York: Harper Torchbooks, 1961), p. xiii.

⁸ Jonathan D. Spence, *God's Chinese Son: The Taiping Heavenly Kingdom of de Hong Xiuquan* (Londres: WW Norton, 1996), p. xx.

⁹ Alfonso de Albuquerque a Duarte Galvão, s.f. (finales de 1513) en R. A. de Bulhão Pato, ed., *Cartas de Afonso de Albuquerque*, vol. 1 (Lisboa: Academia Real das Ciencias de Lisboa, 1884), pp. 399-400.

La última observación hace referencia a los vientos y al descontento de las tripulaciones, que frenaron el avance de la flota portuguesa y frustraron las ambiciones de Albuquerque, aunque su presencia en el mar Rojo le ayudó a reunir información sobre el Hiyaz y la disposición de las ciudades santas musulmanas. Como hace notar en una carta al rey Manuel I, en una noche posterior, otro fenómeno celestial llamó su atención.

Y estando así una noche, vimos correr por el cielo un rayo de gran longitud y anchura, no una estrella, sino a la manera de un rayo de fuego (*rayo de fogo*), y venía del lado de la tierra del Preste Juan, extendiéndose bastante lejos por el cielo, y fue a caer en las tierras de Jiddah [Judá] y La Meca [Meqa].¹⁰

También esa señal le pareció muy clara, aunque en esa ocasión, a diferencia de la anterior, Albuquerque no pidió que «se preguntara en todos sus barcos», ni sabemos si los portugueses se arrodillaron y rezaron (*se asemtou em jyjolhos e hadorou*) como habían hecho anteriormente. No obstante, en su carta a Duarte Galvão, el gobernador portugués pasó a describir con precisión un antiguo *hadís* (o tradición del Profeta) sobre el papel escatológico de los habashis (o etíopes) en relación con la destrucción de la Casa de Dios (en La Meca) en el fin de los tiempos.

Los moros [musulmanes] tienen como profecía que él [el Preste Juan] ha de dar de comer a los elefantes y a sus caballos en la casa de La Meca, y que por medio de él ha de venir su destrucción y nuestra ayuda, y fue un azote muy grande para ellos nuestra entrada en el mar Rojo.¹¹

Unas tres décadas más tarde, en 1540, el agente veneciano Michele Membré se encontraba en la corte itinerante del sah Tahmasp, en el Irán safávida, para proponerle una alianza con algunas potencias cristianas del Mediterráneo contra su enemigo común, el Imperio otomano. Membré fue un agudo observador de la corte que mantuvo también buena relación con algunos de los hermanos del sah, a quienes describió con gran detalle dejando caer algunas frases dignas de mención.

El rey tiene una hermana en su casa a la que no quiere casar, porque, dice él, la guarda para ser la esposa del Mahdi. Este Mahdi es un descendiente de 'Ali y Mahoma; y dice que se la guarda porque él es la corte y el verdadero lugar de Mahoma. Y por eso tiene también un caballo blanco, que guarda para dicho Mahdi, que tiene una tela de terciopelo carmesí y herraduras de plata; a veces de oro puro. Nadie monta ese caballo y siempre lo ponen delante de todos sus otros caballos.¹²

Como Albuquerque, el sah Tahmasp se tomaba muy en serio los pronósticos escatológicos —aunque correspondieran a un sistema de creencias chiíes más que cató-

¹⁰ Albuquerque a Manuel I, 4 de diciembre de 1513, en *Cartas de Afonso de Albuquerque*, vol. 1, p. 231.

¹¹ *Cartas de Afonso de Albuquerque*, vol. 1, p. 400: «Os mouros tem por profecia que elle [Preste João] ha de dar de comer aos alifantes e aos seus cavalos na casa de Meca, e que per meyo d'elle ha de vvr sua destroyção e nosa ajuda, e foi mui grande açoute pera elles a emtrada do Mar Roxo».

¹² Michele Membré, *Mission to the Lord Sophy of Persia (1539-1542)*, trad. A. H. Morton (Londres: University of London, 1993), pp. 25-26.

licas— referentes al regreso inminente del imán Mahdi, el Esperado, que anunciaría el fin de los tiempos y el día del Juicio (*qiyámat*). A su vez, los venecianos, como los portugueses, estaban obligados a tomarse en serio las creencias del sah y sus seguidores (los *qizilbâsh*), aunque solo fuera para poder tomar medidas adecuadas frente al Irán de la época.

Esto nos lleva a un tercer ejemplo. Durante una campaña en Afganistán a mediados de 1581 —es decir, en el año 989 de la hégira, el calendario observado por la mayor parte de los musulmanes en todo el mundo—, el soberano mogol Jalal al-Din Muhammad Akbar empezó a interrogar al jesuita catalán Antonio Monserrate (enviado en misión a su corte) sobre cuestiones relacionadas con el milenio, es decir, sobre «el Juicio Final, si Cristo sería el Juez, y cuándo sucedería». La motivación última de Akbar era compleja y, seguramente, residía, en parte, en su deseo de desentrañar tanto las diferencias como los puntos comunes entre su propia concepción heterodoxa del islam y la versión jesuita del cristianismo. Monserrate, que, como algunos otros miembros influyentes de su orden, también creía con fervor en los presagios, refiere en su *Mongoliceae Legationis Commentarius* que explicó que el día del Juicio era un misterio divino, pero que, no obstante, se daría a conocer por ciertas señales como «guerras y rebeliones, la caída de reinos y naciones, la invasión, devastación y conquista de naciones por naciones y de reinos por reinos: y estas cosas vemos acontecer con mucha frecuencia en nuestro tiempo». ¹³ La insinuación de la última frase era bastante vaga y debió de encontrar eco en una corte donde los textos y leyendas milenaristas estaban muy difundidos. Se refiere que Akbar preguntó después si Mahoma se mencionaba en el Evangelio, a lo que Monserrate respondió insistiendo en que no, dado que era un falso profeta. Monserrate escribió que Akbar se preguntó en voz alta, con falsa ingenuidad, «Ciertamente, Mahoma no puede ser aquel que debe aparecer en el fin del mundo como el adversario de toda la humanidad (es decir, aquel al que los musulmanes llaman Dijal)», refiriéndose a la idea del *masîb al-dajjâl*, el Anticristo que aparece en algunas leyendas islámicas en el fin de los tiempos montado en un asno.

No me propongo ahora explorar la coyuntura milenarista que imperó en buena parte del Viejo Mundo durante el siglo xvi y que sirvió de telón de fondo para discusiones como las que se libraron entre Albuquerque y Galvão o entre Akbar y Monserrate. Me centraré sobre todo en los casos de Portugal y la India, los dos extremos de un espacio que constituirán los confines oriental y occidental de nuestro análisis. Se ha escrito mucho en los últimos años sobre las motivaciones milenaristas que empujaron a Colón a emprender su viaje hacia el oeste, y sobre el curioso —e irónico— paralelismo entre ese milenarismo y la visión apocalíptica de algunos de los pueblos indígenas de América que los españoles encontraron en 1492. Hoy día está ampliamente aceptado que Colón estuvo influido por el pensamiento apocalíptico franciscano sobre la llegada del milenio, hasta el punto de pedir que lo enterraran con el hábi-

¹³ H. Hosten, ed., «Mongoliceae Legationis Commentarius», en *Memoirs of the Asiatic Society of Bengal*, vol. III (Calcuta: The Asiatic Society, 1914), pp. 513-704; S. N. Banerjee y John S. Hoyland, trad., *The Commentary of Father Monserrate S.J. on his Journey to the Court of Akbar* (Londres: Oxford University Press, 1922), pp. 129-134.

to de esa orden religiosa.¹⁴ Así, los grandes descubrimientos de Occidente, considerados durante mucho tiempo el signo del nacimiento de la modernidad y de una sensibilidad del todo universal, les parecen ahora a los historiadores el resultado no solo del progreso de la navegación y los conocimientos geográficos, o del deseo materialista por adquirir riquezas (como Vitorino Magalhães Godinho atribuyó con exagerado énfasis a los portugueses), sino también de una visión del mundo bochornosamente «medieval», que tenía tanto en común con Copérnico como con Joaquín de Fiore.¹⁵

Cuando el siglo xv del calendario cristiano tocaba a su fin, la presencia de las señales y presagios que acompañaron el cambio del milenio no había disminuido; solo se modificaron y aparecieron bajo formas jamás vistas. El siglo xvi asistió, pues, a la aparición de una serie de condiciones materiales en las que el milenarismo pudo nacer y propagarse a la vez como una corriente que abarcaba un vasto espacio geográfico y como un fenómeno con manifestaciones locales específicas e incluso únicas. La metáfora de la circulación monetaria, aunque inevitablemente imperfecta, puede sernos útil, ya que el siglo xvi también fue testigo de espectaculares transformaciones en la circulación mundial de lingotes a medida que una vasta red de plata iba envolviendo el globo. Y, no obstante, las consecuencias de este fenómeno fueron distintas según las sociedades. La inflación y la consiguiente agitación social en la península ibérica no encontraron sino un pálido eco en los dominios otomanos, y apenas afectaron a la India. El milenarismo, como el dinero, nos permite abordar un problema de dimensiones globales, pero con manifestaciones locales muy distintas.¹⁶ Esto significa, a su vez, que no podemos intentar elaborar una macrohistoria del problema sin hundirnos un poco en los pantanos de la microhistoria.

OTOMANOS Y SAFÁVIDAS

Mi perspectiva sobre este tema está sobre todo influida por los trabajos de Cornell Fleischer, el historiador especializado en el mundo otomano que sostiene que los ritmos de la historia en las orillas norte y sur del Mediterráneo a principios de la Edad Moderna estaban interconectados no solo por el clima y la geografía, las fuerzas económicas y las rivalidades políticas (como ya sostenía Fernand Braudel), sino también por ciertos rasgos culturales comunes, entre ellos las expectativas compartidas con respecto al milenio durante el siglo posterior a la muerte de Colón.¹⁷ Basándose en docu-

¹⁴ Abbas Hamdani, «Columbus and the Recovery of Jerusalem», *Journal of the American Oriental Society*, 99.1 (1979), pp. 39-48; también John L. Phelan, *The Millennial Kingdom of the Franciscans in the New World* (Berkeley: University of California Press, 1970), y Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1983).

¹⁵ Compárese Vitorino Magalhães Godinho, *Le devisement du monde: De la pluralité des espaces à l'espace global de l'humanité, xvème-xvème siècles* (Lisboa: Instituto Camões, 2000), con Djelal Kadir, *Columbus and the Ends of the Earth: Europe's Prophetic Rhetoric as Conquering Ideology* (Berkeley: University of California Press, 1992).

¹⁶ Véase el interesante artículo de Cemal Kefadar, «Les troubles monétaires de la fin du xviiè siècle et la prise de conscience ottomane du déclin», *Annales ESC*, 46.2 (marzo-abril de 1991), pp. 381-400.

¹⁷ Cornell H. Fleischer, «A Mediterranean Apocalypse: Prophecies of Empire in the Fifteenth and Sixteenth Centuries», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* (marzo de 2018), del que tuve la suerte de consultar partes del manuscrito.

mentos de archivos otomanos que relaciona con una serie de fuentes milenaristas secundarias procedentes del Mediterráneo europeo, desde escritos sobre Savonarola en Florencia hasta el célebre molinero de Carlo Ginzburg, pasando por las expectativas milenaristas en la corte de Felipe II de España descritas por Richard Kagan y otros, Fleischer sugiere hábilmente que, en tiempos de Carlos V y Felipe II, en todo el Mediterráneo reinaba una coyuntura milenarista.¹⁸

Aunque sin ningún género de duda esto fue así, argumentaré que también puede ser provechoso relacionar el milenarismo otomano con procesos similares acaecidos más al este, como el Irán safávida, la India mogola y el Decán, y sugeriré, asimismo, la conveniencia de incluir a Portugal en los confines occidentales de Eurasia para comprender más ampliamente el Mediterráneo. Es de esperar que esto ayude a esclarecer el trasfondo de la conversación entre Akbar y Monserrate, aunque no se desarrollara ni a orillas del Tajo ni del Ganges, sino en un punto situado entre ambos, en las márgenes del Indo.

Conviene empezar recordando algunos datos fundamentales. El año 1591-1592 de la era cristiana era el año 1000 del calendario de la hégira, y el siglo x para los musulmanes empezó en 1495 (año 901 de la hégira). En el mundo islámico, estos años de espera milenarista se vivieron con un nivel de intensidad que, sin duda, igualó, y quizá incluso superó, el que acompañó al milenio cristiano.¹⁹ Ciertos años intermedios, como 960, 989 y 990 a. h., adquirieron también un significado especial, al igual que ocurrió con el calendario cristiano. Por desgracia, los estudiosos del mundo islámico han dedicado mucha menos atención que los medievalistas europeos al estudio de todos los matices del milenio, de ahí que dispongamos de mucha menos información que sobre el año 1000 cristiano. De hecho, incluso en lo que concierne al siglo xvi, se ha escrito probablemente más sobre el milenarismo en la Europa cristiana que en las tierras del islam. Existe casi una industria en torno a una sola figura europea, Nostradamus (1503-1566). Su éxito precoz se debe a sus hazañas médicas con las víctimas de la peste a finales de la década de 1540, que le valieron la atención de Catalina de Médicis y le permitieron convertirse en el médico del rey de Francia Carlos IX. Su célebre colección de predicciones, *Centuries astrologiques*, publicada por primera vez en 1555 y reescrita en 1558, estaba dedicada a este rey y se inspiraba en la tradición de miedos milenaristas muy extendida en Francia como en otros lugares.²⁰ En los inicios de la Europa moderna, las ideologías milenaristas no eran meros contrasistemas destinados a cuestionar las jerarquías sociales establecidas (como podría sugerir una lectura ingenua de Ginzburg), sino que podían estar íntimamente asociadas con el Estado, que podía tolerarlas e incluso alentarlas para sus propios fines, en especial, el ejercicio del poder.

¹⁸ Véanse, por ejemplo, Richard L. Kagan, *Lucrecia's Dreams: Politics and Prophecy in Six 16th-Century Spain* (Berkeley: University of California Press, 1990); edición en castellano: *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo xvi* (Madrid: Nerea, 1991); y la obra anterior de Donald Weinstein, *Savonarola and Florence: Prophecy and Patriotism in the Renaissance* (Princeton: Princeton University Press, 1970).

¹⁹ Véase una importante colección de ensayos sobre el tema en Mercedes García-Arenal, ed., *Mabdisme et millénarisme en Islam*, número especial de la *Revue des Mondes Musulmans et de la Méditerranée*, 91-94 (2000).

²⁰ Cf. el excelente ensayo de Denis Crouzet, «Circa 1533: Anxieties, Desires and Dreams», *Journal of Early Modern History*, 5.1 (2001), pp. 24-61. También hay documentación útil en Michael Wintroub, «L'ordre du rituel et l'ordre des choses: L'entrée royale d'Henri II à Rouen», *Annales HSS*, 56.2 (2001), pp. 479-506.

Tal es, sin duda, el caso del Imperio otomano, Irán y el norte de África, las zonas islámicas para las que la historiografía resulta más abundante. En el contexto del año 1000, no todas las expectativas de estas zonas eran apocalípticas, sino que, más bien al contrario, acariciaban con optimismo la posibilidad de reorganizar el mundo conocido, por la intercesión de un *mujaddid* (o «Renovador»); así, en la India, al menos un célebre reformador religioso de finales del siglo xvi y principios del xvii, Shaikh Ahmad Sirhindi, de la orden sufi de los naqshbandi, adoptó el título de *mujaddid-i alf-i sânî* («Renovador del segundo milenio»). La noción del *mujaddid* equivalía, aunque sin sustituirla, a otra profundamente enraizada en la historia islámica, la del imán Mahdi, el Oculto o Esperado, que aparecería para reformar el mundo de manera radical. Un texto canónico persa de Sayyid 'Izzat 'Ali ibn Sayyid Pir 'Ali Rasulpuri, titulado *Rauzat al-Â'imma*, describe al imán Mahdi como descendiente del Profeta y, por tanto, miembro del clan Qurayshi, que sería un tal Muhammad Mahdi y que, cuando apareciera, también lo haría Cristo ('Isa Masih). Una vez que todos los hombres fueran conducidos al islam por la intervención del Mahdi, escribió Sayyid 'Izzat 'Ali, empezaría el día del Juicio. Por el contrario, algunos de los chiíes afirmaban desde hacía tiempo que el Mahdi no necesitaba nacer, puesto que ya existía como Abu'l Qasim, nacido cerca de Bagdad en 258 a. h.

La sociología comparada ha afirmado en ocasiones que solo los chiíes creen en la persona del Mahdi. Parece, sin embargo, que esta aseveración es incorrecta, aunque algunos suníes ortodoxos la hayan defendido en diferentes épocas. Podemos considerar el caso de Marruecos a mediados del siglo xvi, donde el soberano Muhammad al-Shaikh, segundo de la dinastía saadí de los *sayyids* del Atlas del Sur, adoptó el título de «al-Mahdi». Sus admiradores ya habían dicho de su hermano mayor, Ahmad al-A'raj, que él era quien el Profeta y Legislador (*sâhib al-sharî'a*) había anunciado como «el que aparecería en el fin de los tiempos». ²¹ Es de notar que sus oponentes, los wattásidas, reaccionaron a este desafío acusándolos de ser chiíes, cuando parece mucho más probable que estas ideas milenaristas fueran introducidas en su corte por musulmanes andaluces.

De hecho, como han demostrado Barbara Flemming y Cornell Fleischer, el Imperio otomano, el más suní de los Estados, mantuvo un largo coqueteo con el mahdismo durante la primera mitad del siglo xvi, en especial durante los reinados de Yavuz Sultan Selim (1512-1520) y su hijo Solimán (r. 1520-1566). Un texto escrito en 1517, después de la conquista de Anatolia oriental, Siria y Egipto, le atribuye a Selim una serie de epítetos gloriosos, como «Socorrido por Dios», «Señor de la conjunción» y «Sombra de Dios» (*zill Allâh*). Un relato retrospectivo posterior de la década de 1550 fue mucho más lejoso; este texto de Lutfi Pasha, titulado *Tawârikh-i Âl-i Osmân*, describió a Selim como el *mujaddid* de la época y como un conquistador del mundo. El autor citaba con manifiesta aprobación dos cartas dirigidas al sultán, supuestamente escritas por el ulema suní de Transoxania, en las que se le calificaba sin ambigüedad como el *mahdî-yi âkhir-i zamân* («Mesías de la Última Era») y como la *qudrat-i ilâdhî* («Fuerza Divina»). Según Fleischer, la naturaleza de las ambiciones de Solimán y la imagen que tenía de sí mismo cambiaron bastante entre su ascenso al trono en 1520 y sus últimos

²¹ Mercedes García-Arenal, «Sainteté et pouvoir dynastique au Maroc: La résistance de Fès aux Sa'diens», *Annales ESC*, 45.4 (1990), p. 1034.

años en la década de 1560. En la primera mitad de su reinado, el sultán otomano parece haber estado muy influido por las corrientes milenaristas heredadas del reinado anterior de modo que empieza a llamarse a sí mismo *Sāhib-Qirān*, «Señor de la conjunción» (un título timúrida), así como *mujaddid*.

En estos textos también se aprecia un curioso efecto de «hermanamiento» entre Solimán y Carlos V, que se muestran en las imágenes de la época como dos figuras indisolubles y completamente antitéticas, como «dos soles en el cielo» (por emplear una metáfora popular, que aparece incluso en las cartas de Erasmo de este periodo). En las décadas de 1520 y 1530, estos dos polos magnéticos parecen crear una especie de campo de fuerza milenarista en la región mediterránea, en cuyo seno otros actores desempeñaron papeles de menor envergadura. A principios del siglo xvii, el cronista portugués Diogo do Couto aún insistía en que los destinos de Carlos V y Solimán estaban ligados de manera indisoluble; al escribir sobre la muerte de Solimán en Hungría en septiembre de 1566, Couto, prescindiendo por completo de la exactitud cronológica, señaló que «fue un hombre valiente y ocupó el trono del Imperio otomano el mismo día que el invencible Carlos V fue coronado emperador».²² La complejidad de sus trayectorias individuales en este espacio mediterráneo bipolar se pone de relieve, por ejemplo, en un estudio de Robert Finlay que tiene por objeto estudiar las turbulencias políticas del Imperio otomano en 1533 y 1534, para lo que se centra en la curiosa figura de Alvise Gritti, hijo ilegítimo de un dux veneciano que durante un breve periodo se erigió en uno de los protagonistas de la política de su tiempo. La trayectoria de Gritti es bastante especial, incluso si se la compara con la galería de rebeldes de la época, ya que fue el centro de un movimiento milenarista cuyas profecías sugerían que la destrucción del Imperio otomano vendría de la mano «del hijo de un príncipe».²³ Como demuestra Finlay, esta predicción influyó en el comportamiento de Gritti y lo llevó a tramitar una extraña conspiración con el embajador de los Habsburgo ante la Sublime Puerta, Cornelius Schepper, que provocó su propia desgracia y quizá la de su aliado putativo, el gran visir Ibrahim Pasha. Gritti continuó siendo cristiano hasta el final de su vida, y todo indica que su identidad cristiana fue, de hecho, decisiva en algunos aspectos, tanto para sus ambiciones como para su caída política cuando fue abandonado por los otomanos y asesinado por sus enemigos en Hungría a finales de 1534.

De especial importancia en este contexto es una obra otomana escrita por un *qâzi* afiliado a la orden sufi de los khalweti cuyo nombre era, casualmente, Maulana ‘Isa (es decir, Jesús). Este texto en verso, el *Jâmi‘ al-Maknûnât* (‘Compendio de las cosas ocultas’), terminado en torno a 1543, describía en detalle la competencia entre Solimán y

²² Maria Augusta Lima Cruz, ed., *Diogo do Couto e a Década 8ª da Ásia* (Lisboa: Imprensa Nacional, 1993), vol. 1, p. 192.

²³ Robert Finlay, «Prophecy and Politics in Istanbul: Charles V, Sultan Süleyman, and the Habsburg Embassy of 1533-1534», *Journal of Early Modern History*, 2.1 (1998), pp. 1-31. Las múltiples complementariedades entre las visiones milenaristas de los Habsburgo y los otomanos aparecen también en un curioso texto impreso en México en 1606, cuyo autor señala que la destrucción de los otomanos (y la victoria de los Habsburgo) es inevitable, «porque es también lo que los propios turcos dicen y consideran una tradición de sus antepasados; dicen que Mahoma era un Profeta y que él dijo que su ley duraría mil años, de los que ya solo quedan algunos»; cf. Henrico Martínez, *Reportorio de los tiempos e historia natural de Nueva España*, reimpresión (México: CNCA Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 1981), tratado cinco, cap. 7, p. 215.

Carlos V por obtener el rango de soberano universal. A ese respecto, el autor, profusamente documentado sobre las pretensiones de Solimán, sugiere que antes del año 960 a. h. (o 1552-1553) se producirán sucesos que harán esto evidente. Así pues, no es del todo sorprendente que la naturaleza de las pretensiones de Solimán empiece a cambiar en la década de 1550. En la actualidad, su figura tiende a ser vista, de manera similar a como hicieron sus cortesanos, menos como un conquistador, una cualidad que encaja mejor con Fatih Mehmed y Selim I, que como un conservador del orden interno (de ahí el título de *Pâdishâh-i 'Âlampanâh*, Emperador y Refugio del Mundo, y más tarde de *Qânûnî*, el Legislador).²⁴ Además, sus ambiciones exteriores se vieron modificadas cuando abandonó su tendencia a desestabilizar sistemáticamente el régimen safávida con la ayuda de miembros disidentes de la familia real, como Alqas Mirza, hermano del sah Tahmasp, y buscó cada vez más, a partir de 1550, establecer fronteras y firmar tratados, al menos con sus vecinos asiáticos. De hecho, si en la década de 1530 y principios de la siguiente los otomanos se desvivieron por poner al menos un pie en Guyarat, eso apenas les preocupó en la década de 1560, cuando intentaron, mediante un intercambio de embajadas, instaurar un *modus vivendi* con el Estado da Índia. Conviene no confundir el aventurerismo otomano en Mascate y el golfo Pérsico durante la década de 1550, y de nuevo a principios de la de 1580, con el sueño de un imperio en la India; se ha afirmado de forma bastante convincente que, tras apoderarse de Basora en los últimos meses de 1546, la principal preocupación de los otomanos era conservarla y recuperar los costes de su ocupación. A finales de esta década se mostraron, en todo caso, deseosos de promover el comercio con Ormuz e incluso Goa.²⁵ Por supuesto, no podían renunciar a las alianzas tácticas con los potentados indios y del sudeste asiático y, de hecho, incluso enviaron alguna que otra expedición marítima (normalmente infructuosa) en la década de 1560, en especial a Aché, pero esto debe considerarse desde la perspectiva de cambios a más largo plazo.

Por otra parte, el vocabulario específico utilizado en el entorno de Selim y Solimán debe analizarse en el contexto de los cambios que tuvieron lugar en las fronteras orientales de sus dominios donde mantenían una antigua rivalidad con los safávidas, una dinastía que no ocultaba sus pretensiones mesiánicas. Su fundador, el sah Isma'íl, asumió sus títulos reales en 1501 y enseguida destacó como una figura rodeada de un aura escatológica.²⁶ Fue identificado de manera sucesiva por sus seguidores con las presti-

²⁴ Cornell Fleischer, «The Lawgiver as Messiah: The Making of the Imperial Image in the Reign of Süleymân», en Gilles Veinstein, ed., *Soliman le Magnifique et son temps* (París: La Documentation Française, 1992), p. 77. Véase también el imprescindible análisis anterior de Barbara Flemming, «Sâhib-kirân und Mahdi: Türkische Endzeiterwartungen im ersten Jahrzehnt der Regierung Süleymâns», en Gyorgy Kara, ed., *Between the Danube and the Caucasus* (Budapest: Akadémiai Kiadó, 1987), pp. 43-62.

²⁵ Cf. Robert Mantran, «Règlements Fiscaux Otomans: La Province de Bassorah», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 10.2-3 (1967), pp. 224-276; véase también una útil visión de conjunto en Salih Ozbaran, «The Ottoman Turks and the Portuguese in the Persian Gulf, 1534-1581», *Journal of Asian History*, 6.1 (1972), pp. 56-74, basada en documentación tanto portuguesa como otomana. Para una perspectiva global, véase también Sanjay Subrahmanyam, «The trading world of the western Indian Ocean, 1546-1565: A political interpretation», en Artur Teodoro de Matos y Luís Filipe F. Reis Thomaz, eds., *A Carreira da Índia e as Rotas dos Estreitos: Actas do VIII Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa* (Angra do Heroísmo: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 1998), pp. 207-227.

²⁶ El mejor análisis hasta la fecha de la política iraní de principios del siglo XVI es el de Jean Aubin, «L'avènement des Safavides reconsideré», *Moyen Orient et Océan Indien*, 5 (1988), pp. 1-130.

giosas figuras de ‘Ali y de Alejandro Magno, y a veces incluso con el mismo Dios, y su aparición en la escena política causó revuelo en lugares tan alejados como Venecia y Lisboa. Rodeado de sus discípulos, los *qizilbâsh*, que veían en él a un maestro sufi, el sah Isma‘il elaboró un conjunto de rituales inspirados en prácticas de órdenes sufíes anteriores y en lo que se ha dado en llamar rituales «chamánicos». Un contemporáneo, el viajero italiano Francesco Romano, escribió sobre él: «Algunos dicen que es Dios, otros que es un Profeta. Todos, y en particular sus soldados, dicen que no morirá y que vivirá eternamente». Otro viajero y agente italiano, Giovanni Morosini, escribió a sus superiores desde Damasco en 1507:

Él [el sah Isma‘il] es adorado en lugar de un ‘Ali, pariente y apóstol de Mahoma. Se han visto soldados rezándole en su pabellón. El sufi, con la cabeza velada, estaba en el centro de una gran corona y círculo formado por los principales persas de su campamento. E igual que estos moros de aquí [en el Imperio otomano] alaban a Mahoma, los de allí adoran de igual manera al sufi. No lo llaman ni rey ni príncipe, sino santo y profeta.

Se trataba, sin duda, de una descripción un tanto simplista. Algunos de los sellos del sah Isma‘il parecen indicar que él mismo consideraba su posición de manera más matizada; uno de ellos, por ejemplo, lleva el epíteto «Soberano (*Shabanshâhî*) a quien Dios en Su Gracia (*ba lutf*) ha acompañado en el camino». Además, su poesía, aunque no se considera de gran valor literario, es significativa por identificarse simultáneamente con Alejandro, Dios y ‘Ali, y por utilizar el seudónimo (*takhallus*) Khatâ‘î, es decir, «El Pecador». Uno de estos poemas dice:

Me llamo sah Isma‘il. Soy el misterio de Dios.
Soy el jefe de todos estos *ghâzîs*.
Mi madre es Fátima, mi padre es ‘Ali;
y también soy el Pir de los Doce Imanes.
He recuperado de Yazid la sangre de mi padre,
Sabed que soy de esencia haidariana.
Yo soy el Khizr vivo y Jesús, hijo de María,
Soy el Alejandro de mis contemporáneos.²⁷

O de nuevo, en un tono un poco más ambiguo, a propósito de los poderes concretos que el sah Isma‘il desea atribuirse:

Sabed que Khata‘i es de naturaleza divina,
que es pariente de Muhammad Mustafa.
Salió de Safi, es el descendiente de Junaid y Haidar,
Es pariente de ‘Ali Murtaza.
Por el amor de Hasan, ha entrado en la arena,
Es pariente de Husain de Karbala.

²⁷ V. Minorsky, «The Poetry of Shâh Ismâ‘il I», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 10.4 (1942), p. 1042a; véase también Wheeler M. Thackston, «The Diwan of Khata‘i: Pictures for the Poetry of Shah Isma‘il I», *Asian Art* (otoño de 1988), pp. 37-63.

Es como un mendigo a la puerta del Mahdi, Señor de la Era.
Mi nombre es Wali Shah Isma'íl, mi sobrenombre es Khata'i.

Es interesante señalar que las pretensiones mesiánicas del sah Isma'íl, que, sin duda, contribuyeron a estrechar lazos con sus discípulos hasta hacerles capaces de enfrentarse a fuerzas militares intimidantes, produjeron un doble efecto en quienes no militaban en sus filas. De vez en cuando, los otomanos tendían a utilizar la terminología de moda en el Irán safávida de los primeros tiempos, a veces en tono irónico, para explicar su victoria sobre los safávidas en la batalla de Chaldiran en 1514. Cornell Fleischer cita un pasaje de la crónica de Lütfi Pasha en el que el sultán Selim se habría dirigido a sus generales y ministros como sus «devotos discípulos», utilizando precisamente el mismo término, *muríd*, que el sah Isma'íl empleaba para describir a los suyos, los *qizil-bâsh*. La rivalidad engendró imitación, que circuló no solo a través de fronteras políticas, sino también de opciones religiosas diversas. Por otra parte, los escritores armenios de la época dieron la vuelta a las pretensiones mesiánicas del sah Isma'íl cuando comentaron su política de tierra quemada en el curso de campañas por el norte y el noroeste de su imperio. Uno de ellos escribió en 1504 que «el predecesor del anticristo llegó y se llamaba Sawfi. Atacó el país de los albanos y masacró a la población hasta las orillas del mar Caspio. De ahí se dirigió a Irán y tomó Tabriz. Obligó al rey a huir, sometió al pueblo a su autoridad y les impuso tributos». Esta asociación del sah Isma'íl con la llegada del milenio, en un sentido negativo, no es una excentricidad de este autor, como atestiguan otros textos armenios, en particular uno escrito por Parsam de Akhtamar en 1509, que afirma:

En esa época, el rey de Tabriz era el sah Isma'íl, predecesor del Anticristo, quien causó muchos estragos en nuestra tierra. Hubo asesinatos y saqueos por todas partes. ¿Qué pluma puede describir los crímenes y la destrucción que ha cometido en nuestra tierra?²⁸

Por último, hubo algunos observadores europeos (italianos en particular) que, pese a su poca inclinación a tomarse en serio las pretensiones de proclamarse profeta del sah, interpretaron sus efectos con benevolencia, visto que los safávidas representaban un freno a lo que para ellos constituía la amenaza más grave y directa, a saber, el Imperio otomano durante el reinado de los sultanes Selim y Solimán. El siguiente resumen del cronista veneciano Marino Sanuto imprime un cierto tono positivo a su fúnebre solemnidad:

Hombre de gran justicia y sin codicia alguna, mucho más liberal que Alejandro, pródigo, además, pues tan pronto como recibe dinero lo reparte todo. De manera que parece un Dios en la Tierra.²⁹

²⁸ Cit. en Aubin, «L'avènement des Safavides», p. 75.

²⁹ Cit. en Aubin, «L'avènement des Safavides», p. 40. Para un estudio más general de fuentes documentales del periodo, véase también Aubin, «Chroniques persanes et italiennes: Notes sur les sources narratives du règne de Shâh Esmâ'íl I», *Studia Iranica*, 24.2 (1995), pp. 247-259.

Aquí, una vez más, la imagen que aspiró a dar de sí mismo el fundador de la dinastía safávida ha contaminado el vocabulario de las descripciones realizadas por los observadores hasta el extremo de utilizar las mismas metáforas y comparaciones. Esto también queda patente en el título de Gran Sufi, empleado por los europeos a lo largo de todo el siglo xvi para describir a los safávidas. Sin ir más lejos, este fue el término al que acudió el emperador Maximiliano II a mediados de este siglo para referirse al sah Tahmasp mientras preparaba un proyecto de alianza con Irán contra los otomanos.³⁰ Aunque el reinado del sah Tahmasp, entre 1524 y 1576, continúa siendo poco conocido en muchos aspectos, cada vez resulta más claro que a medida que pasaron los años empezó a abandonar las pretensiones mesiánicas del fundador de la dinastía, conservando intacta la creencia, eso sí, en la inminente llegada, como ya hemos visto, del Mahdi.³¹ Sus lazos con los *qizilbásh* se fueron aflojando de modo que los viejos seguidores sufíes turcomanos del sah Isma'íl (en particular el grupo conocido como *súfiyân-i qadím-i Lábejân*) se mantuvieron alejados del trono. El interregno controvertido y sangriento que siguió a su muerte, y en especial los reinados del sah Isma'íl II (1576-1577) y sus descendientes asistieron al recrudecimiento de los rumores milenaristas y sus consecuencias políticas.³² No obstante —y esto es significativo—, los grupos más favorables a las ideologías milenaristas estaban ahora *contra* el Estado, apoyando, por lo general, a impostores que pretendían ser el sah Isma'íl II, milagrosamente resucitado. El más importante de estos episodios data de 1580-1581 (988 a. h.), cuando un *qalandar* (o derviche) llamado Muzawwar apareció para desafiar a los gobernadores regionales safávidas pretendiendo ser el sah difunto. Este movimiento, que se calcula que en su momento de mayor apogeo llegó a contar con unos 20.000 adeptos, acabó reprimido de un modo brutal por el ejército del Estado. En los años siguientes surgieron otros similares, aunque con un apoyo popular más limitado.³³

Con la ascensión al trono de Irán del sah Abás (1588-1629), el clima milenarista dio un giro drástico. La primera década de su reinado estuvo marcada por conflictos con los nuqtawis, una renacida orden de sufíes heterodoxos. Según el riguroso análisis de Kathryn Babayan, el desafío nuqtawi fructificó precisamente porque los safávidas pasaron de su insistencia inicial en las *ghuluzw* (es decir, las creencias heterodoxas de inspiración milenarista) a una forma de imanismo que los aproximó mucho más a la *sharí'a*.³⁴ Ello significó que se distanciaron de ciertas figuras legendarias o semilegendarias de la historia antigua islámica, como Abu Muslim o Muhammad ibn Hanafiyya, que hasta entonces habían desempeñado un papel importante en la visión safávi-

³⁰ Jean Aubin, «Per viam portugalem: Autour d'un projet diplomatique de Maximilien II», *Mare Luso-Indicum*, 4 (1980), pp. 45-88.

³¹ Morton, «Introduction», en Membré, *Mission to the Lord Sophy*, *op. cit.*, pp. xvii-xviii.

³² Muchos escritores contemporáneos también relacionan este periodo de Irán con otra señal del cielo cargada de significado político, el cometa de 1576-1577; por ejemplo, véase Shaikh Abu'l Fazl, *Akbar Nâma*, trad. H. Beveridge, III, reimpresión (Nueva Delhi, 1989), pp. 315-318.

³³ R. M. Savory, «A Curious Episode in Safavid History», en C. E. Bosworth, ed., *Iran and Islam: In Memory of the Late Vladimir Minorsky* (Edimburgo: Edinburgh University Press, 1971), pp. 461-473.

³⁴ Mi análisis se basa en gran medida en la importante obra de Kathryn Babayan, *The Waning of el Qizilbash: The Temporal and the Spiritual in Seventeenth-Century Iran* (Princeton: Universidad de Princeton, 1993), tesis doctor

da del mundo. A su vez, en la década de 1580, los nuqtawis empezaron a cuestionar la legitimidad de los sahs y a defender que sería uno de ellos el que convertiría la «monarquía espiritual» (*pâdishâdbâ-yi ma'ânawî*) en una forma de soberanía real (*saltanat-i sûrî*). Un gran número de *qizilbâsh*, que se habían alejado de la dinastía safávida, se adhirieron entonces a la nueva orden, lo que ocasionó un enfrentamiento gravísimo a principios de la década de 1590.

En un primer intento por resolver las tensiones con los nuqtawis, el sah Abás llegó incluso a declararse discípulo del derviche Khusrau, el poderoso nuqtawi. Pero eso no fue suficiente para apaciguar a los nuqtawis, que empezaron a anunciar que, en *mubarram* de 1002 (1593), uno de ellos se erigiría en soberano y depondría a Abás. Cuando el astrólogo de la corte safávida Mawlana Jalal-ud-Din Muhammad Munajjim al-Yazdí anunció que la conjunción inminente de Saturno y Júpiter presagiaba la muerte del soberano reinante, Abás decidió resolver el asunto de una manera novedosa: ejecutó o encarceló a la mayoría de los nuqtawis, pero eligió a uno de entre ellos, un tal Yusufi Tarkishduz, en favor del cual fingió que abdicaba.³⁵ De ese modo, el títere Yusufi, ataviado con una corona (*tâj*) y un traje real (*chârqab*), fue quien ocupó el trono durante la funesta conjunción planetaria, mientras el sah Abás pretendía, entretanto, ser un simple guardián de las puertas del harén (*ishîk aqâsi bâshî*). Una vez que pasó la conjunción, tras un reinado de cuatro días en el que fue vigilado de cerca, ordenó deponer a Yusufi, ejecutarlo y exponer en público su cuerpo colgado en el cadalso. Así, la profecía se había cumplido formalmente; un sultán había muerto, pero no era el sah Abás.³⁶ Más tarde, el derviche Khusrau fue también juzgado por herejía en Qazwin, declarado culpable y sometido al castigo ejemplar de desfilar por las calles sentado de espaldas a lomos de un asno, mientras le eran arrojados palos, piedras y tierra, tras lo cual fue también conducido al cadalso y, después de ser ejecutado, su cadáver empalado se expuso en público durante una semana.

LA HERENCIA ALEJANDRINA

El milenarismo constituyó, por tanto, en el siglo xvi una fuerza nada desdeñable y una estrategia política poderosa, aunque de doble filo, tanto en el Mediterráneo como en los territorios situados más al este. Si en unas ocasiones fue invocado para construir un Estado, como en el caso del sah Isma'îl, o para consolidar una fase de rápida expansión territorial, como en el del sultán Selim, en otras sirvió para plantear importantes desafíos al Estado. Antes de extender nuestro análisis a la India, quizá nos convenga detenernos un instante para identificar algunos de los rasgos comunes del milenarismo islámico cuando, en el siglo xvi, se difundió del norte de África y los Balcanes a

³⁵ Escribiendo desde el Decán en esos años, el poeta laureado mogol Faizi señaló que los astrólogos (*munajjimân*) de «Irak habían dicho al sah que estaba en especial peligro (*khatra-yi 'azîm*) ese año y que una fuerza hostil (*ta-qâtu'*) había entrado en su estrella. Hasta que pasara, se enfrentaría a dificultades. Cf. A. D. Arshad, ed., *Inshâ-i Faizî* (Lahore: Majlis-i Taraqqi-yi Adab, 1973), pp. 124-125.

³⁶ Kathryn Babayan, *The Waning of the Qizilbash: the Spiritual and the Temporal in Seventeenth Century Iran* (Ann Arbor: Princeton University Press, 1993), pp. 54-62.

Asia meridional. La inminencia del milenio islámico es, como hemos visto, clave para esta cuestión. La espera de una figura mesiánica estaba ligada al sueño de un reino «universal», que si en el caso otomano se interpretó seguramente de manera más bien literal, en otros casos tuvo un sentido más metafórico, donde universal se entendió como la conquista de un enemigo, que al mismo tiempo era un elemento «complementario». Tal empeño de conquista universal condujo casi inevitablemente a una reinterpretación de la leyenda de Alejandro, el conquistador del mundo por excelencia para el mundo islámico de la época.

La versión oriental de la leyenda alejandrina, que pasó del siríaco al persa y fue elevada a su forma clásica por Nizami Ganjawi en su *Sikandar Nâma*, reconocía a Alejandro no solo como conquistador del mundo, sino también como profeta. Ciertos rasgos de la leyenda fueron percibidos como elementos clave. En primer lugar, se encuentra su vinculación con Darío, su enemigo aqueménida en la historia, hoy en día considerado a menudo un medio hermano de Alejandro. La guerra que los enfrentó fue, pues, fratricida y constituyó un paso importante en la pretensión de Alejandro (Sikandar) al título de monarca universal y conquistador del mundo por la unión de los dominios helénico y persa. A pesar de que Darío fue asesinado por un sátrapa en Hecatompylos en 330 a. C., según muchas versiones fue derrotado por Alejandro (que recibió el calificativo de *dârâ-shikan*), gracias a la traición de dos de sus propios hombres, que lo apuñalaron. Lejos de agradecersele, Alejandro ordenó la muerte de los dos traidores, visitó a Darío moribundo y, aunque demasiado tarde, prometió que lo restituiría en su trono. Este emparejamiento no solo aparece en el *Sikandar Nâma*, sino también en el *Akhhâr-i Dârâb*, o *Dârâb Nâma*, un ciclo fantástico de historias que sirvió de base para algunas bellas pinturas del periodo mogol antiguo (c. 1580).³⁷ El Darab del título se refiere al padre de Darío, rey de Irán, o Babilonia, como se lo denomina en la leyenda.

Un segundo elemento de la leyenda concierne a la ciencia de los signos, ya que Sikandar no solo se presenta como conquistador, sino también como vidente al que se le atribuyen varios tratados de astrología (*fâl-nâma*). Obviamente, la asociación de Alejandro con Aristóteles favoreció su reputación al respecto. En algunas representaciones pictóricas, este aspecto de la leyenda a menudo se centra en el llamado árbol *waqwâq*, o árbol de la isla Waqwaq. Se afirma que, en sus andanzas, Alejandro llegó a esta isla legendaria en la que habían enseñado a los monos a barrer las casas e ir a buscar leña, donde el oro estaba tan a mano que los habitantes fabricaban sus utensilios con él y donde un árbol famoso daba frutos semejantes a cabezas de animales y hombres. En la leyenda, es el árbol *waqwâq* el que advierte a Alejandro de la inminencia de su muerte. La ciencia de los signos y la astrología contribuyeron también a establecer el nexo entre la leyenda alejandrina y otra pieza clave del tejido textual del milenarismo del siglo XVI. Se trata del Libro de Daniel (o *Kitâb-i Dâniyâl*), centrado en el mito apocalíptico sobre la interpretación del sueño de Nabucodonosor. Muy utilizado por los astró-

³⁷ El *Dârâb Nâma* en cuestión es de Abu Tahir ibn Hasan Musa al-Tarsusi (Londres: Biblioteca Británica, s.f.), mss. or. 4615; en Stuart Cary Welch, *Imperial Mughal Painting* (Londres: Chatto and Windus, 1978), pp. 48-51 se reproducen dos pinturas que representan al sah Ardashir en el momento de ser engullido por un dragón y la isla de Nigar.

logos de la corte en ese siglo, el Libro de Daniel a menudo se combinaba o se leía junto con textos talismánicos y los *fâl nâma* atribuidos a Alejandro.³⁸ También contribuyó a acreditar la equivalencia entre el reino universal que se establecería a la llegada del milenio y el Quinto Imperio de la interpretación de Daniel.

Un tercer elemento de la leyenda es la búsqueda de la inmortalidad y del agua de la vida (*âb-i hayât*) por parte de Alejandro, para lo que no solo recibió instrucciones de Aristóteles. Su guía en esta búsqueda no fue otro que Khwaja Khizr, el profeta inmortal del verdor, que lo acompañó hasta el final del viaje, donde Alejandro fracasó. Khizr, en cambio, bebió el elixir y logró la inmortalidad. Representa, por tanto, una especie de iniciador y guía-profeta, que también anuncia la venida del Reino Eterno; en el norte de la India del siglo xvi y en el Imperio otomano, está claramente asociado con las expectativas milenaristas islámicas.

Por último, un elemento muy importante de la leyenda oriental de Alejandro fue su papel como protector de la «civilización» frente a las fuerzas de la «barbarie». Este, en particular, fue el episodio que se repitió en la mayor parte de estos textos. En él se narra la decisión de Alejandro (Sikandar) de construir un muro de cobre en el fin del mundo para defender la civilización contra los pillajes de Gog y Magog (*yâjûj wa majûj*), figuras que servían, una vez más, de nexos con el Antiguo Testamento. No obstante, no debemos olvidar el punto fundamental implícito en la leyenda. El destino de Alejandro era fundar un reino no solo universal, sino también islámico, y Gog y Magog fueron, por tanto, enemigos del islam. Asimilado a la tenue figura del Zu'lqarnain (el «Bicorne») del Corán, Alejandro fue, pues, para los autores persas, indopersas y otomanos, un parangón del islam persianizado.³⁹

DE MUHAMMAD A RAMA

El amanecer del siglo x del calendario de la hégira estuvo acompañado en la India de un poderoso movimiento milenarista, el de los mahdawis.⁴⁰ Este movimiento se remontaba a la carismática figura de un tal Sayyid Muhammad Jaunpuri (1443-1505), que huyó de la ciudad de Jaunpur (en el centro del valle del Ganges, cerca de Benarés, y sede de un sultanato en el siglo xv) tras su caída en manos de la dinastía Lodi de

³⁸ Para algunas ilustraciones instructivas inspiradas en textos de *fâl nâma* del Decán datados en el siglo xvi, véase Jean-Pierre Digard, *Chevaux et cavaliers arabes dans les arts d'Orient et d'Occident* (París: Gallimard, 2002).

³⁹ Me he ceñido al resumen de Mohammad Wahid Mirza, *The Life and Works of Amir Khusrau* (Delhi: Baptist Mission Press, 1935), pp. 200-201; pero véase también Peter Gaeffke, «Alexander and the Bengali Sufis», en Alan W. Entwistle y Françoise Mallison, eds., *Studies in South Asian Devotional Literature, Research Papers, 1988-1991* (Nueva Delhi / París: Manohar, 1994), pp. 275-284, que se basa en el texto de Ahmad Sharif, ed., *Alaul viracita Sikandarnâma* (Dhaka, 1977).

⁴⁰ Para una visión de conjunto, véase Qamaruddin, *The Mahdawi Movement in India* (Delhi: Idarah-i Asabiyat-i Delhi, 1985). 'Abd al-Qadir al-Badayuni sostiene en *Najât al-rashîd* (terminado en 999-1591) que los orígenes de la secta se remontan a Sayyid Muhammad Nurbakhsh, de Badajshán, alumno de Abu Ishaq Khitlani. Al parecer causó tantos problemas que fue necesario enviar tropas para combatirlo; después, huyó a Irak, donde se dice que reunió en sus montañas a 30.000 seguidores. Véase también Derryl N. Maclean, «The Sociology of Political Engagement: The Mahdawayah and the State», en Richard M. Eaton, ed., *India's Islamic Traditions, 711-1750* (Delhi: Oxford University Press, 2003), pp. 150-166.

Delhi. Sayyid Muhammad vio en la caída de Jaunpur una señal de los problemas que estaban por venir y, después de un viaje al Hiyaz, durante el cual perfeccionó su formación teológica, regresó a la India, donde, en el año 900 d. C., declaró que era el Mahdi. Para divulgar esta fe bastante austera, que requería de sus seguidores que llevaran una vida ascética y vivieran cada día en la tierra como el último, los seguidores de Sayyid Muhammad promovieron una red de albergues, llamados *dá'iras* para distinguirlos de los hospicios sufíes habituales, denominados *khânqâhs*. Desde el principio, el movimiento mahdawi gozó de popularidad en la India occidental, tanto en el Decán como en el sultanato de Guyarat. Los propios hagiógrafos de Muhammad afirmaron que estuvo a punto de convertir a su causa al sultán de Guyarat, Mahmud Begarha. No obstante, no tardó en ser visto como sospechoso a los ojos del Estado y fue obligado a abandonar Guyarat; murió en 1505 en Farah, en Baluchistán, donde su tumba se convirtió pronto en un lugar de peregrinación. De hecho, los primeros soberanos safávidas, Isma'íl y Tahmasp, se tomaron su culto lo bastante en serio como para perseguirlo en repetidas ocasiones.

A pesar de ello, el culto mahdawi iniciado por Sayyid Muhammad Jaunpuri no se extinguió. A finales del siglo xvi, musulmanes de diversas tendencias expresaron curiosidad e incluso reverencia por él. La biografía del santo hereje, escrita por Miyan Sayyid Yusuf y titulada *Matla' al-wilâyat*, fue, de hecho, encargada por el laureado poeta mogol Abu'l Faiz «Faizi» a finales del siglo xvi, cuando estaba en Burhanpur, en el Decán.⁴¹ El temible 'alim, sabio suní, Mulla 'Abd al-Qadir al-Badayuni, a menudo considerado el representante de la ortodoxia suní de finales del siglo xvi en la corte mogola, escribió el enigmático pasaje siguiente sobre Sayyid Muhammad en su historia universal:

Y en este año [910 a. h.], Mir Sayyid Muhammad de Jaunpur, que Dios santifique su santa tumba, que fue uno de los principales entre los grandes *walís* e incluso afirmó ser el Mahdi, en respuesta a la llamada de Aquel que tiene un verdadero derecho sobre todos nosotros, respondió *Aquí estoy*, mientras regresaba de La Meca, la ciudad santa del Indostán, en la ciudad de Farah donde fue enterrado. Qazi Husain Zargar de Kandahar, que la misericordia de Dios sea con él, a quien tuve el honor de visitar, así como al propio Mir, escribió el siguiente cronograma:

Él dijo Ve y pregunta al jeque (*Guftâ ke birau az Shaikh kun istifsâr*). El jeque Mubarak también inventó un cronograma con las palabras *Mazâ Mahdi*, el Mahdi ha dejado este mundo.⁴²

Si bien Badayuni no reconoció del todo la pretensión de Sayyid Muhammad al título de profeta, es obvio que tampoco fue del todo indiferente ni al propio Sayyid Muhammad ni a algunos de sus principales seguidores. Resulta interesante, por otro lado, que pasara directamente de hablar de la muerte de Sayyid Muhammad a descri-

⁴¹ Para la visita de Faizi a la zona, véase Arshad, ed., *Inshâ'-i Faizî*, *op. cit.*, pp. 102-103, *passim*.

⁴² 'Abd al-Qadir Badayuni, *Muntakhab al-Tawârikh*, en Kabir-ud-Din Ahmad, Maulavi Ahmad 'Ali y W. N. Lees, eds. (Calcuta, 1864-1869); reimpresión (Osnabrück, 1983), vol. 1, pp. 319-320; trad. G. S. A. Ranking, W. H. Lowe y Wolseley Haig (Calcuta, 1884-1925); reimpresión (Nueva Delhi, 1990), vol. 1, pp. 420-421.

bir el violento terremoto que sacudió la mayor parte del norte de la India e Irán poco después (el 3 de *safar* de 911 / 6 de julio de 1505), en el que «las colinas se pusieron a temblar, los edificios fuertes y altos fueron reducidos a polvo y la tierra se resquebrajó en algunos lugares y aparecieron grietas, al mismo tiempo que aldeas y árboles desaparecían». Al sufrir este terremoto, el mayor «desde los tiempos de Adán hasta el presente», la gente creyó, escribe Badayuni, que «el día de la resurrección había llegado (*qiyámat wáqa‘ shud*)». Esto llevó al inevitable cuarteto (*rubá‘i*) que sigue:

En el año novecientos once, la ciudad de Agra
fue objeto de varios terremotos sucesivos.
Y aunque sus edificios eran excesivamente altos,
sus puntos más altos se tornaron los más bajos.⁴³

Si bien el movimiento mahdawi se perdió bastante de vista en las décadas siguientes, no cabe duda de que continuó captando numerosos seguidores, particularmente entre algunos de los afganos residentes en el norte de la India. La siguiente gran manifestación tendría que esperar a otra fecha importante del calendario milenarista, el año 960 a. h. (1552-1553). Una vez más, Badayuni es una valiosa fuente de información sobre el movimiento, que en esta fase se centró en las figuras del jeque ‘Abdullah Niya-zi (afgano, como sugiere su nombre) y su discípulo, el jeque ‘Ala’i ibn Hasan Bayanwi (o Bangali).

El contexto político fue el agitado reino del norte de la India de Islam Shah Sur (1545-1552), cuyo padre, Sher Shah, había expulsado temporalmente a Humayun de la región. Badayuni refiere que el jeque ‘Ala’i, hombre instruido y ortodoxo de la escuela hanafí, abandonó Bengala para realizar el *hach* (la peregrinación a La Meca) y a su regreso se estableció en Bayana, cerca de Agra. Allí recibió la influencia del jeque ‘Abdullah, que había pertenecido a la orden chishti de los sufíes antes de caer bajo el influjo de Sayyid Muhammad Jaunpuri. Resulta claro que la mayor parte de los seguidores del jeque ‘Abdullah eran «trabajadores del campo, leñadores y aguadores», a los que ordenaba que abandonaran la idolatría y abrazaran con fervor una vida de pobreza (y es posible que de castidad). Se dice que, entusiasmado por este proyecto, el jeque ‘Ala’i se entregó a la mortificación y la humildad, y que renunció a la tierra exenta de impuestos (*madad-i ma‘ash*) que le había concedido el Estado.

Así pues, el final de la década de 1540 fue testigo de una lucha abierta entre el jeque ‘Ala’i y sus seguidores, por un lado, y el sultán y sus aliados, los miembros del clero ortodoxo, por otro. En la primera etapa del conflicto, el jeque y sus seguidores se dedicaron a armarse con el fin de imponer lo que se figuraban que era una forma pura de islam en aldeas y pequeños núcleos urbanos de la región de Bayana, peligrosamente cerca de Agra. En la etapa siguiente, el jeque ‘Ala’i fue invitado a la corte para explicar su postura teológica, y tras presentarse con sus seguidores vestidos con una curiosa mezcla de harapos (señal de su pobreza) y cotas de malla (señal de su militancia), reprochó al sultán, según varias fuentes, sus prácticas poco islámicas. Como los prin-

⁴³ Curiosamente, según las memorias de Babur y otras fuentes, parece que este terremoto, datado el 6 de julio de 1505, también se sintió en Irán y otros lugares, y dio origen a la composición de cronogramas.

cipales teólogos de la corte se mostraron incapaces de tratar con él, acabaron por ordenarle que abandonara el Decán, mientras que su antiguo maestro, el jeque ‘Abdullah Niyazi, fue poco después brutalmente golpeado y obligado a que cambiara sus ideas sobre el milenio que se aproximaba.

Por último, en 1550, Islam Shah fue presionado por sus cortesanos y, en particular, por el poderoso Makhdum-al-Mulk, el primer magistrado del reino. Estos pidieron al jeque ‘Ala’i que declarara que no tenía ninguna pretensión de ser el Mesías y, cuando él se negó, fue azotado; debilitado por el brote de peste bubónica que entonces asolaba el norte de la India (reforzando una vez más las aprensiones milenaristas), murió poco después. Su cuerpo fue pisoteado por elefantes y se le negó la sepultura. Badayuni, cuyo relato es, una vez más, el más detallado, señaló que, a causa de este trato indigno, se desató una gran tempestad sobre el campamento de Sur y muchos temieron —como tras la muerte de Sayyid Muhammad Jaunpurithat— que hubiera llegado el día del Juicio (*qiyâmat*).

Algunos meses después de este suceso, la muerte del propio Islam Shah Sur dio crédito a los rumores de que lo había visitado la cólera de Dios. De hecho, el fallecimiento casi al mismo tiempo de otros dos sultanes, Burhan Nizam Shah en el Decán y Mahmud III de Gujarat, inspiró varios cronogramas que exploraban la idea del fin de un ciclo temporal y el comienzo de otro nuevo. Muchos de los teólogos que formaban parte o eran afines a la corte de Sur, como el jeque Mubarak Nagauri, se vieron profundamente influidos por el giro de los acontecimientos en torno a 960 a. h., lo que marcó, a su vez, a la generación siguiente de ideólogos de la corte de Akbar. Ejemplos de esta inquietud aparecieron en los cronogramas de la época, como el compuesto por Mir Sayyid Ni‘matullah Rasuli:

En un momento llegó el declive de tres soberanos,
cuya justicia hizo del Indostán un lugar de paz.
Uno era Mahmud, sultán de Guyarat,
quien, como su reino, estaba todavía en la juventud.
El segundo era Islam Shah, sultán de Delhi,
el amado hijo de Sher Khan.
El tercero era Nizam-ul-Mulk Bahri,
que ocupaba como sultán el trono del Decán.
Si me preguntan una fecha para la muerte de estos tres sultanes,
yo respondo: *Zawâl-i Khusravân* ('La decadencia de los soberanos').⁴⁴

Pero las cosas no terminaron ahí. Aunque el de Akbar (r. 1556-1605) ha sido el más estudiado de los reinados de los grandes mogoles, seguimos sin conocer en profundidad el contenido de las discusiones y la evolución de los posicionamientos en su corte. Muy esquemáticamente, y a riesgo de simplificar, podemos dividir el medio siglo de su reinado en cuatro fases: una primera, influida por las enseñanzas de Bairam Khan, de orientación chií, y del llamado *atka kbail*, en la que la preocupación princi-

⁴⁴ Badayuni, *Muntakhab al-Tawârikh*, op. cit., vol. 1, p. 415; trad., vol. 1, pp. 533-534. El cronograma da la fecha de 961 a. h.

pal fue la consolidación del legado territorial aún reciente de Humayun; una segunda, entre la segunda mitad de la década de 1560 y toda la siguiente, entre 1565 y 1580, en la que se produjo una enorme expansión territorial y un incremento de la presión fiscal, acompañados de una perspectiva político-religiosa relativamente ortodoxa, incluida la hostilidad hacia las prácticas chiíes y mahdawis a finales de la década de 1560; la tercera etapa, a partir de 1580, estuvo marcada por el famoso *mahzar* (decreto) de 1579, en la que las pretensiones mesiánicas de Akbar se manifestaron de forma bastante explícita, acompañadas de un cambio en la política de alianzas interiores; y una cuarta y última fase a partir de finales de la década de 1580, que fue testigo del florecimiento de la ideología personal de Akbar en su fase de madurez según la expuso Abu'l Fazl, hijo del jeque Mubarak Nagauri ya mencionado. Fue en esta última fase cuando se escribieron los textos canónicos, a menudo considerados, erróneamente, como definitivos de la ideología de Akbar durante todo su reinado, en especial la gran crónica *Akbar Nâma*. Estos cambios, y, en especial, la transición de la segunda a la tercera fase, son bastante significativos para el análisis que sigue a continuación.⁴⁵

Los cambios que se produjeron en la corte de Akbar durante la década de 1570 no pueden explicarse por un solo factor. En primer lugar, las conquistas de Guyarat y Bengala entre 1572 y 1577 habían convertido el Imperio mogol en una empresa de dimensiones mucho mayores de las que había tenido con Babur o Humayun. Si anteriormente las referencias de los mogoles fueron los safávidas y la dinastía uzbeka de los shaibánidas en Asia central, en la década de 1570 los ideólogos y cortesanos de Akbar pudieron considerar que el poder de su soberano estaba a la misma altura que el del sultán otomano. Es posible, pues, que la escala territorial de sus dominios contribuyera por sí sola a alimentar ciertas pretensiones de universalismo. Además, durante los últimos años de la década de 1560 y toda la siguiente, se produjo un cambio en la naturaleza de las alianzas políticas en el interior de la India mogola. Las rebeliones que estallaron por esos años dejaron claro a Akbar que no podía fiarse de sus cortesanos originarios de Asia central (los turani) y tenía que buscar una base de alianzas mucho más amplia, que no solo incluyera iraníes y musulmanes de la India, sino también rajputs y otros no musulmanes. Buscó, pues, una ideología capaz de integrar a todos estos grupos. El mesianismo islámico no sectario ofrecía, sin duda, esa posibilidad, sobre todo porque, en la imaginación popular, podía ampliarse para incluir incluso a los no musulmanes.

Por último, el calendario también ejerció sus propias presiones. Entre los años 960 y 990, hubo una etapa de calma, pero la última década del milenio, tras el año 990, fue un periodo de grandes expectativas. Badayuni ofrece un testimonio directo de la atmósfera de esos años, señalando que, ya en 987 a. h., algunos cortesanos habían empezado a reunir pruebas de que Akbar era el *sâhib-i zamân* («Señor de la Era»), que eliminaría las diferencias entre las 72 sectas islámicas y los hindúes. Poco después, el emigrante iraní Sharif Amuli, que pertenecía a la secta nuqtawi, aseguró, basándose en los escritos de su fundador, Mahmud Pasikhani, que, en el año 990 a. h., aparecería alguien para librar

⁴⁵ Para elementos de esta interpretación, véase Iqtidar Alam Khan, «The Nobility under Akbar and the Development of His Religious Policy, 1560-1580», *Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland* (1968); también Iqtidar Alam Khan, «Akbar's personality traits and world outlook: A critical reappraisal», *Social Scientist*, 20.9-10 (núms. 232-233, 1992), pp. 16-30.

al mundo de mentiras, y dio a entender que esa labor incumbía a Akbar. Se sabe que después de la conquista de Guyarat, Akbar entró en contacto directo con algunos de los mahdawis que residían allí (como Miyan Mustafa Bandagi), que, incluso, fueron conducidos a su corte para participar en debates en la llamada *ibâdat khâna* (casa de culto) sita en Fatehpur Sikri.⁴⁶ Esta tendencia se reforzó más aún cuando Khwaja Maulana Shirazi presentó un panfleto atribuido a los jerifes de La Meca que trataba de demostrar que la Tierra existiría durante siete mil años, al término de los cuales aparecería el Mahdí; ese momento, afirmaba, coincidía exactamente con el fin del milenio islámico.

A partir de 987, cada año trajo sus propios rumores y predicciones. Algunos chiíes, por su parte, se aferraron a un poema que atribuían a Nasir-i Khusrau, que incluía el siguiente siniestro presagio:

En 989, según el decreto del Destino,
Las estrellas de todas partes se encontrarán.
En el año de Leo, el mes de Leo, el día de Leo,
El León de Dios saldrá de detrás del velo.

El propio Badayuni, siempre irónico y escéptico con las más extremas de estas formulaciones, escribió el siguiente poema que cita en su crónica:

Veo en 990 dos conjunciones (*dû qirân*),
Veo el signo del Mahdí y el del Dajjal;
La política o la religión deben cambiar,
Veo claramente el secreto oculto.⁴⁷

La clave estaba, en cierto modo, en el tercer verso: *Yâ mulk badal gardad yâ gardad dîn*. De hecho, la situación alcanzó un punto crítico en 990 (1581), un año marcado por una considerable agitación política y social, de la que Antoni de Monserrat, el jesuita catalán, nos ofrece un excelente relato. Ese año, Badayuni refiere que algunos «canallas insolentes e infaustos» de la corte preguntaron a Akbar por qué no presentaba alguna prueba definitiva de su carácter divino, «como el sah Isma‘il I». Pero después de haber llevado las cosas tan lejos, Akbar vaciló en el último momento. Se contentó, en cambio, con persuadir a un consejo de ulemas para que declarara su superioridad en materia de controversias religiosas y asumió a partir de entonces, pese a su analfabetismo, el papel de *khatib* para dirigir las oraciones del viernes. También estuvo peligrosamente cerca de declararse califa de las tierras suníes del este, al mismo nivel que los sultanes otomanos. La retórica inflamada de estos años se reflejó incluso en el *Târikh-i Akbarî* de Muhammad ‘Arif Qandahari, escrito por esas fechas, que señalaba a Akbar, descendiente de Timur en la séptima generación, como destinado a conquistar las siete regiones

⁴⁶ Véase Derryl N. Maclean, «Real Men and False Men at the Court of Akbar: The *Majalis* of Shaykh Mustafa Gujarati», en David Gilmartin y Bruce B. Lawrence, eds., *Beyond Turk and Hindu: Rethinking Religious Identities in Islamicate South Asia* (Gainesville: University Press of Florida, 2000), pp. 199-213.

⁴⁷ Badayuni, *Muntakhab al-Tawârikh*, op. cit., vol. II, p. 313; trad. vol. II, p. 323.

del mundo, a superar las gestas de Alejandro y a vivir incluso más que Noé.⁴⁸

Fue también en esta época cuando Akbar acometió el ambicioso proyecto de poner por escrito la historia de sus dominios, la *Târikh-i Alfī*, iniciada en 990 a. h. por un grupo de siete autores. Su propósito era trazar la historia de las tierras islámicas desde la muerte de Mahoma (el *riblat*) hasta el año 1000 del calendario. Los participantes, entre los que se hallaba Badayuni, tenían que escribir una obra consensuada. Más adelante, este formato fue abandonado en favor de un solo autor, un tal Mulla Ahmad Thattawi, que era, según los rumores, simpatizante chií. A partir de 1588, Asaf Khan Ja'far Beg continuó la obra que, finalmente, revisó el propio Badayuni.

A mediados de la década de 1580, antes incluso de que la obra estuviera completada, Akbar dio muestras de que perdía el interés por ella. La *Târikh-i Alfī* (literalmente, la 'Historia de mil años') era un proyecto que tenía sentido en un contexto milenarista. Pero, según se iba acercando el milenio, la corte mogola debió de darse cuenta de que la crónica constituía una base demasiado incierta para legitimar una ideología dinástica a largo plazo. Si de lo que se trataba era de aportar una base ideológica que pudiera reconciliar las expectativas culturales de Asia central, Irán y los indios autóctonos, la ideología oficial que combinaba el simbolismo del fuego (que atraía tanto a iraníes como a rajputs) con una relación de maestro-discípulo basada en una imitación de la diada *pīr-murīd* de los primeros safávidas podía ser una solución más adecuada. Así, en la década de 1590, la ideología de la madurez akbariana pasó a centrarse en los elementos del esplendor divino (*farr-i izadī*) que iluminaba al soberano y le concedía un lugar aparte, y en la organización institucional de la *Taubīd-i Ilābī* (Divina Unidad), en la que los miembros de la clase dirigente estaban ligados al soberano mogol como sus discípulos espirituales.

Así, el año 1000 (1591-1592) transcurrió sin gran pompa, hasta el punto de que la conquista de Sind, la principal victoria mogola a lo largo de este periodo, considerada como la confirmación de su inminente triunfo a escala universal, apenas fue mencionada en los textos de la época. En el Decán, en el reino de Ahmadnagar, una coalición mahdawi encabezada por un tal Jamal Khan y sus partidarios afganos se hizo brevemente con el poder en 999 a. h., pero fue aplastada por el príncipe Nizam Shahi con apoyo mogol. Estos mahdawis fueron descritos como alborotadores y malhechores, de manera bastante similar a como los habían retratado en el reinado de Islam Shah Sur. El otro acontecimiento importante fue el nacimiento del nieto de Akbar, Khurram, que adoptaría el título de Shahjahan y, años más tarde, a mediados del siglo xvii, se vanagloriaría de ser hijo del milenio. No obstante, las expectativas populares no desaparecieron del todo, como demuestra la carrera del jeque Ahmad Sirhindi, sufi naqshbandi. Este reformador ortodoxo sostuvo que su misión divina era purificar la vida política y civil en el segundo milenio, pasó a describirse como el «Renovador» (*mujaddid*) y se acabó enfrentando a los mogoles.

Las expectativas milenaristas también hicieron acto de presencia en historias muy significativas, como la que aparece en un diccionario biográfico mogol de mediados

⁴⁸ Muhammad 'Arif Qandahari, *Târikh-i Akbarī*, Haji Mu'īnu'd-Din Nadwi, Azhar 'Ali Dihlawi e Imtīyaz Ali Arshi, eds. (Rampur: Raza Library, 1962), pp. 5-6; trad. Tasneem Ahmad (Delhi: Saujanya Books, 1993), pp. 10-12.

del siglo xvii, el *Zakhírat al-Khawánín* del jeque Farid Bhakkari. Cuenta que, en el año 1000, Qilij Muhammad Khan Andijani, un noble suní con fama de ortodoxo originario de Turan —en Asia central—, mandó hacer obras cerca de su *jágir* en Jaunpur; la ubicación de la historia tiene su importancia por ser el lugar de nacimiento de Sayyid Muhammad Jaunpuri. El texto dice así:

En el año 1000 de la hégira [1591-1592], Jaunpur era su *jágir* [de Qilij Khan]. Muhammad Sa'id, hijo de Miram Qilij, el hijo de su hermano, ocupaba un rango de 600/300 *zat/sawár* y era famoso en todo el mundo por su ascetismo, su generosidad y su honestidad. El autor de estas páginas, el jeque Farid Bhakkari, era el *dirwán* de Bir. Nawwab Safshikan Khan, hijo de Sayyid Yusuf Ridavi, era el *thánadár* de ese lugar. Muhammad Sa'id contó esta historia extraña y extraordinaria: Qilij Muhammad Khan quería construir un edificio grandioso en Jaunpur. Cuando excavaron unos cimientos profundos, apareció la cúspide de una cúpula de piedra. Qilij Khan fue informado. Reunió a un grupo de personas y estuvo en la obra de la mañana a la noche durante diez días acompañado de la élite y la nobleza de Jaunpur, hasta que la cúpula quedó totalmente al descubierto. Retiraron la tierra que se había amontonado a su alrededor. Apareció una gran puerta de hierro provista de un enorme candado de hierro, que pesaba un *maund*. Qilij Muhammad Khan abrió el candado y entró en el edificio abovedado con todos los grandes de la región. Vio a un hombre de alta estatura con una barba canosa y tez trigueña, sentado con las piernas cruzadas en la postura *ásan* como los *jogís*, con el rostro vuelto hacia la *qibla*, y en profunda meditación. A causa del ruido de la apertura de la puerta y de la muchedumbre, alboroto y clamor de hombres, levantó la cabeza a la manera de alguien que despierta del sueño y preguntó en lengua hindavi si la encarnación (*avatár*) de Ram Chandra había tenido lugar; ellos dijeron que sí. Preguntó si Sita, que había sido secuestrada y llevada a Lanka por Ravan, había vuelto a manos de Ram Chandra; le dijeron que sí. Preguntó si la encarnación de Krishna había tenido lugar en Mathura; respondieron que hacía cuatro mil años que había venido y vuelto a partir. Preguntó entonces si el Sello de la Profecía, el Elegido, Hazrat Muhammad, que los saludos y la paz de Alá sean con él, había aparecido ya en Arabia; le dijeron que habían transcurrido mil años desde que Su Santidad había partido de este mundo después de abolir todas las falsas religiones y promulgar la verdadera religión del islam. Preguntó si el Ganges todavía fluía; le dijeron que aún era el orgullo del mundo. Les pidió que lo llevaran afuera. Qilij Muhammad Khan mandó montar siete tiendas de campaña adyacentes entre sí desde la puerta del edificio abovedado. Cada día, el *jogí* pasaba de una tienda a otra, hasta que el octavo día salió y dijo sus oraciones según los ritos de la justa religión del Profeta. Vivió seis meses. No hablaba con nadie y se consagraba a sus oraciones y devociones. Comía y dormía como cualquier otro ser humano. Después de seis meses, dejó este mundo. Una vez preparado y cubierto con un sudario, fue enterrado.

Bhakkari observa solemnemente que esta historia parece bastante improbable, pero se la habían contado hombres de buena cuna y dignos de toda confianza y, por tanto, tampoco podía rechazarla del todo. Continúa así:

Mirza Muhammad Sa'id dice que este acontecimiento ocurrió en su presencia. Tal acontecimiento está [no obstante] alejado de los argumentos racionales. En primer lugar,

un ser humano está hecho de arcilla, que se compone de tierra y agua. Y desde Hazrat Adam, el elegido (que los saludos y la paz de Alá sean con él), hasta este año 1060 a. h. [1650 e. c.], ha transcurrido un período de ocho mil años, mientras que este hombre que apareció en el edificio abovedado floreció, según la creencia de los hindúes, antes de la encarnación de Raja Ram Chandra, que vivió hace cuarenta mil millones de años, cuando allí vivía la comunidad de genios creados a partir de fuego. Y este hombre estaba creado de arcilla y [no obstante] recibió una vida de cuarenta mil años y vivió durante todo ese tiempo sin comida ni agua, en un cuarto oscuro y lúgubre bajo tierra en un edificio abovedado cerrado. No hay ninguna duda de la Creación de Dios. Aunque no se presta a una argumentación racional, considerar la palabra de Mirza Muhammad Sa'id como una mentira es un grave pecado, p.es ¿por qué un alto dignatario como él habría de decir una mentira, convertirse en pecador y ser privado de la misericordia de Dios?⁴⁹

Cabe señalar el tono característico de la historia y el nexo que establece entre Mahoma y una serie de *avatâras* hindúes anteriores. Es posible que esta historia formara parte de un ciclo dedicado a la figura de Khwaja Khizr, el profeta inmortal que había acompañado a Alejandro Magno en su búsqueda de la inmortalidad, pero la descripción del hombre del edificio sugiere que guardaba relación con el Mahdi.⁵⁰ En todo caso, el relato es de particular importancia porque demuestra el «potencial de bisagra» de textos milenaristas como este, que podían abrirse, a su vez, a otras tradiciones, a menudo mucho más antiguas, e incorporarlas en una posición implícitamente subordinada. Así pues, los principales *avatâras* de Vishnou, Rama y Krishna se escriben aquí en una sucesión que termina con el Sello de la Profecía, es decir, el propio Mahoma.

REGRESO AL TAJO

Este mismo potencial de integración epistemológica de las tradiciones más antiguas en otra más reciente parece ser uno de los aspectos más poderosos de las ideologías milenaristas asociadas con la expansión europea en el siglo xvi. Así, el milenarismo portugués de la época compartía, sin duda, ciertos rasgos y temas con los casos que hemos presentado, geográficamente situados entre Estambul y la India. El Libro de Daniel, la interpretación del sueño de Nabucodonosor y el concepto de los cuatro imperios, que culminaba en el Imperio romano, junto con la espera del quinto imperio milenarista, fueron elementos determinantes para algunos teólogos ibéricos de finales del siglo xv sobre todo interesados en las implicaciones de la caída de Constantinopla en manos de los otomanos en 1453. Combinadas con expectativas milenaristas de los judíos ibéricos, sus obras emanaban en ocasiones una mezcla potente y embriagadora, como vemos en los escritos del franciscano español Alonso de Espina (considerado, segu-

⁴⁹ El *Dhakhîrat-ul-Khawânîn*, trad. Ziyauddin A. Desai, vol. 1 (Delhi, 1992), pp. 126-127. Parte de esta historia se reproduce en un posterior diccionario biográfico mogol del siglo xviii, el *Mâ'asir-ul-Umara'* de Shah nawaz Khan.

⁵⁰ Compárese con el relato del siglo xviii de una «reunión» entre un tal Shaikh Muhammad ibn 'Abd-i 'Ali al-Najafi al-Mahawili y el imán Mahdi, recogido en Biblioteca Bodleiana, Oxford, mss. Ouseley, núm. 90, *Risâlah-i Mufîd*, pp. 93-98.

ramente de modo incorrecto, converso), cuando afirmó que los judíos estaban en los Cárpatos, entre los palacios de Gog y Magog, a la espera de la venida del Anticristo.⁵¹ La interpretación se apoyaba menos en el libro de Ezequiel (38-39), donde Gog era el soberano del reino de Magog en el «extremo norte», que en el Apocalipsis (xx, 8), donde Gog y Magog son las naciones turbulentas del fin de los tiempos. La escatología judía ibérica, por su parte, interpretó la caída de Constantinopla de una manera muy distinta, viendo en ella una señal de esperanza.⁵²

Por su parte, la casa real portuguesa de Avis había utilizado el simbolismo milenarista desde sus inicios en la guerra de 1383-1385 entre Castilla y Portugal que precedió el ascenso al trono de Juan I. Este soberano, conocido popularmente como el Mesías de Lisboa, se aprovechó con habilidad de la crisis provocada por las tensiones y dificultades de una sociedad que estaba recuperándose de la gran mortandad de la peste negra, de modo que los historiadores del arte han podido demostrar hasta qué punto interpretó este simbolismo mesiánico al pie de letra.⁵³ Con frecuencia se ha dado por supuesto que las corrientes mesiánicas en Portugal entre Juan I y el infortunado rey Sebastián I a finales del siglo xvi se limitaron a las comunidades judías y de cristianos nuevos.⁵⁴ Tal como recientemente se ha demostrado, esta hipótesis es en extremo engañosa, aunque algunos historiadores prefieran, aún hoy, defender una explicación simplista y ante todo materialista inspirada en los escritos de Vitorino Magalhães Godinho, quien, pese a reconocer en ocasiones que «el binomio cristiandad-cruzada constituyó la espina dorsal de la ideología del movimiento de la expansión, colonización y conquista de ultramar», considera que esto solo da una pátina de legitimidad a motivos materiales más profundos.⁵⁵

Trabajos posteriores centrados en el reinado de Manuel I (r. 1495-1521) se han ocupado de demostrar que las primeras expediciones portuguesas por el océano Índico estuvieron inspiradas por una conciencia milenarista. Manuel I, antiguo duque de Beja y pretendiente bastante lejano a la sucesión de Juan II a principios de la década de 1480, se vio catapultado al trono a mediados de la década de 1490 por una serie de accidentes, coincidencias y conspiraciones. Convencido de que esta conjunción de acontecimientos a menudo trágicos —como el asesinato de su hermano por el rey Juan II— eran una señal divina de que los mansos estaban destinados a confundir a los orgullosos y poderosos, vio en ellos una metáfora de sí mismo y de la posición de Portugal en el mundo. La educación que recibió de frailes franciscanos de tendencia claramente joa-

⁵¹ Véase también Andrew Gow, «Gog and Magog on *Mappaemundi* and Early Printed World Maps: Orientalizing Ethnography in the Apocalyptic Tradition», *Journal of Early Modern History*, 2.1 (1998), pp. 61-88.

⁵² Jacqueline Genot-Bismuth, «Le Mythe de l'Orient dans l'eschatologie des juifs de l'Espagne à l'époque des conversions forcées et de l'expulsion», *Annales ESC*, 45.4 (1990), pp. 819-838.

⁵³ Margarida Garcez Ventura, *O Messias de Lisboa: Um estudo de mitologia política (1383-1415)* (Lisboa: Edições Cosmos, 1992).

⁵⁴ Raymond Cantel, «Le messianisme dans la pensée portugaise du xvi^e siècle à nos jours», *Arquivos do Centro Cultural Português*, 2 (1970), pp. 433-444.

⁵⁵ Godinho, *Le devisement*, op. cit., pp. 178-179. Este punto de vista es defendido con obstinación por varios de los autores y el propio editor en Diogo Ramada Curto, ed., *O Tempo de Vasco da Gama* (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 1998), pero sin aportar argumentos nuevos. Para una reiteración, véase la crítica bastante tendenciosa de A. J. R. Russell-Wood a Sanjay Subrahmanyam, *The Career and Legend of Vasco da Gama*, en *Journal of World History*, 10.2 (1999), pp. 452-457.

quinista lo llevó a rodearse de consejeros como Duarte Galvão y Martinho de Castello-Branco, que pensaban como él que la ruta marítima del océano Índico podía ser un medio decisivo para reconquistar Jerusalén.

Manuel I trataba así de frenar las aspiraciones de una parte de los mercaderes y terratenientes de Lisboa, interesados sobre todo en la explotación comercial del Atlántico, a la vez que resistía la presión de otro grupo de nobles, liderados por el duque de Braganza, cuyos ideales guerreros estaban mayoritariamente determinados por una imagen un tanto idílica del modelo castellano. El Estado portugués se lanzó así a su periplo por el océano Índico, al mismo tiempo que planeaba abrir rutas en el norte de África. La idea era atacar el sultanato mameluco de Egipto por dos frentes y apoderarse de Jerusalén y el resto de lugares santos después de haber asfixiado la economía egipcia mediante el bloqueo del comercio en el mar Rojo. Manuel estaba convencido de que, de conseguirlo, la visión joaquinista de un quinto imperio se haría realidad y que podría entonces proclamarse emperador de Oriente y heredero de Constantino por su posesión de Jerusalén.⁵⁶

Este plan, sin duda sorprendente, requería la colaboración de aliados para hacer frente a la dinastía mameluca que gobernaba Egipto y, desde el inicio, el monarca portugués había depositado sus esperanzas en la existencia del legendario reino cristiano del Preste Juan. No obstante, tanto él como otros miembros de su círculo más íntimo procuraron también lanzar las redes lo más lejos posible en otras partes y, sin duda, se alegraron cuando, a su regreso a Lisboa en 1499, Vasco de Gama anunció que Calicut y la mayor parte de los otros reinos indios eran, de hecho, de carácter cristiano. Por esta razón, la siguiente expedición portuguesa, dirigida por Pedro Álvares Cabral en 1500, llevó una carta al rajá Samudri de Calicut repleta de veladas referencias escatológicas, creyendo que la mayor parte de las ideas milenaristas de Manuel I encontrarían eco allí. Un fragmento de este texto, datado el 1 de marzo de 1500, dice así:

Desde la creación del mundo, han existido en las regiones de allí y en las de aquí grandes poderes y señoríos de príncipes y reyes, y de romanos y otras naciones que poseían la mayor parte de la Tierra, de quienes se lee que tenían una gran voluntad y deseos de hacer esta navegación y lo intentaron, pero a Dios no le plació darles tal posibilidad en esos tiempos, como nosotros no hubiéramos podido hacer ahora, si no lo hubiéramos tenido de Su Mano y de Su Voluntad. [...] Pues hay que creer que Dios, Nuestro Señor, no ha ordenado la proeza tan maravillosa de nuestra navegación únicamente para ser servido en los negocios y en los beneficios temporales entre vosotros y nosotros, sino también en los espirituales de las almas y su salvación, que debemos colocar más alto. Se considera mejor servido por el hecho de que su santa fe cristiana fuera entre vosotros y nosotros comunicada y unida como lo fue durante seiscientos años des-

⁵⁶ El mejor y más detallado análisis de estas cuestiones se encuentra en Luís Filipe F. R. Thomaz, «L'idée impériale manueline», en Jean Aubin, ed., *La Découverte, le Portugal et l'Europe* (París: Fondation Calouste Gulbenkian, 1990), pp. 35-103; pero véase también Thomaz, *De Ceuta a Timor* (Lisboa: Difel, 1994). Los intentos de algunos autores posteriores, particularmente los citados en las notas anteriores, de criticar esta interpretación parecen motivados más por prejuicios nacionalistas que basados en una lectura objetiva. Para conocer sus bases ideológicas, véase, por ejemplo, Maria João Martins, «Vitorino Magalhães Godinho: Ideia de pátria substituída por coações das bolsas», *Jornal de Letras, Artes e Ideias*, 18723 (1-14 de julio de 1998), pp. 14-16, así como su análisis en Sanjay Subrahmanyam, «Somos el mundo: El discurso de la autarcía en la tierra de los descubrimientos», *Istor*, 8 (2002), pp. 165-181.

pués de la venida de Jesucristo, hasta el momento en que, por los pecados de los hombres, surgieron algunas sectas y herejías contrarias, de las que Cristo había dicho que vendrían después de él para poner a prueba a los buenos y recrudescer la maldad de quienes merecían la condenación y la perdición [...] y estas sectas ocupan gran parte de la Tierra entre vuestras tierras y las nuestras.⁵⁷

Este texto que, en realidad, no pudo haber significado gran cosa para el rajá Samudri, fue redactado por Duarte Galvão, el mayor de los ideólogos manuelinos.⁵⁸ Galvão también fue autor de una importante obra encargada en 1503, la *Crónica de D. Afonso Henriques*, que aspiraba a ser una historia del rey fundador de Portugal. Aunque no llegó a publicarse en el siglo XVI, existen varios lujosos ejemplares y referencias a ella en otros textos que dan a entender que circuló de forma manuscrita. De hecho, la crónica es en gran medida una celebración mística de Portugal, visto en términos un tanto antropomórficos. Así, Galvão escribe, «ordenaba Dios y quería constituir y establecer Portugal como reino para gran misterio de Su servicio y exaltación de la Santa Fe». Y más adelante, en el mismo texto, reflexiona sobre la «gran maravilla y misterio del descubrimiento, o más verdaderamente de la conquista de las Indias, jamás esperada ni creída entre los hombres, hasta que se vio hecha y cumplida por vuestra orden». Siguen entonces las comparaciones con los antiguos: «ni aquel gran rey Alejandro, conquistador del mundo, ni los cartagineses, señores de África y parte de Europa, ni los romanos, que superaron a todos los demás en la extensión de su imperio, podrían lograr esto con todo su empeño, como se lee». Además, para Galvão, Manuel I no era más que un instrumento en manos de la voluntad divina: «el Rey no es Rey por sí mismo, ni para sí mismo. [...] El corazón del Rey está en la mano de Dios, y Dios la inclina hacia donde quiere, como dice la Sagrada Escritura».

Las perspectivas de Manuel I y Duarte Galvão no eran compartidas por todos los que participaron en la primera etapa de la expansión portuguesa en Asia.⁵⁹ Uno de los más entusiastas fue, sin duda, Alfonso de Albuquerque, como demuestra tanto su comportamiento durante el periodo entre 1509 y 1515 en que desempeñó el cargo de gobernador del Estado da Índia como las cartas que escribió a Manuel I en esos años (incluidas las posteriores a su expedición al mar Rojo antes mencionada). Él y Galvão también intercambiaron misivas sobre diversos proyectos, el más espectacular de los cuales era un plan de desembarco en el mar Rojo para marchar sobre La Meca y destruirla. Como la mayoría de los portugueses de la época, tanto Albuquerque como Galvão creían que el cuerpo de Mahoma estaba enterrado o conservado en La Meca (y no en Medina) y que la Ka'aba era su tumba. Como Galvão escribió a Albuquerque en marzo de 1513:

⁵⁷ Para más comentarios sobre este pasaje, véase Sanjay Subrahmanyam, *The Career and Legend of Vasco da Gama* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), pp. 159-163.

⁵⁸ Un estudio detallado en Jean Aubin, «Duarte Galvão», *Arquivos do Centro Cultural Português*, 9 (1975), pp. 43-85, reproducido con varios otros textos relacionados del mismo historiador en Aubin, *Le Latin et l'Astrolabe: Recherches sur le Portugal de la Renaissance, son Expansion en Asie et les Relations Internationales*, vol. 1 (París: Fondation Calouste Gulbenkian, 1996).

⁵⁹ Este punto se trata con mayor detalle en Sanjay Subrahmanyam, *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: A political and economic history* (Londres: Longman, 1993).

Ahora me parece, según he dicho al Rey, que, en la pérdida del cristianismo por la venida de Mahoma, se ordenó, por misterio de Dios, que el Preste Juan se quedara en esas partes, con sus tierras y sus gentes, en la fe y verdad de Cristo, para que, cuando se cumpliera este otro misterio de nuestra navegación e ida a esas partes, halláramos allí cristianos y gentes con los que poner más fácilmente las manos sobre Mahoma y La Meca, su sede principal, que verán atacada por los cristianos, lo que [hasta ahora] estaba tan lejos de pensarse.

Más adelante en la misma carta, Galvão añadía un pasaje inflamado con el espíritu de la época:

Así como por doce apóstoles fue destruida la idolatría y creció la fe cristiana, así por los portugueses, pocos y sin poder para ello, sea iniciada la destrucción de Mahoma y su perversa secta.⁶⁰

En momentos como estos, nos vemos inmersos en un siglo xvi maniqueo, polarizado entre fuerzas empeñadas en su destrucción mutua. No obstante, el vocabulario y las metáforas tienen mucho en común: la apelación a los legados alejandrino y romano, así como el intento desesperado de comprender y controlar un mundo cuyos contornos estaban en rápido cambio. En la década de 1520, la perspectiva mesiánica de Manuel I fue rechazada definitivamente por la corte portuguesa, que, bajo Juan III (r. 1521-1557), se fijó objetivos mucho más limitados y acabó abandonando una tras otra sus avanzadas en el norte de África. Aun así, el milenarismo popular perduró, alimentado por la expulsión traumática y la conversión forzada de las comunidades judías de Portugal y quizá como un reflejo deformado del milenarismo popular que imperaba en el norte de África y el Mediterráneo oriental. El conocido caso de David Reubení —que afirmaba que era el soberano de una tribu judía perdida— es perfectamente coherente con esta situación cambiante de la década de 1520, y los movimientos de péndulo entre la credulidad y el escepticismo por parte de los monarcas europeos, incluido Juan III, lo dicen todo.⁶¹ Una vez instaurada, la Inquisición portuguesa fue muy severa con estos movimientos e ideologías, como atestigua el célebre caso de Gonçalo Eanes Bandarra, un zapatero de Trancoso que, en la década de 1540, escribió una serie de textos epigramáticos que predecían acontecimientos futuros.⁶² Aunque la Inquisición acabó censurándolas, las *Trovas* de Bandarra se hicieron célebres tanto en las postrimerías de este siglo como en el siguiente, ya que se relacionaron con el culto mesiánico del rey Sebastián I, fallecido en 1578 mientras encabezaba una expedición mal planeada en el norte de África. Esta expedición, quizá la más famosa de la historia de Portugal, desembocó en la aniquilación de gran parte de la alta nobleza y contribuyó, en 1580-1581, a la toma de Portugal por Felipe II. Buena parte de los portugueses se negaron simplemente a creer que el rey estaba muerto y promovieron la

⁶⁰ Cit. en Aubin, *Le Latin et l'Astrolabe*, op. cit., pp. 36-37.

⁶¹ Cf. Miriam Eliav-Feldon, «Invented Identities: Credulity in the Age of Prophecy and Exploration», *Journal of Early Modern History*, 3.4 (1999), pp. 203-232.

⁶² Cf. Elias Lipiner, *O sapateiro de Trancoso e o Alfaiate de Setúbal* (Río de Janeiro: Imago, 1993).

circulación de rumores sobre su regreso, lo que dio origen, a su vez, a toda una serie de impostores.⁶³ El rey Sebastián I se mostró tras su muerte como una especie de Mahdi en el contexto portugués y los epítetos que se le atribuyeron, como *o Desejado* y *o Encoberto*, fueron casi traducciones de la fraseología mahdawi.

CONCLUSIÓN

En los inicios del tercer milenio del calendario cristiano y ante la amenaza de lo que agoreramente (y con cierta pompa) se ha dado en llamar «el fin de la historia», existe un interés palpable en estudiar los movimientos milenaristas de épocas anteriores. Al hacerlo, el historiador a menudo está en riesgo de cometer el pecado capital de su profesión: el anacronismo (al que sucumbe de vez en cuando el propio Norman Cohn). En mi opinión, es en particular inapropiado establecer nexos directos e inmediatos entre los movimientos de nuestro tiempo y los procesos que hemos estudiado en estas páginas. En lo que respecta a las comparaciones más indirectas, es difícil impedir que caigan en otro pecado, el de la banalidad. No serviría de mucho pretender que los movimientos milenaristas del pasado defendieron inevitablemente los intereses de los oprimidos, que se valieron de este medio en apariencia «irracional» para detener la marcha, de otro modo irreversible, del Estado racionalizador. Si los ejemplos escogidos por, pongamos, Michael Adas en *Prophets of Rebellion* sugieren que los movimientos milenaristas fueron paradójicamente «progresistas» y anticoloniales, no hay que olvidar que, en otras circunstancias, el milenarismo fue una ideología de la que los Estados se sirvieron para consolidar sus propias posiciones.⁶⁴

Las páginas precedentes, sustentadas en un corpus creciente de obras sobre la primera modernidad, han tratado de sostener la importante presencia de fuerzas sincrónicas en el siglo xvi. Mientras Colón y Cabral viajaban rumbo al oeste y Vasco de Gama y el propio Cabral llegaban a Calicut por la vía marítima, los otomanos consolidaban su imperio entre Basora y Marruecos, y, menos de un cuarto de siglo después, la expedición de Magallanes daba la vuelta al mundo, se abrían posibilidades para una nueva coyuntura en la que los procesos culturales y materiales de sociedades diversas podían entrar en sinergia. Todo ello coincidía con un periodo en el que el mundo islámico se preparaba psicológicamente para un gran momento milenarista; de hecho, el más importante que había conocido nunca. Pues, aunque ya habían surgido expectativas mesiánicas alimentadas por uno u otro grupo islámico sectario, los movimientos del siglo xvi tenían una dimensión social y geográfica completamente distinta.

Si bien es cierto que el estudio de los primeros movimientos milenaristas modernos debe tener en cuenta el contexto espacial y temporal, tampoco conviene reducir la totalidad del ejercicio a un modelo mecánico de desafío y reacción. Me refiero a la

⁶³ Lucette Valensi, «Silence, Dénégation, Affabulation: Le souvenir d'une grande défaite dans la culture portugaise», *Annales ESC*, 46.1 (enero-febrero de 1991), pp. 3-24; también Jacqueline Hermann, *No reino do Desejado: A Construção do Sebastianismo em Portugal, séculos XVI e XVII* (São Paulo: Companhia das Letras, 1998).

⁶⁴ Michael Adas, *Prophets of rebellion: Millenarian protest movements against the European colonial order* (Chapel Hill: University of North Carolina, 1979).

síntesis ambiciosa, pero a fin de cuentas estéril, propuesta por el sociólogo histórico Jack A. Goldstone.⁶⁵ Su análisis de la «Ideología, contextos culturales, luchas revolucionarias y reconstrucción del Estado» (el título de uno de los capítulos de su obra más importante) resulta poco convincente por dos razones, presenta, ante todo, un modelo totalmente mecanicista en el que la «desintegración del Estado», a menudo acompañada de movimientos milenaristas, es producto de un desequilibrio maltusiano entre población y recursos. Así, la presión demográfica conduce a una crisis fiscal, y la crisis fiscal, a conflictos en el seno de la élite que interactúan con el descontento popular (centrado, de manera inevitable, en la escasez de alimentos) para originar ideologías de «rectificación y transformación».

Más aún, y todavía más curioso, el mundo de la primera modernidad de Goldstone está claramente dividido en dos subgrupos, las sociedades que funcionan según estructuras «escatológicas» y las que lo hacen según estructuras «cíclicas». Además, concluye que, de todo el mundo islámico, solo Irán se adhirió a «una tendencia del islam puramente escatológica», el chiismo, y que, por lo demás, el «elemento escatológico fue una innovación de la cultura judeocristiana».⁶⁶ Goldstone no saca ninguna conclusión importante de todo ello para su modelo, pero, aun con todo, su tipificación es importante en sí misma como forma de analizar los contextos ideológicos de la primera modernidad. Sobra decir que toda nuestra argumentación ha tenido por objeto, en cambio, demostrar la contaminación de estas categorías tan puras: lejos de ser prisionera de la visión cíclica del *Muqaddimâh* de Ibn Khaldun (como afirma claramente Goldstone), la versión otomana del milenarismo del siglo xvi tenía muchos puntos en común con Irán, la India y el Mediterráneo cristiano.

Desearía concluir con una súplica. Como los historiadores deberíamos saber mejor que nadie, las generalizaciones son demasiado importantes para dejárselas a los generalistas. A fin de cuentas, el propósito de la historia comparativa o global no debería radicar en suponer que el saber contenido en cada historiografía (definida según un criterio de estudios de área) es indiscutible y en efectuar una síntesis de tales conocimientos. Es de desear que lo que se ha presentado de forma algo esquemática en estas páginas cause incomodidad entre los especialistas en historia india o ibérica y los induzca a replantarse lo que consideran «hechos probados» en sus respectivas historiografías.⁶⁷

Un último ejemplo debería acabar de ilustrar este punto de vista. Al relatar el regreso a Portugal de Nicolau Coelho en el primero de los barcos de la flota de Vasco de Gama en julio de 1499, incluso el más discreto de los cronistas portugueses, Fernão Lopes de Castanheda, recuerda al lector que esta es la obra de «el más Invencible Rey Manuel, a quien la Divina Providencia había reservado su meta que era la India, cuyo descubrimiento había sido profetizado por la sibila de Cumas según se cuenta en un

⁶⁵ Cf. Jack A. Goldstone, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World* (Berkeley: University of California Press, 1991), pp. 444-450, *passim*.

⁶⁶ Goldstone, *Revolution and Rebellion*, *op. cit.*, p. 448.

⁶⁷ Véase la reacción típicamente nacionalista y eurocéntrica a estos argumentos de Francisco Bethencourt, «Le millénarisme: Idéologie de l'impérialisme eurasiatique?», así como la respuesta del presente autor, «Ceci n'est pas un débat...», *Annales HSS*, 57.1 (2002), pp. 189-201.

libro auténtico impreso en latín [..]». De manera aún más extraordinaria, Castanheda pasa a explicar que, unos días antes del regreso de Nicolau Coelho, se encontraron en Portugal, en el «roquedal de Sintra, cerca de la playa», tres columnas antiguas con inscripciones. Dos de ellas resultaban ilegibles, pero la tercera contenía la frase *Sibile vatiinium occidius decretum*, seguida de cuatro versos en latín, los mismos que hemos citado en el epígrafe de este capítulo. Castanheda los tradujo así:

Girarán las piedras con las letras puestas al derecho y en orden,
Cuando tú, Occidente, veas las riquezas de Oriente.
El Ganges, el Indo y el Tajo serán cosa maravillosa de ver.
Pues cada uno trocará con el otro sus mercancías.⁶⁸

Es interesante recalcar aquí que, para lograr su propósito jerárquico, Castanheda tuvo que tergiversar el texto latino, ya que el segundo verso de la inscripción sibilina dice, de hecho, justo lo contrario de lo que él quiere hacernos creer: «Cuando tú, Oriente, veas las riquezas de Occidente».⁶⁹ Comprender las razones que le obligaron a hacerlo exige, en mi opinión, encarar frontalmente —aun a costa de una cierta incomodidad— la compleja historia del milenarismo político del siglo XVI no solo a escala local, sino también a una escala mucho más amplia y quizá incluso global.

⁶⁸ Castanheda, *História*, vol. I, *op. cit.*, pp. 71-72.

⁶⁹ Ines Župarov fue quien me descubrió esta observación tan perspicaz por la que le estoy debidamente agradecido. Para un análisis más extenso, véase Maurice Kriegel y Sanjay Subrahmanyam, «The Unity of Opposites: Abraham Zacut, Vasco da Gama and the chronicler Gaspar Correia», en Anthony Disney y Emily Booth, eds., *Vasco da Gama and the Linking of Europe and Asia* (Delhi: Oxford University Press, 2000), pp. 48-71.

3. UNA HISTORIA COMPARADA DE TRES IMPERIOS: MOGOL, OTOMANO Y HABSBURGO¹

El aluvión de escritos sobre el concepto de imperio que siguió a la eclosión del sistema unipolar estadounidense tras el final de la Guerra Fría, más tarde incentivado por las guerras de Afganistán e Irak desde septiembre de 2001, nos dejó algo desconcertados a quienes llevábamos tiempo dedicados al estudio de la cuestión, puesto que es posible que esta nueva bibliografía haya contribuido a producir una forma perversa de «trauma imperial». No resulta fácil para los especialistas examinar con detalle las tesis disparatadas de autores relativamente principiantes, corregir sus innumerables errores y después verlos reír, pese a todo, camino del banco. Creo que ya hemos derramado demasiada tinta inútil, sea sobre las reflexiones en apariencia izquierdistas de los señores Hardt y Negri o sobre las propuestas, sin duda derechistas, de Niall Ferguson.² Desde luego, ya hemos oído suficientes planteamientos como el que sostiene que el Imperio británico fue una «fuerza positiva», dado que sin las tropas indias por él reclutadas habría sido imposible derrotar a Hitler y a sus aliados en la década de 1940.³ El argumento de Ferguson podría volver a esgrimirse para justificar a Stalin y el gulag, ya que tampoco podría haberse derrotado a Hitler sin este magnífico invento de los soviéticos.

Mi objetivo en este ensayo, sin duda amplio y ambicioso, difiere del perseguido por esta bibliografía reciente. Quiero tratar tres imperios de la primera modernidad que cubrían entre ellos una vasta superficie de territorios más o menos contiguos —con una pequeña brecha equivalente a los dominios safávidas— que se extendían desde el norte de Birmania en el este hasta el Atlántico y Marruecos en el extremo occidental de Eurasia, y que, en el sentido más amplio del término, habían adquirido dimensio-

¹ Traducción del inglés de Rosa Pérez.

² Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000, edición en castellano: *Imperio*, Barcelona: Planeta, 2005); Niall Ferguson, *Empire: How Britain Made the Modern World* (Londres: Allen Lane, 2003).

³ El argumento de que «the British Empire was a Force for Good» (esto es, que «el Imperio británico fue una fuerza positiva») fue uno de los más ingeniosos que Ferguson esgrimió en el debate celebrado en la Royal Geographical Society de Londres el 1 de junio de 2004. La moción que él apoyaba fue aprobada, dicho sea de paso, por el voto popular del público asistente.

nes globales en torno al año 1600. Por lo general, ninguno de estos tres imperios se ha incluido en la historia feliz de la modernidad y todos ellos se consideran claros perdedores en el reparto de cartas que en el siglo XVIII dio paso al florecimiento del «segundo Imperio británico».⁴ No obstante, los tres son muy importantes por la diversidad de sistemas y procesos políticos, institucionales y culturales que generaron. Pues si bien, a pesar de su rivalidad, los mogoles, los otomanos y los Austrias de España tuvieron algunas características comunes, lo cierto es que a finales del siglo XVI y principios del XVII eran también muy distintos entre sí, y con el transcurso del tiempo las instituciones políticas que crearon continuaron diferenciándose. Además, y es importante tener presentes estas distinciones más sutiles, ejercieron tipos o grados distintos de poder que ocasionaron, a su vez, tipos o grados diferentes de trauma imperial.

I

Por razones prácticas podemos iniciar nuestro recorrido en 1580-1581, cuando los tres imperios se vieron atrapados en una tensa rivalidad entre ellos. La ya de por sí compleja disputa entre los otomanos y los Habsburgo se complicó aún más cuando los mogoles entraron en escena de forma directa. Ese fue el año en que, como resultado de una enrevesada serie de acontecimientos, Felipe II adquirió el control conjunto de los imperios español y portugués tras la muerte del rey Sebastián I de Portugal en 1578 y el breve reinado de apenas dos años de su tío abuelo, el anciano cardenal-rey Enrique I. Es bien sabido que Felipe no solo tenía a su favor argumentos jurídicos basados en sus lazos de parentesco con la casa portuguesa de Avis, sino también la fuerza de sus aguerridos ejércitos y su plata del Nuevo Mundo.⁵ En consecuencia, los reyes de la casa de Austria en España —es decir, Felipe II, su hijo y su nieto— pasaron a gobernar, durante un periodo relativamente breve de sesenta años, un imperio que no solo incluía parte de los Países Bajos y el reino de Nápoles, sino también México, Perú, Filipinas, Brasil, Angola, el valle del bajo Zambeze y parte de las tierras bajas de Sri Lanka.⁶ Este imperio mundial se gobernaba, en teoría, de forma autónoma en función de la precedencia de los territorios, pero tanto en Asia oriental como en el Río de la Plata, las fronteras entre los sectores «portugués» y «español» resultaron, en la práctica, bastante permeables. Junto a ello, diversas vicisitudes del momento pusieron a los otomanos en una situación en la que —más que sentirse presionados por dos enemigos, uno al sudeste, en el océano Índico, y otro al este, en el Mediterráneo— quedaron de facto rodeados por los numerosos efectivos desplegados por la monarquía hispánica de los Felipes.

⁴ Una de las perspectivas seguramente más ecuanímes de este proceso se encuentra en C. A. Bayly, *Imperial Meridian: The British Empire and the World, 1780-1830* (Londres: Longman, 1989).

⁵ Geoffrey Parker, «David or Goliath? Philip II and His World in the 1580s», en *Spain, Europe, and the Atlantic World: Essays in Honour of John H. Elliott*, Richard L. Kagan y Geoffrey Parker, eds. (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pp. 245-266; edición en castellano: «David o Goliath. Felipe II y su mundo en la década de 1580» en *España, Europa y el mundo Atlántico: Homenaje a John Elliott* (Madrid: Marcial Pons y Junta de Castilla y León, 2001), pp. 321-346.

⁶ Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde: Histoire d'une mondialisation* (París: Martinière, 2004).

Así, los escenarios de la rivalidad entre los otomanos y los Austrias en la década de 1580 comprendieron, además del norte de África, las islas del Mediterráneo central y oriental, Etiopía, gran parte de la costa swahili, el golfo Pérsico y el norte de Sumatra.

Por si esto fuera poco, la supremacía casi sin oposición de la que los otomanos habían gozado en el mundo musulmán desde el reinado de Yavuz Sultan Selim en la década de 1510 estaba ahora en entredicho. Durante el reinado de medio siglo del sultán Solimán «el Legislador», se vieron a sí mismos como señores de las ciudades santas del Hiyaz, además de Jerusalén, y como la única gran potencia musulmana con verdadera proyección marítima; también presumían con frecuencia de que solo ellos poseían territorios en las «siete regiones» de la geografía islámica tradicional.⁷ Pero esa situación parecía destinada a cambiar. A principios del siglo xvi, los mogoles, descendientes de Genghis Khan y Tamerlán, surgieron en la región de Herat y Kabul como una dinastía menor, al principio bajo la tutela safávida; pero, a partir de la década de 1560, llevaron a cabo una serie de victoriosas campañas que les permitieron consolidar sus dominios en el norte de la India. En 1580, el soberano mogol Akbar (r. 1556-1605) ya se veía como un auténtico rival, por su poder y prestigio, del sultán otomano, y es significativo que, en torno a 1600, fueran los mogoles y no los otomanos los que se convirtieran en un modelo para algunos de los sultanatos que surgieron en el sudeste asiático y en el litoral del océano Índico.⁸ A principios de la década de 1580, Akbar entabló contacto diplomático directo con la Corona española y, cuando el primer virrey nombrado por Felipe II, Filipe Mascarenhas, llegó a Goa en 1581, ya había allí un embajador mogol para recibirlo. La historiografía tradicional ha considerado que, debido a una serie de reajustes y alianzas cambiantes que, a la larga, solo les trajeron desgracias, 1580-1581 selló el fracaso de las ambiciones otomanas de un imperio mundial.⁹

Conviene distinguir aquí entre una interpretación «política» ingenua y coyuntural del cambio de tendencia de 1580-1581 y la perspectiva mucho más elaborada de Fernand Braudel. En su clásico estudio sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II, Braudel escribió, con su característico estilo rimbombante, que el cambio de tendencia que, de manera más general, tuvo lugar entre los años 1578-1583 fue, desde el punto de vista del Mediterráneo, «el punto de inflexión del siglo».¹⁰ Aunque su explicación del desplazamiento del Mediterráneo al Atlántico en torno a 1580 otorgaba un papel destacado a la lógica de la política internacional, lo cierto es que esta lógica se sustentaba en la formidable inercia de transformaciones más duraderas en el equilibrio económico de Europa que condujeron a un aumento de la importancia de los Países

⁷ Seyyidi 'Ali Re'is, *Le Miroir des pays: Une anabase ottomane à travers l'Inde et l'Asie centrale*, trad. Jean-Louis Bacqué-Grammont (París: Actes Sud, 1999), pp. 86-87; para una edición turca moderna del texto, véase Seyyidi 'Ali Re'is, *Mir'âtü'l-Memâlik: Inceleme, Metin, Indeks*, Mehmet Kiremit, ed. (Ankara: Türk Dil Kurumu, 1999), pp. 115-116.

⁸ Denys Lombard, *Le Sultanat d'Atjéh au temps d'Iskandar Muda, 1607-1636* (París: École Française d'Extrême-Orient, 1967), p. 79.

⁹ Cf. Sanjay Subrahmanyam, *Explorations in Connected History: Mughals and Franks* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 2005), pp. 42-70.

¹⁰ Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, trad. Siân Reynolds, 2 vols. (Londres: Collins, 1972), vol. 2, pp. 1176-1177, edición en castellano: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México: Fondo de Cultura Económica, 1953).

Bajos e Inglaterra. Así, en su opinión, una corriente de fuerzas subterráneas de acción lenta se manifestó en el plano de los hechos en un espectacular clímax político, que fue a la vez una «crisis» y un «punto de inflexión». Braudel destacó también como una de las consecuencias del cambio de tendencia de 1580-1581 la supuesta reanudación, por parte de los otomanos, de la «guerra por el control del océano Índico». En su opinión, las energías volcadas anteriormente en el Mediterráneo se desplazaron (mediante lo que denominó la «física de las relaciones internacionales») a dos zonas externas: el Atlántico y el Índico.¹¹ Aun así, está claro que, pese a su considerable dedicación al estudio del siglo xvi, la rivalidad de los imperios en 1580-1581 tuvo para Braudel menos trascendencia que la de los grandes imperios comerciales «modernos» del siglo xvii, esto es, las empresas coloniales británica, holandesa y francesa. Según esta interpretación, aunque no quedaron relegados a la «papelera de la historia», después de 1600 los Habsburgo y los otomanos dejaron de ser actores relevantes del devenir histórico sin apenas participación en los grandes acuerdos políticos a escala mundial. En manos de historiadores como Niels Steensgaard —con una tendencia weberiana más acusada que Braudel—, en torno a 1600 el mundo podía clasificarse en dos bloques incomunicados.¹² A un lado de la línea divisoria estarían las nacientes y progresistas «empresas productivas» de los europeos del norte, que acabarían creando el mundo moderno y, en el otro, las «empresas redistributivas» cada vez más arcaicas de los Habsburgo, los otomanos, los safávidas y los mogoles (en cuyo saco también podría meterse, posiblemente, a la China de los Ming y los Qing), cuyo destino era ser arrastradas a la modernidad solo por la infatigable «europeización de la humanidad».

Y, sin embargo, en 1600, los Austrias —menos aún los otomanos y los mogoles— distaban mucho de ser unos cadáveres. El Estado mogol no había hecho sino empezar a cobrar importancia en esa época y no tiene mucho sentido verlo como un poder que ya olía a decadencia. La historiografía más reciente sobre los otomanos ha arrojado, por su parte, enormes dudas sobre los viejos paradigmas de su «declive», basados en los agrios comentarios de observadores venecianos, así como en teorías cíclicas inspiradas en parte en Ibn Jaldún.¹³ En palabras de Cemal Kafadar, «muchos procesos y acontecimientos que datan de los últimos tres siglos y medio del Imperio otomano se agruparon indiscriminadamente bajo el rubro de la decadencia. Las transformaciones en todos los ámbitos de la vida —político, militar, institucional, social, económico y cultural— quedaban muy bien explicadas en el contexto de la decadencia. La degeneración del imperio significaba que no había espacio para la regeneración, la vitalidad o el dinamismo, sino solo algún que otro aliento de vida fruto de una disciplina despótica, hasta que llegó la vitalidad importada de la europeización».¹⁴ El caso de los Austrias es más curioso aún, ya que el paradigma de una «época dorada», seguida de una «época

¹¹ *Ibid.*, vol. 2: 1166, pp. 1174-1176.

¹² Niels Steensgaard, *The Asian Trade Revolution of the Seventeenth Century: The East India Companies and the Decline of the Caravan Trade* (Chicago: University of Chicago Press, 1974).

¹³ Cornell Fleischer, «Royal Authority, Dynastic Cyclism, and 'Ibn Khaldunism' in Sixteenth-Century Ottoman Letters», *Journal of Asian and African Studies*, 18. 3-4 (julio-octubre de 1983), pp. 198-220.

¹⁴ Cemal Kafadar, «The Question of Ottoman Decline», *Harvard Middle Eastern and Islamic Review*, 4.1-2 (1997-998), pp. 33-34.

de decadencia» sigue vigente sin que apenas nadie se atreva a cuestionarlo. Tanto si el inicio de esta decadencia se sitúa en la década de 1580, con la «extralimitación imperial» de Felipe II, como si se fecha en las grandes revueltas de la década de 1640 que asestaron un duro golpe a las ambiciones del conde-duque de Olivares, la mayor parte de las narrativas históricas continúan argumentando como si el tradicional ciclo de nacimiento, consolidación y decadencia se ajustara muy bien a su caso.¹⁵

Por otra parte, la rivalidad a escala mundial entre los monarcas ibéricos y los países del norte de Europa no terminó exactamente con un triunfo total de estos últimos. Por supuesto, los holandeses (y en menor medida los ingleses) hicieron importantes incursiones en los territorios portugueses del océano Índico entre las décadas de 1590 y 1660. Pero en África y América la situación era mucho más ambigua. En América, a excepción de algunas zonas del Caribe, el Imperio español seguía en gran parte intacto al final de un siglo de guerra, pillaje y piratería por parte de los holandeses, franceses e ingleses. Fuera del Caribe los éxitos más importantes de los recién llegados se hallaban en el litoral atlántico del norte de América, donde la inversión económica y la dotación militar de España eran bastante limitadas. Brasil, en particular, permaneció intacto como colonia portuguesa, pese a los intentos de los holandeses, encabezados por Juan Mauricio de Nassau y la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, de ocupar Pernambuco. De hecho, continuó siendo, durante la segunda mitad del siglo xvii y todo el siguiente, un motor potente y dinámico del sistema colonial portugués y no solo siguió conectado con la metrópoli, sino también con África occidental, mediante un sistema comercial en el Atlántico Sur que, lamentablemente, no ha recibido ni una milésima parte de la atención de la que ha gozado su equivalente del Atlántico Norte.¹⁶ Por supuesto, ni los Austrias, ni la Casa de Braganza después de que el país recuperara la independencia en 1640, fueron los gobernantes pusilánimes que las habituales narrativas liberales sobre competencia imperial quieren hacernos creer.

Incluso si aceptamos que los holandeses y los ingleses adquirieron gran protagonismo como instrumentos del comercio transcontinental en el siglo xvii, con Ámsterdam y Londres como importantes centros de intercambio, solo con un planteamiento anacrónico es posible imaginar que los otomanos, los mogoles e incluso los Austrias pueden ser ignorados sin más o dejados al margen por insignificantes. No obstante, la fuerte inercia de la historiografía liberal, el deseo de reinterpretar el siglo xvii desde la perspectiva del siglo xix y las grandes teleologías del razonamiento socio-científico marxista y weberiano van en esa dirección. Incluso la historiografía reciente sobre el Imperio británico da pocas muestras de haber avanzado en estas cuestiones clave; así, en los años noventa del siglo xx, P. J. Cain y A. G. Hopkins todavía sostenían que «el Imperio otomano y Persia podían inscribirse junto a China en una categoría específica de regiones que pusieron especiales trabas a la expansión de Europa en el mundo

¹⁵ Sobre la «extralimitación imperial», véase Geoffrey Parker, *The Grand Strategy of Philip II* (New Haven, CT: Yale University Press, 1998); edición en castellano: *La Gran Estrategia de Felipe II* (Madrid: Alianza Editorial, 1998).

¹⁶ No obstante, véanse Luiz Felipe de Alencastro, *O Trato dos Videntes: Formação do Brasil no Atlântico Sul, séculos xvi e xvii* (São Paulo, Brasil: Companhia das Letras, 2000) y el estudio clásico de Frédéric Mauro, *Portugal, o Brasil e o Atlântico, 1570-1670*, trad. Manuela Barreto y Artur Teodoro de Matos, 2 vols. (Lisboa: Editorial Estampa, 1989).

subdesarrollado. La incapacidad de las sociedades de estos tres imperios para generar élites poderosas, modernizadoras y colaborativas lastró su desarrollo como sistemas políticos independientes de corte occidental». ¿Cuál podía ser, pues, el destino de lugares como estos? Difícilmente uno donde reinara la felicidad, ya que «la presencia de grandes estructuras políticas, antiguas, pero aun así pertinaces, hacía imposible sustituir a las autoridades indígenas sin provocar disturbios internos, incurrir en enormes gastos y arriesgarse a un conflicto internacional». ¹⁷ Su único porvenir eran el estancamiento y la asfixia, hasta que la occidentalización introdujera los cambios, drásticos y profundos, que necesitaban.

II

Detengámonos, aunque solo sea brevemente, a preguntarnos qué tenían de «antiguos» (el significado implícito es «arcaicos») los mogoles, los otomanos o los Habsburgo y en qué momento la historiografía empezó a percibirlos como tales. Los mogoles gobernaron sobre el norte de la India desde la década de 1520 hasta finales de la de 1850, pero hay que hacer dos advertencias en relación con esta cronología. En primer lugar, entre finales de la década de 1530 y mediados de la de 1550, hubo un paréntesis en su gobierno, cuando el emperador mogol Humayun tuvo que retirarse del norte de la India debido a un repunte de poder de caudillos afganos. En segundo lugar, desde finales del siglo XVIII, y en concreto desde las décadas de 1770 y 1780, el emperador mogol quedó reducido a una figura decorativa, de modo que es difícil afirmar que existía un «Imperio» mogol propiamente dicho en la primera mitad del siglo XIX. En el caso de los otomanos, el arco cronológico es mucho más amplio, ya que comprende, de hecho, casi seis siglos. No obstante, durante más o menos los primeros cien años de su existencia —es decir, hasta bien entrado el siglo XV—, es más plausible hablar de una entidad política regional que de un verdadero imperio. De hecho, en 1512, los dominios otomanos continuaban siendo bastante compactos, pues se extendían, de oeste a este, más o menos desde Sarajevo hasta Sivas y, hacia el sur, desde el Danubio hasta el Mediterráneo. Fue en el siglo XVI cuando Buda, Orán, El Cairo, Mosul, Basora, La Meca y Suakin cayeron en sus manos. También los Austrias gobernaron, por su parte, un imperio típico de la primera modernidad: Carlos V (Carlos I de España) fue coronado como rey de Castilla y Aragón en la década de 1510, y la muerte de Carlos II, el último monarca de la dinastía, coincidió exactamente con el comienzo del siglo XVIII.

Dos de estas tres estructuras imperiales, la de los otomanos y la de los Austrias, aspiraron en el siglo XVI a dominar el mundo en un sentido literal del término, lo que los distinguía de los antiguos imperios universales, así como de la mayoría de los otros Estados de la época, tal como sir Walter Raleigh apuntó en su vasta e inconclusa *Historia del Mundo*. Su prefacio a esta obra resulta curioso, pues refiere que, aunque había

¹⁷ P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism: Innovation and Expansion, 1688-1914* (Londres: Longman, 1993), p. 397.

empezado a escribir con la idea de proporcionar una historia del mundo, se había «finalmente propuesto (con algunas pocas excepciones) limitar mi discurso a esta nuestra famosa isla de Gran Bretaña», ya que, en su opinión, era mucho mejor «articular [...] nuestros asuntos internos ingleses dispersos y aislados en un marco delimitado, que hacerlo con los universales».¹⁸ Al final, incluso esta reflexión sobre Gran Bretaña tuvo que limitarse a unos pocos apartados, dado que Raleigh fue incapaz de seguir cronológicamente más allá de los romanos, a quienes dejó, al final de su obra, «floreciendo [aún] en mitad del campo; después de haber arrancado, o cortado, todo lo que les ocultaba de los ojos y la admiración del mundo». No obstante, al final de su obra, Raleigh especuló sobre cómo podría haber organizado esa otra historia «universal» que había abandonado. Por lo que a su época se refería, tal historia se organizaría a partir de la oposición entre turcos y españoles, porque «no ha existido en Oriente ningún estado temible salvo el de los turcos [...] ni en Occidente ningún príncipe que haya extendido sus alas tan lejos como el español». Así pues, Raleigh concluyó que «estas dos naciones son hoy en día las más insignes y dignas de consideración; la una busca acabar por completo con la religión cristiana, la otra la verdad y la sincera profesión de la misma; la una unir toda Europa a Asia, la otra el resto de toda Europa a España».¹⁹

Los mogoles eran una entidad política algo distinta. Sus ambiciones se centraron sobre todo en Asia central, con la aspiración, seguramente, de recuperar las «patrias ancestrales» (o *watan*) de su excelso antepasado Tamerlán, pero, aparte de eso y de unas pocas disputas fronterizas residuales con los safávidas, su línea de expansión fue sobre todo hacia el sur y el este.²⁰ Al sur, la frontera que consideraron natural fue el océano Índico. Tras haberla alcanzado en 1700, no dieron ninguna muestra de querer ir más allá, fuera a Sri Lanka o, menos aún, al sudeste asiático. Al este, su principal ámbito de expansión entre 1570 y 1660 fue Bengala, y después de esta última fecha las regiones de Koch Bihar, Tippera y Asam. Pero parece que una vez que alcanzaron este punto se frenaron sin llegar nunca a ambicionar la región de Arakan en el norte de Birmania. En este sentido, el Estado mogol podría ser visto como un proyecto territorialmente inconcluso, pero también como una entidad política que conocía sus propios límites. Trataremos de explorar en otro lugar el origen de estas ideas.²¹

¿Cuándo se empezó a hablar de la «decadencia» de estos tres imperios? Aquí, una vez más, la cronología es compleja, y más si se incluye en el análisis el caso de China.²² Para empezar, en el interior de cada uno de estos imperios surgieron teorías políticas

¹⁸ Sir Walter Raleigh, *The History of the World in Five Books*, 6 vols. (Edimburgo: Archibald Constable, 1820), vol. 2, parte 1. Véase también John Racin, *Sir Walter Raleigh as Historian: An Analysis of «The History of the World»* (Salzburgo: Institut für Englische Sprache und Literatur, Universidad de Salzburgo, 1974).

¹⁹ Raleigh, *History of the World*, *op. cit.*, 6, pp. 368-369.

²⁰ Sobre las ambiciones mogolas con respecto a Asia central, véase Richard C. Foltz, *Mughal India y Central Asia* Karachi (Pakistán: Oxford University Press, 1998), pp. 136-146.

²¹ Una breve reflexión sobre este tema en M. Athar Ali, «The Perception of India in Akbar and Abu'l Fazl», en Ifan Habib, ed., *Akbar and His India* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1997), pp. 215-224.

²² Véase William S. Atwell, «Ming Observers of Ming Decline: Some Chinese Views on the «Seventeenth-Century Crisis» in Comparative Perspective», *Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, 3.^a ser., 2 (1988), pp. 316-348; véase también la obra clásica de Ray Huang, *1587, A Year of No Significance: The Ming Dynasty in Decline* (New Haven, CT: Yale University Press, 1981).

que reflejaban una profunda inquietud por su propia decadencia que los observadores externos explotaron y, en ocasiones, malinterpretaron de un modo intencionado. Las primeras teorías sobre la decadencia de los Austrias y los otomanos aparecieron a finales del siglo xvi, y las de los mogoles entre finales del siglo xvii y principios del xviii. Kafadar ha advertido que conviene no confundir a los autores que «llaman la atención sobre la posibilidad de disturbios» como consecuencia de las dificultades con aquellos que consideran que las dificultades son endémicas y propias de un «mundo en decadencia». Teniendo presente esta advertencia, podemos distinguir entre las teorías de orientación fundamentalmente cíclica y dinástica dentro de una determinada zona y las que tienden a entender el dominio y la hegemonía como un fenómeno que pasa de una región del mundo a otra. La mayor parte de las teorías sobre el declive de los Austrias y los otomanos parecen pertenecer a la primera categoría, y van acompañadas por un tipo de escritos destinados a ofrecer «consejos» o proponer «reformas» (*arbitrios o nasihat*) para frenarlo, atenuarlo o incluso revertirlo.

Las ideas centrales de esta literatura incluyen referencias a la «corrupción», el desequilibrio entre los elementos que mantienen la unidad de un Estado, la aparición de nuevos grupos sociales asociados con el dinero más que con el progreso y el recelo por nuevos valores que desbancan a los anteriores. No obstante, no se trata de críticas culturales generalizadas. Ningún *arbitrista* español destacado recomendó nunca abandonar la religión católica ni sugirió que el clima Mediterráneo condenaba a los habitantes de la península ibérica a una lánguida decadencia. Los únicos escritores mogoles que esgrimieron esa clase de argumentos sobre su propia situación lo hicieron después de la conquista británica de la India, cuando habían interiorizado en lo más hondo una especie de «vergüenza cultural». Los típicos escritores mogoles del siglo xviii podrían argüir más bien que su «masculinidad» había entrado en decadencia o que los grupos sociales enriquecidos con el comercio habían pasado a ostentar demasiado poder en el conjunto de la sociedad.²³ Se trataba de argumentos que tenían un valor comparable al de la astrología que, para ellos, más que ser una ciencia enteramente determinista proponía que los hechos estaban impelidos por un cierto impulso, pero que su curso podía modificarse. Esta clase de argumentos, sin embargo, quedarían desplazados por los de los europeos occidentales, que consideraban el Imperio otomano como el «hombre enfermo de Europa» o los divulgadores protestantes de la «Leyenda negra», que los transformaron en argumentos inamovibles: el destino de los imperios en decadencia estaba determinado de manera inexorable, de igual manera que era inevitable el ascenso al poder de los Países Bajos y Gran Bretaña.

En otras palabras, a mediados del siglo xvii, la idea de la decadencia de los otomanos y Austrias gozaba de un curioso consenso entre los observadores tanto internos como externos, si bien se trataba de un consenso fundamentado en modelos interpretativos incompatibles. Un siglo después, esta generalización también era aplicable a los mogoles. Cuando el Shah de Persia Nader los humilló en su campaña militar de 1739-1740, los apesadumbrados observadores mogoles empezaron a buscar explicacio-

²³ Cf. Muzaffar Alam, *The Crisis of Empire in Mughal North India: Awadh and the Punjab, 1707-48* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1986), pp. 169-175.

nes para su «decadencia», y, pese a las similitudes superficiales, estas tuvieron poco que ver con las de los funcionarios de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que en la década de 1750 trataron de presentar el declive de los mogoles en el subcontinente indio como una circunstancia propicia para su propio enriquecimiento.²⁴ Curiosamente, cuando la conquista territorial ya estaba bastante avanzada, algunos de estos mismos funcionarios descubrirían virtudes en los modos mogoles de organización que hasta entonces les habían pasado inadvertidos. Entre 1760 y 1830, los británicos de la India no se cansarían de repetir que su objetivo era conservar lo mejor de las instituciones mogolas mientras se deshacían de todo lo demás (lo que incluía, como es natural, todo lo referente al carácter islámico del Estado). El punto de vista británico era que el Estado mogol tenía elementos importantes que conservar, una visión muy distinta de la que tuvieron Mustafa Kemal Atatürk y sus seguidores al final del Estado otomano.

Esto nos lleva, como es lógico, a considerar cuáles fueron los elementos clave del funcionamiento político e institucional de los tres imperios «en decadencia». A este respecto, sus historias divergentes siguen complejos derroteros. Algunas instituciones de los mogoles y los otomanos parecen bastante similares en ciertos sentidos, pero diferentes en otros. Sorprendentemente, las de los Habsburgo y los otomanos convergen en muchos puntos, mientras que las de los mogoles acaban siendo muy distintas de ellas. Tiene que haber razones comunes para que los imperios otomano y de los Habsburgo terminaran fragmentándose en un gran número de pequeños estados-nación, a menudo muy divididos entre sí, mientras que la mayor parte del Imperio mogol siguió unida, y sigue estándolo en la actualidad, formando un solo estado-nación, la República de la India. Para dilucidarlas, voy a centrarme a continuación en tres cuestiones: la gestión de la diversidad regional, las diferencias religiosas y confesionales y la transformación económica. Estas tres cuestiones no pueden ser separadas como se desprende del tópico (hace poco reavivado por historiadores neokemalistas) de que el Imperio otomano entró en decadencia económica a causa de su estricta adhesión a las anticuadas instituciones jurídicas del islam suní.²⁵ Una vez más, las cuestiones relacionadas con la diversidad regional y las diferencias religiosas a menudo se entrelazan en la historiografía; de hecho, sería difícil separarlas por completo en contextos como, por ejemplo, el de la revuelta de los Países Bajos contra el dominio de los Habsburgo españoles. Aun así, puede ser conveniente tratar las instituciones en cuestión, primero en el periodo de consolidación imperial y después considerar su evolución en el tiempo.

La paradoja de los Habsburgo españoles radica en el llamativo contraste entre el modo en que gestionó las colonias atlánticas y los territorios europeos. En estos últimos, se permitió durante el siglo xvi un grado de diversidad institucional mucho mayor, una

²⁴ Compárese Khwaja ‘Abdul Karim ibn Khwaja ‘Aqibat Mahmud Kashmiri, *Bayān-i Wāqī: A Biography of Nādir Shāh Afshār and the Travels of the Author*, K. B. Nasim, ed. (Lahore, Pakistán: Research Society of Pakistan, 1970), con William Bolts, *Considerations on India Affairs, Particularly Respecting the Present State of Bengal and Its Dependencies* (Londres: Almon, 1772).

²⁵ Para una versión un poco más sofisticada de este argumento, véase Timur Kuran, «The Islamic Commercial Crisis: Institutional Roots of Economic Underdevelopment in the Middle East», *Journal of Economic History*, 63.2 (junio de 2003), pp. 414-446. Cf. Nelly Hanna, *Making Big Money in 1600: The Life and Times of Isma‘il Abu Taqīyya, Egyptian Merchant* (Syracuse, Nueva York: Syracuse University Press, 1998).

diversidad implícita en el mecanismo por el cual los distintos territorios fueron tratados como «reinos» unidos entre sí. Esta diversidad fue respetada incluso en sus dominios en la península ibérica, de manera que las condiciones de la incorporación de Portugal más que cuestionar la regla la confirmaron. Las instituciones y privilegios fueron celosamente defendidos por las autoridades locales y regionales hasta el punto de que, cuando la Corona los cuestionó —algo que sucedió de manera periódica—, las reacciones fueron desde las quejas y amenazas de querrela hasta la rebelión abierta, como ocurrió con la revuelta de los Comuneros en Castilla a principios del reinado de Carlos V y cada cierto tiempo en diversos lugares a partir de entonces. En otras palabras, lo que podríamos denominar el núcleo metropolitano de los dominios de los Habsburgo se caracterizó por una pluralidad de privilegios fiscales (mercedes y fueros), regímenes especiales que se remontaban a la Reconquista, reivindicaciones comunitarias y otras excepciones institucionales frente a casi cualquier pretensión de «gobierno absolutista» que la Corona pudiera plantear. Esta organización frustraría las ambiciones de los grandes validos en su afán por consolidar el poder de sus señores, Lerma en el caso de Felipe III y Olivares en el de Felipe IV.²⁶ Tal como Olivares escribió en secreto a Felipe IV ya en 1625: «tenga V.M. por el negocio más importante de su Monarquía, el hacerse Rey de España; quiero decir, Señor, que no se contente V.M. con ser Rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, Conde de Barcelona sino que trabaje y piense con consejo mudado y secreto, por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla sin ninguna diferencia».²⁷ Este programa resultaría a la larga estar fuera del alcance de los Austrias.

Por el contrario, en las posesiones de ultramar (y aquí debemos dejar de lado la problemática posición de los territorios de los Habsburgo en el norte de África), el proceso de conquista se basó en la implantación y reproducción de instituciones importadas.²⁸ Vemos por primera vez esta clase de reproducción con la encomienda, introducida primero en el Caribe, después en México y más tarde en Perú, con arreglo a un modelo que provenía de Extremadura. Cuando esta institución entró en decadencia, fue sustituida por otras, como la hacienda, destinada al control de las tierras y la mano de obra, pero en todas partes apareció el mismo marco lingüístico y terminológico: el *repartimiento* para organizar el espacio, la *reducción* para congregiar poblaciones, la ciudad modelo con su *traza* y su concejo, los imponentes monasterios fortificados con sus tierras, los franciscanos y jesuitas con sus ambiciosos proyectos lingüísticos y adoctrinadores, las universidades para crear élites criollas, etc. A medida que el Imperio español fue avanzando en su camino majestuoso y a menudo profundamente destructivo desde La Española y Cuba a México y Centroamérica, Perú, Bolivia y, por último,

²⁶ John H. Elliott, *The Count-Duke of Olivares: The Statesman in an Age of Decline* (New Haven, CT: Yale University Press, 1986); edición en castellano: *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia* (Barcelona: RBA, 2005); véase también Robert A. Stradling, *Philip IV and the Government of Spain, 1621-65* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), pp. 172-206; edición en castellano, *Felipe IV y el gobierno de España* (Madrid: Cátedra, 1989).

²⁷ Citado en John Lynch, *Spain under the Habsburgs*, 2.^a ed. (Oxford: Blackwell, 1981), p. 105, edición en castellano: *España bajo los Austrias*, 2 vols. (Barcelona: Crítica, 1982).

²⁸ Sobre la posición un tanto anómala de las posesiones norteafricanas, véase Jean-Frédéric Schaub, *Les Juifs du roi d'Espagne. Oran, 1509-1569* (París: Hachette, 1999).

Filipinas, llama la atención la capacidad de mantener el orden en medio del caos sembrado por las enfermedades y los desplazamientos gracias a la repetición y reproducción institucional y el deseo de uniformidad que parece negar la diversidad de estos territorios. A fin de cuentas, ¿qué tenían en común Cuba, el valle de México y la región de Manila antes de la irrupción española?

Por supuesto, los problemas de gestión en el siglo xvi abrieron, casi de inmediato, fisuras que llevaron a la escisión de los virreinos de Nueva España y Perú, mientras que Filipinas —pese a depender de México sobre el papel— gozó de un cierto grado de autonomía. Como contrapartida, esta uniformidad institucional favoreció la constante circulación por estos territorios de administradores, mercaderes, religiosos o intelectuales. A diferencia de los otros dos imperios que estamos tratando, el de los Austrias fue claramente colonial desde sus inicios, ya que se basó de manera inflexible en los principios de asentamiento y explotación económica. Algunas cifras aproximadas sobre el primero de estos aspectos parecen indicar un aumento constante de la población europea, pero también de la de mestizos y mulatos que, en ciertas situaciones, acabarían asimilándose con las élites criollas que se oponían al régimen colonial.²⁹

| | 1570 | 1650 |
|----------------------------|-----------|------------|
| CLASIFICACIÓN POR RAZA | | |
| Blancos | 118.000 | 655.000 |
| Negros, mestizos y mulatos | 230.000 | 1.299.000 |
| Indígenas | 8.927.150 | 8.405.000 |
| CLASIFICACIÓN POR REGIÓN | | |
| México | 3.555.000 | 3.800.000 |
| Perú | 1.585.000 | 1.600.000 |
| Colombia | 825.000 | 750.000 |
| Bolivia | 737.000 | 850.000 |
| Chile | 620.000 | 550.000 |
| América central | 575.000 | 650.000 |
| Antillas | 85.650 | 614.000 |
| Otros | 1.292.500 | 1.545.000 |
| TOTAL | 9.275.150 | 10.359.000 |

Tabla 1. Población de la América española

Viendo el aspecto de este imperio hacia 1650, nada hacía presagiar que acabaría escindiéndose en una serie de entidades políticas de tamaño tan diverso como Argentina y México o Salvador y Honduras. La diversidad regional allí donde se produjo

²⁹ Guillermo Céspedes del Castillo, «Las Indias durante los siglos xvi y xvii», en *Historia social y económica de España y América*, Jaime Vicens Vives, ed., vol. 3 (Barcelona: Vicens-Vives, 1982), pp. 336, 451.

estuvo determinada en gran parte por tres fenómenos: en primer lugar, el grado de supervivencia de los descendientes de las poblaciones precolombinas y, en algunos lugares, como el de la región que posteriormente se conocería como Argentina, la cuestión de su densidad demográfica anterior a 1500; en segundo lugar, la diversidad de ecologías y economías, con un predominio de la minería en algunas regiones, de la agricultura en otras y aun de grupos humanos no sedentarios en otras; y, en tercer lugar, la naturaleza del comercio de esclavos, la importación de poblaciones esclavas africanas y el impacto diferencial de estos factores en regiones que van de México y el Caribe a Ecuador, Colombia y Bolivia. Dicho esto, la segunda mitad del siglo xvi fue testigo de las primeras muestras de patriotismo particularista en diversas partes de la América española: los residentes de México a menudo veían su colonia (y ciudad) como un centro de verdadera grandeza, superior a cualquiera en América, mientras que los habitantes de Lima, por su parte, reivindicaban esa posición para su ciudad y el virreinato que gobernaba.³⁰

Esta imagen de una diversidad regional relativamente escasa en ultramar en contraste con la sorprendente tolerancia en los territorios europeos de los Habsburgo se ve más reforzada aún por la cuestión religiosa. En este caso, el contraste no es tan claro. Casi huelga decir que el imperio de los Habsburgo impuso una clase de intolerancia religiosa que pocos imperios de la primera modernidad llegaron a exigir; de hecho, las únicas comparaciones válidas podrían establecerse con el Irán safávida y el Japón del periodo Tokugawa. El viaje de Colón coincidió con la expulsión de los judíos de España y, un siglo después, la política de homogeneización religiosa se selló con la expulsión de los moriscos, ordenada en 1609 y casi completada en 1614. Muchos sospechaban que esta población de conversos forzados del islam al cristianismo era una «quinta columna» de los otomanos en el interior de España. Su desplazamiento, sobre todo al norte de África, aunque también al Mediterráneo oriental, pudo afectar a entre 275.000 y 300.000 personas, quizá entre el 3 y el 4% del total de una población de ocho millones y medio.³¹ Las repercusiones de esta expulsión fueron bastante dispares en las diversas regiones españolas, siendo las más afectadas las del sudeste, además de Valencia y Aragón. Puede haber dudas sobre de si estos hechos tuvieron un gran impacto económico, pero, en todo caso, queda claro que las expulsiones simbolizaron el deseo de la monarquía de imponer una homogeneización religiosa cuyos objetivos no solo eran los «herejes» (es decir, los protestantes), sino también el resto de religiones del Libro. La intolerancia también estaba extendida en los territorios americanos, pues, aunque hubo periodos en los que la población de marranos (o judeoconversos) fue tolerada en México, Perú y el Río de la Plata, en otros se la sometió a una feroz persecución. Recientemente, algunos historiadores se han excedido en su entusiasmo por defender la singularidad de la Inquisición en la época de los Habsburgo, ya que su naturaleza es equiparable con la de instituciones similares en los imperios otomano y mogol.

³⁰ Para un análisis del tema a través de una serie de evocadoras semblanzas biográficas, véase David A. Brading, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991).

³¹ Véase Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *Historia de los moriscos: Vida y tragedia de una minoría* (Madrid: Revista de Occidente, 1978).

Desde principios del siglo xvi, los dominios otomanos fueron un conocido refugio de grupos religiosos perseguidos en Europa —judíos y más adelante moriscos, aunque también otros muchos como anabaptistas y miembros de diversas sectas protestantes—. Los otomanos consideraron a la mayor parte de estos grupos como «minorías protegidas» (*dhimmis*), al igual que los armenios y otras poblaciones cristianas ortodoxas orientales. Según una autoridad en la materia, la expansión otomana durante el siglo xvi comportó una especie de época dorada para estas comunidades minoritarias: así, «la victoria del Imperio otomano simbolizó la victoria en el ámbito económico de griegos, turcos, cristianos renegados, armenios, ragusanos y judíos sobre la hegemonía comercial que Venecia y Génova ejercían desde hacía dos siglos».³² La situación es algo distinta en el caso de los cristianos que vivían bajo el dominio otomano en las zonas rurales de los Balcanes y Europa oriental, pero no cabe duda de que las clases comerciales y profesionales, estuvieran formadas por judíos o cristianos, veían en los otomanos sus protectores en el Mediterráneo. Parece que también ellos interiorizaron esta imagen de sí mismos; así, el sultán otomano, por ejemplo, escribió una carta a su aliado, el rey Carlos IX de Francia, tras la masacre perpetrada el día de san Bartolomé de 1572, reprendiéndolo por su trato injusto de las minorías religiosas. Pero, por otra parte, ellos mismos cobraban un impuesto de capitación discriminatorio (*cizye* o *jizya*) a sus súbditos no musulmanes, que representaba hasta el 8% de las rentas totales del imperio y, en los Balcanes, impusieron una tasa colectiva a las aldeas cristianas que recaía incluso sobre fugitivos y muertos.

Pero quizá lo más importante fuera, en palabras de Halil Inalcik, la práctica del *devshirme*, la «leva de muchachos entre la población rural cristiana para los servicios de palacio o las divisiones del ejército permanente de la Sublime Puerta». Esta leva era una adaptación de una institución a menudo asociada a los *mamelucos*, ya existente en los Estados musulmanes desde hacía tiempo, solo que los otomanos llevaron su aplicación más allá de lo legalmente permisible. Por lo general, los esclavos de élite (*mamelucos* o *kul*) habían sido cautivos de guerra y no niños seleccionados de entre las poblaciones sometidas como hicieron los otomanos. Para estos últimos, esta práctica comportaba, por un lado, tras la separación de su familia natal, su «muerte social» y su renacimiento en las costumbres de la élite otomana, la oportunidad de llegar, en ocasiones, muy alto en las jerarquías administrativa y militar; no obstante, por otro lado, la práctica fue aplicada por la fuerza y como es fácil imaginar desencadenó mucho resentimiento entre las poblaciones que se vieron obligadas a entregar a sus hijos varones de esa manera. De cualquier modo, es instructivo que, si bien los otomanos serían imitados en este punto por los safávidas (sobre todo hacia finales del siglo xvi), los mogoles evitaron en gran medida esta institución como base para la construcción de su aparato estatal.³³

La burocracia esclava de los otomanos se convirtió en objeto de admiración para algunos observadores europeos como Maquiavelo, que la consideró una meritocracia

³² Traian Stoianovich, «The Conquering Balkan Orthodox Merchant», *Journal of Economic History*, 20.2 (1960), pp. 234-313, citado en Halil Inalcik, *An Economic and Social History of the Ottoman Empire*, vol. 1, 1300-1600 (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), p. 214.

³³ Sobre la élite de esclavos de la India mogola, véase Indrani Chatterjee, «A Slave's Quest for Selfhood in Eighteenth-Century Hindustan», *The Indian Economic and Social History Review*, 37.1 (2000), pp. 53-86.

que los Estados europeos de la época eran incapaces de implantar.³⁴ Parece que funcionó con la máxima eficiencia durante el siglo xvi, pero —como Metin Kunt ha demostrado— su forma y contenido fueron en parte modificados durante el siglo xvii.³⁵ Eso ocurrió en el marco de una serie de cambios en la relación entre la administración central y las provinciales, un punto que ahora deberíamos considerar aunque fuera brevemente. A partir de su base originaria en Anatolia y Rumelia, el Estado otomano se expandió a trompicones tanto hacia el este como hacia occidente, donde ya en 1389 había adquirido extensos territorios en Bulgaria y Macedonia. El proceso continuó de manera paulatina durante el siglo siguiente tanto en una dirección, hacia Serbia y Albania, como en otra, hasta incluir ciudades como Konya, Kayseri y Amasya. Este núcleo central, que ya estaba consolidado en 1512, se convertiría en la base de la enorme expansión posterior que continuó hasta mediados del siglo xvi. Los historiadores económicos estiman que a principios de la década de 1520 la población de los dominios otomanos (excluyendo regiones como el Hiyaz) ascendía a unos quince millones, que quizá llegaría a alcanzar los veinticinco a finales del siglo xvi.³⁶ Si esto fuera cierto, significaría que, en líneas generales, se situaría al mismo nivel que la del Imperio de los Habsburgo en 1650 (tras la pérdida de Portugal y sus territorios dependientes), que podemos estimar en algo más de veinte millones.

No obstante, la articulación regional del Imperio otomano es muy distinta a la del de los Habsburgo. Las clásicas instituciones fiscales centralizadas de los otomanos —especialmente el *timar*, la concesión de tierras que les servía para reclutar soldados (aparte del ejército permanente)— se emplazaban sobre todo en el núcleo central y en las principales rutas militares que conducían al oeste. A diferencia de la de los Habsburgo, la estrategia otomana se basaba en la conciliación, esto es, en mantener distintas clases de «privilegios consuetudinarios» en los territorios exteriores o recién incorporados, en vez de insistir en la reproducción de instituciones centrales magnificadas. En regiones como el norte de África, los otomanos pronto dejaron clara su intención de respetar las instituciones locales, aunque para regentarlas buscaron élites dispuestas a colaborar con ellos. Tal como ha sintetizado André Raymond: «en los lugares donde los otomanos encontraron antiguas tradiciones del Estado y grupos sociopolíticos muy consolidados, se esforzaron habitualmente por llegar a un acuerdo con tales tradiciones y grupos, en vez de intentar imponer su sistema administrativo en su totalidad».³⁷ Algo muy similar ocurrió en otras regiones, tanto en Irak como en el Hiyaz o Habesh, aunque, probablemente, no tanto en los Balcanes. En la mayoría de los territorios que conquistaron después de 1512, buscaron sacar provecho de las posibilidades

³⁴ Nicolás Maquiavelo, *The Prince*, trad. Luigi Ricci (1515; Nueva York: New American Library, 1959), pp. 43-45.

³⁵ I. Metin Kunt, *The Sultan's Servants: The Transformation of Ottoman Provincial Government, 1550-1650* (Nueva York: Columbia University Press, 1983).

³⁶ El estudio clásico sobre esta cuestión continúa siendo Ömer Lütfi Barkan, «Essai sur les Données statistiques des registres de recensement dans l'empire Ottoman au xve et xvie siècles», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 1.1 (1958), pp. 9-36. He hecho el cálculo a partir de las tablas de Barkan, utilizando su coeficiente de cinco miembros por hogar; no obstante, a menudo han sido malinterpretadas por historiadores posteriores para proponer una población de doce millones en torno a 1520.

³⁷ André Raymond, «Les Provinces arabes (xvii-xviii siècle)», en *Histoire de l'Empire Ottoman*, Robert Mantran, ed. (París: Fayard, 1989), p. 356.

ofrecidas por economías con más liquidez que el núcleo central, un tanto empobrecido y poco poblado, de Anatolia. Además, incluso en el siglo xvi, cuando la circulación de burócratas y funcionarios entre el centro imperial y las provincias era mucho más regular de lo que sería más adelante, los otomanos aún dependían mucho de las élites locales. El suyo nunca fue un verdadero «imperio de colonos», ya que, sencillamente, no había posibilidad de enviar decenas de miles de colonos del núcleo a la periferia, a excepción, quizá, de los *timariotes*, los pequeños propietarios cuyo número podía ascender a veinte mil a finales del siglo xv, enviados a los Balcanes y Europa oriental, o los emigrantes que abandonaron Anatolia y Rumelia para colonizar tierras baldías en regiones como el noreste de Bulgaria, Tracia, las llanuras de Macedonia y Tesalia. Lo cierto es que la élite otomana solía ocupar posiciones de privilegio en lugares como Túnez, El Cairo, Budapest o Bagdad, pero el contraste con la América de los Habsburgo difícilmente podría ser mayor.

| REGIÓN | MUSULMANES | CRISTIANOS | JUDÍOS | HOGARES | POBLACIÓN |
|-------------------|------------|------------|--------|-----------|------------|
| Anatolia | 953.997 | 77.869 | 559 | 1.032.425 | 5.162.125 |
| Rumelia | 291.593 | 888.002 | 12.204 | 1.191.799 | 5.958.995 |
| Siria y Palestina | 113.358 | 25.000 | 6.000 | 144.358 | 721.790 |
| Egipto | 510.000 | 120.000 | 10.000 | 640.000 | 3.200.000 |
| TOTAL | 1.868.948 | 1.110.871 | 28.763 | 3.008.582 | 15.042.910 |

Tabla 2. Cálculo estimado de la población otomana (hogares y población), c. 1520

En definitiva, incluso en los territorios que, a diferencia de los simples tributarios como Valaquia o Moldavia, los otomanos gobernaban directamente, el grado de control centralizado, tanto sobre las instituciones políticas y fiscales como sobre las prácticas religiosas, variaba muchísimo. Incluso con respecto al dinero y su circulación, los otomanos permitieron que hubiera una enorme diversidad de regímenes en distintas partes del imperio, aunque, en teoría, el *akçe* fuera la unidad monetaria a efectos fiscales.³⁸ En materia de religión, por supuesto, no había tanta tolerancia, ya que, debido a su vínculo con el sunismo, tenían especial aversión al chiismo, que encontraron en Anatolia oriental o en las tierras fronterizas con el Irán safávida. Como es natural, asociaban el chiismo de sus territorios con la heterodoxia religiosa (*ghulwæw*) que había dado origen al régimen safávida del sah Isma‘il a principios del siglo xvi.³⁹ Con respecto a los cristianos, se sabe que periódicamente surgían conflictos y que hay casos de conversiones forzadas que dieron lugar a «martirios». No obstante, como Haim Gerber ha argumentado de manera convincente, en términos generales, los *dhimmis* (minorías cristianas y judías) del Imperio otomano considera-

³⁸ Şevket Pamuk, *A Monetary History of the Ottoman Empire* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), pp. 88-111.

³⁹ Kathryn Babayan, *Mystics, Monarchs, and Messiahs: Cultural Landscapes of Early Modern Iran* (Cambridge, MA: Harvard Middle Eastern Monographs, 2002).

ban su régimen de protección legal como bastante favorable, e incluso lo preferían a otras opciones.⁴⁰

Esta visión del régimen otomano en los siglos xvi y xvii entra en conflicto con la versión de muchas historiografías nacionalistas postotomanas, en particular las que lo presentan como el «periodo más triste y negro» de la historia de los Balcanes.⁴¹ Esta interpretación, como observa Maria Todorova, da por supuesto que «las sociedades medievales de los Balcanes habían alcanzado en vísperas de la conquista otomana un alto grado de sofisticación que las situaba a la altura, si no por encima, de la Europa occidental». El dominio otomano fue, por tanto, «una catástrofe con consecuencias sin precedentes porque alteró la evolución natural de las sociedades del sureste de Europa como parte sustancial y creativa del proceso global del humanismo y Renacimiento europeos». ⁴² Las élites balcánicas fueron aniquiladas o expulsadas, y solo quedaron la Iglesia ortodoxa y la comunidad rural para conservar y defender parte de un glorioso pasado. Todorova apunta que, tras la conquista otomana, «solo una pequeña parte de las aristocracias cristianas balcánicas fueron integradas en los niveles inferiores de poder» y que, si bien en los territorios vasallos fueron más toleradas, nunca llegaron a estar del todo integradas en un mundo en el que la cultura de élite era «producida y consumida exclusivamente por musulmanes instruidos de habla otomana, árabe y persa». Por otra parte, también apunta que «el periodo otomano sirvió de marco para un verdadero florecimiento de la cultura balcánica posbizantina», lo que, de hecho, dista mucho de la representación de este periodo como una especie de «Edad Oscura» —una representación promovida por las historiografías nacionalistas desde finales del siglo xix y a lo largo del xx.

Esta valoración de los otomanos como «portadores de una civilización fundamentalmente foránea caracterizada por una religión fanática y militante», como invasores que «ruralizaron» las regiones en las que gobernaron, encontró su réplica en las representaciones que los nacionalistas hindúes hicieron del dominio mogol en Asia meridional. No obstante, estas representaciones populistas carecen de respaldo en la bibliografía académica más acreditada, que más bien presenta a los mogoles como gobernantes flexibles de un imperio complejo y plural. Al igual que los otomanos, los mogoles eran una dinastía musulmana suní, si bien coquetearon largamente con el chiismo tanto en el siglo xvi como, más adelante, en el xviii. Asimismo, como los otomanos, su élite gobernante era mixta, formada, en su caso, por hindúes y musulmanes indios, así como por iraníes y centroasiáticos. No obstante, la considerable presencia de no musulmanes en las más altas esferas del gobierno los distingue de los otomanos y más aún de los Habsburgo, en cuyo imperio es imposible imaginar que un no cristiano llegara a ocupar una posición como la concedida a los *rajputs* en el mogol. Otra diferencia con

⁴⁰ Haim Gerber, «Muslims and Zimmis in Ottoman Economy and Society: Encounters, Culture, and Knowledge», en Raoul Motika, Christoph Herzog y Michael Ursinus, ed., *Studies in Ottoman Social and Economic Life* (Heidelberg, Alemania: Heidelberg Orientverlag, 1999), pp. 99-124; véase también Ronald C. Jennings, *Christians and Muslims in Ottoman Cyprus and the Mediterranean world, 1571-1640* (Nueva York: New York University Press, 1993).

⁴¹ Konstantin Jireček, *Geschichte der Bulgaren* (Praga: Tempsky, 1876), citado en Maria Todorova, *Imagining the Balkans* (Nueva York: Oxford University Press, 1997), p. 183.

⁴² *Ibid.*, pp. 182-183.

los otomanos fue que el lugar de la élite de esclavos en la jerarquía mogola fue limitado, si bien la esclavitud como tal no era desconocida en la corte.

La burocracia mogola estaba organizada en torno a un principio numérico de rangos, inspirado en el de los mongoles, adaptado y refinado a finales del siglo xvi y principios del xvii. La institución fundamental era el rango de *mansab*, de carácter dual, ya que quienes alcanzaban un nivel suficientemente alto se denominaban *amirs* (o grandes; pl. *umara*) El rango de mansabdar daba al titular derecho a una remuneración, bien en efectivo o mediante la concesión de tierras (*jagir*).⁴³ Estas concesiones estaban pensadas para cambiar de manos de manera regular, y la élite *mansabdar* era enviada de manera periódica a diversas provincias del imperio, con distintos *jagirs* en cada caso. Así, por ejemplo, en torno a 1600, Sa'íd Khan Chaghatay, un alto *mansabdar* de origen centroasiático, tras regresar de Bengala y Bihar, fue reasignado al Punjab. Estos traslados también ocurrían en niveles inferiores de la burocracia, pese a los intentos de algunos de quedarse más tiempo en una región en la que se habían labrado una base de apoyo o una clientela local. Tan solo en los niveles más bajos de la jerarquía había funcionarios que se consideraban demasiado insignificantes para merecer un traslado.

Como señalaron muchos observadores del siglo xvii, este sistema coexistió con el de los magnates locales llamados *zamindares*, muchos de los cuales pertenecían a familias firmemente asentadas antes de que llegaran.⁴⁴ De hecho, el gobierno mogol estuvo obligado a pactar con estos terratenientes, con los que cada cierto tiempo tuvo conflictos que hubo de resolver mediante la fuerza o la negociación. Si bien a finales del siglo xvi los mogoles adoptaron el persa como idioma de gobierno, los *zamindares* actuaron como importantes mecenas locales integrados en sus culturas regionales en lengua vernácula.⁴⁵ Con el tiempo, la aculturación mediante la adopción de la lengua persa se convirtió también en un medio que permitió que diversos grupos no musulmanes accedieran a la jerarquía mogola sin necesidad de convertirse al islam, algo que hubiera sido inconcebible con los no cristianos bajo los Habsburgo y bastante difícil con los judíos bajo los otomanos, a pesar de que, en torno a 1600, algunos de ellos ejercieron una poderosa influencia en la corte del sultán.

El fundamento ideológico de esta política de compromiso y conciliación de los mogoles fue formulado a finales del siglo xvi por el estadista e intelectual Shaikh Abu'l Fazl, que también argumentó a favor de «la paz con todos» (*sulh-i kull*), basándose en la idea de equilibrio social, inspirada, a su vez, en una tradición persa más antigua y en tratados políticos (*akhlaq*) de Asia central.⁴⁶ La cuestión clave era la inmensidad y diversidad del imperio sobre el que los mogoles pretendían reinar, una vez que hubie-

⁴³ Iqtidar Alam Khan, «The Mughal Assignment System during Akbar's Early Years, 1556-1575», en Irfan Habib, ed., *Medieval India: Researches in the History of India, 1200-1750* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1992), pp. 62-128.

⁴⁴ Sobre el papel de este grupo, véase S. Nurul Hasan, «Zamindars under the Mughals», en Muzaffar Alam y Sanjay Subrahmanyam, eds., *The Mughal State, 1526-1750* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1998), pp. 284-300.

⁴⁵ Muzaffar Alam, «The Pursuit of Persian: Language in Mughal Politics», *Modern Asian Studies*, 32.2 (1998), pp. 317-348.

⁴⁶ Muzaffar Alam, *The Languages of Political Islam: India, 1200-1800* (Nueva Delhi: Permanent Black, 2004), pp. 61-67.

ron conquistado Guyarat y Bengala en la década de 1570. En 1600 gobernaban sobre una población cercana a los setenta millones que, a finales del siglo xvii —con el crecimiento demográfico y la expansión hacia el sur—, quizá estaba cerca de los ciento veinte millones.⁴⁷ Comparando estas cifras con las de los imperios otomano y de los Habsburgo, podemos hacernos una idea de la diferencia de proporciones, basada más en la densidad de población, mucho mayor, de Asia meridional, que en el tamaño de los territorios. Resultaba inconcebible gobernar un imperio tan extenso como el mogol simplemente por la fuerza; la mayoría de sus habitantes no eran musulmanes y las instituciones en las distintas regiones eran muy diversas. Solo un Estado —el sultanato de Delhi— había tenido durante un breve periodo —entre finales del siglo xiii y principios del xiv— una extensión territorial comparable a la que luego tendrían los dominios de los mogoles. Cuando los religiosos musulmanes de aquel Estado propusieron un ataque frontal a la cultura brahmánica, los sultanes se echaron atrás por considerarlo inviable. En cambio, los mogoles propusieron otro modelo, un pacto en el que el gobernante adoptaría determinados atributos y prácticas que resultaran atractivas a sus súbditos no musulmanes. A su vez, el gobierno Mogol se aplicaría a la progresiva «persianización» de la cultura de las élites, incorporando extensos territorios mediante instituciones fiscales y administrativas de corte claramente mogol. En la década de 1680, el príncipe rebelde Muhammad Akbar expuso con claridad este enfoque a su padre, el emperador 'Alamgir, al recordarle que «los emperadores anteriores, como Akbar, habían contraído una alianza con esta raza [de rajputs] y conquistado el reino de Indostán con su ayuda».⁴⁸

Por más convincente que fuera el argumento de alcanzar un equilibrio (*i'tidal*), en la práctica el gobierno mogol se basó en ir probando y aprendiendo de sus fallos y, en ocasiones, fue puesto a prueba por las reacciones de campesinos armados que no siempre tuvieron manera de apaciguar. A principios del siglo xviii, surgieron poderosos magnates regionales, algunos de entre la propia jerarquía mogola y otros de entre las filas de los *zamindares*, que, al unísono, se propusieron eliminar algunos de los aspectos más centralizados del gobierno, conservando, por otra parte, su forma e instituciones. No obstante, el Imperio mogol nunca funcionó, ni tan siquiera en su apogeo, como un régimen colonial, y aunque se destinaban muchos recursos a la corte habitualmente establecida en el corazón del imperio en el norte de la India, es difícil representarla como un centro que gobernaba sobre una serie de periferias explotadas. No obstante, en el siglo xviii, el flujo de ingresos procedente de regiones como Bengala, Guyarat o el Decán fue disminuyendo hasta cesar por completo. Fue este centro mogol debilitado el que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales pudo manipular hasta acabar por desplazarlo.

⁴⁷ Sigo en este punto el razonamiento de Ashok V. Desai, «Population and Standards of Living in Akbar's Time – A Second Look», *Indian Economic and Social History Review*, 15.1 (1978), pp. 70-76, y acepto su cálculo más bajo de 75 a 70 millones. Irfan Habib defiende que hacia el año 1600 el Imperio mogol tenía una población muy superior, de entre 107 y 115 millones: «Population», en Tapan Raychaudhuri e Irfan Habib, eds., *The Cambridge Economic History of India*, 2 vols. (Cambridge: Cambridge University Press, 1982), 1, pp. 166-167.

⁴⁸ Esta correspondencia puede encontrarse en Jadunath Sarkar, «Muhammad Akbar: The Nemesis of Aurangzib», en *Studies in Aurangzib's Reign* (Londres: Sangam, 1989), pp. 66-72, cit. en p. 69.

Resulta bastante claro que, en muchos aspectos, los mogoles se parecían mucho más a los otomanos que a los Habsburgo. Tanto el Imperio mogol como el otomano se basaron en gran parte en la expansión hacia territorios adyacentes, mientras que el modelo ibérico (imitado más adelante por los holandeses, británicos y franceses) fue de expansión en ultramar. Además, pese a lo que afirmó la historiografía balcánica nacionalista, en modo alguno puede considerarse que mogoles y otomanos gobernarán «imperios coloniales». Ni unos ni otros promovieron sistemáticamente el asentamiento de colonias ni basaron sus imperios en una relación de extracción y explotación como la que existía entre Castilla y los territorios ultramarinos gobernados por los Habsburgo. Tanto otomanos como mogoles favorecieron una élite mixta, los segundos mediante una forma de aculturación suave y los primeros mediante el modelo mucho más rígido del *devshirme*. Asimismo, ambos pactaron mucho con las élites locales y regionales, y permitieron un grado de diversidad que, en el caso de los Habsburgo, era aceptado en la península ibérica pero no fuera de ella. A este respecto, la política de compromiso y conciliación de los mogoles fue quizá más profunda que la de los otomanos, pero también fue menos robusta, ya que no pudo evitar que surgieran fuerzas centrífugas menos de un siglo y medio después de consolidar su dominio.

III

¿Qué impacto tuvieron estos regímenes imperiales en la orientación de las transformaciones económicas que tuvieron lugar en regiones situadas bajo su dominio? El caso de los Habsburgo es un clásico, ya que el argumento habitual es que la naturaleza de su colonialismo no benefició ni a las colonias ni, a la larga, a la metrópoli. Sin duda, el problema se vio en gran medida agravado por otros dos factores: la disminución de las poblaciones indígenas en América y los enormes costes que las guerras inter-imperiales les impusieron durante el siglo xvii. Y a pesar de ello parece que, paradójicamente, las colonias de los Habsburgo prosperaron en ciertos aspectos, más que la metrópoli, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo xvii. Así, México, cada vez menos constreñido por sus ataduras transatlánticas, se alejó de la minería en favor de la agricultura y la manufactura destinadas al mercado interior. Junto con explotaciones destinadas a garantizar la subsistencia y los ingenios azucareros, surgieron grandes ranchos ganaderos organizados en forma de haciendas que desarrollaron nuevos modelos de economía local y regional menos dependientes de la demanda de las ciudades portuarias. Este nuevo régimen, que ha sido descrito como un conjunto de «economías locales autosuficientes con su propio centro urbano [que] podían sobrevivir al margen del comercio transatlántico vendiendo artículos de consumo a otras localidades y comerciando sobre todo con Ciudad de México, un mercado, un centro comercial, una fuente de capital, una metrópoli», tuvo que ver también con la mayor la proporción de rentas públicas que se retenían en México para labores de administración en vez de ser enviadas a España.⁴⁹

⁴⁹ Lynch, *Spain under the Habsburgs*, *op. cit.*, pp. 230-231.

Por supuesto, esta situación no puede generalizarse a otras partes de la América española ni a Filipinas. Perú, por ejemplo, pese a aumentar su producción de vino y azúcar, siguió dependiendo mucho de la minería. No obstante, también se observa en el siglo xvii un aumento del comercio interamericano entre México y Venezuela, o México y Perú, lo que se ha interpretado como un «cambio en la economía de la América española con una independencia cada vez mayor de España, gracias a la reducción de pagos a la metrópoli y el aumento de las inversiones en las propias colonias».⁵⁰ Por otra parte, la de Castilla ha sido descrita como una economía «atrapada en un círculo vicioso de crisis», sobre todo durante la segunda mitad del siglo xvii.⁵¹ Las malas cosechas entre 1665 y 1668 ocasionaron una grave inflación en los precios de los alimentos, seguida de una serie de catástrofes económicas y naturales entre 1677 y 1687.⁵² La población de Castilla dejó aparentemente de crecer durante la mayor parte del siglo xvii, en el que también hubo crisis monetarias periódicas, de manera que incluso los observadores oficiales escribieron que, en 1685, «la situación de todo el reino de Castilla es lamentable, sobre todo en Andalucía, donde la nobleza carece de dinero, la clase media está empobrecida, los artesanos se han visto obligados al vagabundeo y la mendicidad y muchos se mueren de hambre».⁵³

Aun cuando este punto de vista nos parezca un poco exagerado, queda claro que la experiencia de los Habsburgo acarrió, en efecto, una especie de «trauma imperial» o, al menos, graves consecuencias no deseadas para la metrópoli. Por su parte, los efectos producidos por el Imperio otomano han sido percibidos por sus historiadores de manera muy diversa. Así, Halil Inalcik, el más veterano de sus estudiosos modernos, lo define como una suerte de «estado del bienestar» y dice que «el mercantilismo contrastaba en gran medida con el concepto otomano de las relaciones económicas». Por el contrario, afirma que los otomanos estaban a la vez interesados en promover «una economía de abundancia» e intervenir ampliamente a fin de crear «reglamentos para los aranceles y la producción gremial, fijando precios máximos, inspecciones sobre la calidad de los productos en el mercado y medidas de las mercancías, monopolios en la fabricación y venta de determinados artículos de primera necesidad».⁵⁴ No obstante, cabe argüir que Inalcik distorsiona elementos importantes en su comparación. En primer lugar, tiende a la caricatura cuando contrapone a los codiciosos «mercantilistas» occidentales con los paternalistas «orientales». Exagera el carácter dirigista de la economía otomana, en parte porque atribuye demasiada importancia tanto al centro del imperio como a núcleos urbanos como Estambul, Bursa o Esmirna, en los que el Estado tenía una presencia más o menos destacada. A esta distorsión se suma la ten-

⁵⁰ *Ibid.*, p. 244.

⁵¹ Este contraste se resume concisamente en la afirmación «España frágil, América robusta» de Peter Bakewell, en su *A History of Latin America: Empires and Sequels, 1450-1930* (Oxford: Blackwell, 1997).

⁵² Véase el ensayo clásico de Antonio Domínguez Ortiz, «La crisis de Castilla en 1677-1687», *Revista Portuguesa de História*, 10 (1962), pp. 435-451.

⁵³ Lynch, *Spain under the Habsburgs*, *op. cit.*, 288.

⁵⁴ Inalcik, *An Economic and Social History*, *op. cit.*, 1, pp. 49-52. Llama la atención la influencia sobre Inalcik de historiadores izquierdistas como Jakob van Klaveren, «Fiskalismus, Merkantilismus, Korruption: Drei Aspekte der Finanz- und Wirtschaftspolitik des Ancien Régime», *Vierteljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 47 (1960), pp. 333-353.

dencia reciente a exagerar el papel de las inversiones en pertrechos militares y material bélico en la articulación de la economía otomana.

También resulta una exageración el papel atribuido al islam como elemento determinante de la trayectoria a largo plazo de esa economía. De ahí a considerar que el islam y las instituciones musulmanas relacionadas con la propiedad y el capital determinan a la larga el «subdesarrollo» de las regiones gobernadas por los otomanos solo hay un paso. Es fácil imaginar lo que podría llegar a decir una historiografía sobre la «opresión de los cristianos» que, utilizando de manera creativa estas valoraciones, llegase a la conclusión de que de no ser por los otomanos (es decir, los musulmanes), muchas partes de Europa oriental y de los Balcanes habrían prosperado económicamente bajo la tutela de una «economía cristiana». La realidad fue que la distancia entre la teoría y la práctica resultó considerable y, aunque por dar solo un ejemplo, el Estado otomano prohibía la exportación de oro y plata, estos metales fluyeron en grandes cantidades a los dominios safávida y mogol durante el siglo xvii. Asimismo, los cambios económicos que tuvieron lugar en Egipto, los Balcanes e incluso Anatolia no siempre pueden interpretarse como resultado de iniciativas del Estado. La transformación de los mercados internacionales, las posibilidades cada vez mayores de la agricultura comercial y las complementariedades regionales deberían también tomarse en consideración.

Los peligros de una perspectiva vertical resultan patentes en la manera en que la historiografía nacionalista de Europa central y de los Balcanes ha echado toda la culpa del «subdesarrollo» de esa región al Estado otomano. Así, en la obra de un importante historiador húngaro del periodo de entreguerras, Gyula Szekfű, leemos que «los otomanos destruyeron la normal evolución del Estado y nación húngara con sus trescientos años de guerra» y también que el dominio otomano fue «el más severo [...] probablemente la única gran catástrofe de la historia húngara» —la «causa de todas las desgracias posteriores de Hungría»—. ⁵⁵ Clave para este retrato es el sistema fiscal otomano, con una presión no solo desmedida, sino también vinculada a una especie de «economía dirigida», en la que «los campesinos se veían obligados a vender sus productos al sultán a un precio tasado a la baja, lo que equivalía a otro impuesto». ⁵⁶ Algunas investigaciones recientes se han alejado de esta clase de valoraciones, pero manteniendo una perspectiva en gran parte verticalista. En general, estos estudios más ecuanímenes consideran que «la ocupación otomana de los Balcanes ayudó, de hecho, a sustituir un estilo de vida de nomadismo trashumante por otro de asentamientos permanentes y actividad agraria», y que «el Estado promovió el cultivo de las tierras baldías dándolas en propiedad, lo que llevó a cultivar arroz en los valles fluviales». ⁵⁷ No obstante, una vez más, incluso características positivas como estas se asocian con el sistema clásico

⁵⁵ Cit. en Iván T. Berend, *History Derailed: Central and Eastern Europe in the Long Nineteenth Century* (Berkeley: University of California Press, 2003), p. 22.

⁵⁶ El término «economía dirigida» es utilizado en John R. Lampe y Marvin R. Jackson, *Balkan Economic History, 1550-1950: From Imperial Borderlands to Developing Nations* (Bloomington: Indiana University Press, 1982).

⁵⁷ Berend, *History Derailed*, 24. El análisis de Berend se basa en buena medida en Fikret Adanir, «Tradition and Rural Change in Southeastern Europe during Ottoman Rule», en Daniel Chirot, ed., *The Origins of Backwardness in Eastern Europe: Economics and Politics from the Middle Ages Until the Early Twentieth Century* (Berkeley: University of California Press, 1989), pp. 131-176.

del *timar*, mientras que la aparición, en el siglo xvii, del régimen que gravaba la producción agrícola (*malikane*) se percibe como un sistema con muchos efectos secundarios adversos, entre ellos un ingente aumento de la presión fiscal.⁵⁸

El caso del Imperio mogol contrasta abiertamente con el del otomano y el de los Habsburgo. En primer lugar, porque resulta evidente que, hasta el último cuarto del siglo xviii (y en algunas regiones incluso más tarde), Asia meridional siguió teniendo una vasta producción artesanal que no se vio afectada de modo negativo por las importaciones. En segundo lugar porque, como muchos estudios recientes han demostrado, durante el siglo xvii y la primera mitad del siguiente, se produjo una expansión agraria considerable que acompañó al constante crecimiento demográfico. Fue solo en el contexto de finales del siglo xviii cuando las guerras coloniales y algunas devastadoras hambrunas (como la de Bengala a principios de la década de 1770) provocaron cambios importantes en este panorama. Los siglos de dominio mogol fueron, con todo, siglos de relativa prosperidad para gran parte de Asia meridional, si se excluyen momentos de crisis como la gran hambruna de Guyarat a principios de la década de 1630. Ya no es plausible seguir sosteniendo que el nivel de vida de la India mogola fue quedándose a la zaga del europeo entre los años 1500 y 1800; y, si hay que buscar el momento de una «gran divergencia» (como ha propuesto Kenneth Pomeranz para China y Europa), este debe hallarse, sin duda, en el periodo posterior a 1780 o 1800.⁵⁹ Por tanto, mientras que los historiadores del Imperio otomano parecen contentarse en su mayor parte con argumentar que, en el año 1800, los dominios gobernados por la Sublime Puerta ya se habían quedado a la zaga de sus vecinos occidentales, en términos relativos al menos, los historiadores de Asia meridional se mostrarían muy reacios a admitir tal cosa, por lo que sería difícil echar la culpa a las instituciones mogolas.

El argumento que he desarrollado hasta aquí discrepa del cómodo consenso que existía a finales de la década de 1960, cuando historiadores como Halil Inalcik, Subhi Labib e Irfan Habib intentaron demostrar que los otomanos y los mogoles habían creado estructuras institucionales muy inferiores a las de un «Occidente» imaginario.⁶⁰ Algunos de estos autores se centraron en la ideología de estos Estados, mientras que otros, como Habib, adoptaron una línea marxista más ortodoxa y sugirieron que, debido a la naturaleza de las relaciones de clase en el Imperio mogol, una reducida élite se apropió de los excedentes y los utilizó para su propio consumo desmedido, lo que sumió a la mayoría de los artesanos y campesinos en la más absoluta pobreza. No obstante,

⁵⁸ Para una perspectiva algo distinta de la clásica visión nacionalista balcánica, véase Bruce McGowan, *Economic Life in Ottoman Europe: Taxation, Trade, and the Struggle for Land, 1600-1800* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981), en la que el autor subraya la importancia cada vez mayor del *chiflik* (sistema de gestión de la tierra) y un descenso demográfico durante el siglo xvii que no puede explicarse con un simple enfoque verticalista. Adanir también se basa en la obra de McGowan para sostener que el *chiflik* no debe entenderse como una «refeudalización».

⁵⁹ Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2000).

⁶⁰ Halil Inalcik, «Capital Formation in the Ottoman Empire», *Journal of Economic History* 29.1 (marzo de 1969), pp. 97-140; Irfan Habib, «Potentialities of Capitalistic Development in the Economy of Mughal India», *Journal of Economic History* 29.1 (marzo de 1969), pp. 32-78; Subhi Y. Labib, «Capitalism in Medieval Islam», *Journal of Economic History*, 29.1 (marzo de 1969), pp. 79-96.

incluso en la década de 1960, otras voces apuntaron que la trayectoria a largo plazo de la economía del Imperio mogol podía contemplarse desde una perspectiva muy distinta. Tapan Raychaudhuri, por ejemplo, argumentó que, a finales del periodo mogol, «en varias regiones de la costa [en la India] encontramos una clase empresarial poderosa y rica y focos de actividad económica especializada que en absoluto resultan insignificantes cuantitativamente en relación con los territorios no muy extensos [en Europa] que nos sirven como marco de referencia». A continuación, afirmaba que «dado que algunos de estos territorios, Guyarat y Bengala en particular, gozaban desde hacía tiempo de los beneficios que les reportaban la paz mogola y el desarrollo urbano-comercial que la acompañaba, las condiciones para una futura industrialización no eran más desfavorables allí que en el Japón anterior a la era Meiji. No sería descabellado argumentar que, en 1800, las condiciones necesarias no eran más favorables en ningún otro lugar a excepción de determinadas partes de Europa occidental y el Nuevo Mundo».⁶¹

Las implicaciones que pueden desprenderse de un argumento así no son difíciles de desvelar. La primera, y la más obvia, es que la forma imperial de Estado pudo actuar como un mecanismo de control sobre la transformación económica de algunas regiones ligándolas, quisieran o no, a fuerzas menos dinámicas. Según este punto de vista, la creciente autonomía de las regiones del núcleo del poder mogol durante el siglo XVIII pudo ser un proceso orgánico, lo que, de hecho, facilitó su reintegración en el Imperio británico en el siglo XIX. En otras palabras, el escenario posmogol de Estados regionales más pequeños pudo favorecer a unas regiones mucho más que a otras. La segunda implicación es que la «paz mogola» brindó las condiciones requeridas para tal transformación porque, en primer lugar, el mogol no era un Estado colonial que obtenía cuantiosos excedentes de las regiones y los transfería a un núcleo metropolitano; y, en segundo, porque en estas regiones llegó a existir una «clase empresarial rica y poderosa» gracias a su secular participación en el comercio regional y oceánico.⁶² Aun así, hay que remarcar que el argumento de Raychaudhuri es contrafactual, puesto que la evolución a largo plazo de Asia meridional no fue la fragmentación postimperial, sino la unificación política.

Por el contrario, en el caso de los Habsburgo y los otomanos, el resultado de su desmoronamiento imperial fue la fragmentación de sus territorios en múltiples Estados. La desintegración de los dominios otomanos fue un proceso lento y doloroso que se prolongó desde mediados del siglo XVIII hasta finales del XIX. Los argumentos principales de quienes la aplaudieron fueron el carácter antinatural del imperio y la identidad obviamente «primordial» de los Estados que surgieron de sus escombros. Se trataba de argumentos que, aun siendo muy discutibles, tuvieron mucho gancho a diferencia de lo que ocurrió en Asia meridional, donde tuvieron un impacto limitado. La situación en

⁶¹ Tapan Raychaudhuri, «A Re-interpretation of Nineteenth-Century Indian Economic History?», en *Indian Economy in the Nineteenth Century: A Symposium*, de Morris D. Morris, et al. (Nueva Delhi: Indian Economic and Social History Association, 1969), pp. 77-100, cit. en la p. 87.

⁶² Para estudios posteriores de las dos regiones mencionadas por Raychaudhuri, véanse Richard M. Eaton, *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760* (Berkeley: University of California Press, 1993) y Farhat Hasan, *State and Locality in Mughal India: Power Relations in Western India, c. 1572-1730* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004). Para un estudio de una región interior (en vez de marítima), véase Chetan Singh, *Region and Empire: Panjab in the Seventeenth Century* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 1991).

la América española es más curiosa, ya que las ambiciones de Bolívar incluían explícitamente la consolidación de las fronteras de las antiguas colonias (patente en su proyecto para la Gran Colombia) en vez de su desintegración en unidades pequeñas.⁶³ En este caso, la comparación obvia es con Estados Unidos, donde la disolución del ejército continental después de la guerra de la Independencia y la subsiguiente creación de un Estado imperial que organizó una colonización progresiva hacia el oeste fue un modelo que la América española no pudo imitar en el siglo XIX. El espectáculo de una América española que se fragmenta en «naciones» enfrentadas a muerte resulta bastante extraño desde una perspectiva surasiática donde había muchos más factores, como el idioma, las costumbres y la cultura, que hubieran permitido justificar la fragmentación basada en sus diferencias «primordiales».

¿Por qué, entonces, Asia meridional, al igual que China, dio origen en el siglo XX a un Estado de tamaño continental que, pese a definirse como estado-nación, posee muchas de las características de un Estado imperial? La respuesta más simple es que la India actual es el legado del Imperio británico, pero este es un argumento fácil de refutar, pues en las regiones del mundo en las que gobernaron durante los siglos XIX y XX, los británicos dejaron tras de sí más división y fragmentación que consolidación e integración. Además, no está claro que a Gran Bretaña o, de hecho, a Estados Unidos, les conviniera tener un Estado del tamaño de la India en el escenario mundial de la década de 1940. La única función beneficiosa para ellos que podía desempeñar un Estado de estas dimensiones era la de ejercer como contrapeso de China en Asia, un papel discutible, sin embargo, dadas las circunstancias. La hipótesis que querría proponer aquí es que el Imperio mogol fue un ejercicio bastante eficaz de construcción de un aparato estatal del que la República de la India ha heredado muchas de sus características, tanto institucionales como de otro tipo, si bien modificadas por la experiencia colonial. La política de integración de la élite que practicaron los mogoles fue mucho más efectiva que las drásticas formas de aculturación utilizadas por los Habsburgo o incluso los peculiares métodos empleados por los otomanos. En el trato con las regiones que dominó, el Imperio mogol no usó ni el enfoque colonial preferido por los Habsburgo (evitando así los rencores que este suscitó entre las poblaciones criollas) ni la mezcla de dirigismo y *laissez faire* que caracterizó las relaciones de los otomanos con los mercaderes europeos.

Comparativamente, el Imperio otomano nos parece mucho más ambicioso en algunos proyectos y mucho menos en otros. En su caso, el grado de circulación de la élite fue muy limitado en el siglo XVII, al final del cual el grado de autonomía de algunas provincias lejanas llegó a ser considerable. No obstante, el concepto otomano de autonomía distaba mucho de la práctica mogola de incorporar a las élites locales y regionales pactando con ellas. El resultado fue que mientras a principios del siglo XVII los nobles rajput y los notables Kayastha y Khattri asentados en la corte mogola hablaban todos persa, las élites cristianas nacidas libres de los Balcanes no estuvieron en absoluto interesadas en la alta cultura otomana.⁶⁴ No obstante, los otomanos son importan-

⁶³ Sobre Bolívar, véase Brading, *The First America*, *op. cit.*, pp. 603-620.

⁶⁴ Curiosamente, Cemal Kafadar se diferencia de muchos otros historiadores otomanos por su insistencia en que «muchos titulares de timar también eran de origen no turco, al igual que los miembros de la ulema, cuyas filas no estaban vedadas a los que nacían, por ejemplo, en familias de habla árabe, kurda o griega»; véase Cemal Ka-

tes por el grado de apertura de su élite comercial, el trato a sus poblaciones de *dhimmi* y su negativa a adoptar un modelo de homogeneización cultural como el que impusieron los Habsburgo.

IV

Pese a sus múltiples diferencias, estos tres imperios fueron todos considerados «perdedores» en la carrera a la modernidad en contraste con el éxito de otros como el británico y, más recientemente, el estadounidense. Desde luego, el debate sobre si estos últimos seguirán pareciendo referentes apropiados en las décadas venideras sigue abierto. Lo que quizá ahora resulta más interesante es que los grandes Estados neoimperiales de la India y China parecen ser objetos de deseo para al menos aquellos arquitectos de la Unión Europea que quieren transformarla en una entidad política federada que posea algunas de las características más útiles de un imperio y a la vez carezca de las más traumáticas. Por otra parte, el proyecto del Mercosur parece retomar la idea de Bolívar de una América hispana federada; y los trotskistas no son los únicos que sostienen que el éxito de Estados Unidos a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX ha residido en combinar elementos del estado-nación con otros del estado imperial expansionista. Ha habido momentos, particularmente al final de la Primera Guerra Mundial, con la desintegración definitiva de los imperios austrohúngaro y otomano, y al final de la Segunda, con la descolonización de extensos territorios de África y Asia, en los que la visión teleológica de imperios que dan origen a estados-nación se ha antojado irresistible. Fórmulas como el «derecho a la autodeterminación nacional» parecían obvias en esos momentos y la identidad «primordial» de los grupos étnicos se aceptaba sin cuestionarse.

En su día, la caída de la Unión Soviética dio pábulo a otra clase de retórica, la de la globalización: el fin de los estados-nación como protagonistas de las relaciones internacionales fue saludado por los *escatólogos* como un paso hacia el «fin de la historia». No obstante, la idea de que el mercado sustituiría a la política ha tenido una vida penosamente corta. Por el contrario, el siglo XXI está reactivando la nostalgia de los imperios, si bien bajo la forma de un mundo imaginario dirigido y dominado por uno solo de ellos —un papel hegemónico que el Imperio británico apenas se atribuyó en el apogeo de su poder—. Si un régimen único llega en efecto a consolidarse en esa posición en el futuro, es difícil imaginar que lo haga evitándose el trauma de actos de oposición aislados pero cada vez más violentos por parte de grupos de ex sátrapas decepcionados o competidores despojados de su poder. Este desenlace parece casi tan inevitable como el hecho de que la hegemonía de Microsoft (con uno de cuyos programas informáticos, dicho sea de paso, se ha escrito este ensayo) acabará dando origen a una cultura clandestina de *hackers* con un elevado concepto de su propio heroísmo.

fadar, «The Ottomans and Europe: 1400-1600», en Thomas A. Brady Jr., Heiko A. Oberman y James D. Tracy, eds., *Handbook of European History, 1400-1600: Late Middle Ages, Renaissance, and Reformation*, vol. 1 (Leiden: Brill, 1994), pp. 619-620.

Es posible que la hegemonía relativa y la impotencia relativa no estén muy alejadas entre sí. Una red interimperial de grandes entidades políticas rivales que se mantienen parcialmente a raya entre ellas parece un escenario menos doloroso, si no más plausible, para el futuro. Por supuesto, está por ver si las historias de los otomanos, los mogoles y los Habsburgo en el mundo de la primera modernidad brindarán materia para la reflexión. Y la ardua labor comparativa que se requiere para tan siquiera hacer posible la reflexión no ha hecho más que empezar.

4. «SOSTENER EL PESO DE TODO EL MUNDO»: LAS HISTORIAS CONECTADAS DE LOS IMPERIOS IBÉRICOS DE ULTRAMAR, 1500-1640¹

América sus minas desentraña, | y su plata y tesoros desentierra, | para darle los que ella a nuestra España. | Con que goza la nata de la tierra, | de Europa, Libia y Asia, por San Lúcar | y por Manila cuanto el chino encierra.

Bernardo de BALBUENA, *Grandeza mexicana* (1604)

El mundo de la primera modernidad era, en su mayor parte, un mosaico de imperios rivales interrelacionados, salpicados por algún que otro intruso bajo la forma de «estado-nación» en ciernes. Un recorrido de este a oeste por el mapa político mundial en 1648, el año de la firma de la Paz de Westfalia, comenzaría por una China recién conquistada por la dinastía Qing, que impulsaría una expansión hacia occidente; a continuación, el vasto Imperio mogol, que se extendía desde las colinas de Birmania hasta Afganistán; el Imperio otomano, que seguía ejerciendo su dominio desde Basora hasta Europa central y Marruecos; el imperio ruso, que por entonces abarcaba gran parte de Siberia y regiones de Asia central; lo que quedaba del Sacro Imperio Romano en Europa central; los florecientes imperios comerciales de Inglaterra y los Países Bajos tanto en Asia como en América; y por último, pero no por ello menos importante, los territorios aún extensos de los grandes imperios de España y Portugal.² Otros Estados tam-

¹ Versiones anteriores de este ensayo se presentaron en diversos coloquios en Madrid, en la École des Hautes Études Sociales de París y en el seminario sobre Luso-hispanismos críticos en la Universidad de California, Los Ángeles. Agradezco las observaciones y sugerencias de Perry Anderson, Roger Chartier, Antonio Feros, Caroline Ford, Serge Gruzinski, Anna More, Anthony Pagden y Kevin Terraciano, así como los detallados comentarios de los evaluadores y editores de *American Historical Review*. Traducción del inglés de Rosa Pérez.

² Un análisis general en John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire* (Londres: Allen Lane, 2007), y en la amplia y sucinta perspectiva de Anthony Pagden, *Peoples and Empires: A Short History of European Migration, Exploration, and Conquest, from Greece to the Present* (Nueva York: A Modern Library, Cronicles Book, 2001).

bién podrían atribuirse la categoría de imperio; tal era el caso del reino de Mutapa en África suroriental, de la Birmania de la dinastía Toungoo y el Irán safávida. No obstante, lo fundamental no es que estos imperios existieran, sino que se reconocieran unos a otros y, en consecuencia, a menudo tomaran prestados símbolos, ideas e instituciones que circulaban a través de fronteras reconocibles. A mediados del siglo xvi, el emperador Carlos V de Habsburgo y el sultán otomano Solimán el Magnífico competían abiertamente por el estatus de soberano universal, con una serie de ambiciones y horizontes comunes; el soberano mogol Jahangir (r. 1605-1627) y su vecino occidental, el sah Abás de Irán (r. 1587-1629), compartían nociones de símbolos y perspectivas. La idea de *translatio imperii*, la transferencia de modelos y conceptos imperiales, que suele utilizarse en sentido diacrónico para referirse a una ordenada sucesión de imperios en el tiempo, también podría entenderse sincrónicamente como un movimiento a través de imperios rivales.³

A primera vista, no es sorprendente que hubiera comunicación entre los imperios portugués y español. En primer lugar, por la razón obvia de la «Unión de las Coronas» de España y Portugal en 1580-1581, gracias a la cual Felipe II de España se convirtió en soberano del reino e imperio portugués, una situación que legó a sus sucesores Felipe III y Felipe IV hasta la «Restauración» de la Casa de Braganza en 1640. No obstante, antes de ser reconocido de manera oficial en 1581 por los estamentos de Portugal en las Cortes de Tomar, Felipe II aseguró a sus nuevos súbditos que ambos reinos e imperios se mantendrían separados administrativa y conceptualmente con arreglo al Tratado de Tordesillas, firmado por Castilla y Portugal en 1494 y ratificado por el Tratado de Zaragoza en 1529.⁴ Estos tratados habían sido cuidadosamente concebidos para delimitar los ámbitos en los que Portugal y España construirían sus imperios coloniales: el primero trazaba una línea vertical imaginaria en el Atlántico y el segundo delineaba un antimeridiano al otro lado del planeta en el océano Pacífico. Las Cortes de Tomar trataron de aplicar de manera ambiciosa lo que John Elliott describió en un ensayo clásico como el principio de las «monarquías compuestas», cuyo uso estaba muy extendido en la Europa de la primera modernidad, y en virtud del cual un soberano podía gobernar por separado reinos distintos sin establecer una clara jerarquía entre ellos. No obstante, ¿se pasa sin mayores dificultades de una «monarquía compuesta» a un «imperio compuesto»?⁵

³ La obra clásica sobre el tema es Werner Goetz, *Translatio imperii: Geschichtsdenkens und der politischen Theorien im Mittelalter und Geschichtsdenkens und der politischen Theorien im Mittelalter und in der frühen Neuzeit* (Tubinga: U.C.B. Mohr, 1958). Algunos estudios de casos concretos de los inicios de la Edad Moderna en Gürlü Necipoğlu, «Süleyman the Magnificent and the Representation of Power in the Context of Ottoman-Hapsburg-Papal Rivalry», *The Art Bulletin*, 71.3 (1989), pp. 401-427 y Michel Mazzaoui, ed., *Safavid Iran and Her Neighbors* (Salt Lake City, Utah: University of Utah Press, 2003).

⁴ Los acontecimientos políticos han sido estudiados en Ronald Cueto, «1580 and All That...: Philip II and the Politics of the Portuguese Succession», *Portuguese Studies*, 8 (1992), pp. 150-169. Véase también el importante análisis de Geoffrey Parker, «David or Goliath? Philip II and His World in the 1580s», en Richard L. Kagan y Geoffrey Parker, eds., *Spain, Europe and the Atlantic World: Essays in Honour of John H. Elliott* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), pp. 245-266, edición en castellano: «David o Goliath. Felipe II y su mundo en la década de 1580», en *España, Europa y el mundo Atlántico: Homenaje a John Elliott* (Madrid: Marcial Pons y Junta de Castilla y León, 2001), pp. 321-346. No obstante, Felipe II se mostró ambivalente con respecto a la propuesta, y en un determinado momento planteó que «todo el comercio de todo lo que se ha descubierto, tanto en Oriente como en Occidente, será común a las dos naciones de Castilla y Portugal»; también se planteó trasladar la Casa de Contratación de Sevilla a Lisboa.

⁵ J. H. Elliott, «A Europe of Composite Monarchies», *Past and Present*, 137 (1992), pp. 48-71. También es pertinente Elliott, «The Spanish Monarchy and the Kingdom of Portugal, 1580-1640», en Mark Greengrass, ed., *Conquest*

La difuminación de las líneas divisorias que ayudó a crear un imperio de dimensiones mundiales (fuera unitario o compuesto) en el caso de los Habsburgo españoles entre 1580 y 1640 no ha atraído tanta atención como cabría esperar. Las razones de ello no son difíciles de dilucidar y residen en la obstinada incomunicación historiográfica que asedia desde hace tiempo a los estudiosos de los imperios ibéricos, así como en la tendencia a cosificar los dos modelos imperiales para que los contrastes entre ellos resulten aún más marcados.⁶ Mientras que los estudios de los imperios de la Edad Contemporánea destacan cada vez más la presencia de elementos de «conexión» entre ellos, en el de los de la Edad Moderna se sigue destacando la incomunicación. Cuatro preguntas merecen aquí especial atención. En primer lugar, ¿en qué medida eran distintos los modelos imperiales de España y Portugal en los siglos XVI y XVII y cuáles eran las bases institucionales clave para tal distinción? En el fondo de la cuestión está la supuesta naturaleza terrestre del Imperio español en contraste con el perfil predominantemente marítimo del portugués. Ahora bien, y esta sería la segunda pregunta, ¿en qué medida las diferencias entre ambos imperios existentes a principios del siglo XVI se difuminaron con el transcurso del tiempo mediante procesos de préstamo e imitación mutuos, esto es, la versión sincrónica de la *translatio imperii*? En tercer lugar, ¿qué papel desempeñó la «Unión de las Coronas» en estos procesos? Y, por último, ¿cómo abordaron estas cuestiones los observadores y autores de la

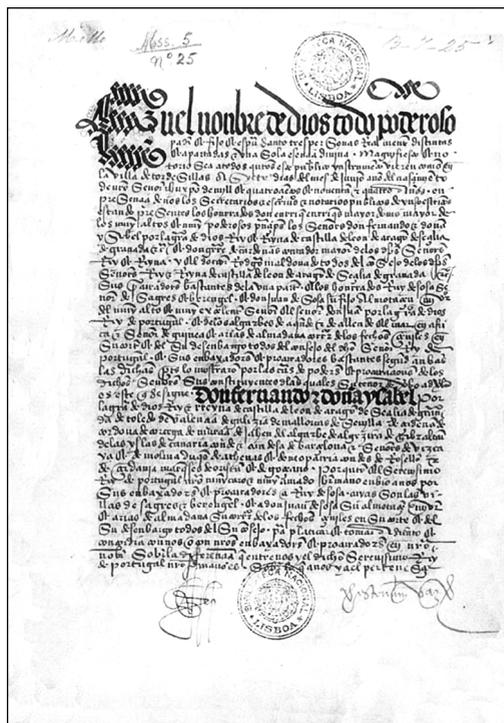


Figura 1. Tratado de Tordesillas (1494) entre los Reyes Católicos de Castilla y Juan IV de Portugal. Fuente: Biblioteca Nacional de Lisboa.

and Coalescence: *The Shaping of the State in Early Modern Europe* (Londres: Edward Arnold, 1991); edición en castellano: «Una Europa de monarquías compuestas», en John H. Elliott, *España, Europa y el mundo de Ultramar (1500-1800)* (Madrid: Taurus, 2009), pp. 29-54. Se puede establecer una comparación interesante con el periodo posterior a 1688, cuando Guillermo, de la Casa de Orange, pasó a gobernar Inglaterra (al principio con su esposa María), creando así la posibilidad teórica hasta su muerte en 1702, de una «monarquía compuesta» angloholandesa con sus correspondientes imperios; cf. Jonathan I. Israel, ed., *The Anglo-Dutch Moment: Essays on the Glorious Revolution and Its World Impact* (Cambridge: CUP, 1991).

⁶ Esto queda patente en dos obras clásicas, publicadas casi al mismo tiempo, que presentan historias paralelas de los dos imperios: C. R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1969) y J. H. Parry, *The Spanish Seaborne Empire* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1966), ambas incluidas en la misma serie «The History of Human Society», editada por J. H. Plumb. Una visión muy mecanicista del funcionamiento de diversos imperios europeos de ultramar en la conocida obra de Patricia Seed, *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640* (Cambridge: CUP, 1995).

época? Estas preguntas se refieren a una amplia gama de cuestiones de índole geográfica e institucional, lo que requiere centrarse en algunos aspectos y dejar de lado otros. El principal objetivo de nuestro análisis será el mundo de las instituciones político-fiscales y comerciales, sin minusvalorar la importancia de otros aspectos, sean las actuaciones de las órdenes religiosas, especialmente las misioneras como los jesuitas, la circulación de influencias artísticas y arquitectónicas entre ambos imperios o los complejos flujos monetarios y bancarios que los conectaban, por tomar tres dimensiones bastante diversas. Confiamos en que futuros investigadores analizarán las conexiones y préstamos mutuos entre los dos imperios teniendo en cuenta estos y otros aspectos.⁷

Los inicios de la expansión castellana y portuguesa en ultramar se remontan a comienzos del siglo xv, con la colonización de las islas Canarias por parte de los primera y la conquista de Ceuta en África septentrional y la ocupación de los archipiélagos de Madeira y las Azores de la segunda. No obstante, estos puestos de avanzada, así como el intento de los portugueses de crear una red comercial (que incluía el tráfico de esclavos) en África occidental, no llegaron a constituir un imperio, si bien la experiencia de los encuentros que se produjeron entonces determinó el comportamiento posterior de los imperios ibéricos en aspectos importantes.⁸ Así pues, se podría decir que los imperios español y portugués como entidades articuladas nacieron prácticamente al mismo tiempo, entre finales del siglo xv y principios del xvi. A partir de entonces, sus trayectorias presentaron interesantes paralelismos y marcadas diferencias, y tuvieron que enfrentarse a desafíos, en ocasiones similares, a lo largo del siglo xvii. La pregunta continúa siendo la de cómo estas cuestiones deben ser abordadas para su investigación. Esto es así especialmente porque, pese a la facilidad con que la mayoría de los investigadores pasan del español al portugués y viceversa, ambos imperios tienden a estudiarse por separado, tanto en lo que se refiere a sus instituciones como a sus influencias intelectuales. Pocos historiadores españoles han prestado más que una mínima atención al estudio del imperio colonial portugués, y algo similar puede decirse de los historiadores portugueses sobre el español, con la excepción del periodo de la Unión de las Coronas entre 1580 a 1640, en el que los dos imperios compartieron la misma dinastía real. Quizá por ello, esta tarea ha sido realizada por historiadores ajenos a estos ámbitos ibéricos rivales.⁹

⁷ Sobre las misiones ibéricas de ultramar, véanse, por ejemplo, Pierre-Antoine Fabre y Bernard Vincent, eds., *Missions religieuses modernes: «Notre lieu est le monde»* (Roma: École Française de Rome, 2007) y la obra anterior de Pascale Girard, *Les religieux occidentaux en Chine à l'époque moderne: Essai d'analyse textuelle comparée* (Lisboa: Centre Culturel Calouste Gulbenkian and Commission Nationale pour les Commémorations des Découvertes Portugaises, 2000). Sobre los sistemas bancarios ibéricos de ultramar y sus conexiones, véanse James C. Boyajian, *Portuguese Bankers at the Court of Spain, 1626-1650* (New Brunswick: Rutgers University Press, NJ, 1983), y Margarita Suárez, *Desafíos transatlánticos: Mercaderes, banqueros y el estado en el Perú virreinal, 1600-1700* (Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001).

⁸ Felipe Fernández-Armesto, *The Canary Islands after the Conquest: The Making of a Colonial Society in the Early Sixteenth Century* (Oxford: Oxford University Press, 1982); T. Bentley Duncan, *Atlantic Islands: Madeira, the Azores, and the Cape Verdes in Seventeenth-Century Commerce and Navigation* (Chicago: University of Chicago Press, 1972). Una extensa crónica de la presencia portuguesa en Elmina en Joseph Bato'ora Ballong-Wen-Mewuda, *São Jorge da Mina, 1482-1637: La vie d'un comptoir portugais en Afrique occidentale*, 2 vols. (París: Centre Culturel Calouste Gulbenkian – Commission Nationale pour les Commémorations des Découvertes Portugaises, 1993) y un útil relato del primer comercio de esclavos en Ivana Elbl, «The Volume of the Early Atlantic Slave Trade, 1450-1521», *Journal of African History* 38.1 (1997), pp. 31-75.

⁹ Así pues, la obra de Fernando Bouza Álvarez, excelente por otra parte, *Portugal no tempo dos Filipes: Política, cultura, representações (1580-1668)* (Lisboa: Cosmos, 2000), incurre en el típico silencio sobre los aspectos colonia-

No obstante, si echamos un vistazo a algunas obras escritas en el siglo xvi, descubriremos que ya entonces se produjeron intentos de tratar los dos imperios como parte del mismo movimiento. Entre estas obras, destaca el *Tratado dos descobrimentos* de António Galvão, impresa por primera vez a principios de la década de 1560, esto es, dos décadas antes de que Felipe II asumiera el poder en Portugal y su imperio.¹⁰ En su *Tratado*, Galvão empieza remontándose al mundo antiguo, pero en la segunda parte —centrada sobre todo en el mundo «moderno»—, su enfoque es suficientemente comprehensivo para hablar —de hecho, a menudo en la misma página— de Hernán Cortés y Alfonso de Albuquerque, Vasco de Gama y Cristóbal Colón como protagonistas de una misma realidad. No obstante, también es cierto que Galvão fue una excepción. En el siglo xvi, eran mucho más comunes textos como los de Fernão Lopes de Castanheda, João de Barros, Francisco López de Gómara y Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que se centraron tan solo en uno de los dos imperios. Esto refleja el complejo crisol político que determinó la labor historiográfica durante este periodo.¹¹

Pero volvamos al periodo anterior a las décadas de 1480 y 1490. El siglo xv fue testigo del establecimiento de plazas fuertes en el norte de África, la ocupación y colonización de las islas atlánticas y los comienzos del comercio (y de las hostilidades) en África occidental. Pero decir que estos tres procesos, sea por separado o en su conjunto, fueron constitutivos de un «imperio», tanto en el caso español como en el portugués, es sin duda una exageración. Debemos remitirnos, pues, al momento marcado por Bartolomé Díaz y Cristóbal Colón, cuando se rodeó el cabo de Buena Esperanza y, poco después, se cruzó el Atlántico. Era una época en la que los caminos de Portugal y Castilla se cruzaban entre sí, en la que los conspiradores contra el rey Juan II de Portugal encontraban refugio en la corte castellana y viceversa. Es bien sabido que el primer virrey de las Indias portuguesas, Francisco de Almeida, participó en el asedio

les. Véanse también Jean-Frédéric Schaub, *Le Portugal au temps du Comte-Duc d'Olivares, 1621-1640: Le conflit de juridictions comme exercice de la politique* (Madrid: Livros Horizonte, 2001) y Jean-Frédéric Schaub, *Portugal na monarquia hispânica, 1580-1640* (Lisboa: Livros Horizonte, 2001). Un excepcional intento de analizar estos temas con objetividad por parte de un historiador español ha sido el de Juan Gil, «Balance de la Unión Ibérica: Éxitos y fracasos», en Maria da Graça M. Ventura, ed., *A União ibérica e o mundo atlântico* (Lisboa: Colibri, 1997), pp. 367-383. Por otra parte, el fantasma del nacionalismo portugués aún se cierne sobre el planteamiento general (aunque no sobre todas las aportaciones) de Francisco Bethencourt y Diogo Ramada Curto, eds., *Portuguese Oceanic Expansion, 1400-1800* (Cambridge: CUP, 2007). Un esfuerzo pionero en relación con este tema es Stuart B. Schwartz, «Luso-Spanish Relations in Hapsburg Brazil, 1580-1640», *The Americas* 25.1 (1968), pp. 33-48. Otra importante contribución de un historiador no ibérico es la de Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde: Histoire d'une mondialisation* (París: Éditions de La Martinière, 2004). En castellano: *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004).

¹⁰ António Galvão, *Tratado dos descobrimentos*, Visconde de Lagoa y Elaine Sanceau, eds., 4.^a ed. (Oporto: Livraria Civilização, 1987). Para un análisis, véase Sanjay Subrahmanyam, «As quarto partes vistas das Molucas: Breve re-leitura de António Galvão», en Godoy y Salazar-Soler, *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002), pp. 713-730.

¹¹ Véanse Fernão Lopes de Castanheda, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses*, M. Lopes de Almeida, ed., 2 vols. (Oporto: Lello & Irmão Editores, 1975); João de Barros, *Da Ásia, Décadas I-IV* (ed. facs., Lisboa, 1973); Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, 2 vols. (Madrid, 1922); Juan Pérez de Tudela Bueso, «Vidas y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», estudio preliminar en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed., 5 vols. (Madrid: Ediciones Atlas, 1959). Un análisis preliminar en Sanjay Subrahmanyam, «On World Historians in the Sixteenth Century», *Representations*, 91 (2005), pp. 26-57.

de Granada, mientras que notables castellanos como Sancho de Tovar capitanearon barcos de las primeras expediciones portuguesas a Asia.¹² Nos faltan documentos para reconstruir en su totalidad la trayectoria portuguesa de Cristóbal Colón, pero sabemos que sus conocimientos marítimos y cartográficos provenían, en parte, de su familia política, los Perestrelo, cuya relación con la colonización portuguesa de Madeira está bien documentada. Se sabe también que, en su penoso viaje de retorno del Caribe, Colón hizo escala en Lisboa y fue recibido por Juan II antes de dirigirse a España, donde sus nuevos mecenas, los Reyes Católicos, lo recibieron con los brazos abiertos. Si tratamos de reconstruir los nombres y filiaciones de quienes participaron en la primera etapa (hasta, pongamos, 1510) del proyecto español en el Caribe, nos resultará fácil ver que bastantes de ellos eran, de hecho, portugueses.¹³

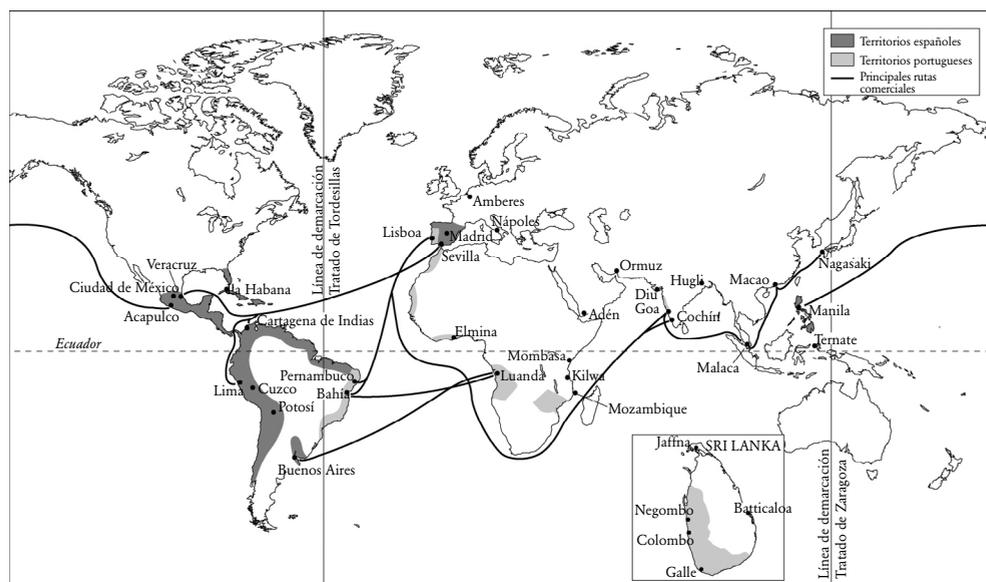


Figura 2. Los imperios oceánicos ibéricos en 1600. Fuente: S. Subrahmanyam, «The Birth-Pangs of Portuguese Asia: Revisiting the Fateful “Long Décade” 1498–1509», *Journal of Global History*, vol. 2 (2007), pp. 261-280. Mapa elaborado por William Nelson.

¹² Así, se dice que, en Cochín, Almeida habló largo y tendido con el envío de Guyarat, un musulmán andaluz llamado Sidi ‘Ali, de los «buenos tiempos de la guerra de Granada»; véase Jean Aubin, *Le Latin et l’Astrolabe, III: Études inédites sur le règne de D. Manuel, 1495-1521* (Paris: Fondation Calouste Gulbenkian, 2006), p. 367. El título de virrey con el que fue investido Almeida tras su llegada a Asia (su primer título era el de *capitā-mór*) provenía del acervo jurídico de la Corona de Aragón. Sobre Almeida y su trayectoria, véase también la obra clásica de Joaquim Candeias Silva, *O fundador del «Estado Português de la Índia» D. Francisco de Almeida, 1457 (?)–1510* (Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1996). Una visión de conjunto de la primera etapa del dominio portugués en Malyn Newitt, *A History of Portuguese Overseas Expansion, 1400-1668* (Londres: Routledge, 2005), pp. 36-59.

¹³ Henry H. Keith, «New World Interlopers: The Portuguese in the Spanish West Indies, from the Discovery to 1640», *The Americas*, 25.4 (1969), pp. 360-371. Keith cita el ensayo clásico de Lewis Hanke, «The Portuguese in Spanish America, with Special Reference to the Villa Imperial de Potosí», *Revista de Historia de América*, 51 (1961), pp. 1-48. No obstante, cabe señalar que es casi seguro que, en la primera etapa de la colonización del Caribe, los portugueses quedaron excluidos de las encomiendas y desempeñaron un papel más comercial; véase Juan Pérez de Tudela, *Las armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización (1492-1505)* (Madrid: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1956), pp. 247-249.

Lo que esto significa, en definitiva, es que, en cuanto a efectivos, destrezas y —muy probablemente— ideología, no había muchas diferencias entre los españoles y los portugueses cuando emprendieron sus respectivas misiones imperialistas en 1500. Los ecos apocalípticos joaquinistas, la proyectada conquista de Jerusalén («para ir a conquistar la Casa Sancta»), la obsesión con los moros y las mezquitas son cuestiones que pueden encontrarse tanto en los escritos de Colón como en los de Alfonso de Albuquerque.¹⁴ En su cuarto viaje, Colón se tropezó con una embarcación de indígenas americanos frente a las costas de Honduras y de inmediato le llamó la atención que las mujeres llevaran velo al estilo de los «moros». La amenaza musulmana que obsesionaba a Da Gama y Cabral pareció preocupar también a Cortés en México.¹⁵ Por supuesto que había diferencias entre los dos imperios nacientes. Podría decirse que Portugal era un país pobre en esa época, pero Fernando e Isabel no iban precisamente sobrados de recursos. Por otra parte, en 1500, los reinos de los Reyes Católicos tenían una población muy superior a la de los dominios de Manuel I, en una proporción de quizá cuatro (o, según algunos cálculos, incluso cinco) a uno. La tabla 1 compara las poblaciones de las dos potencias ibéricas en torno a 1530.

La mayor cantidad de recursos humanos de España fue, sin duda, una de las claves para explicar algunas de las diferencias que ya eran obvias en 1550, pero otra pista puede ser la diversa repercusión que la larga y penosa Reconquista tuvo en estas dos sociedades. Incluso antes de las primeras expediciones a México, que empezaron a mediados de la década de 1510, la empresa española en el Caribe estaba mucho más interesada en la posesión y explotación de los recursos del suelo que la de los portugueses en Asia. Una vez más, no debemos pasar por alto el papel que desempeñaron aspectos puramente pragmáticos: mientras que los portugueses descubrieron en la segunda expedición de Vasco de Gama a Asia (1502-1503) las posibilidades económicas que les ofrecían la piratería y los recursos que podían obtener mediante las extensas redes de comercio oceánico de la región, el comercio en la zona del Caribe era tan escaso que apenas podía proporcionar recursos estables y fiscalizables a los españoles. Esto ayuda a explicar por qué los españoles pasaron muy pronto a reinventar el concepto de la encomienda en el contexto caribeño, con las catastróficas consecuencias para la población indígena de las que tenemos constancia por los escritos de Las Casas y otros.¹⁶

¹⁴ Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*, Consuelo Varela y Juan Gil, eds. (Madrid: Alba Libros, 1992), p. 181. Sobre su trayectoria, véanse los clásicos de Carla Rahn Phillips y William D. Phillips, *The Worlds of Christopher Columbus* (Nueva York: CUP, 1992), y Felipe Fernández-Armesto, *Columbus* (Nueva York: Oxford University Press, 1991); edición en castellano (Colón: Crítica, 1992).

¹⁵ Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde: De la découverte à la conquête* (París: Fayard, 1991), p. 281. Para los comentarios de Cortés, véase Hernán Cortés, *Letters from Mexico*, trad. y ed. Anthony Pagden, introducción de J. H. Elliott (New Haven, Connecticut: Yale Nota Beue, 1986); véanse también los comentarios en Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *De l'idolâtrie: Une archéologie des sciences religieuses* (París: Seuil, 1988), pp. 11-22, edición en castellano: *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas* (México: FCE, 1988).

¹⁶ Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology* (Cambridge: CUP, 1986), pp. 119-145; edición en castellano: *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, trad. Belén Urrutia (Madrid: Alianza América, 1988).

| ESPAÑA | | PORTUGAL | |
|----------|-----------|-----------------------|-----------|
| REGIÓN | POBLACIÓN | REGIÓN | POBLACIÓN |
| Castilla | 4.513.000 | Trás-os-Montes | 178.000 |
| Cataluña | 312.000 | Entre Douro e Minho | 275.000 |
| Valencia | 300.000 | Beira | 334.000 |
| Aragón | 290.000 | Extremadura | 262.000 |
| Navarra | 152.000 | Entre Tejo e Guadiana | 244.000 |
| Álava | 50.000 | Algarve | 44.000 |
| Otros | 132.000 | Lisboa | 65.000 |
| TOTAL | 5.749.000 | TOTAL | 1.402.000 |

Tabla 1. Fuentes: Para España, véase A. W. Lovett, *Early Habsburg Spain, 1517-1598* (Oxford, 1986), pp. 245-247, que se basa, a su vez, en Felipe Ruiz Martín, «La población española al comienzo de los tiempos modernos», Cuadernos de Historia (Madrid) 1 (1967), pp. 189-202. Para Portugal, véase Orlando Ribeiro et al., *Geografía de Portugal, vol. 3: O povo português* (Lisboa, 1987), p. 735.

Esta institución de la encomienda había sido muy importante en Extremadura durante la Reconquista, y sabemos que esta región de España estuvo en especial bien representada entre las primeras generaciones de conquistadores de América. Así fue como nació la encomienda en la América española, más como resultado de presiones ejercidas «desde abajo» que como una mera imposición real. Tanto Colón en La Española como más adelante Cortés en México se vieron claramente obligados a implantarla para paliar el descontento entre sus partidarios pese a las muchas reticencias de la Corona. Una vez instaurada, la encomienda y todas sus prácticas asociadas siguieron una lógica implacable. En la década de 1960, James Lockhart la caracterizó con elocuencia como «el instrumento básico de España para la explotación de mano de obra y productos agrícolas indígenas en la época de la conquista» y, si bien apuntó que, en realidad, no se trataba de una «concesión de tierra», sino, más bien, de «una concesión real, como recompensa por un meritorio servicio de armas, del derecho a disfrutar los tributos de los indígenas dentro de unos ciertos límites», también dejó claro que los encomenderos, «saltándose los tecnicismos, hicieron de sus encomiendas la base de grandes haciendas, pese a no ser los propietarios legales de la tierra».¹⁷ Teniendo en cuenta que, a falta de un comercio indígena que produjera réditos fiscales, los españoles decidieron organizar su empresa para producir recursos (agrícolas o minerales), esta institución y su complementaria, el repartimiento, debieron de proporcionar una base conocida y reconfortante a los que ejecutaron dicha empresa sobre el terreno.

Por el contrario, el sistema implantado por los portugueses en Asia en 1510 se caracterizaba por una serie de instituciones muy distintas. La clave era la tensión que

¹⁷ James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560: A Colonial Society* (Madison, Wis.: The University of Wisconsin Press, 1968), p. 11.

existía entre una Corona centralista, que ambicionaba controlar el monopolio del comercio de la ruta del Cabo de un modo muy distinto al del sistema contractual de la Casa de Contratación española, y los capitanes y nobles, que veían el océano Índico como un espacio en el que podían combinar el comercio privado y el pillaje. En 1510, no había una sola aduana en el Asia portuguesa que mereciera ese nombre, pero la institución del *cartaz* (el certificado de navegación) ya había aparecido como un medio para controlar y fiscalizar el comercio de los barcos asiáticos.¹⁸ Por un lado, se observa la estrategia de buscar puntos clave y centros neurálgicos desde los que controlar las rutas marítimas (el plan del gobernador Alfonso de Albuquerque [1509-1515], que entre 1510 y 1514 conquistó, sucesivamente, Goa, Malaca y Ormuz) y, por otro, la tesis, a menudo asociada con la familia de Vasco de Gama, de que la Corona debería comportarse como un mero caparazón bajo el cual las grandes familias y sus allegados pudieran comerciar y cometer actos de pillaje con impunidad. No obstante, no parecía que los partidarios de una u otra perspectiva creyeran necesario, o tan siquiera posible, trasladar a Asia las *sesmarias*, las *comendas* y las instituciones agrario-fiscales en manos de las grandes órdenes militares del sur de Portugal.¹⁹

A mediados de la década de 1520, estas diferencias entre españoles y portugueses estaban ya aparentemente afianzadas, y este contraste quedó en gran parte fijado en la historiografía. Así, con la conquista de México, la orientación del Imperio español hacia el dominio territorial quedaba establecida fuera de toda duda, aunque la propia conquista tuviera, como es obvio, un cierto componente de imprevisibilidad. Pese a su catastrófica trayectoria anterior, primero en La Española y después en Cuba, la encomienda recobró su vigor como institución organizadora y lo mantuvo durante la conquista de Perú. Allí había millones de almas a las que atraer al redil cristiano, una ocasión para fraguar una nueva alianza entre los misioneros y las élites militares-fiscales. Esta situación puede compararse con la que se produjo, casi al mismo tiempo, tras muerte del virrey Vasco de Gama en diciembre de 1524 y el nombramiento del gobernador Henrique de Meneses en el Asia portuguesa. Mientras en el oeste los españoles disfrutaban del resultado triunfal de sus conquistas (y a su alrededor las poblaciones indígenas de México morían como moscas), el gobierno de Goa estaba inmerso en una crisis de otra clase.²⁰ Los otomanos habían empezado a manifestarse como una amenaza real en el océano Índico occidental, y sus autoridades en Egipto habían encargado incluso informes sobre la magnitud y naturaleza del poderío marítimo portugués. Los recursos marítimos de Portugal estaban ya por entonces muy extendidos por todo el océano Índico, tal como demuestra un documento anónimo de la época titulado *Lembrança das Cousas da Índia* ('Memoria de los asuntos de la India', escrito en 1525).²¹ Los planes, bas-

¹⁸ Luís Filipe F. R. Thomaz, «Portuguese Control over the Arabian Sea and the Bay of Bengal: A Comparative Study», en Denys Lombard y Om Prakash, eds., *Commerce and Culture in the Bay of Bengal, 1500-1800* (Nueva Delhi: Indian Council of Historical Research, 1999), pp. 115-162.

¹⁹ Para conocer el lugar que estas instituciones ocupaban en el sur de Portugal, véase Joaquim A. Romero Magalhães, *Para o estudo do Algarve económico durante o século XVI* (Lisboa: Cosmos, 1970).

²⁰ Sobre las consecuencias demográficas de la conquista de las Américas, véase la síntesis de Massimo Livi Bacci, *Conquista: La distruzione degli indios americani* (Bologna: Il Mulino, 2005).

²¹ Michel Lesure, «Un document ottoman de 1525 sur l'Inde portugaise et les pays de la Mer Rouge», *Mare Lusso-Indicum*, 3 (1976), pp. 137-160. Para un replanteamiento posterior de la naturaleza y el alcance de las ambicio-

tante pretenciosos, de construir una fortaleza costera cerca de Cantón, en el sudeste de China, habían sido definitivamente abandonados, y unos años después, en 1529, un noble famoso por su hosquedad, el duque Jaime de Braganza, incluso sugirió que había que abandonar la mayoría de las fortalezas portuguesas de Asia para concentrar todos los recursos en el norte de África. El embajador de Venecia ante Carlos V, Gaspar Contarini, ya había empezado a insinuar a sus superiores que la empresa portuguesa en Asia estaba en las últimas, una predicción que pocos se habrían atrevido a hacer en 1525 con respecto a la española en América. Por si esto fuera poco, a finales de la década de 1520, estalló una importante disputa entre dos aspirantes rivales al cargo de gobernador del Estado da Índia, que a punto estuvo de desembocar en una guerra civil por las calles de Goa, Malaca y Cochín.²²

A pesar de todo, la década de 1530 no presenció el desmoronamiento de la empresa colonial portuguesa. Más bien al contrario, se produjo una mayor penetración en Brasil gracias al sistema de *capitanias*, un nuevo rumbo en Asia con Nuno da Cunha como gobernador y un equilibrio algo distinto en lo que respecta al papel relativo del comercio marítimo. Durante esa década y principios de la siguiente, se introdujeron, por iniciativa del rey o del gobernador, cambios importantes en el Asia portuguesa, algunos de los cuales se debatieron de un modo acalorado. Podemos formarnos una idea de ellos a partir de la gran cantidad de documentación de la década de 1540 que nos ha llegado sobre dos asuntos importantes. Uno de ellos, abordado con bastante profundidad en los consejos de Lisboa, se refería a la situación de las fortalezas del norte de África: ¿deberían conservarse, reforzarse o, sencillamente, ser abandonadas? El otro, debatido sobre todo mientras João de Castro ejercía de gobernador en Asia, estaba relacionado con el comercio, en especial de la pimienta: ¿debería liberalizarse o mantenerse como monopolio real? En términos más generales, se trató de un debate sobre la importancia de dicho comercio para el mantenimiento y prosperidad de toda la empresa colonial. También estaba el problema específico de si se debía permitir, y en qué condiciones, el comercio con el gran centro urbano de Basora, en la cabecera del golfo Pérsico (Irak moderno), que desde 1546 había caído bajo el control directo de los otomanos. La mayor parte de estas discusiones no sirvieron para llegar a

nes otomanas, véase Giancarlo Casale, «The Ottoman Administration of the Spice Trade in the Sixteenth-Century Red Sea and Persian Gulf», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 49.2 (2006), pp. 170-198. Sobre Portugal puede consultarse «Lembrança d'algumas cousas que sam passadas em Malaqua, e assy nas outras partes da Imdea», en R. J. de Lima Felner, ed., *Subsídios para a história da Índia Portuguesa* (Lisboa: Academia Real das Sciencias, 1868). Este texto anónimo debe leerse con otros inéditos del mismo volumen de la Colecção de São Vicente (vol. 11), en el Instituto dos Arquivos Nacionais, Torre do Tombo, Lisboa [en adelante IANTT], que aportan una perspectiva útil sobre los asuntos del Estado da Índia en torno a 1525.

²² Para la disputa de la década de 1520, véase Jorge Borges de Macedo, *Um caso de luta pelo poder e a sua interpretação n'Os Lusíadas* (Lisboa: Verbo, 1976). Sobre las observaciones del duque Jaime de Braganza, véase Sanjay Subrahmanyam, «Making India Gama: The Project of Dom Aires da Gama (1519) and Its Meaning», *Mare Liberum*, 16 (1998), pp. 33-55. Sobre los venecianos y sus puntos de vista, véase «Relazione di Gasparo Contarini», en Eugenio Albèri, ed., *Relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato*, 1.^a serie, vol. 2 (Florenca: Società Editrice Fiorentina, 1840), p. 49. El diagnóstico de Contarini es mucho más sorprendente que el de su predecesor Vincenzo Quirini en 1506, ya que en esa época el Estado portugués era frágil; véase «Relazione delle Indie Orientali di Vincenzo Quirini nel 1506», en Eugenio Albèri, ed., *Le relazioni degli ambasciatori veneti al Senato durante il secolo decimosesto*, vol. 15 (Florenca: Società Editrice Fiorentina, 1863), pp. 3-19. Para conocer las circunstancias del relato de Quirini, véase Aubin, *Le Latin et l'Astrolabe*, III, *op. cit.*, p. 451.

ninguna conclusión, con la salvedad de la referida al norte de África, a consecuencia de la cual se abandonaron, de hecho, algunos puestos de avanzada portugueses. No obstante, la gran cantidad de «opiniones» (o *pareceres*) puestas por escrito que generó la «cuestión de la pimienta» pone de relieve la tensión entre una vieja generación de agentes en el Estado, cuyo principal argumento era que «la pimienta debería ser sagrada», y los que deseaban acabar con el monopolio de la Corona sobre determinados productos favoreciendo el comercio privado. Es a estas nuevas voces a las que ahora prestaremos atención.²³

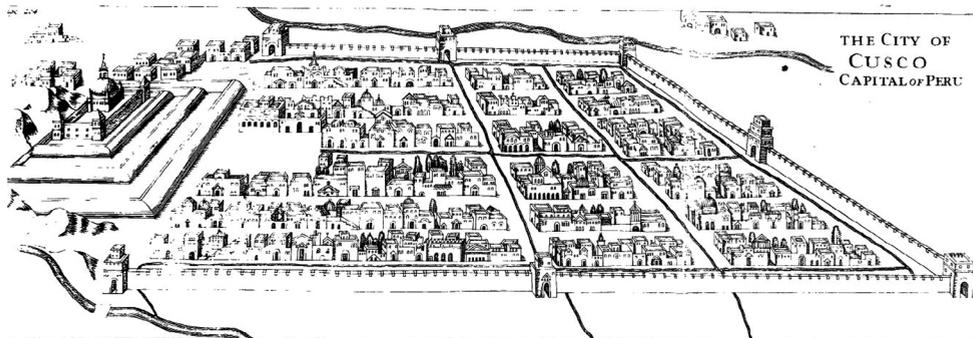


Figura 3. Representación de la ciudad de Cuzco. De Pedro de Cieza de León, *The Seventeen de Cieza, through the Mighty Kingdom of Peru, and the Large Provinces of Cartagena America:... Now First Translated from the Spanish, and Illustrated...* (Londres, 1709), edición inglesa de la *Crónica del Perú* (1553). Gale Group, *Eighteenth Century Collections Online*, 204-205.

Pero antes conviene señalar, aunque sea brevemente, la importancia de los estudios sobre la dinámica de facciones en los dos imperios ibéricos durante el siglo xvi. Los historiadores del Imperio español, tanto en el Caribe como en el continente, llevan mucho tiempo insistiendo en las similitudes entre las luchas faccionales en la península y las que se produjeron en ultramar. Esta situación se apreciaba desde la época de Colón, cuyos partidarios estuvieron muy unidos a él por lazos clientelares, igual que sus adversarios en su oposición al «almirante de los mosquitos». También en el virreinato de México se produjeron luchas similares entre facciones que se manifestaron más tarde en los cruentos conflictos que caracterizaron los excesos del numeroso clan de los Pizarro en Perú durante las décadas de 1530 y 1540. El Asia portuguesa se caracterizó también por la persistencia de *bandos*, como puede apreciarse sobre todo en el prolongado enfrentamiento entre los seguidores de Pêro Mascarenhas y los de Lopo Vaz de Sampaio a finales de la década de 1520 y, de hecho, casi en cada designación

²³ Sobre el norte de África, Maria Leonor Garcia da Cruz, «As controvérsias no tempo de D. João III sobre a política portuguesa no Norte da África», 2 pts., *Mare Liberum*, 13 (1997), pp. 123-199 y 14 (1997), pp. 117-198. Hay un análisis sobre la «cuestión de la pimienta» en Luís Filipe F. R. Thomaz, *A questão da pimenta em meados do século XVI* (Lisboa: Centro de Estudos dos Povos e Culturas de Expressão Portuguesa, 1998). Sobre Basora, véase Dejanirah Potache, «The Commercial Relations between Basrah and Goa in the Sixteenth Century», *Studia*, 48 (1989), pp. 145-162.

de un nuevo gobernador. Esta perspectiva de las empresas imperiales ibéricas ha tenido sus detractores en la historiografía, tanto entre los analistas neomarxistas, para quienes los términos «facción» y «clase» son vectores de análisis mutuamente excluyentes, como entre los historiadores nacionalistas portugueses y españoles, que tienden a insistir en la solidaridad de todos los que participaron en la gran y loable «empresa» de expansión. No obstante, las décadas de 1530 y 1540 fueron un periodo interesante, en el que los estudios sobre la dinámica de facciones pueden conjugarse con otros factores explicativos para generar algunas hipótesis sugerentes sobre cómo y por qué ocurrieron cambios en las estrategias y prácticas institucionales.²⁴

Un problema importante que debe resolverse hace referencia a una serie de cambios en el funcionamiento del imperio portugués de ultramar que, por lo común, se han analizado de forma artificial por separado. El primero de ellos fue el intento de penetrar más en el interior de Brasil mediante el nuevo sistema de capitanías. Se han ofrecido diversas explicaciones para este cambio en un país en el que los portugueses apenas habían intervenido desde su «descubrimiento» en 1500; una de ellas apunta a la rivalidad con los españoles, que estaban descendiendo lentamente por los Andes y acababan de descubrir la gran mina de plata de Potosí, mientras que otra plantea la cuestión en términos defensivos al insistir en el nerviosismo cada vez mayor de la corte portuguesa ante el creciente interés en la región manifestado por algunos marineros y empresarios con base en Normandía como Jean Ango, que se plasmó en diversas expediciones a las costas brasileñas, como la de los hermanos Verrazano.²⁵ Un segundo cambio se manifiesta en el plan de consolidación de los territorios en la India occidental, ya fuera ampliando los límites del de Goa (a expensas del sultanato de Bijapur) o mediante las adquisiciones a mediados de la década de 1530 en la llamada «provincia del norte», en la extensa región de Chaúl, Bassein y Bombay, que antes había estado controlada por el sultanato de Guyarat.²⁶ El tercero, que no produjo tan buenos resultados como los anteriores, consistió en reanudar la búsqueda de oro en el sudeste asiático, tal como se propuso en 1544 la expedición de Jerónimo de Figueiredo a la región de Mergui (en la costa birmana) o las acciones esporádicas para asaltar templos del interior de la India y Sri Lanka a fin de apoderarse de sus riquezas. La expedición abor-

²⁴ Bernard y Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde*, op. cit., pp. 353-362 y 492-496, sobre la cuestión de las banderías. Para una reinterpretación posterior de los Pizarro, véase Rafael Varón Gabai. *La Ilusión del Poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú* (Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos, 1996).

²⁵ Una visión de conjunto en Jorge Couto, *A construção do Brasil: Ameríndios, portugueses e africanos, do início do povoamento a finais de quinhentos* (Lisboa: Cosmos, 1995), pp. 209-235. Sobre la rivalidad con los franceses, Michel Mollat du Jourdin y Jacques Habert, *Giovanni et Girolamo Verrazano, navigateurs de François Ier: Dossiers de voyages* (París: La Documentation Française, 1982); véase también Luís de Matos, *Les Portugais en France au xvie siècle: Etudes et documents* (Coimbra: Universidade de Coimbra, 1952). Sobre la relación entre el descubrimiento de la plata de Potosí y los proyectos portugueses en Brasil, véase Sérgio Buarque de Holanda, *Visão do paraíso: Os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil* (Rio de Janeiro: Fino Traça Editora, 1959).

²⁶ Cf. *O Estado da Índia e a Província do Norte*, número especial, *Mare Liberum* 9 (1995). De particular valor para evaluar la importancia de esta adquisición es «Tombo do Estado da Índia» de Simão Botelho (1554), reproducido en Felner, *Subsídios para a história da Índia*. Se puede encontrar otro análisis bastante confuso de este texto debido a la lamentable falta de familiaridad del autor con la historia de las instituciones fiscales indo-persas, en Vitorino Magalhães Godinho, *Les finances de l'État portugais des Indes Orientales (1517-1635)* (París: Fundação Calouste Gulbenkian, 1982), pp. 50-69.

tada contra el gran templo de Tirumala-Tirupati en 1543 es un ejemplo de este último impulso. Si bien todas estas cuestiones pueden analizarse de manera aislada, como ha ocurrido con frecuencia, no deja de ser significativo que casi todas ellas estuvieran relacionadas con el mismo personaje, Martim Afonso de Sousa. Según parece, Sousa tenía una estrecha relación tanto con el monarca portugués Juan III como con su ministro el conde de Castanheira, pero también a través de la familia de su esposa tenía buenos contactos en Castilla, ya que había servido en las campañas de los Reyes Católicos en Italia.²⁷ Nada tiene de extraño, por lo tanto, que conociera bien los éxitos de Cortés en México y tratara de aplicar sus lecciones en un momento, hacia 1530, en el que muchos en Portugal y su corte eran conscientes de que su imperio colonial era definitivamente menos próspero que el de los españoles. Mientras que en 1515 la mayoría de los cortesanos portugueses hubieran respondido sin vacilar que habían salido ganando frente a los Reyes Católicos en el Tratado de Tordesillas (1494), en el momento de las negociaciones diplomáticas en Badajoz-Elvas o Zaragoza durante la segunda mitad de la década de 1520, el clima en Portugal era bastante más pesimista.²⁸

¿Podemos conjeturar que los cambios llevados a cabo tanto en Brasil como en la *provincia do norte* en la India formaban parte de un clamor popular para crear una institución similar a la encomienda en el contexto imperial portugués? El *aforamento* (derivado del término *foro*, ‘renta del suelo’) introducido, primero, de manera poco sistemática y, después, extendido (a veces con el nombre alternativo de *prazo*) tanto a África oriental como a Sri Lanka, tuvo claramente sus comienzos en este momento. Para los pequeños nobles y los soldados viejos, cansados de patrullar las costas y participar en las tediosas refriegas de poca entidad que eran las principales actividades oficiales que el Estado da Índia parecía apoyar, esta práctica fue una buena solución. Cansados de tener siempre un pie en el agua («um pé na água»), uno de ellos llegó a escribir al rey en la década de 1540 para decirle que, si las guerras y ocasiones para la verdadera gloria eran demasiado pocas, no era culpa suya («que as guerras seão poucas, não havemos nisso culpa».)²⁹ Otro factor que pudo haber añadido aún más presión era el hecho de que un cierto número de capitanes portugueses renegados hubieran empezado a aceptar concesiones de territorio de otros Estados asiáticos, como los sultanatos del Decán, durante la década de 1530. Así, el *aforamento* y su titular, el *foreiro*, se situaban en un punto intermedio entre la encomienda y el encomendero americanos —más prós-

²⁷ Cf. «Brevíssima e summaria relação que fez da sua vida e obra o grande Martim Afonso de Sousa», en Luís de Albuquerque y Margarida Caeiro, eds., *Martim Afonso de Sousa: Cartas* (Lisboa: Alfa, 1989). Sobre la expedición al sudeste asiático de Jerónimo de Figueiredo, véase IANNT, *Gavetas*, 8, pp. 8-43, «Verdadeira enfformaçam das cousas da Índia», en António da Silva Rego, ed., *As gavetas da Torre do Tombo*, vol. 3 (Lisboa: Biblioteca da Expansão Portuguesa, 1963), pp. 218-234. Sobre Tirupati, véanse Sanjay Subrahmanyam, «An Eastern El-Dorado: The Tirumala-Tirupati Temple-Complex in Early European Views and Ambitions, 1540-1660», en David Shulman, ed., *Syllables of Sky: Studies in South Indian Civilization in Honour of Velcheru Narayana Rao* (Delhi: Oxford University Press, 1995), pp. 338-390.

²⁸ Esta cuestión ha sido tratada a fondo en varios artículos útiles en Avelino Teixeira da Mota, ed., *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas* (Lisboa: Junta de Investigações Científicas do Ultramar, 1975).

²⁹ Carta de Cristóvão da Costa a Juan III, 12 de noviembre de 1544, en Luís de Albuquerque y José Pereira da Costa, «Cartas de «Serviços» da Índia (1500-1550)», *Mare Liberum*, 1 (1990), p. 349.

peros, según se rumoreaba— y las instituciones de concesión de tierras vecinas del *iqṭā'* y la *muqāsā* indo-persas, de cuyos frutos empezaron a disfrutar paulatinamente hombres como Sancho Pires y Gonçalo Vaz Coutinho en el Decán, tras entrar al servicio de los sultanes de Bijapur y Ahmadnagar. Este estilo de vida distaba mucho del que habitualmente asociamos con el mercader privado portugués (o *casado*) en el océano Índico.³⁰



Figura 4. Representación del combate entre Tupinambas y Marcajas. El texto es un reflejo de la rivalidad franco-brasileña por Brasil. En Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Bresil autrement dite Amerique* (Ginebra, 1578).

No obstante, el verdadero «giro territorial» del imperio portugués aún estaba por llegar, y no se produjo hasta, al menos, mediados de siglo. De hecho, el primer atisbo no se vislumbró hasta después de 1570, con el desarrollo de una economía de plantaciones en Brasil y una mayor penetración en Angola y los territorios de África oriental a lo largo de los *rios de Cuama* (el valle del Zambeze) a partir de las expediciones de Barreto-Homem. Pese al giro propiciado por Martim Afonso de Sousa, la frontera

³⁰ Maria Augusta Lima Cruz, «Exiles and Renegades in Early Sixteenth Century Portuguese Asia», *Indian Economic and Social History Review*, 23.3 (1986), pp. 249-262. Sobre el caso de Coutinho, véase también Elaine Sanceau, ed., *Coleção de São Lourenço*, vol. 3 (Lisboa: Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, 1983), pp. 256-257 y 399.

abierta para los portugueses durante la década de 1540 continuaba siendo en gran parte marítima, y los avances más importantes ocurridos durante las décadas de 1550 y 1560 fueron hacia el Lejano Oriente con la fundación de la Ciudad del Santo Nombre de Dios de Macao y la apertura del comercio con China-Japón a los emprendedores portugueses. La posibilidad de hacerse con Estados continentales extensos, como los españoles habían hecho con los mexicas y los incas, no se consideraba viable en el Asia de las décadas de 1540 o 1550. Pese a las dificultades internas por las que atravesaba, el Estado Ming en China era considerado lo bastante fuerte como para rechazar cualquier amenaza portuguesa. De hecho, paradójicamente, el único territorio importante que el Estado portugués parecía tener en su punto de mira en esa época era el reino Vijayanagara del sur de la India, a pesar de que había sido uno de sus aliados en la etapa anterior a 1520. Pero las especulaciones en ese sentido se vieron sofocadas con rapidez en la década de 1540, e incluso más tarde —a mediados de la década de 1560—, cuando Vijayanagara sufrió un importante ataque de sus vecinos inmediatos del norte y lo único que los portugueses pudieron obtener del caos subsiguiente fueron algunos puestos de avanzada y fortalezas en la costa de la India occidental. Los portugueses se enfrentaron en Asia durante todo el siglo xvi a la amenaza constante de resilientes Estados indígenas: los otomanos en la década de 1520, el Estado birmano de Toungoo a mediados de siglo y los mogoles y safávidas a finales de la centuria.³¹

Puede que los partidarios del cambio también se vieran frenados por voces prestigiosas que recientemente se habían manifestado en contra. En una carta escrita desde Goa al rey Juan III en 1539, el futuro gobernador del Estado da Índia, João de Castro (que también era un cortesano y un destacado intelectual), recalca lo que definía como el carácter esencial de la presencia portuguesa en Asia:

Me gustaría actuar como un sello para timbrar documentos y exponerlos en la Torre de Tombo de Lisboa, para aseverar que en ningún caso deben los portugueses adentrarse ni un palmo en el interior [*pela terra dentro*] de la India, porque nada mantiene la paz y conserva nuestra amistad con los reyes y señores de la India salvo que crean y tengan por seguro que nos contentamos con el mar y que no tenemos planes ni imaginamos que alguna vez llegaremos a desear sus tierras.³²

Hasta donde sabemos, ni el rey ni la mayor parte de su consejo discreparon del punto de vista de João de Castro.

En todo caso, y pese a las diferencias de forma y fondo que los distinguían, a mediados del siglo xvi los dos imperios ibéricos no estaban totalmente desconectados entre sí. El antiguo capitán de la fortaleza de Ternate en las Molucas, António Galvão,

³¹ Jorge Manuel dos Santos Alves, *Um porto entre dois impérios: Estudos sobre Macau e as relações luso-chinesas* (Macao: Instituto Português de Oriente, 1999). Aquí recupero una tesis que planteó por primera vez de manera esquemática el historiador portugués Luís Filipe Thomaz en un ensayo de 1985, reeditado como «A estrutura política e administrativa do Estado da Índia no século xvi», en Thomaz, *De Ceuta a Timor* (Lisboa: Difel, 1994), pp. 207-243. Para un enfoque anterior sobre este problema, véase también Sanjay Subrahmanyam, *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: A Political and Economic History* (Londres: Longman, 1993).

³² La carta aparece en Luís de Albuquerque, ed., *Cartas de D. João de Castro a D. João III* (Lisboa: Biblioteca da Expansão Portuguesa, 1989), p. 12.

conocía sin duda a los cronistas españoles e, igualmente, cronistas portugueses como João de Barros y Fernão Lopes de Castanheda eran leídos tanto en España como en sus dominios de ultramar. En España se publicaron incluso algunas obras importantes sobre el Asia portuguesa, como el relato de Martín Fernández de Figueroa y, más adelante, el tratado de Cristóvão da Costa sobre las plantas medicinales que podían encontrarse en las Indias Orientales.³³ Había mucha interconexión entre ambas cortes, con un considerable grupo proespañol desempeñando un destacado papel en la de Juan III de Portugal en torno a su esposa, Catalina de Austria, y su hermano menor, el infante Luís, mientras que algunos portugueses prominentes, como Estevão da Gama, el hijo de Vasco de Gama, abandonaron Portugal tras una larga carrera en sus dominios asiáticos, atraídos por la monarquía de los Austrias.³⁴ Por otra parte, los españoles no habían renunciado a la posibilidad de penetrar en Asia desde el Pacífico como demostraron con la expedición de Magallanes y, más adelante, con el Tratado de Zaragoza. En las décadas centrales del siglo, llegaban periódicamente a Perú y México noticias de China, y la decisión de colonizar Manila en la década de 1560 selló una larga serie de proyectos más especulativos, que habían empezado con la promesa de Cortés a Carlos V de que emprendería la conquista de las Molucas «de tal manera que Su Majestad no tendrá que obtener las especias mediante un intercambio, como hace el rey de Portugal, sino que podrá tenerlas como posesión propia». Sería un error pensar que, tras adquirir unos territorios tan extensos, los agentes de la monarquía española abandonarían la idea de lucrarse con el comercio de larga distancia. Así pues, aunque en 1550 estaba ampliamente aceptado que el imperio colonial español había eclipsado al portugués, este aún poseía algunos atributos y posibilidades que aquel codiciaba. El más destacado era su acceso a los mercados y productos asiáticos, un sueño que a finales del siglo XVI impulsaría a rivales europeos de España y Portugal, como franceses, ingleses y holandeses.³⁵

Así pues, la unión de las Coronas no significó necesariamente una discontinuidad fundamental en las relaciones entre los dos imperios ibéricos. En la década de 1550, la Corona portuguesa tenía siempre un ojo puesto en el «ejemplo español», aunque solo fuera como un sueño inalcanzable. El contraejemplo de España fue mencionado en reiteradas ocasiones cuando se planteó una reforma institucional en el funcionamiento del imperio portugués. Esto se ve con especial claridad en la relación entre la Casa da Índia portuguesa y la Casa de Contratación de las Indias de Castilla, en un principio concebidas como parte de dos estrategias distintas de gestión del comercio transcontinental. Aunque la Corona española retuvo para sí una función supervisora y estuvo siempre necesitada por razones estratégicas de mantener vivos los intercambios con el

³³ Una edición facsímil de la *Conquista de las Indias de Persia e Arabia* (Salamanca, 1512) en *A Spaniard in the Portuguese Indies: The Narrative of Martín Fernández de Figueroa*, Jaime B. McKenna, ed. (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1967); Cristóvão da Costa, *Tractado de las drogas, y medicinas de las Indias orientales con sus plantas debuxadas al bivo por Christoual Acosta; en el qual se verifica mucho de lo que escrivio el doctor Garcia de Orta* (Burgos: Martín de Victoria impresor de su Magestad, 1578).

³⁴ Aude Viaud, ed., *Correspondance d'un ambassadeur Castillan au Portugal dans les années 1530: Lope Hurtado de Mendoza* (París: Fundação Calouste Gulbenkian, 2001).

³⁵ Sobre la promesa de Cortés, véase Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, M. Hernández Sánchez-Barba, ed. (México: Porrúa, 1963), p. 320.

otro lado del Atlántico —para abastecer a sus guarniciones y asentamientos, y para enviar a América a sus funcionarios, misioneros, etc.—, siempre consideró que no debía participar directamente en la actividad comercial. Por el contrario, aunque en la ruta del Cabo hubo desde sus inicios una participación comercial privada, sobre todo por parte de armadores y empresarios florentinos, la Corona portuguesa trató de que esta se desarrollara bajo el control, tanto en lo económico como en otros aspectos, de la Fazenda Real (la Hacienda real).³⁶ Por supuesto, a algunos nobles y funcionarios importantes se les permitiría llevar una determinada cantidad de mercancías a bordo para negociar por su cuenta (*agasalhados*); igualmente, las flotas que regresaban de Asia podían transportar mercancías privadas de pasajeros y mercaderes, pero el comercio fundamental, el de la pimienta y las especias, quedaría en manos de la Casa da Índia, que estaría gobernada por un factor (*feitor*) nombrado por la Corona. Los productos asiáticos se distribuirían entonces a otras factorías de Europa (como Amberes) desde la Casa, con el objetivo de que la Corona recibiera el flujo directo de beneficios.³⁷

No obstante, a finales de la década de 1560, cuando el monarca portugués Sebastián I alcanzó la mayoría de edad y asumió el control directo del país, se introdujeron grandes cambios organizativos. Se adoptaron medidas similares al tipo de contrato español (*asiento*), tanto en lo que respecta al comercio como al transporte marítimo. Unos años después, en la década de 1570, se propuso un acuerdo oficial a varios consorcios, lo que llevó al historiador danés Niels Steensgaard a calificar, de manera bastante exagerada, toda la experiencia portuguesa en la ruta del Cabo como una mera «empresa redistributiva», pese a reconocer que «hasta 1570, lo normal era que fueran los agentes de la Corona los que se ocuparan del comercio de la pimienta en la costa asiática».³⁸ Este cambio atrajo a banqueros del sur de Alemania, como los Fugger y los Welser, que ya llevaban mucho tiempo negociando en la América española, así como a empresarios italianos como el milanés Giovanni Battista Rovellasca. Bajo este nue-

³⁶ Sobre la Casa da Índia, véase Francisco Paulo Mendes da Luz, *Regimento da Casa da Índia: Manuscrito do século XVII existente no Arquivo Geral de Simancas*, 2.^a ed. (Lisboa: Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1992). La comparación entre los dos sistemas comerciales constituye el telón de fondo del capítulo titulado «Da origem das viagens da Índia, e do modo per que correrom nos tempos passados, e correm no presente», fols. 76-82, del texto anónimo escrito hacia 1582, Biblioteca Nacional de España, ms. 3217, titulado «Livro das Cidades, e Fortalezas, que a Coroa de Portugal tem nas partes da Índia, e das capitánias, e mais cargos que nellas há, e da importância delles», publicado en edición facsímil por Francisco Paulo Mendes da Luz en *Studia*, 6 (1960). El texto está dedicado a Felipe II y su propósito es informarle de sus nuevas posesiones en Asia, así como de las redes comerciales. Es comparable en algunos aspectos, pero distinto en otros, al texto algo posterior (de hacia 1607) de Luiz de Figueiredo Falcão, *Livro em que se contém toda a fazenda e real patrimonio dos reinos de Portugal, Índia, e ilhas adjacentes e outras particularidades, ordenado por Luiz de Figueiredo Falcão, secretario de el-Rei Philippe II, copiado fielmente do manuscrito original e impresso por orden del gobierno de Sua Magestade* (Lisboa: Presenca, 1859).

³⁷ C. R. Boxer, *From Lisbon to Goa, 1500-1750: Studies in Portuguese Maritime Enterprise* (Londres: Variorum Reprints, 1984); Vitorino Magalhães Godinho, *Os descobrimentos e a economia mundial*, 2.^a ed., 4 vols. (Lisboa: Imprensa Nacional, 1982), 3, pp. 43-79. Esto no equivale a negar que los mercaderes italianos (y en especial florentinos) participaran en la ruta del Cabo ya desde sus inicios, para lo cual véase Marco Spallanzani, *Mercanti Fiorentini nell'Asia portoghese (1500-1525)* (Florenzia: SPES, 1997).

³⁸ Niels Steensgaard, *The Asian Trade Revolution of the Seventeenth Century: The East India Companies and the Decline of the Caravan Trade* (Chicago: University of Chicago Press, 1974), pp. 95-103. Hemos valorado la postura de Steensgaard y sus puntos débiles en S. Subrahmanyam y L. F. Thomaz, «Evolution of Empire: The Portuguese in the Indian Ocean during the 16th century», en J. D. Tracy, ed., *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade, 1350-1750* (Nueva York: Cambridge University Press, 1991), pp. 298-331.

vo orden, los contratistas enviaban poderosos agentes a Asia para organizar el comercio en la ruta del Cabo, incluidos hombres tan prominentes como el augsburgués Ferdinand Cron y el mercader y estudioso florentino Filippo Sassetti.³⁹

También aquí observamos una situación en la que los portugueses tendieron a adoptar el modelo de la Casa de Contratación. Más adelante, a comienzos del siglo xvii, cuando las naves portuguesas fueron objeto de diversos ataques, en especial por parte de los holandeses, la Corona retomó el control directo del comercio en la ruta del Cabo. Se trataba de un cambio que, en realidad, había empezado antes de la Unión de las Coronas. De hecho, el breve reinado de Sebastián I destacó por una serie de reformas o intentos de reforma en la gestión institucional del imperio portugués.⁴⁰ Este periodo marcó el comienzo de la nueva etapa de expansión económica en Brasil basada en el azúcar, así como el aumento del comercio con esclavos de África occidental que la acompañó. También destacó por la propuesta de agrupar los dominios orientales en tres sectores, cada uno con su propio gobernador: el primero dedicado a la actividad marítima centrado en Malaca, el segundo para operaciones mixtas, con una implicación directa en la ruta del Cabo, centrado en India y Sri Lanka, y el tercero pensado como una nueva frontera que se abriría desde Mozambique para penetrar en África oriental. La primera de estas zonas se asemejaría al espacio caribeño de los españoles, mientras que las otras dos corresponderían quizá a Nueva España y Tierra Firme, respectivamente. Los renovados esfuerzos por colonizar nuevos territorios en el norte de Sri Lanka durante el virreinato de Constantino de Braganza en torno a 1560 pueden ser vistos como un intento de reactivar por otros medios las ideas de Martim Afonso de Sousa.⁴¹

Por otra parte, en los años anteriores a la Unión de las Coronas se produjo un intento, en esta ocasión por parte de los españoles, de redefinir, o incluso borrar, las fron-

³⁹ Sobre Cron, véanse Sanjay Subrahmanyam, «An Augsburg in Asia Portuguesa: Further Light on the Commercial World of Ferdinand Cron, 1587-1624», en R. Ptak y D. Rothermund, eds., *Emporia, Commodities and Entrepreneurs in Asian Maritime Trade, c. 1400-1750* (Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 1991), pp. 401-425; Hermann Kellenbenz, «De Melchior Manlich a Ferdinand Cron: German Levantine and Oriental Trade Relations (Second Half of xvith and Beginning of xvith C.)», *Journal of European Economic History*, 19, 3 (1990), pp. 611-622. Sobre Sassetti, véanse Filippo Sassetti, *Lettere da vari paesi, 1570-1588*, Vanni Bramanti, ed. (Milán: Longanesi, 1970); Jean Boutier, «Les habits de «l'Indiático»: Filippo Sassetti entre Cochín et Goa (1583-1588)», en *Découvertes et explorateurs: Actes du colloque international, Bordeaux, 12-14 juin 1992* (Paris: L'Harmattan, 1994), pp. 157-166. Sobre los Fugger, véase la obra clásica de Hermann Kellenbenz, *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560*, trad. Manuel Prieto Vilas (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2000).

⁴⁰ Por desgracia, la década de 1570 sigue estando poco estudiada como periodo de transición. Para aquel en el que Sebastián I era menor de edad, véase el estudio minucioso pero un tanto problemático de Maria do Rosário de Sampaio Themudo Barata de Azevedo Cruz, *As regências na menoridade de D. Sebastião: Elementos para uma história estrutural*, 2 vols. (Lisboa: Imprensa Nacional – Casa da Moeda, 1992). También es útil en algunos sentidos Luis Filipe Thomaz, «A crise de 1565-1575 na história do Estado da Índia», *Mare Liberum*, 9 (1995), pp. 481-520. Un documento importante son las órdenes que Sebastián I dio al virrey saliente, el conde de Atouguia, en octubre de 1577, en IANTT, Coleção São Vicente, vol. 12, pp. 9-11. Para una útil visión de conjunto puede consultarse también Maria Augusta Lima Cruz, *D. Sebastião* (Lisboa: Temas e Debates, 2006).

⁴¹ Véase, por ejemplo, la larga carta del virrey reproducida en António dos Santos Pereira, «A Índia a preto e branco: Uma carta oportuna, escrita em Cochim, por D. Constantino de Bragança à Rainha Dona Catarina», *Anais de História de Além-Mar*, 4 (2003), pp. 449-484. Este importante documento puede compararse provechosamente con las cartas un poco posteriores de José Wicki, «Duas cartas oficiais de Vice-reis da Índia, escritas em 1561 e 1564», *Studia* 3 (1959), pp. 36-89. Para un análisis del contexto cambiante, véase Sanjay Subrahmanyam, *Improvising Empire: Portuguese Trade and Settlement in the Bay of Bengal, 1500-1700* (Delhi: Oxford University Press, 1990), pp. 180-182.

teras entre los dos imperios ultramarinos. Se trató del avance en las aguas del Pacífico impulsado desde México por el virrey Juan de Velasco a fin de poner a prueba las fronteras establecidas por el tratado entre los dos imperios e intentar abrir el espacio comercial español con Asia oriental. Entre 1564-1565, la flota española estuvo comandada por Miguel López de Legazpi, que sería nombrado primer gobernador español de Filipinas después de haber logrado —tras fracasar primero en Cebú y después en Panay— fundar la ciudad de Manila en el lugar donde se encontraba un asentamiento musulmán gobernado por un tal Rajah Sulaiman. La naturaleza exacta de las motivaciones españolas en esta empresa continúa siendo objeto de debate. El argumento de que España solo veía en Filipinas un mero espacio para seguir expandiéndose no parece muy creíble, aun cuando los territorios y las poblaciones del archipiélago no fueran en absoluto despreciables. Sin duda, parte del aparato institucional que se había «perfeccionado» con las experiencias de México y Perú resultó de gran utilidad entre 1570 y 1620, a medida que se iba consolidando el dominio español en Oriente. Así, se fueron adjudicando encomiendas en las tierras llamadas *sawab*, en Luzón y Panay; en 1591, ya había unas 270, con unos 668.000 filipinos residentes bajo la tutela española. Pero, a pesar de la aparente naturaleza fortuita del proceso por el que Manila se convirtió en un importante centro del comercio chino, no cabe duda de que el principal objetivo de la operación era entrar en los circuitos portugueses, un aspecto sobre el que el veterano explorador del Pacífico Andrés de Urdaneta había llamado insistentemente la atención de Carlos V ya en 1537. Poco después de la llegada de los españoles, surgieron graves problemas en las islas Molucas ricas en especias. Sin duda, los capitanes portugueses vieron su presencia como un desafío a su propio comercio de especias, y el hecho de que algunos soberanos de la región se resistieran cada vez más a someterse al yugo del monopolio portugués de las especias confirma esta hipótesis sobre las verdaderas intenciones de los monarcas españoles al patrocinar tal empresa.⁴²

Por todo ello, resulta poco creíble la insistencia con la que, durante tiempo, los historiadores españoles han presentado esta operación como un intento de los Austrias por establecer un cortafuegos entre los dos imperios después de la Unión de las Coronas en 1580-1581. Es cierto que el comercio del galeón de Manila se basaba en una hábil ficción, ya que los españoles rara vez cruzaban el contra-meridiano imaginario de los tratados de Tordesillas-Zaragoza para comerciar directamente con China. Pero la cruda realidad se imponía por sí misma: el comercio en Filipinas estaba destinado a abrir los mercados asiáticos a la América española, y muy pronto Manila no solo estaría conectada con China, sino también con Malaca y, después, a través de Malaca, con la India. Si a finales del siglo xvi cristianos nuevos de origen portugués estaban penetrando en los mercados tanto de México como de Perú, la frontera entre los

⁴² Maria Augusta Lima Cruz, «A viagem de Gonçalo Pereira Marramaque do Minho às Molucas – ou os itinerários da fidalguia portuguesa no Oriente», *Studia*, 49 (1989), pp. 315-340. Una mención a Urdaneta en Thomaz, *A questão da pimenta*, op. cit., p. 2. La obra clásica sobre Filipinas continúa siendo John Leddy Phelan, *The Hispanization of the Philippines: Spanish Aims and Filipino Responses, 1565-1700* (Madison, Wis.: University of Wisconsin Press, 1959); una obra posterior centrada en las encomiendas es Patricio Hidalgo Nuchera, *Encomienda, tributo y trabajo en Filipinas, 1570-1608* (Madrid: Polifemo, 1995). Véase también John Villiers, «Portuguese Malacca and Spanish Manila: Two Concepts of Empire», en Roderich Ptak, ed., *Portuguese Asia: Aspects in History and Economic History* (Wiesbaden: Steiner Verlag, 1987), pp. 37-57.

dos imperios también se estaba difuminando en otros lugares a consecuencia de iniciativas oficiales. Un ejemplo típico lo encontramos en Camboya, donde el gobierno español de Manila envió una expedición exploratoria (la llamada jornada de Camboya) en la década de 1590 con la esperanza de adentrarse en el valle del Mekong. Nadie en Manila podía hacerse demasiadas ilusiones sobre la posición de Camboya en la geografía del Tratado de Tordesillas. No obstante, en 1603, un soldado llamado Pedro Sevil defendió ante Felipe III la lógica del proyecto camboyano basándose en razones morales (las fechorías de los gobernantes locales) y económicas (la existencia de productos como «oro, plata, piedras preciosas, plomo, estaño, cobre, seda, algodón, incienso»), a las que añadió una tercera: «que así se puede ocupar y alimentar a todos los que están perdidos, desocupados y ociosos en México, Perú y Filipinas». El sudeste asiático era, pues, la nueva frontera para el lumpen en que habían llegado a convertirse los conquistadores de principios del siglo xvii.⁴³

Los archivos conservan la huella de otros proyectos aún más asombrosos. Basta leer la carta escrita en 1610 por Felipe III a su virrey en Goa, Rui Lourenço de Távora:

Me han informado que el rey de Bisnagá [Vijayanagara] es muy anciano y que se prevén disensiones a su muerte, ya que hay tres pretendientes al trono; y que, en vista de ello, habría que ordenar en secreto que, a su muerte, el Estado [da Índia] se expanda a las tierras que rodean la ciudad de São Thomé [Mylapore] en tres o cuatro leguas, lo que puede lograrse con unas pocas personas más de las que ya hay, puesto que los que allí viven [los indígenas] son débiles y no están acostumbrados a la guerra y, además, no pueden sino alegrarse de quedar libres de la tiranía de dicho rey y sus ministros; y una vez señoreada y repartida [*depois de senboreada e repartida*], no habrá disturbios y [entonces], sin mucho más capital, yo podré convertirme en señor de todo el Concão [Konkan] y mi tesoro tendrá más ingresos que todo el Estado da Índia, sin tener que gastar más de 20.000 *pardaos* anuales para proteger lo que se ha adquirido. Y a la muerte de dicho rey, también se puede abrigar la esperanza de apropiarse del tesoro del templo [*pagode*] de Tripiti [Tirupati], que se encuentra a seis leguas de São Thomé, del cual se dice que es de la mayor importancia, ya que allí acude gente de todas las partes de Oriente, sin que lo que entra [en calidad de ofrenda] vuelva ya a salir.⁴⁴

La visión expresada en esta carta retoma en parte el viejo proyecto de Martim Afonso de Sousa en la década de 1540 en flagrante contradicción con las advertencias formuladas en la de 1530 por João de Castro. Se trata de una visión en la que no solo Sri Lanka, Camboya o Birmania, sino incluso la India peninsular, se encontraban en el pun-

⁴³ Esta cuestión ha sido tratada en Sanjay Subrahmanyam, «The Tail Wags the Dog; or, Some Aspects of the External Relations of the Estado da Índia, 1570-1600», *Moyen Orient et Océan Indien*, 5 (1988), pp. 31-60. Véanse también Antoine Cabaton, «Le mémorial de Pedro Sevil à Philippe III sur la conquête de l'Indochine (1603)», *Bulletin de la Commission Archéologique de l'Indochine* (1914-1916), pp. 1-102 (cita en pp. 17-18); y Bernard Philippe Groslier y C. R. Boxer, *Angkor et le Cambodge au xvie siècle d'après les sources portugaises et espagnoles* (París: Presses Universitaires de France, 1958).

⁴⁴ IANTT, Documentos Remetidos da Índia, Livro 3, fol. 49, Felipe III a Rui Lourenço, 21 de febrero, 1610, en Raymundo António de Bulhã Pato, ed., *Documentos remetidos da Índia, ou Livros das monções*, vol. 1 (Lisboa: Academia Real das Ciências, 1880), p. 359. Al final de la carta, aparece el sello «O Conde Almirante», lo que sugiere que fue redactada en parte por el antiguo virrey Francisco da Gama, yerno de Rui Lourenço de Távora.

to de mira de una política expansionista, cuyo propósito era apoderarse de los tesoros de los principales templos hindúes, además de adquirir territorios que pudieran dividirse en *prazos* y *aforamentos*, cuando no directamente en encomiendas.

Sin embargo, las muestras de desconfianza y oposición al proyecto de construir un único imperio ibérico unificado persistieron, en particular entre los altos funcionarios portugueses. Un ejemplo de ello es el incidente acaecido en la década de 1620 en el que el virrey de las Indias portuguesas, Francisco da Gama, trató de intimidar al enviando del rey de España, Don García de Silva y Figueroa, en el Irán de los safávidas.⁴⁵ Desde la llegada de holandeses e ingleses a la escena asiática en la década de 1590, menudearon los intentos de presentar un frente ibérico unido contra ellos, tanto en Asia como en América, pero la iniciativa se topó con mucha resistencia por parte portuguesa. Un sarcástico observador holandés comentó en la década de 1620 que el monarca español trataba las posesiones de su imperio como a «su legítima esposa, de la que está extremadamente celoso», y las del imperio portugués como su mera «concubina». No obstante, esta observación se presta a más de una interpretación,⁴⁶ pues resultaba muchísimo más fácil defender las posesiones americanas de ambos imperios que las asiáticas. El carácter disperso de estas últimas, debido a una expansión territorial limitada en la región, no hacía sino complicar aún más el problema. Las diversas tentativas de expansión realizadas después de 1580 habían tenido resultados bastante limitados para los portugueses. Aparte de un éxito efímero en la baja Birmania a principios del siglo XVII, parece que las operaciones más importantes fueron las emprendidas en África oriental y Sri Lanka, esta última muy poco estudiada a pesar de su importancia.⁴⁷

La cuestión de las relaciones específicas entre españoles y portugueses en Asia requiere mucha más atención de la que se le ha dedicado hasta la fecha. Aparte de la obra de Charles Boxer, apenas disponemos de estudios sistemáticos recientes sobre el tema.⁴⁸ Esto contrasta con el descubrimiento y la publicación de importantes documentos en castellano, como el relato del comerciante flamenco de Brujas, Jacques de Coutre. En lo que respecta a Ormuz, en el golfo Pérsico, es indispensable analizar más a fondo la correspondencia de Luís da Gama, que desempeñó un papel central en la crisis precedente a la caída de la fortaleza en 1622, así como en la anterior pérdida de Kamaran (o Gombroon), si queremos ofrecer una imagen creíble de la situación. Al-

⁴⁵ Véanse los amargos comentarios del embajador en Don García de Silva y Figueroa, *Comentarios de la embajada que de parte del rey de España Don Felipe III hizo al rey Xa Abas de Persia*, Manuel Serrano y Sanz, eds., 2 vols. (Madrid: Editorial Orbigo, 1904-1905). Para una descripción más amplia del contexto de su embajada, véase Luis Gil, «La Unión Ibérica y Persia: Contactos diplomáticos y choque de intereses», en Ventura, *A União ibérica e o mundo atlântico*, *op. cit.*, pp. 309-340.

⁴⁶ Citado en John Lynch, *Spain under the Habsburgs*, vol. 2, Spain and America, 1598-1700 (Oxford: OUP, 1981), p. 65; edición en castellano: *España bajo los Austrias*, 2 vols. (Barcelona: Crítica, 1982).

⁴⁷ Sobre el caso de Birmania, véase Maria Ana Marques Guedes, *Interferência e integração dos Portugueses na Birmania, c. 1580-1630* (Lisboa: Fundação Oriente, 1994); sobre África oriental, Newitt, *A History of Portuguese Overseas Expansion*, *op. cit.*, pp. 152-154.

⁴⁸ Subrahmanyam, *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700*, *op. cit.*; Charles R. Boxer, *Conquest and Commerce in Southern Asia, 1500-1750* (Londres: Variorum Reprints, 1985). La obra de Rafael Valladares, bastante polémica y de una superficialidad decepcionante, *Castilla y Portugal en Asia (1580-1680): Declive imperial y adaptación* (Louvain: Lemar University Press, 2001), no está a la altura de su título; véase la perspicaz revisión de esta obra de Manuel Lobato en el *Bulletin of Portuguese Japanese Studies*, 4 (2002), pp. 143-153.

gunos de los «veteranos de la India» más prominentes que navegaron entre Lisboa y Madrid merecen mención aparte, en particular personajes como Ferdinand Cron, a quien Boxer dedicó un importante estudio. Como demuestran diversos trabajos sobre el sudeste asiático, es mucho lo que se puede ganar de una lectura conjunta de los escritos españoles y portugueses referentes al periodo en torno a 1600.⁴⁹

Entre los ámbitos que merecen mayor atención se encuentra Sri Lanka. Cada vez está más claro —gracias, paradójicamente, a hallazgos documentales en España— que la intervención portuguesa en la isla tomó un cariz muy distinto entre los años de 1590 y 1630. Aunque los portugueses tenían trato con Sri Lanka desde principios del siglo xvi, hasta mediados de la centuria su presencia se limitó a la costa. Fue hacia 1550 cuando empezaron a mostrar mayor interés por adentrarse en la zona de Jaffna, para lo que encontraron unas circunstancias favorables gracias a las guerras civiles en el antiguo reino de Kotte.⁵⁰ Pero, de hecho, no fue hasta la década de 1580 cuando el Estado da Índia empezó a apoderarse de poblaciones en las tierras bajas de la costa posteriormente distribuidas entre los autodenominados *fronteiros*, agentes fiscales que controlaban a los trabajadores del campo mediante un sistema de corvea, a la vez que percibían un tributo en forma de canela. Este sistema, parecido al del *aforamento* implantado en la provincia del norte, perduró, aunque con algunas interrupciones, hasta la década de 1630, momento en que los portugueses empezaron a perder terreno a causa de la alianza entre los reyes de Kandy y la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.⁵¹ No obstante, la complejidad del sistema tributario en este breve periodo resulta cada vez más clara, tal como queda documentado tanto por la cartografía como por los llamados *tombos*, registros fiscales que detallaban las posesiones de una serie de pueblos.⁵² Los *tom-*

⁴⁹ Entre las obras importantes relativamente recientes que cabe citar se encuentran Jorge M. dos Santos Alves y Pierre-Yves Manguin, *O «Roteiro das cousas do Achém» de D. João Ribeiro Gaio: Um olhar português sobre o norte de Samatra em finais do século xvi* (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 1997); Paulo Jorge de Sousa Pinto, *Portugueses e malaio: Malaca e os Sultanatos de Johor e Achém, 1575-1619* (Lisboa: Sociedade Historica da Independencia de Portugal, 1997); y Manuel Lobato, *Política e comércio dos portugueses na insulândia: Malaca e as Molucas de 1575 a 1605* (Macao: Instituto Português do Oriente, 1999). Para el relato de Coutre, véase Jacques de Coutre, *Andanzas asiáticas*, Eddy Stols, B. Teensma y J. Verberckmoes, eds. (Madrid: Historia 16, 1991); las cartas de Luís da Gama se encuentran en IANTT, Convento da Graça, tomo II-E [caja 6], pp. 161-173; Convento da Graça, tomo III [caja 2], pp. 475-478. Sobre Cron, véase Charles R. Boxer, «Uma raridade bibliográfica sobre Fernão Cron», *Boletim Internacional de Bibliografia Luso-Brasileira*, 12, 2 (1971), pp. 323-364.

⁵⁰ Véase la obra de Zoltán Biedermann, «A aprendizagem de Ceilão: A presença portuguesa no Sri Lanka entre talassocracia e planos de conquista territorial, 1506-1598» (tesis doctoral, Universidade Nova de Lisboa / École Pratique des Hautes Études, 2006). Para la primera mitad del siglo xvi, véase Jorge Manuel Flores, *Os portugueses e o Mar de Ceilão, 1498-1543: Trato, Diplomacia e Guerra* (Lisboa: Cosmos, 1998). Una colección de ensayos que reconsidera la cuestión es Jorge Flores, ed., *Re-exploring the Links: History and Constructed Histories between Portugal and Sri Lanka* (Wiesbaden: Otto Harrasowitz Verlag, 2007).

⁵¹ Sobre esta transición, véanse Chandra R. de Silva, *The Portuguese in Ceylon, 1617-1638* (Colombo: H.W. Cave, 1972); George D. Winius, *The Fatal History of Portuguese Ceylon: Transition to Dutch Rule* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1971) y K. W. Goonewardena, *The Foundation of Dutch Power in Ceylon, 1638-1658* (Ámsterdam: Djambatan for the Netherlands Institute for International Cultural Relations, 1958).

⁵² Mathilde Auguste Hedwig Fitzler, *Os tombos de Ceilão da Seccão ultramarina da Biblioteca nacional* (Lisboa: Oficinas Graficas da Biblioteca Nacional, 1927); Tikiri Abeyasinghe, *Portuguese Rule in Ceylon, 1594-1612* (Colombo: Lake House Investments, 1966); véase también la obra posterior de Jorge Manuel Flores, *Os olhos do Rei: Desenhos e descrições portuguesas da Ilha de Ceilão (1624, 1638)* (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 2001).

bos, que acabaron siendo reagrupados para formar registros complejos que incorporaban mapas y otros materiales visuales, también aparecieron por estos mismos años en otros lugares, particularmente en regiones como Daman, Diu y Chaul. En cambio, los ejemplos anteriores de este género, como el exhaustivo texto escrito en torno a 1554 por Simão Botelho, son pocos y dispersos. Incluso los documentos presupuestarios (*orçamentos*) son mucho más frecuentes después de 1580, lo que da a entender una paulatina implantación con los Austrias de un régimen fiscal dotado de características distintivas.⁵³



Figura 5. Representación de un portugués de dinero y buena posición (die van affcomstste en vermoegen zijn), transportado en una litera en Goa. De Jan Huyghen van Linschoten, *Itinerario: Voyage ofte schipvaert [...] naer Oost ofte Portugaels Indien [...] (Ámsterdam, 1596)*.

Es posible sostener, en consecuencia, que a principios del siglo xvii se produjo en el imperio portugués un nuevo equilibrio entre el comercio, el parasitismo y una fiscalidad basada en bienes raíces no solo en Brasil —donde el cambio no puede ser más claro— o Angola, sino incluso en Asia.⁵⁴ La Corona siguió abandonando poco a poco

⁵³ Una visión de conjunto en Artur Teodoro de Matos, *O Estado da Índia nos anos de 1581-1588, estrutura administrativa e económica: Alguns elementos para o seu estudo* (Ponta Delgada: Universidade dos Açores, 1983). Para textos específicos, véanse Artur Teodoro de Matos, ed., *O Tombo de Diu, 1592* (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 1999) y *O Tombo de Chaul, 1591-1592* (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 2000); también Livia Baptista de Souza Ferrão, «Tenants, Rents and Revenues from Daman in the Late 16th Century», *Mare Liberum* 9 (1995), pp. 139-148, y Panduronga S. S. Pis-surlencar, ed., *Tombo da ilha de Goa e das terras de Salcête e Bardês* (Bastora: Goa, 1952).

⁵⁴ Esto no equivale a sugerir que la capitania donataria no tuviera raíces institucionales en el propio Portugal; so-

sus actividades comerciales en Asia y contempló en varias ocasiones la implantación de un sistema de arrendamiento de impuestos al mejor postor. De hecho, en esos años, las rentas aduaneras se arrendaban en Goa, Malaca y Ormuz, como bien ilustra la gran «Venta general» (*venda geral*) organizada por el virrey Jerónimo de Azevedo en 1614.⁵⁵ Una vez más, esto refleja la aparición de un conjunto de prácticas relativamente uniformes en el mundo ibérico, protagonizadas, en parte, por los mismos actores (o al menos con afiliaciones étnicas y familiares similares), fuera en México, Lima, Salvador, Luanda o Goa. La valiosa labor de «microhistoria» iniciada por James Boyajian y continuada por Nathan Wachtel y Daviken Studnicki-Gizbert sobre las actividades emprendedoras de familias de cristianos nuevos lo revela con toda claridad.⁵⁶

Y, no obstante, el objetivo de crear en 1580 un único imperio homogéneo a partir de los dos existentes se mostró fuera del alcance de los tres Felipes y sus ministros. El intento más serio en ese sentido, emprendido por el conde-duque de Olivares en torno a 1630, contemplaba la unión de las fuerzas armadas de los dos imperios, lo que en Asia suponía la alianza del gobierno de Manila con el de Malaca y Goa frente a los holandeses de Taiwán y Yakarta; pero el ambicioso proyecto de Olivares también contemplaba un acercamiento institucional para integrar los dos sistemas comerciales en uno solo. Aunque esta idea contó con apoyos cautelosos como los de Duarte Gomes Solís, Ferdinand Cron o Anthony Sherley, ni la unificación militar ni la comercial fueron posibles. Dilucidar en qué medida contribuyeron los planes de Olivares a la revuelta portuguesa y a la Restauración de 1640 continúa siendo objeto de debate, pero es innegable que tuvieron algún peso o que al menos sirvieron para encauzar el descontento existente. A quienes sostenían que los dos imperios estaban demasiado integrados en 1620 y que esa era la verdadera razón de la decadencia portuguesa en Asia —es decir, que los recursos portugueses se estaban utilizando para financiar las ambiciones españolas—, Olivares bien podría haber replicado que los españoles y los portugueses se habrían defendido mejor no solo contra los holandeses y los ingleses, sino también contra otros rivales como el sultanato de Aceh, los safávidas, o incluso el régimen cada vez más beligerante del sogunato Tokugawa de Japón, si hubieran estado mejor coordinados.⁵⁷

bre esta cuestión, véase Harold B. Johnson, «The Donatary Captaincy in Perspective: Portuguese Backgrounds to the Settlement of Brazil», *Hispanic American Historical Review*, 52, 2 (1972), pp. 203-214. Sobre la penetración portuguesa en Angola, véase Ilídio do Amaral, *O consulado de Paulo Dias de Novais: Angola no ultimo quartel do século XVI e primeiro do século XVII* (Lisboa: Ministerio da Ciência e da Tecnologia, 2000). Sebastián I concedió el título de donatario a Paulo Dias en septiembre de 1571.

⁵⁵ Biblioteca Nacional de Lisboa, Fundo Geral, códice 1540, 89r-91v, «Relação dos cargos do Estado da Índia que estão vendidos por orden de Sua Magestade para as despesas do Estado»; António Bocarro, *Década 13 da história da Índia*, Rodrigo José de Lima Felner, ed., 2 vols. (Lisboa: Academia das Ciências de Lisboa, 1876), vol. 1, pp. 362-366.

⁵⁶ Véanse James C. Boyajian, *Portuguese Trade in Asia under the Habsburgs, 1580-1640* (Baltimore, Md.: The Johns Hopkins University Press, 1993); Nathan Wachtel, *La foi du souvenir: Labyrinthes marranes* (Paris: Seuil, 2001); Daviken Studnicki-Gizbert, *A Nation upon the Ocean Sea: Portugal's Atlantic Diaspora and the Crisis of the Spanish Empire, 1492-1640* (Nueva York: OUP Oxford U.P., 2007).

⁵⁷ Duarte Gomes Solís, *Alegación en favor de la Compañía de la India Oriental*, Moisés B. Amzalak, ed. (Lisboa: Editorial Imperio, 1955); también Solís, *Discursos sobre los comercios de las dos Indias, donde se tratan materias importantes de estado y guerra* (Madrid: s.ed., 1622). La cuestión se resume magistralmente en John H. Elliott, *The Count-Duke of Olivares: The Statesman in an Age of Decline* (Londres: Yale UP, 1986), esp. pp. 143-146; edición en castellano: *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia* (Barcelona: RBA, 2005).

Pero ¿cuál era la situación más allá del escenario asiático en lugares como África occidental, Brasil o la América española? Algunos historiadores del Atlántico ibérico han argumentado de manera convincente que las relaciones entre las partes portuguesa y española de los dominios de los Austrias en ultramar podrían dividirse en dos grandes etapas cuya divisoria serían los primeros años de la década de 1620. Durante la primera, los mercaderes y empresarios portugueses (a menudo cristianos nuevos conversos del judaísmo) penetraban con éxito en los territorios españoles y «los registros de los archivos españoles indican un aumento constante del número de portugueses activos en las Indias [españolas], aumento que empezó a principios del siglo xvi y alcanzó su punto máximo en la década de 1630».⁵⁸ En otras palabras, tampoco en este caso el año 1580 constituyó necesariamente un punto de partida de un proceso, aunque parece que las cifras siguieron aumentando después de esa fecha, lo que provocó una desconfianza cada vez mayor en los observadores españoles, uno de los cuales, Pedro de Avedaño Villela, escribió en 1608 que la penetración portuguesa en la América española era «similar a las casillas de un tablero de juego, cuya multiplicación hace que la última casilla valga el doble que todas las anteriores». En la década siguiente, algunos administradores españoles de Lima llegaron a afirmar que los mercaderes portugueses habían prácticamente establecido un monopolio en el virreinato de Perú exagerando la magnitud del contrabando, que en efecto se dio, entre México y Río de la Plata, en los dos extremos de este. Aun siendo consciente de esta exageración, Stuart Schwartz ha sugerido que «el primer [período] entre 1580 y 1622 se caracterizó por unas considerables ganancias de los portugueses como consecuencia de la unión».⁵⁹ En ocasiones, la distribución de los beneficios respondió a una lógica más compleja. Tal fue el caso de África occidental, donde los comerciantes españoles de esclavos se aliaron con colonos portugueses locales agrupados en comunidades autónomas (los llamados *lançados*) para eludir la fiscalidad oficial portuguesa en la costa de la Alta Guinea y en las islas de Cabo Verde. Allí, las ganancias se compartían y la «penetración» se hacía, al menos en parte, en el sentido inverso, pues las quejas provenían de los administradores portugueses más que de los españoles.⁶⁰

No obstante, a partir de la década de 1620, puede observarse un cambio de orientación en la naturaleza de las relaciones en la América ibérica como consecuencia de los esfuerzos de los españoles por ejercer un mayor control sobre el contrabando portugués para impedir, entre otras cosas, la entrada en Brasil de plata procedente de sus minas. La creación de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales (WIC) en junio de 1621, al término de la tregua de los Doce Años entre España y los Países Bajos, tuvo también graves consecuencias para el comercio de azúcar brasileño, debido a los asaltos de los holandeses a barcos mercantes ibéricos, que culminaron en su ataque a Salvador de Bahía

⁵⁸ Studnicki-Gizbert, *A Nation upon the Ocean Sea*, 44. La cita de Villela que aparece después procede de la misma obra, aunque la he corregido ligeramente.

⁵⁹ Schwartz, «Luso-Spanish Relations in Hapsburg Brazil», *op. cit.*, p. 43. Para un resumen de casi toda la información que existe sobre contrabando y cuestiones relacionadas, véanse Alice P. Canabrava, *O comércio português no Rio da Prata (1580-1640)* (Belo Horizonte: Editora Itatiaia, 1984) y Gonçalo de Reparaz, *Os Portugueses no vice-reinado do Perú (séculos xvi e xvii)* (Lisboa: Instituto de Alta Cultura, 1976).

⁶⁰ Walter Rodney, «Portuguese Attempts at Monopoly on the Upper Guinea Coast, 1580-1650», *Journal of African History*, 6, 3 (1965), pp. 307-322.

en 1624.⁶¹ En este contexto, los portugueses percibieron su unión a la Corona española como una terrible carga y, en 1626, los gobernadores de Portugal incluso preguntaron a la Corona con cierto sarcasmo «si la utilidad de cerrar el comercio a los enemigos vale más que no tener comercio».⁶² Estas tensiones acumuladas ni tan siquiera se resolvieron con la recuperación de Salvador de Bahía en 1625; por el contrario, la exigencia de la Corona de que fueran los portugueses quienes pagaran el coste de la guerra contra los holandeses solo se vio agravada por los torpes intentos, durante la década de 1630, de favorecer la inmigración en Brasil de italianos y otros extranjeros con la esperanza de que fueran más leales a Felipe IV que los colonos portugueses que residían allí. El resquebrajamiento de la unión en el Atlántico ibérico empezó a finales de la década de 1620 para culminar después de 1640 en un «pánico en las Indias», a causa de una supuesta amenaza de los portugueses (y, en especial, de los nuevos cristianos) a los territorios españoles.⁶³

Así pues, las experiencias de los dos imperios ibéricos en Asia y en el Atlántico, aunque no fueron del todo independientes y estuvieron sujetas a interesantes experimentos de mutua fertilización, no pueden ser del todo equiparadas. En el caso de España, la existencia de poblaciones densas y resilientes, así como de Estados dotados de prácticas fiscales anteriores basadas en la tributación de impuestos más que en la explotación de mano de obra esclava, hizo que, incluso cuando el imperio portugués dio un «giro terrestre», su trayectoria continuara distinguiéndose de las de Brasil y la América española. Nunca surgió nada semejante a un sistema esclavista de plantaciones en el Estado da Índia portugués ni, de hecho, en el resto del océano Índico, hasta que los franceses colonizaron Mauricio en el siglo XVIII.⁶⁴ Es más, en los casos en los que el Asia portuguesa amplió su base territorial hubo que llegar, al igual que en el valle del Zambeze en África oriental, a un compromiso teniendo en cuenta las instituciones y prácticas locales, de manera que una institución como el *prazo* presentaba importantes variaciones internas entre la India occidental y Mozambique.⁶⁵ No obstante, dicho esto, es importante disolver la distinción excesivamente tajante que se ha hecho entre un imperio portugués marítimo y comercial y un Imperio español territorial y basado en los tributos. Si el caso de Brasil (y en cierta medida el del África occidental portuguesa) nos permite poner en duda esta distinción tan clara, podemos preguntarnos de un modo justificado si estos dos

⁶¹ Para una exposición general, véase Henk den Heijer, *De geschiedenis van de WIC* (Zutphen: Walburg Pers, 1994); también la minuciosa monografía centrada en el comercio de esclavos practicado por la WIC y otros participantes holandeses de Johannes M. Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815* (Cambridge: CUP, 1990).

⁶² Citado en Schwartz, «Luso-Spanish Relations in Hapsburg Brazil», *op. cit.*, p. 48.

⁶³ Stuart B. Schwartz, «Panic in the Indies: The Portuguese Threat to the Spanish Empire», *Colonial Latin American Review*, 2, 1-2 (1993), pp. 165-187.

⁶⁴ Véase Megan Vaughan, *Creating the Creole Island: Slavery in Eighteenth-Century Mauritius* (Durham, N.C.: Duke UP, 2005). Por supuesto, la esclavitud existió en otros ámbitos del océano Índico de la época; cfr. Anthony Reid y Jennifer Brewster, eds., *Slavery, Bondage and Dependence in Southeast Asia* (Santa Lucía: St. Martin's Press, 1983); Indrani Chatterjee y Richard M. Eaton, eds., *Slavery and South Asian History* (Bloomington, Ind.: Indiana UP, 2006).

⁶⁵ La obra de Allen F. Isaacman, *Mozambique: The Africanization of a European Institution – The Zambesi Prazos, 1750-1902* (Madison, Wis.: University of Wisconsin Press, 1972), es, por desgracia, bastante incompleta para el periodo y también poco convincente en su uso de las fuentes portuguesas. Más útil es Eugénia Rodrigues, «Mercadores, conquistadores e foreiros: A construção dos prazos dos Rios de Cuama na primeira metade do século XVII», en Jorge Flores y Joaquim Romero Magalhães, eds., *Vasco da Gama: Homens, Viagens e Culturas*, 2 vols. (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2001), vol. 1, pp. 443-480.

imperios no solo eran parte de una «monarquía compuesta», sino también de un sistema político-fiscal compuesto en varios otros aspectos.

La creación de un «imperio compuesto» no es, pues, una anomalía, sino más bien una solución impuesta con mucha probabilidad por las circunstancias de la Unión de las Coronas. Esto se percibe en las reflexiones de diversos escritores de la época como, por ejemplo, el inglés Anthony Sherley, que escribió en la década de 1620 que los Felipes sostenían el «peso político de todo el mundo». ⁶⁶ Además, se puede afirmar que, antes incluso de 1580, ya se habían puesto en marcha procesos que hacían que el entrelazamiento de los imperios español y portugués fuera una realidad percibida por gobernantes, mercaderes e, incluso, cronistas. Ello no equivale a decir que los dos imperios llegaron a ser indistinguibles ni que sus políticas administrativas estuvieran del todo entremezcladas. ⁶⁷ No obstante, el alcance de este entrelazamiento se irá dilucidando a medida que se realicen nuevos estudios y se pase de considerar primordialmente los aspectos políticos y comerciales a incluir la dimensión cultural y social de este matrimonio entre imperios. Un claro reflejo de ello son las numerosas dificultades que planteó la separación de las dos esferas y la restitución —por así decirlo— del Tratado de Tordesillas en 1640, cuando la Casa de Braganza se hizo con el poder en Portugal y su imperio y se inició la Restauración portuguesa. ⁶⁸ Separar este amasijo de posesiones y proyectos casi insoluble no fue tarea fácil. A menudo es durante el proceso de divorcio cuando conocemos la verdadera naturaleza del matrimonio.



Figura 6. Panfleto que habla de la guerra que estalló a raíz de la Restauración portuguesa de 1640. Portada de António Pais Viegas, *Relacão dos gloriosos sucesos, que as armas de [...] D. Joam IV [...] tiverão nas terras de Castilla, neste anno de 1644, até a memoravel victoria de Montijo* (Lisboa, 1644).

⁶⁶ En palabras de Elliott, «el conde-duque [de Olivares] fue probablemente el primer gobernante de la monarquía española en pensar en términos genuinamente globales y no es casualidad que se sintiera tan a gusto con el audaz aventurero Anthony Sherley, que hacía girar el globo terráqueo y se ofrecía a revelar los puntos fuertes y débiles secretos de todos los reinos y sultanatos entre el estrecho de Dinamarca y la costa de Malabar»; *The Count-Duke of Olivares, op. cit.*, p. 681. Véase Xavier-A. Flores, *Le «Peso político de todo el mundo» de Anthony Sherley, ou un aventurier anglais au service de l'Espagne* (Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1963).

⁶⁷ Para una útil descripción del funcionamiento de una importante institución administrativa portuguesa bajo los Habsburgo, véase Francisco Paulo Mendes da Luz, *O Conselho da India: Contributo ao estudo da história da administração e do comércio do ultramar português nos princípios do século XVII* (Lisboa: Agência Geral do Ultramar, 1952).

⁶⁸ Rafael Valladares, *La rebelión de Portugal: Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica, 1640-1680* (Valladolid: Junta de Castilla y León, 1998). Específicamente sobre Asia, véase Glenn J. Ames, *Renascent Empire? The House of Braganza and the Quest for Stability in Portuguese Monsoon Asia, c. 1640-1683* (Ámsterdam: Amsterdam UP, 2000).

5. EL DOLOROSO PARTO DEL ASIA PORTUGUESA: UNA REVISIÓN DE LA FATÍDICA «LARGA DÉCADA» ENTRE 1498 Y 1509¹

Le recordamos que siempre debe poner especial atención en enviar hombres a descubrir tanto a Malaca como a cualquier otra parte que no sea tan conocida hasta la fecha, y debe enviarlos con algunas mercancías en los barcos locales que se dirigen allí, siempre que puedan transportarlas de forma segura. Y aquellos a los que elija para tal propósito deben ser hombres que sepan cómo proceder (*devem ser homens que ho bem saybam fazer*).

Instrucciones reales a don Francisco
de Almeida (3-III-1505)²

UN EQUILIBRIO DE IGNORANCIA

Los primeros tiempos de la presencia portuguesa en el océano Índico han quedado algo empañados por el paso de los siglos, lo que ha dado pie a diversas especulaciones en relación tanto a los acontecimientos como a las motivaciones de sus protagonistas. Ciertamente, es mucho lo que sabemos sobre las personas, las flotas y los cargamentos, pero también es mucho lo que queda por entender sobre las trascendentales expediciones que se sucedieron entre finales del siglo xv y principios del siguiente. Aquí, los

¹ Agradezco a Jorge Flores y a Luís Filipe Thomaz sus comentarios y sugerencias. La deuda con la obra de mi difunto amigo y colega Jean Aubin resultará obvia al lector. Traducción del inglés de Rosa Pérez.

² Instituto dos Arquivos Nacionais, Torre do Tombo, Lisboa (en adelante IANTT), *maço* 2 de leis, número 13, en Joaquim Candeias Silva, *O Fundador do «Estado Português da Índia» D. Francisco de Almeida, 1457 (?)-1510* (Lisboa: Imprensa Nacional, 1996), doc. 6, pp. 261-299 (cit. en p. 292).

historiadores nos enfrentamos al problema recurrente y delicado del «equilibrio de ignorancia» que se plantea al abordar casi cualquier cuestión y, más aún, una que se remonta a quinientos años atrás. Este principio podría formularse diciendo que, por un lado, los historiadores actuales ignoramos cosas que los protagonistas del momento sabían pero, por otro, estos protagonistas desconocían cosas que el historiador, amparado por la perspectiva del tiempo y la erudición, puede llegar a saber. Esta cuestión resulta especialmente acuciante cuando lo que nos interesa son los motivos que llevaron a actuar, muy difíciles de reconstruir en el estado de asimetría que acabo de describir. En mi opinión, los problemas que plantea la historia de la primera «larga década» de la presencia portuguesa en el océano Índico, entre 1498 y 1509, pueden contemplarse en la actualidad bajo una nueva luz si reflexionamos sobre este «equilibrio de ignorancia» que afecta tanto a cuestiones que pueden ser agrupadas bajo la rúbrica de «información» (o los objetos del verbo portugués *conhecer*) como, con más rigor, a las que pueden entenderse como «conocimiento» (*saber*).

Es bien sabido que la llegada de los portugueses a la India occidental en mayo de 1498 fue motivo de un colosal malentendido.³ Sabemos, por el manuscrito en ocasiones atribuido a un incierto personaje llamado Álvaro Velho, que los portugueses creyeron en un principio que solo había dos grupos religiosos en los mares asiáticos a los que arribaron, los musulmanes y los cristianos. A su modo de ver, los musulmanes dominaban el cuadrante noroeste del continente, que se extendía hasta Arabia, y los cristianos el cuadrante sureste, con Kerala en la línea divisoria de ambos. Esto explicaría por qué, a pesar de estar dominados por los mercaderes de «La Meca», el puerto y el reino de Calicut debían tener, según ellos, un rey «cristiano». Así pues, los portugueses de la flota de Vasco de Gama regresaron en 1499 a Portugal con una visión geopolítica de Asia que era en gran parte falsa. Consistía en una lista de numerosos reinos cristianos que, en un sistema binario, podrían ser sus posibles aliados contra los mercaderes y soberanos musulmanes. Esta imagen, que el autor anónimo nos asegura que le proporcionó «un hombre que hablaba nuestro idioma y que había ido a esas partes desde Alejandría hacía treinta años» (es decir, el célebre mercader y espía judío conocido más adelante como Gaspar da Índia), no duró mucho, ya que cambió considerablemente en 1501, cuando la flota de Pedro Álvares Cabral regresó a Portugal portando un nuevo esquema tripartito formado por cristianos, moros y gentiles.⁴ En otras palabras, la

³ Por ello, resulta sorprendente leer en una obra relativamente reciente de un historiador de la economía que las autoridades portuguesas estaban «bien informadas sobre la situación comercial de la India y África oriental y las posibilidades de navegación en el Atlántico antes de encomendar a Vasco de Gama la misión de ir a la India en 1497-1499»; véase Angus Maddison, *The world economy: a millennial perspective* (París: OCDE, 2001), p. 61.

⁴ Véanse Elias Lipiner, *Gaspar da Gama: um converso na Frota de Cabral* (Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1987); Sanjay Subrahmanyam, *The career and legend of Vasco da Gama* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), pp. 146-147. Está claro que Gaspar sabía que la información que había proporcionado era errónea y ya había empezado a modificarla en otros escritos de 1499-1500; véase Jean Aubin, *Le Latin et l'Astrolabe, 3: Études inédites sur le règne de D. Manuel, 1495-1521* (París: Centre Culturel Calouste Gulbenkian, 2006), pp. 285-287. Dos de estos escritos han sido identificados por Luís Filipe F. R. Thomaz en «Gaspar da Gama e a génese de estratégia portuguesa no Índico», en *D. Francisco de Almeida, I Vice-Rei português, Actas do IX simpósio de história marítima* (Lisboa, 2007). Se ha afirmado que Gaspar era un judío polaco, una postura defendida por Joan Pau Rubiés en *Travel and ethnology in the Renaissance: South India through European eyes, 1250-1625* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), p. 170.

visión errónea se corrigió añadiendo información empírica, lo que permitió distinguir a los cristianos del grueso de los otros residentes «hindúes» de Kerala (véase tabla 1).⁵

| REINOS | TAMAÑO DE LOS EJÉRCITOS | COMENTARIOS (Y DISTANCIA DESDE CALICUT POR MAR) |
|--------------------|-------------------------|--|
| Calicut | 100.000 | Sobre todo tropas auxiliares |
| Cranganor | 40.000 | Cristianos; 3 días de distancia |
| Kollam | 10.000 | Cristianos; 10 días de distancia |
| Kayal | 4.000 | Moro, súbditos cristianos; 10 días de distancia; 100 elefantes |
| Coromandel | 100.000 | Cristianos |
| Ceilán | 4.000 | Cristianos; muchos elefantes de guerra; 8 días de distancia |
| Sumatra | 4.000 | Cristianos; 1000 jinetes y 300 elefantes; 3 días de distancia |
| Shahr-i Nav (Siam) | 20.000 | Cristianos; 4000 caballos y 400 elefantes; 50 días de distancia |
| Tenasserim | 10.000 | Cristianos; 500 elefantes; 40 días de distancia |
| Bengala | 20.000-25.000 | Rey cristiano, súbditos moros; 10 000 caballos y 400 elefantes; 40 días de distancia |
| Malaca | 10.000 | Cristianos; 1200 caballos; 40 días de distancia |
| Pegu | 20.000 | Cristianos; 10 000 caballos y 400 elefantes; 30 días de distancia |
| Camboya | 5.000-6.000 | Cristianos; 1000 elefantes; 50 días de distancia |
| Pidir | 4.000 | Cristianos; 100 elefantes; 50 días de distancia |

Tabla 1. *Cómo era imaginada Asia en Portugal, c. 1500*

En la década siguiente, las categorías se multiplicaron al quedar claro que los musulmanes estaban, por su parte, divididos en, al menos, dos grupos, los del «jeque Ismael», es decir, los partidarios chiíes de los safávidas, y los suníes dominantes, y que los cristianos de Kerala no tenían exactamente las mismas creencias que los portugueses. No obstante, a menos que nos tomemos en serio la posibilidad de que los actores de principios del siglo XVI supieran algunas de las cosas que sabemos en la actualidad y no supieran otras, corremos el riesgo de emitir juicios precipitados sobre sus actos y trazar un retrato de ellos que los muestre mucho más ingenuos de lo que probablemente fueron.

⁵ Neves Águas, ed., *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama* (Lisboa: Europa-América, 1987), pp. 93-98. Me inclino por interpretar «Conimata» como Camboya, habida cuenta de su ubicación, a cincuenta días por mar desde Calicut, y de su posición y características en el conjunto del manuscrito.

Este problema se ve considerablemente agravado por el hecho de que las sociedades de la época estuvieran compuestas por actores que, a menudo, eran analfabetos o que, cuando no lo eran, no consideraban importante poner sus conocimientos por escrito. La asombrosa escasez de documentación sobre el océano Índico durante el siglo xv es una prueba de ello. Los textos chinos relacionados con las expediciones de la dinastía Ming (como las crónicas de Ma Huan) son, ante todo, producto de las presiones para mantener un registro escrito oficial.⁶ El texto del viajero italiano del siglo xv Niccolò dei Conti es una versión escrita de nuevo por la mano de un «coautor» humanista; el tortuoso relato del ruso Afanasii Nikitin parece un acto desesperado de su autor para mantenerse cuerdo en una tierra de infieles a los que detesta, y el relato de ‘Abdur Razzaq Samarqandi de sus viajes a Kerala y Vijayanagara en la década de 1440 es una narración en primera persona de un cronista erudito insertada en un texto altamente literario.⁷ En otras palabras, en ninguno de estos textos encontramos el informe sencillo y llano de un mercader (en la tradición de los documentos medievales hallados en la Genizá de El Cairo, ni un diario de viaje con información práctica sobre monedas, pesos o productos disponibles en el bazar). Las razones de ello son obvias. La información comercial era valiosa y no debía pregonarse a los cuatro vientos; de hecho, los archivos de la Genizá tampoco estaban concebidos para compartirse de manera indiscriminada.⁸ No obstante, esto no significa que no circularan conocimientos orales e información valiosa entre los mercaderes. Todo lo contrario. En 1498, cuando Vasco de Gama llegó a la India, seguro que había varias docenas de mercaderes mediterráneos en distintos puertos del océano Índico cuyos conocimientos superaban con creces lo que Gama pudo recabar durante su breve estancia de tres meses en Kerala. No sabemos exactamente qué sabían, aunque en algunos casos, como en el de Gaspar da Índia o Ibn Tayyib («Bontaibo» o «Monçaide»), un musulmán tunecino que los portugueses encontraron en Calicut en 1498, podemos llegar a imaginarlo.

Un ejemplo menos conocido podría resultar revelador. Cuando en 1502 la pequeña flota de João da Nova regresó a Lisboa, Bartolomé Marchionni, el célebre mercader florentino residente entonces en la ciudad, explicó que había traído consigo a «un veneciano, que ha pasado veinticinco años allí [en Asia]».⁹ Aquel hombre, de nombre Bonajuto d’Albano (o Benevenuto del Pan), era de Campo San Bartolomeo, próximo a Rialto, donde aún residía su hermano; rondaba los setenta años (o los sesenta en algunas versiones), era cojo (*zoto da una gamba*) y bastante pobre en ese momento, pues, al parecer, había perdido la importante suma de entre 20.000 y 25.000 ducados en un

⁶ Ma Huan, *Ma Huan’s Ying-yai Sheng-lan, the overall survey of the Ocean’s shores (1433)*, ed. y trad. J. V. G. Mills (Cambridge: Cambridge University Press, 1970).

⁷ Sobre Nikitin, véase Jean-Yves Le Guillou, *Le voyage au-delà des trois mers d’Afanasiy Nikitin (1466-1472)* (Quebec: Coméditex, 1978). Sobre ‘Abdur Razzaq, véase Wheeler M. Thackston, *A century of princes: sources on Timurid history and art* (Cambridge, MA: Aga Khan Program, 1989), pp. 299-321 («Kamaluddin Abdul-Razzaq Samarqandi: mission to Calicut and Vijayanagar»).

⁸ Sobre los archivos medievales de la genizá relativos a la India, véase S. D. Goitein, «Portrait of a medieval India trader: three letters from the Cairo Geniza», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 50.3 (1987), pp. 449-464.

⁹ *I Diarii di Marino Sanuto*, R. Fulin, N. Barozzi *et al.*, eds., 58 vols. (Venecia: Visentini, 1879-1903), vol. 4, pp. 544-547 y 664-665.

naufragio en el océano Índico.¹⁰ Albano decía haber viajado mucho por Persia y Ormuz, Gujarat (o «Combait»), así como «Cholocut y todas esas tierras», incluida Malaca. Por desgracia, con una vida tan itinerante, no había podido educar a sus hijos en la fe cristiana y había aprovechado la oportunidad de regresar con los portugueses para «convertir al cristianismo a sus dos hijos y a su esposa», que iban prácticamente desnudos y tenían, a los ojos de los lisboetas, una apariencia bastante tosca. No era el único pasajero de la flota en la que también viajaron un valenciano y otro hombre de Bérgamo que habían pasado algunos años en la India. Albano fue rápidamente conducido a Sintra, donde en ese momento se encontraba el rey Manuel I, y parece que fue interrogado sobre cuestiones relacionadas con el comercio en Asia, un tema en el que se suponía que era un experto. Algunos autores han especulado sobre la posibilidad de que sus conocimientos pudieran haber animado a Manuel I a explorar el comercio en el sureste asiático, lo que dio lugar en 1509 a los primeros contactos directos de los portugueses con Malaca que, de hecho, ya aparecía mencionada en un texto anónimo de 1498-1499.

LA PERSPECTIVA VENECIANA

A pesar de casos como este, las noticias sobre la geografía económica y la geopolítica de Asia continuaban siendo difíciles de recabar para quienes deseaban disponer de registros por escrito. El voluminoso diario público del historiador veneciano Marino Sanuto lo pone de manifiesto, ya que sus dos principales corresponsales, residentes uno en Egipto y el otro en la península ibérica, le proporcionaron información muy fragmentaria, por lo que la imagen que logró formarse fue a menudo confusa y contradictoria. Así, en 1506, ocho años después de que la flota de Vasco de Gama llegara a Kozhikode (Calicut), el enviado veneciano Vincenzo Quirini anunció al Senado de la Serenísima a su regreso de la corte de los reyes de Castilla Felipe el Hermoso y Juana que las cosas no pintaban tan mal como parecía para los habitantes de la laguna, a pesar de que no pocos de ellos —como el conocido cronista Girolamo Priuli, famoso por su carácter gruñón— habían pregonado a los cuatro vientos el cercano final de Venecia a causa del descubrimiento de la ruta del Cabo.¹¹ Priuli estaba entre los que pensaban que los portugueses podrían imponer un eficaz bloqueo en el mar Rojo, lo que dispararía los precios de la pimienta y las especias en el Mediterráneo oriental, al mismo tiempo que Lisboa se inundaría de especias más baratas llevadas allí por la *Carreira da Índia*. Influida, sin duda, por sus informantes castellanos, quienes no parecían dar demasiada importancia al verdadero poder y capacidad de sus vecinos portugueses, Quirini defendía lo contrario. La empresa portuguesa en Asia, informó sabiamente a sus superiores, no podía durar mucho más que el reinado del monarca del momento, Manuel I, que se la había impuesto a sus reacios súbditos. Quirini concluía:

¹⁰ No obstante, Albano no es mencionado en el estudio de Luca Campigotto, «Veneziani in India nel XVI secolo», *Studi Veneziani*, 22 (1991), pp. 75-116.

¹¹ Robert Finlay, «Crisis and crusade in the Mediterranean: Venice, Portugal, and the Cape route to India (1498-1509)», *Studi Veneziani*, 28 (1994), pp. 45-90.

Por consiguiente, la muerte del rey de Portugal, según se cree, será el motivo de la ruina de esta ruta [a Asia], y si no es la muerte de este rey será la de su sucesor y por esa razón muchas personas creen que en el futuro dicha ruta está destinada a decaer. Y, pensando así, les reconfortan los numerosos accidentes que han sufrido los barcos y los marineros, en esta travesía tan larga que siguen los portugueses, cuyos accidentes son tales que ya son pocos los que están dispuestos a embarcarse, tanto por las enfermedades como por el grave riesgo de naufragar, que ha sido tal que, de 114 barcos que han realizado este viaje entre 1497 y 1506, solo 55 han regresado y 19 se han perdido de cierto, casi todos cargados de especias, y de otros 40 nada se sabe hasta ahora.¹²

El juicio no podía ser más erróneo, por más que otro enviado veneciano, Gasparo Contarini, lo repitiera a su regreso de España dos décadas después. Sin embargo, el razonamiento de Contarini no era exactamente el mismo que el de Quirini, si bien ambos tenían ciertos puntos en común, en particular los de la relativa pobreza de Portugal y el odio que les profesaban los asiáticos. Contarini se refirió, además, al desafortunado resultado de los primeros contactos de los portugueses con la China de los Ming, en los que habían perdido cinco barcos, a la tendencia cada vez mayor de los asiáticos a «hacerse expertos en la navegación y en las artes militares», al hecho de que el rey Juan III no fuera, debido a su juventud, tan capaz como su padre o, finalmente, a las luchas internas entre los capitanes portugueses en Asia.¹³

Pero cuando escribió dos décadas antes, es probable que Quirini no supiera de China más que lo que había leído en los relatos de Marco Polo; más sorprendente es que el conocido problema de las facciones (o *bandos*) que dividían a los portugueses en Asia, que se había puesto ya de relieve en los incidentes que afectaron a la expedición de Alfonso de Albuquerque a Ormuz en 1507, tampoco formara parte de su análisis. La suya era más bien una visión que, como la de casi todos los autores portugueses hacia 1506, aún se centraba fundamentalmente en la geopolítica del océano Índico occidental, en el triángulo delimitado por África oriental, los denominados *estreitos* (es decir, el mar Rojo y el golfo Pérsico) y la India occidental. De estos tres espacios, centró, naturalmente, casi toda su atención en la India occidental, la región de donde provenía la mayor parte de la pimienta. También sabía que había otras dos subáreas de interés, la primera de ellas la franja comprendida entre Cochín, Calicut y Cananor, con las que Gama y Cabral habían establecido intensos contactos en sus primeros viajes. Pero también le habían informado de que existía otro gran centro, «un lugar llamado Batacala [Bhatkal], que es el primero de esa costa en pertenecer a los gentiles, donde se producen unos 3.000 *cantara* de pimienta, toda la cual pasa a manos de los moros». Quirini utiliza el término «primero» (*il primo*) porque su itinerario mental lo lleva de norte a sur a lo largo de la costa india y está pensando en la transición entre los sultanatos musulmanes del Decán (que él imagina como un solo reino, *il regno di Cane*) y un Vijayanagara gentil, al que se refiere como *il regno di Narsi* (por el nombre del rey

¹² «Relazione delle Indie Orientali di Vincenzo Quirini nel 1506», en Eugenio Albèri, ed., *Le relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo decimosesto*, vol. 15 (Florenca: Clio, 1863), pp. 3-19.

¹³ «Relazione di Gasparo Contarini ritornato ambasciatore da Carlo V, letta in Senato a dì 16 de novembre 1525», en Eugenio Albèri, ed., *Relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato*, 1.ª serie, vol. 2 (Florenca: Clio, 1840), p. 49.

del siglo xv Narasimha).¹⁴ Para Quirini, el futuro del comercio portugués en Asia dependería de manera crucial del equilibrio entre esos dos Estados, que imagina mucho más grandes de lo que en realidad eran, pues el reino del Decán, a su entender, «empieza en el *Mar Persico* y se extiende hasta el reino de Calicut por tierra», mientras que el reino vijayanagara, por su parte, «empieza en el reino de Calicut y se extiende por tierra hasta los márgenes de Malaca». Vijayanagara, o «Narsi», le parece, además, clave para el suministro de pimienta, ya que «limita por tres lados con la montaña donde se cultiva la pimienta y tiene una frontera común de más de ciento sesenta kilómetros con el rey de Calicut, con quien tienen mucha afinidad y amistad, según afirman los portugueses». Por tanto, una sólida alianza entre Calicut y Vijayanagara contra los portugueses podía poner fin al suministro de pimienta. Pues escribe Quirini:

Aunque los propietarios de la pimienta la transportan con la mayor tranquilidad por río hasta Cananor y Cochín, nada sería más fácil para el rey de Calicut, tanto para beneficio propio como para perjudicar a los portugueses a los que aborrece, que impeler al rey de Narsi, que a decir de todos es un gran señor, su vecino, amigo y pariente, a no permitir que la pimienta se transporte por esa nueva ruta y obligar a llevarla, en cambio, a Calicut, como se hacía antes; lo que sería muy fácil de hacer para el rey de Narsi, pues [su territorio] rodea la montaña donde se cultiva la pimienta por tres costados, y el rey de esa montaña (*il re di quella montagna*) es súbdito suyo. Y esto es lo que el rey de Portugal teme por encima de todo y por ello intenta por todos los medios posibles tener contento a este rey y tenerlo como amigo, para que no desvíe la pimienta a Calicut, de donde él [Manuel I] no puede esperar recibir ni un solo grano. Y por esta razón se cree que el viaje de los portugueses (*il viaggio de' Portughesi*) no es muy firme, por estar solamente fundado en la cabeza del rey de Narsi (*per esser solamente fondato en testa del re di Narsi*), quien con un pequeño esfuerzo podría quitarles la pimienta de las manos y arruinar por completo su viaje.¹⁵

Se trata, una vez más, de una perspectiva bastante fantasiosa, que traduce con poca imprecisión el término portugués *serra* (referido a los Ghats occidentales) como *montagna* y hace que la producción de pimienta parezca una actividad mucho más limitada geográficamente de lo que era en realidad. Teniendo esto en cuenta, es natural preguntarse hasta qué punto esta era solo una interpretación del propio Quirini que entraba en contradicción con la perspectiva compartida por la Corona portuguesa y sus agentes. ¿Consideraban ellos, en efecto, que Vijayanagara tenía la llave del comercio de la pimienta y, consecuentemente, de la supervivencia de la ruta del Cabo? Por fortuna contamos con un documento singular que arroja luz sobre las prioridades de Manuel I en esa época; se trata de las instrucciones (*regimento*) para Francisco de Almeida, enviado en 1505 como capitán mayor (*capitão-mor*) a las Indias, en las que ejercería de virrey. El documento empieza con los detalles del viaje, los pertrechos, el peligro de incendio a bordo y cosas por el estilo. No obstante, lo que viene a continuación sobre el océano Índico es importante: un proyecto para construir una fortaleza en So-

¹⁴ Un análisis bastante completo de las relaciones entre portugueses y el reino vijayanagara en Rubiés, *Travel and ethnology in the Renaissance*, *op. cit.*, pp. 164-200.

¹⁵ «Relazione delle Indie Orientali di Vincenzo Quirini nel 1506», *op. cit.*, p. 17.

fala, mucha información sobre tratos con Kilwa, otro reglamento a propósito de una fortaleza en las islas Anjedivas, cuestiones relacionadas con el suministro de pimienta y su transporte en Cochín, el mar Rojo y muchísimos otros temas. ¿Cuál es, pues, el papel clave de Vijayanagara en todo esto, si es que podemos fiarnos de Quirini? La cuestión queda relegada a un apartado breve y bastante lacónico que dice así:

Para el Rey de Narsingua, llevaréis nuestra carta, con la que y junto con cualquier otro mensaje de conformidad con lo que averigüe de él y sus tierras, y de las cosas que allí hay, podéis enviar a la persona que ha sido nombrada para tal fin, si lo juzgáis necesario, porque, si no os parece tan importante para nuestro servicio, no es necesario que la enviéis. Y, cuando enviéis a la persona nombrada, o a cualquier otra que designéis para tal fin, dadle el traje que os parezca adecuado, hecho de seda y lino, que se envía a bordo de esta misma flota. Y en lo que respecta a la persona que enviéis, aparte de lo que hemos escrito aquí, dedidle lo que os parezca mejor y más apropiado en nuestro servicio, ya que dejamos en vuestra mano obrar como mejor parezca.¹⁶

Esta cuestión sobre Vijayanagara y el comercio de la pimienta en modo alguno parece una prioridad en la estrategia de Manuel I en ese momento, aunque la situación dio un giro bastante complejo cuando Francisco de Almeida llegó a la India. Sabemos que, a su llegada a Cananor, el nuevo virrey empezó de inmediato a construir una fortaleza (*uma forte e formosa fortaleza*). Allí mismo recibió una inesperada embajada de Vira Narasimha Raya, que acababa de ascender al trono de Vijayanagara, tras un periodo bastante caótico debido a los enfrentamientos entre diversos capitostes.¹⁷ El embajador llegó acompañado de más de cien jinetes y llevó como presentes suntuosas telas y joyas. Resultaba obvio que la misión semioficial realizada poco tiempo antes por el fraile franciscano fray Luís de Salvador a la ciudad de Vijayanagara había producido un efecto positivo.¹⁸ Lo más sorprendente fue que el soberano de Vijayanagara propusiera una alianza de gran calado entre su reino y Portugal que no solo otorgaba a los portugueses una presencia considerable en un puerto tan importante como Mangalore, sino que también contemplaba una alianza matrimonial entre su familia y la Casa de Avis.¹⁹ Como era de esperar, esta propuesta dejó a los portugueses bastante desconcertados, pues, si bien podían imaginar a una princesa de Vijayanagara en Portugal (tras los oportunos rituales de conversión), en su cabeza no cabía la posibilidad de una princesa portuguesa en una corte «gentil» como la de Vijayanagara.²⁰ Sea como fuere, Almeida mostró poco interés por esa oferta y, de hecho, ni siquiera por estrechar lazos con Vijayanagara. Cuando, en 1508, muy presionado por Lisboa, se vio finalmente

¹⁶ Candeias Silva, *O Fundador do «Estado Português da Índia»*, op. cit., p. 295.

¹⁷ Luís de Albuquerque, ed., *Crónica do Descobrimento e primeiras conquistas da Índia pelos Portugueses* (Lisboa: Imprensa Nacional, 1986) [en adelante citada como *Crónica Anónima*], pp. 261-263.

¹⁸ Rubiés, *Travel and ethnology in the Renaissance*, op. cit., pp. 185-189.

¹⁹ Sanjay Subrahmanyam, «Sobre una carta de Vira Narasimha Raya, rei de Vijayanagara (1505-1509) a Dom Manuel I de Portugal (1495-1521)», en Isabel de Riquer, Elena Losada y Helena González, eds., *Professor Basílio Losada: Ensinar a pensar com liberdade e risco* (Barcelona: Universidad de Barcelona, 2000), pp. 677-683.

²⁰ El carácter recíproco del intercambio matrimonial propuesto era fundamental; este dato se le pasa por alto a Rubiés, *Travel and ethnology in the Renaissance*, op. cit., pp. 186-187, que no consultó la correspondiente carta de Vira Narasimha Raya en los archivos portugueses.

obligado a mandar a un enviado, un tal Pêro Fernandes Tinoco, aprovechó la ocasión para manifestar su total disconformidad con este punto de la propuesta del rey.

Por consiguiente, la idea de Quirini de que la clave del comercio de la pimienta residía en una alianza con Vijayanagara no parece quedar confirmada por nuestros documentos. Entonces, ¿cuáles fueron las opciones contempladas por la Corona portuguesa y sus agentes en la India? Leyendo las instrucciones a Francisco de Almeida, resulta manifiesto que el principal pilar de la estrategia oficial portuguesa en esa época era construir una fortaleza que permitiera bloquear la entrada del mar Rojo. El *regimento* es muy claro al respecto:

Y porque nos parece que nada podría importar más a nuestro servicio (*nenhuma cousa poderya mais importar a nosso serviço*) que tener una fortaleza en la boca del mar Rojo, o cerca de ella, tanto dentro como fuera, donde mejor disposición para ella hubiera, ya que así no podrán pasar más especias a la tierra del sultán [de Egipto] y todos los de la India perderán la fantasía (*fantesya*) de poder tratar con nadie salvo con nosotros; y además porque está cerca del país del Preste Juan, lo que nos parece que podría ser muy provechoso, primero para los cristianos de allí y después porque aumentaría nuestro erario.²¹

Una vez resueltos los asuntos de Cochín y las islas Anjedivas, seguían las instrucciones para Almeida, la flota debía zarpar sin demora en busca de un enclave:

[...] próximo a la boca, dentro o fuera, o en un lugar que le parezca conveniente, para vigilar la boca de los estrechos y la navegación que transcurre por ellos, [...] un enclave donde le parezca que puede construirse una fortaleza, lo suficientemente robusta para ese lugar [...] y teniendo presente que está cerca del sultán, desde [cuya tierra] podrían atacarla muchos hombres, y las gentes de esas partes son menos inofensivas que las de la India, y estaréis lejos de vuestros propios refuerzos (*socorro vosso*).

La Corona portuguesa tenía tanta confianza en que esto podría hacerse en poco tiempo que las instrucciones mencionan por su propio nombre al capitán y a los otros funcionarios (un factor y dos escribientes) que había allí.

Se trata, pues, de un teatro de operaciones distinto al descrito por el embajador veneciano, pero que servía prácticamente al mismo propósito. En 1505, los portugueses habían concebido diversas maneras de competir con la vieja ruta que conducía la pimienta y otras especias hasta el Mediterráneo oriental. La primera de sus estrategias pasaba por asegurar una reducción del número de barcos que zarpaban de las costas de Kanara y Kerala; la segunda, por desplegar flotas para patrullar el mar Rojo, y la tercera por construir una fortaleza en la boca de este. El problema, que contribuyó a la ofensiva de Alfonso de Albuquerque en 1507, era que, para tener un control efectivo del mar Rojo, habría que controlar también Ormuz. Las instrucciones a Francisco de Almeida se centraban, principalmente, en la tercera de estas estrategias. Pero ¿qué hay de las otras dos?

²¹ Candeias Silva, *O Fundador do «Estado Português da Índia»*, op. cit., pp. 284-285.

El debate sobre cómo afectó la llegada de los portugueses al océano Índico y al comercio de la vieja ruta «por tierra» es intenso. No obstante, desde hace ya medio siglo, está ampliamente aceptado que no asestaron un golpe mortal al comercio veneciano de especias. Esta perspectiva, respaldada por Lane, Godinho y Braudel, y formulada más tarde en forma de teoría por Niels Steensgaard con un sofisticado lenguaje weberiano, viene a decir que en un primer momento la irrupción de los portugueses en el océano Índico causó estragos en la llegada de pimienta y especias al Mediterráneo oriental, ya que las vías de suministro entre Kerala, por un lado, y Alejandría y Beirut, por otro, se interrumpieron de un modo drástico.²² No obstante, el suministro se reanudó en la segunda mitad del siglo xvi, y el tráfico por el mar Rojo y el golfo Pérsico regresó a los niveles del siglo anterior. Venecia volvió a respirar, gracias a la «corrupción institucionalizada» (la expresión es de Steensgaard) de los funcionarios portugueses, que no tenían ningún reparo en permitir el paso de pimienta y especias de contrabando siempre que sacaran tajada. Al parecer, estos suministros procedían, en parte, de Kerala y Kanara, y, en parte, de Sumatra, donde el sultanato de Aché y sus aliados, los mercaderes gujaratís, también construyeron una formidable red comercial.²³

Desde hace ya tiempo, hay razones para sospechar de la cronología aquí propuesta, así como de las reorientaciones geográficas que se supone que tuvieron lugar. Lane, por ejemplo, argumentó que la «reactivación» de la ruta por tierra solo tuvo lugar a mediados de siglo, aduciendo que «aunque estuvo estrictamente controlado durante las primeras décadas del siglo xvi, el tráfico de especias por las vías tradicionales de Levante logró abrirse camino más tarde entre los obstáculos levantados por los portugueses».²⁴ Después de demostrar que, en la primera mitad de la década de 1560, solo las importaciones venecianas de pimienta desde Alejandría serían del orden de 1,3 millones de libras esterlinas de su momento al año, Lane pasó a sugerir, tras consultar tanto fuentes portuguesas como venecianas, que todos los años fueron llevados a través del mar Rojo entre 30.000 y 40.000 *quintais* (cada uno equivalente a unos 23 kilos) de pimienta y especias que, procedentes principalmente de los puertos de Dabhol, Surat, Bhatkal y Aché, llegaban a través de Tur y Yeda. Lane sacó la conclusión de que «la importación de especias de Alejandría a Europa en torno a 1560 tenía un volumen igual o mayor del que había alcanzado a finales del siglo xv», lo que le permitió conjeturar que, aunque «durante algunas décadas a partir de 1500, los portugueses pusieron serias trabas al comercio en el mar Rojo [...] más adelante sus funcionarios en la India se volvieron tan ineficientes, o tan fáciles de corromper, que ya no pusieron grandes trabas al comercio a través del mar Rojo y el golfo Pérsico».

²² Niels Steensgaard, *The Asian trade revolution of the seventeenth century: the East India Companies and the decline of the caravan trade* (Chicago: University of Chicago Press, 1974).

²³ Véase el ensayo clásico de C. R. Boxer, «A note on Portuguese reactions to the revival of the Red Sea spice trade and the rise of Atjeh, 1540-1600», *Journal of Southeast Asian History*, 10.3 (1969), pp. 415-428.

²⁴ Frederic C. Lane, «The Mediterranean spice trade: further evidence of its revival in the sixteenth century», *American Historical Review*, 45.3 (1940), pp. 581-590.

No obstante, es muy difícil precisar cuándo, a juicio de Lane, empezó esta reactivación. Si, por un lado, observa que «las especias de Levante ya estaban afectando a los precios de Amberes en 1540», por otro, refiere, en una nota a pie de página, que «las importaciones de Venecia desde Alejandría aumentaron en grandes proporciones, desde un punto de partida bajo, entre 1550 y 1554». Además, su teoría sobre la corrupción portuguesa —a la que Steensgaard concedería mucho peso más adelante— es, de hecho, una paráfrasis de un *topos* expuesto por observadores contemporáneos como Lorenzo y Antonio Tiepolo, el primero de los cuales ya había dicho en 1556 que «los soldados portugueses que gobiernan la India en el mar Rojo» permitían el paso de especias «para su provecho contra las órdenes de su rey». De hecho, a principios de la década de 1560, los venecianos llegaron a afirmar que el virrey del Estado da Índia, Constantino de Braganza, estaba en franca rebelión, y por ello había decidido enviar especias al mar Rojo como prueba de su descontento con la corte tras la muerte de Juan III.²⁵

El caso es, no obstante, que, por muy hábiles que fueran los venecianos del siglo XVI en presentar números e inventarse teorías, los historiadores modernos pueden manejar sus números, pero no están obligados a creerse sus teorías. La nueva ortodoxia que se desarrolló a raíz de la importante labor revisionista de Lane parece haberse tomado las observaciones de los venecianos demasiado al pie de la letra. Esta tendencia se observa especialmente en Magalhães Godinho cuando afirma que, durante la década de 1560, surgieron en Kanara nuevos centros productores de pimienta para satisfacer la demanda tanto de la ruta del Cabo como de la terrestre. Esta perspectiva ignora abundantes datos que indican que ya existía una importante producción de pimienta en Kanara en 1500 y que las exportaciones de pimienta de Bhatkal eran bien conocidas incluso para escritores como Quirini en 1506. La postura de Godinho sugiere un movimiento en dos fases: un gran impacto causado por los portugueses en el suministro de pimienta y especias a la región del Mediterráneo oriental en la primera, seguido, en la segunda, de un relajamiento, que se podría datar en algún momento impreciso de mediados de siglo, lo que llevó a una reactivación de Venecia frente a Lisboa. Godinho, y Braudel tras él, optaron por 1550 como fecha en la que se reactivó la ruta «tradicional», siguiendo de este modo una de las varias cronologías que propuso Lane. Así, Godinho escribe que «desde 1503 hasta mediados de este siglo, los portugueses pusieron serias trabas al comercio de especias a través del mar Rojo» y también que «el bloqueo portugués fue eficaz sobre todo en relación con la pimienta».²⁶

No obstante, en un estudio publicado en 2005, los historiadores económicos Kevin O'Rourke y Jeffrey Williamson asestaron un duro golpe a buena parte de la propuesta de Lane-Godinho-Steensgaard sobre la relación entre la ruta del Cabo y la ruta

²⁵ Las cartas de Lourenço Pires de Távora en Roma en Lane, «The Mediterranean spice trade», *op. cit.*, p. 585. El elevado estatus social del virrey, perteneciente a la casa nobiliaria de Braganza, contribuyó probablemente a alimentar este rumor de una especie de «secesión».

²⁶ Vitorino Magalhães Godinho, *Os Descobrimentos e a economia mundial*, 4 vols. (Lisboa: Editorial Presença, 1983), vol. 3, pp. 115 y 133. Leer a Godinho suele ser frustrante por su estilo enrevesado y su tendencia a contradecirse constantemente.

terrestre durante el siglo xvi.²⁷ Su perspectiva está mucho más próxima al modelo propuesto por C. H. H. Wake, pero mientras que el estudio de Wake se centraba en las cantidades de pimienta y especias importadas a Europa a través de las dos rutas, O'Rourke y Williamson se fijan en datos referentes a los precios de la pimienta y las especias en el transcurso del siglo xvi.²⁸ Dos son sus principales conclusiones. En primer lugar, argumentan que, si se calculan los precios reales (es decir, desinflados) de la época, «la apertura de la ruta del Cabo fue seguida de una drástica caída en el coste de las especias asiáticas en Europa, que [...] continuó durante el resto del siglo». En segundo lugar, arguyen que, debido a la coexistencia de dos rutas para el transporte de pimienta y especias a Europa, el monopolio que imperaba en el Mediterráneo oriental dio paso a un eficaz duopolio, con el consiguiente aumento de las importaciones europeas conjuntas y con precios más bajos. Por tanto, su ejercicio formal basado en datos de precios complementa y hace más rigurosa la intuición que Wake había propuesto utilizando datos sobre cantidades.

No obstante, este ejercicio no aborda el problema del corto plazo ni el impacto de la llegada de los portugueses al océano Índico sobre el comercio de la ruta terrestre antes de 1508. A este respecto, el avance más importante se ha llevado a cabo en una obra póstuma del historiador de los mundos islámico e ibérico Jean Aubin.²⁹ En ella, Aubin argumenta que autores como Godinho han confundido dos cuestiones muy distintas: las llegadas de pimienta y especias a los puertos del mar Rojo y las llegadas al Mediterráneo oriental.³⁰ Demuestra que, en los primeros años del siglo xvi, los portugueses fueron sencillamente incapaces de impedir que los envíos de Kerala y el sureste asiático llegaran a los puertos del mar Rojo y del golfo Pérsico, y que en 1504, tras la expedición de Antonio de Saldanha a la boca del mar Rojo, «el resultado era nulo y la circulación de especias seguía intacta». Sin duda, tuvo lugar un cierto número de ataques contundentes, pero los efectivos navales de los portugueses eran insuficientes para cerrar herméticamente las rutas de navegación. Aubin concluye a partir de ahí que los autores contemporáneos como Girolamo Priuli sobreestimaron las consecuencias de la presencia portuguesa en el océano Índico para el comercio de la Serenísima; cabe destacar que Priuli había escrito ya en febrero de 1502 que «ahora podemos estimar y ser conscientes del gran daño que han causado las carabelas portuguesas al llevarse las especias procedentes de la India, de manera que ya no llega ninguna a Siria».³¹ El agente veneciano reaccionaba, sin duda, ante una realidad que podía percibir directamente como era la considerable disminución en torno a 1500 del suministro de pimienta y

²⁷ Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, «Did Vasco da Gama matter for European markets?: testing Frederick (sic) Lane's hypotheses fifty years later», National Bureau of Economic Research Working Paper 11884 (Cambridge MA: National Bureau of Economic Research), diciembre de 2005.

²⁸ C. H. H. Wake, «The changing pattern of Europe's pepper and spice imports, ca. 1400-1700», *Journal of European Economic History*, 8 (1979), pp. 361-403.

²⁹ Por desgracia, los discípulos de Godinho, al verse incapaces de refutar los sólidos argumentos de Aubin, han recurrido a ataques personales a la que suponen que era su postura política; cf. Francisco Bethencourt y Diogo Ramada Curto, eds., *Portuguese oceanic expansion, 1400-1800* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007).

³⁰ Aubin, *Le Latin et l'Astrolabe*, 3, p. 432, comenta los intentos de Godinho de cuantificar las compras venecianas en Alejandría y Beirut, y señala que «ces statistiques sont dépourvues de sens».

³¹ Aubin, *ibid.*, 3, p. 429.

especies al Mediterráneo oriental. Pero ello se debía fundamentalmente a los conflictos para él desconocidos que por entonces enfrentaban a Hiyaz y Yemen. De hecho, ninguna de las primeras flotas portuguesas, ni la de Cabral en 1500, ni la de João da Nova un año después, ni las de los Albuquerque en 1503, fue capaz de causar verdadera mella en el comercio. El único intento serio en este sentido, el del vicealmirante Vicente Sodré —que actuó por su cuenta y riesgo mientras acompañaba a su sobrino Vasco de Gama— a principios de 1503, terminó con consecuencias catastróficas para la flota portuguesa en las islas Kuria Muria frente a la costa meridional de Arabia. Sobre la situación en 1502, Aubin insiste en que «las dificultades que tuvo el sultán para asegurar un suministro completo [de especias] son el resultado, no de la estancia de Cabral en Malabar, sino de los disturbios del Hiyaz, assolado por las guerras fratricidas entre los jerifes de La Meca». El jerife Barakat había saqueado Yeda en 1501, poco después de que llegaran allí barcos mercantes procedentes de la India, mientras que uno de sus hermanos había huido a Yanbu «al amparo de la caravana siria». Su firme conclusión es que: «Girolamo Priuli, obsesionado con la competencia portuguesa, estaba equivocado sobre las causas de la escasez de especias en Levante a finales de 1501 y principios de 1502».³² Aubin señala que, al año siguiente, el suministro volvía a la normalidad en Yeda, pero, una vez más, los ataques de los beduinos a las ciudades santas, los nuevos asaltos que sufrió la caravana siria y el saqueo de La Meca y Yeda sembraron el caos. También en este caso, Aubin demuestra de manera convincente que «el bloqueo no era en todo el océano Índico, sino desde Yeda [y que] la parálisis que sufre la ruta islámica de las especias se debe a los problemas internos del régimen mameluco». De hecho, cuando se abrió una ventana de oportunidad, con el cese temporal de los conflictos en la región del mar Rojo a finales de 1504 y principios de 1505, tanto las galeras de Beirut como las de Alejandría pudieron llenarse y transportar un «honorable cargamento» de pimienta y especias.

Así pues, nos vemos obligados a reconsiderar de forma drástica el supuesto impacto directo que los portugueses tuvieron en el comercio con el mar Rojo antes de 1507. El análisis de Aubin nos lleva a considerar con escepticismo las quejas reiteradas y paranoicas de Priuli y Sanuto: «las carabelas portuguesas lo han parado todo»; «todo es a causa de las noticias que nos llegan de Calicut, que será la ruina de esta tierra [v. g., Venecia]». No obstante, esto no despeja un enigma interesante. Con la posible excepción de la isla de Socotra, que controlaron con escasos resultados entre 1507 y 1511, los portugueses no hicieron en esa época ningún intento serio, pese a las instrucciones recibidas por Francisco de Almeida de construir la fortaleza ni en Adén ni en ningún otro puerto próximo al estrecho Bab-el-Mandeb (o «Puerta de las Lágrimas») de más de veintisiete kilómetros de ancho.³³ Por otra parte, los años 1507-1509 vieron una sorprendente contraofensiva orquestada por el sultanato mameluco de Egipto, en forma de una flota enviada para frustrar el intento portugués de hacerse con la hegemonía marítima del océano Índico. Si los portugueses no representaban una amenaza inme-

³² R. Fulin, «Girolamo Priuli e i suoi Diarii: I Portoghesi nell'India e i Veneziani in Egitto», *Archivio Veneto*, 22 (1881), pp. 137-248.

³³ Véase Zoltán Biedermann, «Nas pegadas do apóstolo: Socotorá nas fontes europeias dos séculos XVI e XVII», *Anais de História de Além-Mar*, 1 (2000), pp. 287-386.

diata para el suministro de especias en el Mediterráneo oriental, como Aubin demuestra de manera tan eficaz, ¿por qué el sultán de Egipto, Qansuh al-Ghauri (r. 1501-1516), puso en marcha una gran expedición para desafiarlos? Una posible respuesta podría ser que los contemporáneos estuvieran equivocados en su diagnóstico. Así es como Aubin interpreta a Priuli, al que considera víctima de una visión paranoica en la que la amenaza portuguesa adquiriría proporciones fuera de lo razonable. No obstante, ¿pensaban igual los mandatarios del sultanato de Egipto? La lectura atenta de documentos árabes realizada por Aubin también deja claro que las actuaciones egipcias en el océano Índico no tuvieron a los venecianos como únicos instigadores. Antes bien al contrario, aunque los intereses venecianos y egipcios convergieran en determinados momentos, también divergían de un modo radical en otros.

LA INTERVENCIÓN MAMELUCA

Sin duda, ya en 1502, los venecianos habían empezado a contemplar la conveniencia de influir en Qansuh al-Ghauri, recientemente ascendido a la dignidad de sultán, para que interviniera en el océano Índico. Hay que recordar que, tras el largo reinado del sultán Qa'it Bay (r. 1468-1496), estallaron una serie de luchas por la sucesión de modo que hasta cuatro sultanes distintos habían ocupado el trono entre 1496 y 1501. En esas circunstancias tan inestables, era difícil para Venecia tratar con el régimen mameluco. El año siguiente al ascenso de Qansuh, Benedetto Sanuto viajó a El Cairo como enviado veneciano con órdenes de transmitirle «lo importante que era para sus asuntos que las especias no fueran por la ruta de Portugal»; poco después, las autoridades de la Serenísima crearon la llamada Zonta di Colocut para asesorar al Consejo de los Diez sobre cómo manejar los asuntos del océano Índico. En 1504, este organismo propuso al sultán, a través del enviado Francesco Teldi, que construyera un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo, de manera que «una vez terminado el canal, podrían enviarse todos los barcos y galeras que se quisiera para perseguir a los portugueses, que entonces no podrían quedarse en modo alguno en esos mares». Los otomanos recuperarían el proyecto más adelante, pero en 1504 nadie se mostró interesado en llevar la propuesta a la práctica.³⁴ En la segunda mitad de 1505, la Serenísima envió una tercera embajada al Cairo, encabezada por Alvise Sagudino, con noticias alarmantes de los avances portugueses en el océano Índico, basadas en cartas enviadas por sus espías en Lisboa. En suma, no falta información sobre los intentos venecianos de incitar al sultán a la acción; este, por su parte, se mantuvo en silencio hasta el punto de que su agente en Venecia en los años 1506-1507, el dragomán Taghribirdi (de origen valenciano), dio la impresión de que solo estaba interesado en hablar de los asuntos de Alejandría.³⁵ No tenemos constancia de que pidiera ayuda o asistencia técnica a los venecianos para

³⁴ Véase Giancarlo Casale, «Global politics in the 1580s: one canal, twenty thousand cannibals, and an Ottoman plot to rule the world», *Journal of World History*, 18 (2007).

³⁵ John Wansbrough, «A Mamluk ambassador to Venice in 913/1507», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 36.3 (1961), pp. 503-530.

organizar una expedición al Índico; como observa Aubin, «a fin de cuentas, Venecia no prestó al sultán la ayuda que deseaba contra los portugueses porque el sultán no la quiso».³⁶

Pese a ello, el sultanato mameluco acabó enviando en 1506 una poderosa flota armada quizá con la ayuda de los otomanos. Estaba comandada por un almirante kurdo, Amir Husain Bash al-‘Askar, pero no llevaba a bordo a ninguno de los mamelucos circasianos más prestigiosos, sino que la tripulación estaba formada en su mayor parte por renegados europeos, negros y otros marineros (tanto voluntarios como forzados) descritos en los textos de la época como «levantinos». Por desgracia, hay pocas fuentes árabes contemporáneas que informen con detalle de esta expedición, lo que nos obliga a recurrir a documentación portuguesa, que tiende, naturalmente, a exagerar el protagonismo de Venecia en todo el asunto.³⁷ La más fiable de estas fuentes es la conocida como *Crónica anónima*, casi con seguridad escrita durante el reinado de Manuel I, que es la que nos brinda una descripción más detallada de las actividades de Amir Husain y su flota entre 1506 y 1509.³⁸ Amir Husain se nos presenta en este texto como miembro de la élite mameluca y de la flota, y se nos dice que cuando zarpó del puerto de Suez en febrero de 1506 constaba de seis barcos y seis galeras, tripulados por novecientos «mamelucos y venecianos, y turcos que recibían una paga». El autor anónimo insiste en que los venecianos desempeñaron un papel importante en la preparación de la flota, enviando a Alejandría la madera necesaria para la construcción de los barcos; pero se trata de una afirmación claramente insostenible, al igual que la de que había muchos venecianos a bordo. Con todo, el primer cometido de esta flota no fue combatir a los portugueses en el océano Índico, sino poner un poco de orden en la situación cada vez más caótica del mar Rojo. A este respecto, Amir Husain fue un precursor de la fórmula a la que los otomanos acudirían de manera reiterada en el transcurso del siglo xvi; el ejemplo más claro de ello fue el de la expedición comandada por Ha-

³⁶ Aubin, *Le Latin et l’Astrolabe*, 3, *op. cit.*, p. 463. Aubin se inspira aquí en la tradición de considerar que el sultanato mameluco fue bastante disfuncional en sus últimos años; el estudio clásico en este caso es David Ayalon, *Gunpowder and firearms in the Mamluk kingdom* (Londres: Vallentine and Mitchell, 1956), al que cabría añadir la obra posterior de Jean-Claude Garcin, *Espaces, pouvoirs et idéologies de l’Égypte médiévale* (Londres: Variorum, 1987).

³⁷ Sobre las principales fuentes árabes relativas al mar Rojo durante este periodo, véanse Abi al-Ziya ‘Abd al-Rahman ibn ‘Ali al-Dayba’, *Kitāb qurrat al-‘uyūn biakbbār al-Yaman al-maymīn*, Muhammad ibn ‘Ali al-Akwa’ al-Hawali, ed., 2 vols. (El Cairo: Al-Maktaba al-Yamaniya, 1971-1977); Shams al-Din Muhammad bin ‘Ali bin Ahmad al-Salihi al-Dimashqi al-Hanafi (ibn Tulun), *Mufākabat al-kbillān fī ḥawādith al-zamān*, Muhammad Mustafa, ed., 2 vols. (El Cairo: Al-Mu‘assasa al-Misriya, 1962-1964); Yahya ibn al-Husain Ibn al-Qasim, *Ghāyat al-amānī fī akbbār al-qutr al-Yamānī* (El Cairo: Dar al-Kitāb al-‘Arabi, 1968), y Lein Oebele Schuman, *Political history of the Yemen at the beginning of the sixteenth century: Abu Makbrama’s account of the years 906-927 H. (1500-1521)* (Ámsterdam: Djambatan, 1961).

³⁸ Aubin, «Un nouveau classique: L’Anonyme du British Museum», en Aubin, *Le Latin et l’Astrolabe 2: recherches sur le Portugal de la Renaissance, son expansion en Asie et les Relations internationales* (París: Centre Culturel Calouste Gulbenkian, 2000), p. 553: «Souignons cependant que l’Anonyme est remarquablement informé sur l’expédition mamlouke de 1506-1507 en Mer Rouge, et qu’il ajoute aux renseignements déjà solides de Castanheda des précisions que les chroniques arabes ne démentent pas». Para la otra principal fuente portuguesa sobre la expedición de Amir Husain, véase João de Barros, *Da Ásia, Década Segunda*, Parte I (Lisboa: Livraria Sam Carlos, 1974), pp. 173-218, 282-321. Una visión retrospectiva sobre la participación de Diu escrita en árabe es la de Zain al-Din Ma‘bari, traducida en David Lopes, *História dos Portugueses no Malavar por Zinadīm* (Lisboa: Imprensa Nacional, 1899), texto, p. 41; traducción p. 40.

dim Solimán Pasha entre 1538-1539, que aprovechó el viaje a Gujarat para imponer un nuevo orden en el mar Rojo y Adén.³⁹

Al poco de zarpar, la flota de Amir Husain hizo una breve escala de avituallamiento en Tor, un punto importante de transbordo en la ruta de las especias, cerca de la entrada del golfo de Suez. Desde allí, la siguiente escala fue en Yanbu' al-Bahr («Liambão» para el autor anónimo), que, nos dice, era una importante etapa para los «peregrinos que se dirigían a La Meca». Su soberano, sin embargo, había dejado de facilitar el paso de los peregrinos, y parece que Amir Husain aprovechó la ocasión para hacerle llegar un mensaje de advertencia del sultán. Como esta no surtió efecto, la flota decidió bombardear la ciudad, tras lo cual las tropas desembarcaron; se libró una batalla de la que salieron victoriosas las fuerzas mamelucas, aunque no sin pagar un precio elevado. Tras instalar un nuevo gobernante, la expedición puso rumbo a Yeda, el principal puerto conectado con La Meca. Como allí no se encontró nada inconveniente, acto seguido reanudó su camino al sur en dirección a Jizan («Sagão»), descrita como una «ciudad de un millar de hogares, sin murallas, con una bahía amplia y protegida».⁴⁰ También allí el soberano local, un tal Shaikh Al-Darawi, fue reprendido por no haber pagado sus tributos (*páreas*) al sultán; la ciudad fue saqueada y el botín enviado a El Cairo. Parece que Amir Husain pasó bastante tiempo, quizá hasta un año, en Yeda, que no abandonó hasta agosto o septiembre de 1507. Las crónicas portuguesas no aclaran por qué vaciló tanto en adentrarse en el océano Índico, lo que casi provocó un motín entre las tripulaciones de varios barcos, dos al menos de los cuales lo abandonaron y zarparon por su cuenta hacia la India. Se ha sugerido que esperaba más financiación de El Cairo, pero también es posible que el emir estuviera pendiente de recibir novedades de la India. El cronista egipcio Ibn Iyas arroja algo de luz sobre el asunto al señalar que habían «pedido [a Amir Husain] que se ocupara de la construcción de las murallas y las torres de Yeda; estas eran una obra magnífica».⁴¹ No obstante, añade que el emir había asumido durante este periodo (es decir, 1506-1507) la «gobernatura (*niyābat*) de Yeda, y en esa ocasión se había mostrado henchido de presunción y arbitrariedad. Había impuesto un tributo (*'ushr*) del diez por ciento a los mercaderes (*tujjār*), y la población, que había sufrido mucho por su injusticia (*zulm*), lo había encontrado insoportable».⁴² Ya anteriormente el cronista había censurado la actuación de Amir Husain en términos rotundos: «Husain, el gobernador de Yeda, impuso un tributo a los mercaderes de la India a razón de uno a diez, así que estos mercaderes abandonaron el puerto de Yeda, cuya situación fue cayendo en la ruina; por consiguiente, las muselinas, el arroz y el

³⁹ Sobre la transición entre mamelucos y otomanos, véase Jean-Louis Bacqué-Grammont y Anne Kroell, *Mamlouks, Ottomans and Portugais en Mer Rouge: L'Affaire de Djedda en 1517* (El Cairo: Institut Français d'Archéologie Orientale, 1988).

⁴⁰ *Crónica anónima, op. cit.*, pp. 326-327.

⁴¹ Sobre las fortalezas de Yeda, véase R. B. Serjeant, *The Portuguese off the South Arabian Coast: Hadramī chronicles (with Yemeni and European accounts of Dutch pirates off Mocha in the seventeenth century)* (Oxford: Clarendon, 1963), pp. 160-162.

⁴² Gaston Wiet, *Journal d'un bourgeois du Caire: Chronique d'Ibn Iyās*, 2 vols. (París: Armand Colin, 1955-1960), vol. 1, pp. 268-269; Muhammad ibn Ahmad ibn Iyas al-Hanafī, *Badā'ī' al-zubūr fī waqā'ī' al-dubūr / Die Chronik des Ibn Ijās*, Paul Kahle y Muhammed Mustafa, eds., ed. gen. Moritz Sobernheim, vol. 4 (Estambul: Matba'at al-Dawla, 1931), pp. 286-287.

cuero empezaron a escasear y el puerto fue abandonado». Aunque se trate de una exageración, podemos suponer que, cuando Amir Husain se adentró, finalmente, en el océano Índico, le precedía la reputación de codicioso.

Entre los principales correspondientes de Amir Husain en la India durante esa época se encontraban el sultán de Gujarat Mahmud Begarha (r. 1458-1511) y Malik Ayaz, el soberano semiindependiente de la importante ciudad portuaria de Diu. Está claro que los intereses de uno y otro no siempre coincidían. Malik Ayaz era un antiguo esclavo real (*ghulām-i kbāss*), al que se le han atribuido diversos orígenes —dálmatas, rusos, turcos y persas (gilani)— y, aunque con menos fundamento, malayos o javaneses. Una vez liberado, había acumulado territorios y efectivos en la región de Kathiawar y, operando desde Junagarh, utilizaba el puerto de Diu como base marítima. En 1507, cuando la flota mameluca entró en el océano Índico, ayudó a transformar Diu de un puerto de segunda categoría en un enclave fundamental para conectar Asia occidental con el sudeste asiático. Aunque a veces decía que no era más que un «funcionario fiscal del rey de Cambay» (*hum almozarife del-rey de Cambaya*), de hecho, Malik Ayaz poseía su propia flota de pequeñas naves (*atalaias*) y una guardia personal considerable, que incluía numerosos mercenarios. Por todo ello, tenía sentido que el comandante de la flota mameluca quisiera forjar una alianza con él y, de hecho, tomó la decisión de utilizar Diu como centro de operaciones, en vez de otros puertos de las costas de Konkan o Malabar. Es probable que la decisión de Amir Husain estuviera influida por la estrecha relación que había entre el sultán de Gujarat y el de El Cairo. Nos falta la correspondencia diplomática necesaria para constatarlo, pero lo cierto es que la decadencia del sultanato de Delhi desde finales del siglo xiv había dejado un vacío en la región en materia de alta política. En la década de 1440, ‘Abdur Razzaq Samarqandi, enviado del soberano timúrida Shahrukh, había tratado de hacer valer los derechos de su señor en Herat, que ocupaba una posición de tutela con respecto a los territorios anteriormente dominados por el sultanato de Delhi. Pero no hay indicios de que ese argumento fuera aplicable al Gujarat del año 1500. Por otra parte, Ibn Iyas refiere que, tras la muerte de Mahmud Begarha, su hijo —de nombre Malik Muzaffar Shah, a quien no se le concedió mayor dignidad que la de *Sāhib Kanbāyat*— intentó obtener una forma de investidura por parte de El Cairo y de su califa nominal Al-Mutawakkil (*min al-khalīfa taqlīda ba wilāyat ‘ala Kanbāyat*) para gobernar Cambay.⁴³

En todo caso, parece que el recibimiento de la expedición mameluca en Diu fue bastante positivo. Malik Ayaz accedió a enviar sus propias *atalaias* para acompañarla y facilitarle el avance por la costa occidental de la India hasta que, a principios de marzo de 1508, acabó topándose con la flota comandada por Lourenço de Almeida, hijo del virrey portugués, en el puerto de Chaúl, en el sultanato de Ahmadnagar. El hijo del virrey murió en combate y los portugueses sufrieron una rotunda derrota que se saldó con numerosos prisioneros. Los aliados vencedores (entre los que también había musulmanes de Calicut) regresaron a Diu, pero, para entonces, la alianza ya empezaba a hacer aguas. Malik Ayaz desconfiaba de las severas formas de las que Amir Husain había dado muestras en Yeda. Aubin ha sugerido que también pudo influir en su cambio

⁴³ Ibn Iyas, *Badā’i’ al-zubūr*, op. cit., vol. 4, p. 287.

de actitud la presencia en la corte de Gujarat del taimado intérprete Sidi 'Ali al-Andalusi, un musulmán de Granada muy dado a exagerar el poder de los soberanos ibéricos. En todo caso, es difícil no llegar a la misma conclusión que Aubin: «deseoso de conservar la autoridad que había adquirido hábilmente, Malik Ayaz temía, más que la cólera del virrey, la superioridad militar de los egipcios, su prestigio y el hecho de que la importancia que se les concedía pudiera alentar su tentación de dominio».⁴⁴ Un escenario similar al que se desplegaría con los otomanos en 1538.⁴⁵

La noticia de la gran victoria naval en Chaúl llegó a la corte de El Cairo a finales de 1508 con el anuncio de que un importante botín, del que formaba parte en torno a un centenar de prisioneros portugueses, sería enviado allí. El cónsul veneciano en Alejandría también informó de ello y de que corrían rumores de que el sultán estaba preparándose para construir más barcos en Tor, que serían enviados al mar Rojo y después como refuerzos para Amir Husain. Ibn Iyas ya se había hecho eco de que el emir había «pedido refuerzos para acabar con lo que quedaba de las fuerzas francas».⁴⁶ Pero nada de eso sucedió. Malik Ayaz optó por aliarse con Francisco de Almeida, con quien entabló negociaciones secretas. El virrey llegó a Diu con su flota a principios de febrero de 1509 y, después de saquear el desprotegido puerto de Dabhol en Konkan, se dispuso a atacar la flota de Amir Husain. Malik Ayaz se negó a entrar en combate y la mayor parte de escuadra egipcia fue destruida en el acto.⁴⁷ Amir Husain, aunque herido, escapó con vida y huyó a la capital de Gujarat, prefiriendo al sultán Mahmud antes que al taimado Malik Ayaz. Acabaría regresando penosamente a El Cairo en diciembre de 1512, acompañado de un embajador de Gujarat; fuentes venecianas sugieren que el sultán mameluco estaba furioso con él por la soberbia que había mostrado en la India (*i sinistri modi usadi con superbia con quelli signori de India*) y había enviado varios mensajes con grandes y bellos regalos (*grandi e belli presenti*) para apaciguar al sultán de Gujarat, entre otros.⁴⁸ En los pocos años de vida que le quedaban, el sultanato mameluco de Egipto ya no enviaría más expediciones al océano Índico.

¿Cuál es, pues, el balance que podemos hacer de los primeros diez u once años de la presencia portuguesa en el océano Índico? Una manera de verlo sería a través de los ojos del primer virrey portugués, Dom Francisco de Almeida, que poco antes de zar-

⁴⁴ Aubin, «Albuquerque et les négociations de Cambaye», en Aubin, *Le Latin et l'Astrolabe*, 2, *op. cit.*, pp. 207-208.

⁴⁵ Carecemos de un estudio completo de la expedición otomana de 1538. El mejor ensayo hasta la fecha es el de Dejanirah Couto, «No rasto de Hādīm Suleimāo Pacha: Alguns aspectos do comércio do Mar Vermelho nos anos de 1538-1540», en Artur Teodoro de Matos y Luís Filipe F. Reis Thomaz, eds., *A Carreira da Índia e as Rotas dos Estreitos: Actas do VIII Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa* (Angra do Heroísmo: CNCDP y la Fundação Oriente 1998), pp. 483-508.

⁴⁶ Ibn Iyas, *Badā'i al-zubūr*, *op. cit.*, vol. 4, p. 142, informe datado en *shā'ban* de 914 a. h. (noviembre-diciembre de 1508).

⁴⁷ Godinho, *Os Descobrimentos*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 100-101, no logra ver que el motivo fundamental de la derrota egipcia fue el abandono de Amir Husain por parte de Malik Ayaz. Por el contrario, sostiene que el problema radicó en el hecho de que «los mamelucos formaban sobre todo un cuerpo de jinetes sin ninguna experiencia en combate naval; no tenían un cuerpo de marinos bien adiestrados» y cita el estudio sin duda anticuado de G. W. F. Stripling, *The Ottomans Turks and the Arabs, 1511-1574* (Urbana, IL: University of Illinois Press, 1942), p. 30. La situación era justo la contraria, como apunta Aubin (*Le Latin et l'Astrolabe*, 3, *op. cit.*, p. 460): «Como los circasianos se negaban a movilizarse fuera de Egipto y Siria, y a no hacerlo sino a caballo, fue utilizando negros y mamelucos europeos como se formó la fuerza expedicionaria de 1506 a la India».

⁴⁸ *Diarri di Marino Sanuto*, *op. cit.*, vol. 9, pp. 110-111.

par rumbo a Diu en diciembre de 1508 envió una larga misiva al rey Manuel I. En ella enunciaba los que actualmente son considerados como elementos básicos de la concepción portuguesa de su presencia en el océano Índico. Según esta perspectiva, Cochín y la costa Malabar deberían ser los principales centros de actividad desde los que se organizaría el comercio de la pimienta y las especias. El papel del virrey debería ser, sobre todo, el de supervisar la compra de pimienta en Cochín y sus inmediaciones y patrullar la costa india para controlar las flotas rivales. El sudeste asiático tenía un interés limitado para Almeida por considerar que era demasiado arriesgado establecer una base en Malaca; la escasa pimienta procedente de Sumatra carecía para él de importancia alguna. Similarmente, argumentaba, los portugueses no deberían tener especial interés por atacar o bloquear el mar Rojo, llegando incluso a sugerir que la fortaleza recién construida en Socotra fuera desmantelada. «Apenas os servirá de nada», informaba al rey,

[...] que [vuestras flotas] lleguen a Tor mientras aquí [en la India] vuestros cargueros son capturados y vuestras fortalezas destruidas. Si os dicen que, saliendo a mar abierto, es posible impedir que una flota [mameluca] llegue aquí, [en realidad] los venecianos y las gentes del sultán [ya] están en Diu, construyendo los barcos y las galeras que tenemos que combatir, donde hay una abundancia de madera [...] y gran cantidad de metal para la artillería y los artesanos más perfectos.⁴⁹

Se trata, pues, de una ambición relativamente minimalista, que tiene mucho en común con el punto de vista que autores como Aires da Gama y Diogo Pereira expresarían en décadas posteriores.⁵⁰ Sin embargo, no es una ambición pacifista, ya que en modo alguno sugiere que los portugueses debieran renunciar a sus flotas ni a sus fortalezas clave como la de Cochín; da por hecho que sus intereses son diametralmente opuestos a los de la mayoría de los mercaderes musulmanes del océano Índico y el sultanato mameluco tras el cual se encuentra la sombra de los intrigantes venecianos.

CONCLUSIÓN

Este ensayo ha empezado con una breve reflexión sobre el problema de un «equilibrio de ignorancia» entre los actuales historiadores de la primera modernidad y los protagonistas de su estudio. El problema continúa siendo grave incluso en relación con un periodo en apariencia tan bien estudiado o como la primera década de la presencia portuguesa en el océano Índico. Sin duda, para estos años hay una explosión de fuentes documentales, sobre todo si las comparamos con la escasez de las décadas anteriores, tras el abandono del océano Índico occidental por parte de la dinastía Míng. Pero, pese a ello, los motivos y alianzas que determinaron el desenlace de los conflictos de principios del siglo XVI que hemos estudiado siguen sin conocerse del todo y requie-

⁴⁹ Candeias Silva, *O Fundador do «Estado Português da Índia»*, op. cit., pp. 387-388.

⁵⁰ Sanjay Subrahmanyam, «Making India Gama: the project of Dom Aires da Gama (1519) and its meaning», *Mare Liberum*, 16 (1998), pp. 33-55; Luís Filipe F. R. Thomaz, «O «testamento político» de Diogo Pereira, o Malabar, e o projecto oriental dos Gamas», *Anais de História de Além-Mar*, 5 (2004), pp. 61-160.

ren una meticulosa confrontación de documentos bastante dispersos. Los archivos aún pueden darnos sorpresas —tanto agradables como desagradables— e incluso un corpus reducido de nuevos documentos de la época podría fácilmente modificar aspectos fundamentales de nuestra percepción tanto de los hechos como de los motivos de los participantes. Por otra parte, uno de los ejes de este ensayo ha sido argumentar que los observadores contemporáneos a menudo efectuaron una interpretación sesgada de la situación a causa de su miopía, falta de información o anteojeras ideológicas. No obstante, también sería presuntuoso por parte del historiador adoptar una postura de omnisciencia con respecto a ellos. Habrá cosas sobre el océano Índico de principios del siglo XVI que no sabremos nunca o que quizá solo alcanzaremos a atisbar. Es por ello que, al menos una parte de cualquier historia mundial que decidamos escribir solo puede redactarse en subjuntivo.⁵¹

⁵¹ Un ejemplo interesante, si bien controvertido, de esta estrategia es el de Natalie Zemon Davis, *Trickster travels: a sixteenth-century Muslim between worlds* (Nueva York: Hill and Wang, 2006).

6. MÁS ALLÁ DE LA INCONMENSURABILIDAD, POR UNA HISTORIA CONECTADA DE LOS IMPERIOS EN LOS TIEMPOS MODERNOS¹

El 26 de junio de 1976 tuvo lugar en Tokio un extraño encuentro deportivo: un combate entre el célebre peso pesado Muhammad Alí y el campeón japonés de lucha Kanji Inoki (más conocido como Antonio Inoki, un vestigio de su infancia en Brasil).² Duró quince largos asaltos y fue bautizado como «el combate más aburrido del siglo». Algo lógico tratándose de un enfrentamiento entre dos contendientes que venían de deportes diferentes, para el que no resultó fácil encontrar reglas y procedimientos comunes. Como no podía utilizar sus llaves habituales, el luchador pasó la mayor parte del combate en el suelo, evitando los golpes directos del boxeador y sometiéndolo a una lluvia de patadas en las piernas, un método que algunos consideraron poco ortodoxo. Todo acabó en combate nulo. Menos de seis meses después, el mismo Inoki se enfrentó en Pakistán a Akram Pehalwan, miembro de la famosa dinastía de los Bholu, que ya antes había contado con el célebre luchador Gamma. Los luchadores surasiáticos, de estilo libre, son conocidos sobre todo por las enormes cantidades de comida y leche que ingieren. Aunque no era demasiado ágil, Akram confiaba en que el resultado de su combate también sería nulo, como en Tokio, dada la incompatibilidad entre los respectivos estilos de combate. Pero sufrió una verdadera humillación. Al cabo de un minuto y cinco segundos, Inoki lo dejó fuera de combate, tras una llave en el brazo que le rompió el hueso y lo dejó a punto de perder el conocimiento. A pesar de haber transcurrido más de un cuarto de siglo, el doloroso recuerdo de esta humillación sigue vivo en la cultura popular paquistaní.³

Si evoco estas extrañas anécdotas es por dos motivos. El primero es puramente cronológico, ya que ambas tuvieron lugar casi al mismo tiempo en que Tzvetan Todorov, es-

¹ Traducción del francés de Francesc Reyes Camps.

² Una primera versión de este texto fue publicada en formato electrónico en *Theory and Research in Comparative Social Analysis* (Paper, 32, 2005). La SHMC y la RHMC agradecen al Departamento de Sociología de la UCLA su amable autorización.

³ Sobre estos combates, véanse www.twc-wrestle.com/inokienglish.html y www.puroresu.com/wrestlers/inoki. Según se cuenta, cuando Akram estaba tendido en la lona, fulminado por el dolor, la familia le gritaba: «¡Pero levanta, hombre, que han venido los de la tele!» (agradezco a Aamir Mufti esta precisión).

taba dando los últimos retoques a su teoría según la cual la conquista de América fue el resultado de una especie de inconmensurabilidad semiótica entre el conquistador Hernán Cortés y el caudillo mexica Moctezuma.⁴ La segunda es que estos incidentes protagonizados por Inoki pueden ser entendidos como una metáfora del problema que deseo tratar. ¿Qué ocurre cuando dos o más sistemas imperiales se encuentran entre sí? ¿El resultado es un aburrido combate nulo, o una fulgurante llave con efectos fulminantes?

LA INCONMENSURABILIDAD ENTRE LAS CULTURAS

La noción de inconmensurabilidad fue empleada por primera vez por Thomas Kuhn y Paul Feyerabend a comienzos de la década de 1960. En un principio, Kuhn se interesó por la inconmensurabilidad de las teorías científicas, postulando que había una disparidad de orden metodológico en la observación y en los conceptos entre los diferentes paradigmas. Luego, apoyándose (si bien con cierta liberalidad) en los trabajos de W. V. Quine, vio en la inconmensurabilidad una cuestión de orden sobre todo semántico, y acabó por situar el punto principal del problema en lo que llamó «la indeterminación de la traducción». Sin embargo, mientras que Quine había argumentado que había una indeterminación entre traducciones igualmente buenas, Kuhn dio a entender que la inconmensurabilidad era más bien una cuestión de error de precisión en la traducción. Esto implicaba, por una parte, que en principio unas traducciones exactas eran, de hecho, posibles y, por otra, que las traducciones existentes no solo eran indeterminadas, sino también malas.⁵

El siguiente paso fue la transferencia de la idea de inconmensurabilidad, usada en un principio en el contexto de las relaciones entre dos o más «paradigmas» científicos, al análisis de las relaciones entre dos o más culturas. La noción de «inconmensurabilidad cultural» me parece una forma de relativismo cultural, a través de la cual la antropología influyó en la práctica de los historiadores, desde finales de la década de 1980 y durante toda la siguiente. Como consecuencia de ello, aparecieron áreas culturales impermeables y perfectamente coherentes en sí y por sí, pero inaprensibles desde el exterior. Semejante visión, como nos recordaba con determinación Anthony Pagden, se remonta, de hecho, cuanto menos, al siglo XVIII, con Denis Diderot y, sobre todo, con Johann Gottfried Herder, cuyos argumentos son, por otra parte, bastante arriesgados. En efecto, nos dice Pagden, «Herder forzó la noción de inconmensurabilidad hasta tal punto que el concepto mismo de naturaleza humana única se hacía si no inconcebible, cuando menos vacío de sentido, en el plano cultural».⁶ ¿Dónde nos lleva todo esto al estudiar los primeros contactos entre civilizaciones en el contexto de los imperios modernos? Herder manifestó su opinión despectiva sobre la expansión de los im-

⁴ Tzvetan Todorov, «Cortés et Moctezuma: de la communication», *L'Ethnographie*, LXXVI.1-2 (1980), pp. 69-83, retomado y desarrollado en *La conquête de l'Amérique: la question de l'Autre* (Paris: Seuil, 1982).

⁵ Véase Howard Sankey, «Kuhn's changing concept of incommensurability», *British Journal for the Philosophy of Science*, 44.4 (1993), pp. 759-774.

⁶ Anthony Pagden, *European Encounters with the New World: From Renaissance to Romanticism* (New Haven: Yale University Press, 1993), p. 180.

perios cuando escribió que «nada parece más contradictorio con el verdadero fin de los gobiernos que la expansión ilimitada de los Estados y la salvaje confusión de razas y naciones bajo el mismo cetro. Un imperio formado por un centenar de pueblos y ciento veinte provincias unidas por la fuerza es una monstruosidad, y no un Estado».

Esta reflexión del padre de un cierto estilo de nacionalismo no nos resulta de mucha ayuda. Prefiero abordar el tema de otro modo partiendo de una distinción más simple. En Asia, ciertos imperios de los tiempos modernos o bien estaban conectados por la genealogía de sus gobernantes o pertenecían a áreas culturales comunes. Tal es el caso de los otomanos, los safávidas o, incluso, los mogoles, que hasta se podría decir que formaron una esfera única de circulación para unas élites entre las que se encontraban calígrafos, místicos sufíes, militares o poetas.

Pensemos, por ejemplo, en lo que ocurrió al final de la década de 1660 cuando Husain Pasha, el gobernador otomano de Basora, desertó y abandonó a su señor, el sultán Mehmed IV (c. 1648-1687), para pasarse al bando de los mogoles. En tanto que dignatario otomano, nuestro hombre hablaba, sin duda, el turco y, seguramente, también el árabe y el persa. Dicho de otro modo, lo más probable es que al llegar a la corte de Aurangzeb fuera muy capaz de manejarse. Sabemos también que Husain llevaba mucho tiempo preparándose, y que a su llegada a la India occidental en julio de 1669 fue escoltado con todos los honores hasta Shahjahanabad-Delhi y que, según las crónicas mogolas, «por la gracia del sostén de la mano real, su cabeza fue exaltada más allá del cielo». En la práctica, esto quiere decir que lo colmaron de regalos: rubíes, caballos y una gran residencia a orillas del río Jamuna, y le concedieron una alta dignidad en la jerarquía mogola, un rango *mansab* extremadamente elevado como era el de «comandante de 5.000». Pronto fue nombrado gobernador de la provincia de Malwa, en la India central, lo que no era poco. A dos de sus hijos, Afrayisab y 'Ali Beg, les ofrecieron posiciones respetables en la administración imperial.

Vista desde cierto ángulo, la corta carrera mogola de Islam Khan Rumi (nombre con el que fue conocido a partir de entonces Husain Pasha), hasta su muerte en combate a finales de junio de 1676, parece una muestra evidente de lo fácil que era pasar de uno a otro imperio. Cierto es que mogoles y otomanos tenían un origen común, y en lo concerniente a la corte compartían la herencia de una cultura turco-persa. Volveré a ocuparme más tarde de Husain Pasha y de ciertos aspectos menos conocidos de su carrera, pero, de momento, podemos afirmar con rotundidad que tendemos en exceso a reservar la noción de «encuentro intercultural» o de inconmensurabilidad a los contactos entre personas pertenecientes a entidades políticas muy alejadas como Cortés y Moctezuma, Pizarro y Atahualpa, el capitán Cook en Hawái, cuando no Vasco da Gama y el *zamorín* de Calicut, pero, raramente lo hacemos, a propósito, por ejemplo, de un viajero inglés en la Dinamarca del siglo xvii, o de un embajador safávida ante los mogoles.⁷ En otras palabras, el de Husain Pasha con los mogoles no es lo que solemos denominar un «encuentro cultural en la época moderna».

⁷ A modo de ejemplo, Jamsheed K. Choksy y M. Usman Hasan, «An Emissary from Akbar to 'Abb'as I: Inscriptions, Texts and the Career of Amir Muhammad Ma'sum al-Bhakkari», *Journal of the Royal Asiatic Society*, 3.^a serie, 1.1 (1991), pp. 19-29 y Z. A. Desai, «A Foreign Dignitary's Ceremonial Visit to Akbar's Tomb: a First-hand Account», en Iqtidar Alam Khan, ed., *Akbar and His Age* (Nueva Delhi: Northern Book Centre, 1999), pp. 188-197.

Dicho lo anterior, no deberíamos pensar que la cuestión de la inconmensurabilidad está resuelta. A continuación trataré de explorarla en relación con tres aspectos sustanciales de la Edad Moderna: la diplomacia, la guerra y el arte. Son tres aspectos muy diversos que, naturalmente, no pueden ser tratados de una manera unitaria. En esta amplia perspectiva trataré de apoyarme en trabajos precisos que me permitan colocar los jalones para llegar a una conclusión más general.

DIPLOMÁTICOS Y EMBAJADAS

Durante mucho tiempo, los arcanos de las negociaciones diplomáticas han sido objeto de una historia tradicional, a la manera de la célebre *École des Chartes* francesa, que centraba su atención en documentos como los tratados, las instrucciones a los embajadores y los informes que estos redactaban a su regreso. Un único ejemplo bastará para ilustrar la importancia de estas fuentes. En su gran estudio sobre las relaciones entre los otomanos y los Habsburgo de España, Ranke se apoyaba ampliamente en las *relazioni* de los embajadores venecianos ante la Sublime Puerta, empleadas igualmente tiempo después, si bien con una óptica diferente, por Lucette Valensi.⁸ Los textos en los que Ranke buscaba, a falta de acceso directo a los archivos otomanos, datos concretos, Valensi los utilizaba en la tradición de la «historia de las representaciones», si bien se desmarcaba de la perspectiva «orientalista» al estilo de Edward Saïd.

Podrían mencionarse otros ejemplos, como el del *Corpus Diplomaticum Neerlandico-Indicum*, editado por J. E. Herees a partir de la documentación generada por la presencia de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales [VOC] en Asia, o el de la impresionante *Coleção de Tratados e Concertos de Pazes* de los portugueses, publicada por Júlio Firmino Judice Biker. Estas fuentes fueron usadas de manera esporádica por los historiadores para estudiar las relaciones de tipo bilateral, por ejemplo, entre los sultanes de Johore y los holandeses, o bien entre los portugueses y los mogoles. Conviene recordar, sin embargo, la advertencia formulada en su día por el historiador de Sri Lanka K. W. Goonewardena⁹ en el sentido de que la comparación del texto de los tratados suscritos entre la VOC y los señores del reino de Kandi, en su versión holandesa, como hizo Herees, y en su versión en lengua cingalesa, revela importantes diferencias. Estas ayudan a explicar por qué los tratados fueron objeto de vivas querellas, con denuncias de una y otra parte por el incumplimiento de tal o cual cláusula. Lo que no está tan claro es la razón de las divergencias entre las diferentes versiones: ¿tuvo la culpa un intérprete negligente?, ¿tal vez hubo problemas de traducción? Lo que es seguro es que resulta difícil aceptar la visión que se impuso en las décadas de 1950-1960, según la cual las prácticas diplomáticas de los tiempos modernos habrían llevado a la instaura-

⁸ Leopold Von Ranke, *Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16 und 17 Jahrhundert* (Berlín: Duncker & Humblot, 1857); Lucette Valensi, *Venise et la Sublime Porte: La naissance du despote* (Paris: Hachette, 1987).

⁹ K. W. Goonewardena, *The Foundation of Dutch Power in Ceylon, 1638-1658* (Ámsterdam: Djambatan, 1958).

ción de una especie de «ley de las naciones», un cuadro convencional común regulador de las relaciones diplomáticas aceptado por todos.¹⁰

Los propios contemporáneos se dieron cuenta del problema: en torno a 1570, el cronista portugués António Pinto Pereira describió con detalle el proceso de traducción entre las lenguas persa y portuguesa e intentó tranquilizar a sus lectores sobre la fiabilidad de los textos de origen extranjero que él suministraba. Pereira mencionó particularmente la traducción al portugués de cartas del sultán de Bijapur, ‘Ali ‘Adil Shah, al virrey de las Indias portuguesas, Dom Luís de Ataíde, pero, sobre todo, se esmeró en describir el aspecto de dichas cartas y cómo tuvo acceso a ellas:

Nos parecía que estas cartas debían insertarse en esta historia [de las Indias] del mismo modo que el Hidalcão [‘Adil Khan] las escribió, pues hemos visto los originales en posesión del virrey, con el sello (*chapa*) del Hidalcão, escritas en dos lenguas, el persa y el portugués, p.ímero en persa, que es la versión que da fe, luego sobre la misma hoja de papel, bajo el mismo sello, se encuentra la traducción al portugués, por un tal Barnardo Rodriguez, un cristiano nuevo de Goa, que residía allá [en Bijapur], adonde había huido con una mujer casada, y porque había cometido crímenes mucho peores, lo que a los moros [en realidad] no les parecía nada sorprendente; y como era el más capaz, y dominaba las lenguas, principalmente el persa, era elocuente en esta lengua y en portugués, el Hidalcão lo utiliza como secretario para las cosas del extranjero [*nas cosas de fora*], y se tradujeron de su mano según la versión persa, y como esta es más concisa y completa, de una página (*huma lauda*) se hacían seis en portugués, dado que los caracteres, que son curvados a la manera de una media luna, se asemejan y difieren solamente por los pequeños puntos que comportan, en el interior o en el exterior, y por cómo empieza el cuerpo de cada letra.¹¹

Esta larga introducción precede a la transcripción de dos cartas, una sin fechar y la otra del 26 de septiembre de 1570, que parecen haber acompañado, respectivamente, a las embajadas de un tal Rodrigo de Moraes, de parte portuguesa, y de un tal Khwaja Lutfullah, por la de Bijapur, en las que el ‘Adil Shah se queja amargamente del trato infligido a sus barcos y a los de sus súbditos por los responsables portugueses de las fortalezas de Ormuz, Diu y Chaul, que los saquean y «prenden a los muchachos y muchachas que encuentran en ellos para convertirlos por fuerza a la fe cristiana, y así con los hijos de mandatarios moros y con sus hijas y esposas y con sus criados abisinios y moros [esclavos]». ¹² Para el ‘Adil Shah, este proceder, particularmente el de las conversiones forzadas, no hace sino empañar la amistad que profesa al soberano de Portugal y a su virrey responsable de poner orden. Las cartas en cuestión mencionan otros motivos de preocupación: la suerte de los barcos de los mercaderes musulmanes rivales de los portugueses en los puertos de Bijapur, la libre circulación de ciertos productos

¹⁰ Cf. C. H. Alexandrowicz, *An Introduction to the History of the Law of Nations in the East Indies (16th, 17th and 18th Centuries)* (Oxford: Clarendon Press, 1967). Posteriormente, Jean-Michel Sallmann, *Géopolitique du xviiè siècle, 1490-1618* (Paris: Seuil, 2003) ha retomado esta aproximación, en mi opinión muy discutible.

¹¹ António Pinto Pereira, *História da Índia no tempo em que a governou o visorey D. Luís de Ataíde*, presentado por Manuel Marques Duarte (Lisboa: Imprensa Nacional, 1987), pp. 333-334.

¹² *Ibid.*, p. 347.

estratégicos (en particular el opio) a través de los territorios controlados por el 'Adil Shah, y el tratamiento de los esclavos de cristianos huidos de Goa a Bijapur, que el soberano de Bijapur acepta retornar a sus amos. En opinión de Pereira, estas dos cartas no son más que «fingimiento» y «supuestas pruebas de amistad», cuando en realidad el 'Adil Shah se preparaba para hacer la guerra a los portugueses. Sin embargo, la existencia de estas cartas en su forma «originaria» constituye un dato precioso, aunque solo sea porque implícitamente proporcionaron a los lectores del siglo xvi un argumento que contradecía las afirmaciones de los cronistas portugueses de que no había ningún motivo para la guerra entre las dos potencias. Disponemos aquí de fuentes diplomáticas que no hablan necesariamente a favor de los portugueses, y que tampoco pueden leerse en términos conspirativos.

En un estudio realizado conjuntamente con Muzaffar Alam, nos hemos inspirado en el trabajo de Jean Aubin¹³ al traducir del original persa al inglés las cartas del sultán Bahadur del Gujarat, que reinó de 1526 a 1537. A continuación, comparamos nuestras traducciones con las que se realizaron al portugués en la década de 1530, más tarde incorporadas a la crónica de Fernão Lopes de Castanheda. Nuestras conclusiones, aunque provisionales, son las siguientes: no descubrimos tantas divergencias como las constatadas por K. Goonewardena; más aún, es interesante comprobar que el portugués empleado por los traductores trató de conservar casi de manera literal algunas expresiones del original persa; finalmente, comprobamos que esto confería a la lengua portuguesa de esta traducción una tonalidad particular, que la distingue del resto de la crónica. De este modo se ven confirmadas las conclusiones de Jean Aubin sobre los intercambios epistolares en el golfo Pérsico. Sin embargo, este había señalado dos características que merece la pena destacar. La primera es que los juegos de palabras o dobles sentidos por lo general no se reflejan en las traducciones. En segundo lugar, la identidad del traductor sí influye en la traducción, como ya había observado Georg Schurhammer en su análisis de la carrera y escritos de António Fernandes, un musulmán convertido que había entrado al servicio de los portugueses.¹⁴ En sus traducciones, Fernandes tendió a emplear un portugués más alambicado introduciendo en ocasiones frases incomprensibles si no se tienen rudimentos de persa. El historiador portugués Luís Filipe Thomaz llegó a conclusiones parecidas reeditando y traduciendo las cartas malayas de Abu Hayat, sultán de Ternate al principio de la década de 1520.¹⁵

Aunque estas conclusiones pueden parecer banales, resultan importantes y no deberíamos olvidarlas cuando tenemos entre manos documentos de los que solo existe una única versión. Pienso, por ejemplo, en una importante carta de Islam Shah Sur al gobernador portugués Dom João de Castro en octubre de 1546 (Sha'ban

¹³ Muzaffar Alam, Sanjay Subrahmanyam, «Letters from a sinking Sultan», en Luís Filipe F. R. Thomaz, ed., *Aquém e Além da Taprobana: Estudos Luso-Orientais à Memória de Jean Aubin e Denys Lombard* (Lisboa: Centro de História de Além-Mar, 2002), pp. 239-269.

¹⁴ «O estilo com o seu colorido oriental prova que o autor não era português», escribe Schurhammer: «O Tesoiro do Asad Khan: Relação inédita do intérprete António Fernandes (1545)», en Georg Schurhammer, *Gesammelte Studien*. Varia, vol. 1, László Szilas, ed. (Roma: IHSI, 1965), pp. 31-45.

¹⁵ L. F. F. R. Thomaz, «As cartas malaias de Abu Hayat, Sultão de Ternate, a El-Rei de Portugal, e os primórdios da presença portuguesa em Maluco», *Anais de História de Além-Mar*, IV (2003), pp. 381-446.

953 AH),¹⁶ o en en la larga y muy interesante misiva enviada por el dignatario otomano Hadim Solimán Pasha a Ulugh Khan, visir del sultán de Gujarat, tras el fracaso de su expedición de 1538.¹⁷ ¿Cómo deberíamos tratar un texto como este del que no disponemos del original otomano, sino solamente de una traducción portuguesa? La misma cuestión se plantea con otra carta, parca pero esencial, enviada en 1505 por Vira Narasimha Raya, soberano de Vijayanagara, al gobernador y futuro virrey portugués Dom Francisco de Almeida. Tampoco en este caso disponemos de original, que debió escribirse en kannada o en telugu, sino solamente de una traducción portuguesa de la época. La carta es tan sorprendente que resulta preciso describir el contexto para entender el problema que plantea. Los europeos conocían el imperio de Vijayanagara, o Karnataka, desde el siglo xv, en gran parte gracias a los escritos de Niccolò de Conti. Los portugueses, sin embargo, no intentaron en sus primeras expediciones establecer relaciones con Vijayanagara por más que este dispusiera de puertos a uno y otro lado del sur de la península india. Se concentraron más bien en los reinos del Kerala, en el extremo sudoeste de la India. Sin embargo, tuvieron lugar contactos oficiales, por la mediación de un franciscano, *Frei* Luís do Salvador, cuando un poderoso señor de la guerra, Narasa Nayaka, instauró una nueva dinastía y legó el poder a su hijo, Vira Narasimha Raya, quien recibió a *Frei* Luís, sin tener apenas idea de quién era la autoridad a la que este decía representar. El rey envió de vuelta al franciscano, provisto de una carta y acompañado de uno de sus representantes, al puerto de Cananore, en Kerala, adonde acababa de atracar Dom Francisco de Almeida.

La carta iba acompañada de regalos como telas y brazaletes. Su contenido era breve pero ambicioso: decía que un brahmán de Portugal (*hum teu bramene por nome chamado Frey Luis*, es decir, el hermano Luís) había llegado como emisario a Vijayanagara, y que tanto él como sus palabras habían sido bien acogidas. Como prueba de ello, se le ofrecía al rey de Portugal el acceso a uno o varios puertos de Vijayanagara, preferentemente a Mangalore, y una alianza para actuar unidos por tierra y mar, que quedaría sellada con un matrimonio, que mezclaría la sangre de las dos casas reales.¹⁸ Una hija del rey de Portugal podría casarse con el soberano de Vijayanagara y trasladarse a la India, mientras que, al mismo tiempo, se enviaría a Portugal una hija de la familia reinante. Se trataba de una propuesta excepcional, única en estos primeros decenios de presencia portuguesa en las aguas asiáticas. En Kerala la pretensión de los mercaderes armados portugueses de imponer sus exigencias, como la expulsión de todos los comerciantes musulmanes del puerto de Calicut, había hecho que fueran acogidos con hostilidad. Pero en el caso de Vijayanagara, sus autoridades no mostraron suspicacia alguna ni inten-

¹⁶ No conozco ninguna versión manuscrita de este documento recogido con el título de «Resposta d'el Rey do Patane ao guovernador», en Leonardo Nunes, *Crónica de Dom João de Castro*, J. D. M. Ford, ed. (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1936), pp. 63-65.

¹⁷ Instituto dos Arquivos Nacionais / Torre do Tombo, Lisboa, Corpo Cronológico, III-14-44, carta de Hadim Solimán Pasha a Ulugh Khan, o «Olucão Gozil» (el original perdido estaba datado el 10 de diciembre de 1538, y la traducción portuguesa el 7 de mayo de 1539).

¹⁸ [se] *quisereis minha filha ou irmã por molher eu ta darey e asy tomarey tua filha ou irmã ou cousa de teu sangue por molher*: cf. Sanjay Subrahmanyam, «Sobre uma carta de Vira Narasimha Raya, rei de Vijayanagara (1505-1509), a Dom Manuel I de Portugal (1495-1521)», en Isabel de Riquer, Elena Losada, Helena González, eds., *Professor Basílio Losada: Ensinar a pensar con liberdade e risco* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2000), pp. 677-683.

ción de mantener alejada a la potencia extranjera, sino más bien impaciencia por establecer una alianza. Cuando la propuesta llegó a la corte de Lisboa provocó una gran conmoción que, sin embargo, no obtuvo respuesta, por más que conviniera a las ambiciosas pretensiones del rey Dom Manuel. Podemos suponer que la cláusula de reciprocidad fue la que suscitó más reticencia por más que fuera una condición para nivelar la partida, ya que en el vocabulario político de Vijayanagara, enviar a una hija de manera unilateral equivalía a situarse en posición de inferioridad. Por esta razón, el intercambio dinástico tenía que ser mutuo. Pero para la corte portuguesa resultaba inaceptable enviar a una princesa a una corte pagana de la lejana India, por lo que había una significativa asimetría entre las actitudes de las dos cortes.

Esta clase de alianzas matrimoniales fueron habituales tanto para Portugal, que las estableció con Inglaterra, España o, incluso, Saboya, como para los soberanos de Vijayanagara, que hicieron lo propio con otros reyes del sur de la India y de Orissa. Princesas safávidas se casaron con miembros de la familia real mogola, igual que lo hicieron princesas de las dinastías rajput (subordinadas) de pretensiones reales. En algunos casos, las alianzas eran forzadas, pero en otros no era así. ¿Qué estableció la diferencia entre unos y otros casos? ¿Guardan una congruencia estricta con los mismos límites de los códigos de comunicación existentes, o bien trazan los contornos de un dominio de inconmensurabilidad? ¿Acaso es demasiado simplista plantear la cuestión en estos términos?

La otra cara de la moneda: las rupturas radicales

También podemos considerar la diplomacia a la inversa, desde el ángulo de las rupturas. Se sabe, por ejemplo, que en los últimos años de su vida, las relaciones entre el gran Tamerlán (fallecido en 1405) y los emperadores chinos se tensaron mucho, lo que llevó a una de las rupturas más espectaculares de la historia diplomática: Tamerlán no solo ejecutó en 1395, 1402 y 1403 a sucesivos enviados de los emperadores Ming, Hung-wu y Yung-lo, a Samarcanda, sino que les escribió también cartas insultantes, en las que, jugando con el nombre de familia (*Chu*) trataba de «cerdo» al emperador Hung-wu. Tamerlán se preparaba, de hecho, para una campaña militar hacia el este que solo la muerte le impidió llevar a cabo.¹⁹ Desde luego, este es un caso extremo, que pulveriza cualquier noción de convenciones diplomáticas. Pero no fue un caso excepcional.

La suerte que corrieron los representantes portugueses enviados a Nagasaki en julio de 1640 no fue muy diversa. A finales de agosto de 1639, el consejo de estado japonés había prohibido a los navíos portugueses todo acceso a los puertos del país so pena de destrucción de los buques y ejecución de todos los hombres a bordo. Parece claro que el senado de Macao se equivocó al valorar la determinación del sogún cuando el 13 de marzo de 1640 decidió enviar una embajada para solicitar el levantamiento del edicto de embargo. Cuando el galeón, que había partido de Macao el 22 de junio,

¹⁹ Felicia J. Hecker, «A fifteenth-century Chinese diplomat in Herat», *Journal of the Royal Asiatic Society*, 3.ª serie, 3.1 (1993), pp. 86-98.

entró en el puerto de Nagasaki el 6 de julio, fue inmediatamente incautado y el embajador y la tripulación hechos prisioneros y enviados a la isla de Deshima. A comienzos del mes de agosto se incoó en Edo el proceso por la infracción del embargo. Los portugueses alegaron que su misión no era comerciar, sino presentar un requerimiento al gobierno japonés. Eso no evitó que los condenaran a muerte y se les ofreciera al día siguiente conmutar la pena a cambio de la apostasía: 61 rehusaron y fueron decapitados. A otros 13 se los perdonó, de modo que pudieron regresar a Macao a bordo de un pequeño junco chino llevando consigo un mensaje siniestro y arrogante: el sogunato estaba dispuesto a cumplir sus amenazas.

En este caso, lo mismo que en el de Tamerlán, tal vez pueda aducirse que la ruptura del proceso diplomático no era en sí tal ruptura, sino más bien, una forma muy particular de comunicación, en suma, una suerte de redefinición unilateral de las reglas del juego. No es que los japoneses y los portugueses de Macao no se conocieran. Al contrario, si creemos a Jurgis Elisonas, el sogún japonés comprendía más que bien las intenciones de los portugueses. Todo indica que el senado de Macao, desesperado por mantener abierto el comercio con Japón, estaba dispuesto a asumir grandes riesgos para lograrlo. Ambas partes comprendían con claridad la importancia simbólica de la suerte que la embajada de 1640 iba a correr (¡y que corrió!).²⁰ La ruptura solo podía producirse a través de un acto simbólico radical, y eso es lo que de hecho ocurrió, con ambas partes leyendo los signos con precisión.

La situación de los representantes chinos en Samarcanda era de otra naturaleza. Las ejecuciones ordenadas por Tamerlán no fueron el final de las relaciones entre ambos países. De hecho, poco tiempo después, en 1409, nuevos emisarios llegaron de China, y a pesar de algunos intercambios de misivas de tono agrídulce, la comunicación se restableció. Uno de los enviados chinos presentes en Herat a finales de 1413 fue un administrador experimentado llamado Ch'en Ch'eng, autor de una memoria sobre la vida en los territorios timúridas del sur de Asia central («Memoria sobre los países de las regiones del oeste») que, con su diario de viaje, constituyó, al menos hasta 1736, la base principal de los conocimientos chinos sobre ciertas áreas como Herat y sus territorios circundantes. Esta memoria resulta muy neutra desde el punto de vista ideológico, salvo cuando el autor se siente ofendido en su sensibilidad confuciana.²¹ Incluso se toma el trabajo de subrayar la calidad de los *hamams* y de los masajistas que tuvo ocasión de conocer. Pasó poco tiempo antes de que el asunto de los embajadores decapitados fuera puesto entre paréntesis.

¿Qué conclusiones podemos extraer de estos casos? Bernard Cohn planteó en su momento el problema en términos cercanos a los de Tzvetan Todorov cuando examinó el caso de sir Thomas Roe, enviado por Jacobo I a la corte del emperador mogol Jahangir en la década de 1610. Por más que la embajada resultara infructuosa, el relato del viaje del embajador inglés se ha utilizado a menudo como un testimonio esen-

²⁰ La narración de los acontecimientos en C. R. Boxer, *O grande navio de Amacau*, traducción de Manuel Vilarinho (Macao: Fundação Oriente, 1989), pp. 142-146; Jurgis Elisonas, «Christianity and the daimyo», en John Whitney Hall, ed., *The Cambridge History of Japan*, vol. iv (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), pp. 301-372.

²¹ F. J. Hecker, «A fifteenth-century Chinese diplomat in Herat», *op. cit.*

cial sobre la vida en la corte de Jahangir. Cohn piensa, sin embargo, que su valor informativo es nulo, porque Roe da a entender que no había comprendido nada del funcionamiento de la corte mogola, ni de la sociedad india en general.²² El embajador, sigue argumentando Cohn, tenía la mirada de un inglés del siglo xvii, propia de una cultura mercantil y burguesa, obsesionada con las transacciones comerciales y los precios de los productos, cuando lo que tenía ante él era un mogol fuertemente indianizado que, siempre según Cohn, razonaba a la inversa, en términos de transferencia de sustancias. Por este motivo, la interpretación que hizo el embajador inglés de la reacción de Jahangir y lo que vio en la corte mogola estaban repletos de contrasentidos que, siempre según Cohn, mostraban la inconmensurabilidad (por más que él no emplee este término) entre las culturas indo-mogola e inglesa. «Los europeos del siglo xvii, concluye, vivían en un mundo de signos y de correspondencias [mientras que] los indios y musulmanes actuaban según una teoría sustantiva de los objetos y de las personas, que no era de ningún modo de suma cero».

El análisis de Cohn fue en su momento muy bien acogido, en particular por el sesgo estructuralista de su formulación, muy en consonancia con la idea de la «diferencia» india que por entonces prevalecía entre los antropólogos de la escuela de Chicago.²³ Recientemente, sin embargo, se han realizado ingentes esfuerzos por poner su razonamiento patas arriba. El trabajo de William Pinch, por ejemplo, propone releer el episodio de Roe en la corte de Jahangir a la luz de la historia del Imperio británico en la India, argumentando, con más pasión que razón, que Roe y Jahangir se comprendían muy bien, ya que habitaban en el mismo universo simbólico. Según él, si existían diferencias, eran de detalle, no de fondo y, por tanto, eran «diferencias traducibles».²⁴ Pinch llegó a sugerir que no había, de hecho, ninguna diferencia cultural o disonancia entre los gobernantes ingleses en la India de finales del siglo xix e inicios del xx y sus súbditos indios; e incluso, con toda simpleza, que «la India no era una colonia británica», porque, afirmó, «evocar la dominación británica como “colonialismo” es dar a entender que los indios no eran parte interesada, y que, simplemente, asistían como espectadores desde unos márgenes cada vez más estrechos, mientras los británicos se apropiaban de las tierras y las riquezas del subcontinente».²⁵ Lo cierto es que, considerada desde este ángulo, la situación es de una perfecta conmensurabilidad, pero, si esto fue así, no hay nada más que hablar, e incluso podríamos preguntarnos si las colonias y el colonialismo son algo que realmente no ha existido nunca en la historia. De todos modos, si escarbamos un poco, resulta que la argumentación de Pinch reposa sobre una suerte de profesión de fe según la cual todas las criaturas de Dios deben ser capaces de comunicarse, un poco como en esa viñeta tan poco políticamente correcta que muestra a un misionero que se cuece en el caldero de una tribu mientras pide a los salvajes que no se excedan con la sal.

²² Bernard S. Cohn, *Colonialism and Its Forms of Knowledge: The British in India* (Princeton: Princeton University Press, 1996), pp. 18-19 (la primera versión de este capítulo apareció en 1985).

²³ Paso por alto que posteriormente algunos de ellos decidieron que hacer de la «diferencia» semejante fetiche constituía una grave enfermedad, «el orientalismo»...

²⁴ William R. Pinch, «Same difference in India and Europe», *History and Theory*, 38.3 (1999), pp. 389-407.

²⁵ Vijay [William] Pinch, «Bhakti and the British Empire», *Past & Present*, 179 (2003), pp. 157-196, cita en p. 194.

Mi punto de vista sobre la embajada de Roe y su relato difiere tanto del de Cohn como del de Pinch.²⁶ En primer lugar, me parece que el fracaso de la misión de Roe (atribuible a múltiples factores) lo inclinaba a describir la corte mogola como irracional, y por lo tanto como inconmensurable con las reglas europeas. De este modo, justificaba su propio fracaso personal por la incompatibilidad entre los dos universos, una justificación que encajaba con la idea, cada vez más aceptada en el siglo xvii, del «despotismo oriental». Considero, en segundo lugar, que debemos interrogarnos sobre las modalidades mismas del contacto. La traducción, en la época de la embajada de Roe, era un asunto complejo, que a veces implicaba a tres o cuatro niveles de mediación entre el deficiente español hablado por Roe y el persa de Jahangir. En el siglo xviii, las cosas se hicieron más fáciles con la multiplicación de los *passeurs culturels*, *cultural go-betweens* o intermediarios culturales, esto es, personajes como James Steuart, Din Muhammad o Antoine Polier.²⁷ Sin embargo, la oposición estructural sugerida por Cohn excluye la posibilidad de una dinámica en la que, unos cien años después de Roe, habría sido posible una salida diferente. Desde su punto de vista, los dos polos eran irreconciliables («the twain could never meet»), algo que el mismo Kipling hubiera estado dispuesto a aceptar en circunstancias excepcionales.

LA GUERRA

Este mismo cuestionamiento puede aplicarse a las diversas modalidades de guerra entre imperios y civilizaciones diferentes. Veamos un ejemplo simple y brutal, tomado en préstamo de la famosa hipótesis de David Ayalon sobre la caída del imperio de los mamelucos de Egipto en la década de 1510. Según él, a pesar de una larga cohabitación, mamelucos y otomanos se diferenciaban por su manera de combatir.²⁸ Los mamelucos, habituados a los combates con caballería pesada, organizaban sus ejércitos según reglas estrictas y apenas utilizaban las armas de fuego. Los otomanos, por su parte, eran más ágiles, menos apegados a las jerarquías sociales en el campo de batalla y mucho más proclives —por su proximidad con los Estados europeos— al empleo de todas las armas de fuego posibles, ya fuera en los asedios o en los combates. Según Ayalon, esta fue la causa del rápido hundimiento de los mamelucos en 1516-1517 ante el sultán Selim. Los dos estilos de combate simplemente no eran compatibles, y ningun-

²⁶ S. Subrahmanyam, «Frank Submissions: The Company and the Mughals between Sir Thomas Roe and Sir William Norris», en H. V. Bowen, Margarette Lincoln y Nigel Rigby, eds., *The Worlds of the East India Company* (Woodbridge: The Boydell and Brewer Press, 2002), pp. 69-96.

²⁷ Sanjay Subrahmanyam, «The career of colonel Polier and late eighteenth-century orientalism», *Journal of the Royal Asiatic Society*, 3.^a serie, x.1 (2000), pp. 43-60. Para una reflexión más general, cf. Louise Bénat Tachot y Serge Gruzinski, eds., *Passeurs culturels: Mécanismes de métissage* (Paris: Éditions de la MSH, 2001).

²⁸ David Ayalon, *Gunpowder and Firearms in the Mamluk Kingdom: A challenge to a Medieval Society* (Londres: Routledge [1956] 1979). Este enfoque fue difundido por Jean-Claude Garcin, «The Mamluk military system and the blocking of medieval Muslim society», en Jean Baechler, John A. Hall y Michael Mann, eds., *Europe and the Rise of Capitalism* (Oxford: Basil Blackwell, 1988), pp. 113-130.

na regla del arte militar podía proteger a los mamelucos. En cierta manera se encontraban ante los otomanos como los indios mexicas ante Hernán Cortés.²⁹

Si proseguimos con las comparaciones, vemos que el arte militar otomano no parece más compatible con el de los safávidas de la década de 1510. Estos últimos, apoyados por los qizilbash, estaban obsesionados por sus ideales caballerescos y no estuvieron a la altura de los otomanos, como se hizo evidente en la famosa batalla de Chaldiran, en 1514. Podríamos considerar que en ese momento la máquina de guerra otomana representaba un modelo de adaptación pragmático y eficaz, comparado con el de sus vecinos y rivales del mundo musulmán. Si bien tenían muchas características en común con ellos, como su herencia compartida en materia de concepción del Estado y un mismo vocabulario político-institucional, su cultura guerrera difería tanto de la de los mamelucos como de la de los safávidas.

Volvamos ahora al caso de Husain Pasha, convertido en Islam Khan Rumi, al servicio de los mogoles en la década de 1660. No hemos mencionado hasta ahora dos aspectos de su carrera. El de menor importancia es que, concluida la luna de miel de los primeros tiempos, su estrella empezó a apagarse. La razón fue que había dejado en Irak a su tercer hijo y a sus mujeres, sin ser consciente de que en la corte mogola eso se podía interpretar como indicio de una posible falta de lealtad. Dicho de otro modo, los códigos no eran los mismos en el mundo otomano y en el universo mogol, y había que tenerlo en cuenta cuando se circulaba del uno al otro. El segundo aspecto, más notable, se refiere a su muerte. Tras varios años de desgracia, Islam Khan había conseguido finalmente volver a la corte, donde se le confió un puesto importante en el Decán, para combatir a los maratas y a las fuerzas de Bijapur. Eso lo llevó a montar a lomos de un elefante, una práctica muy común en la India, pero a la que no estaba acostumbrado. De hecho, fue la causa de su muerte, a finales de junio de 1676. Los cronistas mogoles informaron de que en el inicio de la batalla, las detonaciones de la artillería hicieron que su elefante se desbocara, por lo que su jinete cayó en manos del enemigo, que lo ejecutó de inmediato, igual que a uno de sus hijos. Este fin poco glorioso revelado por las crónicas muestra que un guerrero otomano victorioso podía ser incapaz de reinvertir sus capacidades al servicio de otro Estado por cercano que este fuera. Es, por otra parte, lo mismo que deploraba Hadim Solimán Pasha tras su breve y desastrosa expedición a Diu en el Gujarat en 1538. Solimán Pasha tenía en muy mala consideración a los indios, a los que veía como malos musulmanes, incapaces de observar las prescripciones de su religión, y malos combatientes, no capacitadas para sacar provecho de sus consejos.

¿Qué conclusión podemos extraer de la eventual inconmensurabilidad de las culturas militares, cuando se encuentran fuerzas de diversos imperios? En un capítulo de su gran libro sobre *La revolución militar*, Geoffrey Parker aplicó a otros ámbitos la hipótesis de David Ayalon.³⁰ Espero no malinterpretarlo si digo que, para él, las influen-

²⁹ Por lo demás, según los soldados españoles, Cortés no había tenido que combatir más que a «salvajes medio desnudos», como detalla el cronista Fernández de Oviedo. Combatir a los otomanos era, para él, harina de otro costal.

³⁰ Geoffrey Parker, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), pp. 115-145; edición en castellano: *La revolución militar: innovación militar*

cias culturales que separan las diferentes concepciones de la guerra jugaron un papel crucial en los conflictos entre europeos y no europeos en los siglos xvi y xvii. Parker propone a partir de ahí una explicación profundamente culturalista, podría decirse, por mucho que no explicita su concepción de «cultura» si no es para precisar que no se trataba de una «ventaja social, moral o natural». Distingue tres categorías entre los no europeos. La primera comprende esencialmente las regiones que estos dominaron con anterioridad a 1650; en zonas de América central y del nordeste, de la costa del África subsahariana, de Insulindia y de Filipinas o Siberia, los europeos «combatieron de manera desleal y, lo que es peor, para matar», en contra de todas las leyes de la guerra al uso en esos lugares. En esas regiones, la tecnología y las técnicas de combate les llevaron, ante la incapacidad de sus rivales para incorporarlas, a la victoria.

Parker distingue a continuación un segundo tipo de regiones en las que las ambiciones expansionistas europeas encontraron hasta 1700 una fuerte oposición, que desapareció después de esta fecha; se trata del «mundo musulmán», esencialmente, los imperios otomano y mogol. Según él, la flexibilidad militar de que ambos habían hecho gala se fue poco a poco anquilosando hasta detenerse en el punto alcanzado en el siglo xvi. En definitiva, los otomanos del siglo xviii hacían la guerra como en los tiempos de Solimán el Magnífico. Para corroborarlo, Parker cita la declaración del mariscal de Saxe en 1732: «para una nación es difícil aprender de otra, ya sea por orgullo, por pereza o por estupidez. [...] Los turcos están hoy en esta situación. No les falta ni bravura, ni efectivos, ni riqueza, sino orden, disciplina y técnica». No estoy seguro de que los especialistas del mundo otomano suscriban esta afirmación.³¹ En cualquier caso, los trabajos recientes sobre el Imperio mogol no van por ahí. Volveremos más adelante sobre el tema.

La tercer categoría de países definida por Parker está formada por aquellos que fueron «capaces de mantener a los europeos a distancia, porque ya conocían las reglas del juego». En este caso, las culturas militares no fueron en absoluto inconmensurables, sino más bien al contrario; países como China, Japón o Corea fueron, según Parker, perfectamente capaces de apropiarse de las innovaciones militares occidentales adaptándolas a su manera a las condiciones locales». ¿Por qué estas regiones fueron más capaces que otras de mantener a los europeos a distancia? Podría parecer que es una cuestión de «cultura», o de concepciones culturales en el sentido amplio, reflejadas en las instituciones militares. Extremo Oriente sería, desde esta perspectiva, el territorio más próximo al mundo occidental, del que el mundo musulmán y Asia occidental y meridional estarían más alejados; más lejanas todavía, con el máximo grado de inconmensurabilidad, puesto que las «reglas del juego» eran las más radicalmente diferentes, estarían Insulindia, ciertas partes de África y la América precolombina. En conjunto, la imagen ofrecida por Parker resulta plausible.

y *apogeo de occidente, 1500-1800* (Madrid: Alianza Editorial, 2002). La mayor parte de los debates sobre este importante libro se concentraron sobre aspectos europeos. Véase también G. Parker, «Europe and the wider world, 1500-1700: the Military Balance», en James D. Tracy, ed., *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade, 1350-1750* (Nueva York: Cambridge University Press, 1991), pp. 161-195.

³¹ Cf. Rhoads Murphey, *Ottoman Warfare, 1500-1700* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1999), aunque no menciona expresamente a G. Parker al hablar del tema.

En el siglo XVIII, los soberanos y los señores de la guerra indios lamentaron a menudo la manera de luchar de los ingleses (y de los europeos en general). Los textos telugu hablan de su «espíritu tortuoso» y su radical incapacidad para mantener promesas y compromisos. Algunas narraciones de la batalla de Bobbili (una población fortificada del sudeste de la India) en enero de 1757, que acabó con la masacre de su población, ancianos, mujeres y niños incluidos, por el señor de la guerra francés, Charles de Bussy, subrayan este punto de la compatibilidad o conmensurabilidad de las maneras de hacer y de ver. Uno de los testimonios afirma explícitamente que de Bussy «no comprende nuestra manera de hablar y nosotros tampoco comprendemos la suya». Su problema principal es que el modo de hablar del francés resulta un galimatías.³² Y no era solo una cuestión de traducción, porque traductores los había, sino un problema más amplio de normas, de valores, de sentido de lo que es admisible y lo que no en la manera de comportarse. De hecho, el mismo resultado de la contienda le causó una gran impresión a de Bussy, y según Robert Orme, un cronista europeo de la época, «una vez completado el sacrificio de la batalla, se presentó otro problema mucho más terrible: la celebración de la victoria perdió toda su alegría. Se miraron fijamente unos a otros en una silenciosa estupefacción llena de remordimiento de modo que ni los más decididos pudieron contener las lágrimas ante el espectáculo de desolación».³³ En su libro sobre las guerras mogolas, Jos Gommans ha querido resumir el contraste entre el proceder de la Compañía de Indias inglesa (EIC) a finales del siglo XVIII y el de los mogoles, dos actores imperiales comprometidos en un combate de naturaleza compleja. En su opinión, el fondo del asunto tiene que ver con concepciones del honor bastante diferentes. Al referirse a los mogoles, habla de lo que denomina «una política fluida», hecha de «apertura y flexibilidad» e incluso de una cierta «jovialidad»; para ellos, dice, no se trataba de destruir, sino de «incorporar al enemigo, preferentemente mediante interminables sesiones de negociación».³⁴ La EIC, en cambio, bajo la dirección de Robert Clive y de sus sucesores, activó una estrategia de monopolio que implicaba «un cambio brutal y unilateral de las reglas del juego» (volvemos a encontrar esta metáfora de las reglas del juego utilizada por G. Parker).

Pero ¿estamos seguros de que los mogoles no podían adaptarse a estas nuevas reglas? ¿Y qué ocurría con los maratíes y los afganos? El mismo Gommans había demostrado en un ensayo precedente hasta qué punto las «innovaciones afganas», entre la época de Nadir Shah en la década de 1730 y la de los Abdalis en la de 1760, habían cambiado en gran medida el arte de la guerra en la India del norte, al margen de la presencia europea. Del mismo modo, sabemos que los soberanos de Mysore, tanto en el caso de Haidar 'Ali como en el de Tipu Sultan, modificaron su manera de combatir en los años 1770-1780 y causaron un buen sobresalto en los ejércitos de la EIC. Los combates se libraron con igual y terrible aplicación por ambos bandos, y con estilos, por tanto, perfectamente conmensurables.

³² Más detalles en Velcheru Narayana Rao, David Shulman, Sanjay Subrahmanyam, *Textures du temps: Écrire l'histoire en Inde* (París: Seuil, 2004).

³³ Robert Orme, *A History of the Military Transactions of the British Nation in Indostan from the Year MDCCXLV*, 3.^a ed. vol. II (Londres, 1780), pp. 259-260.

³⁴ Jos Gommans, *Mughal Warfare: Indian Frontiers and High Roads to Empire, 1500-1700* (Londres: Routledge, 2002), pp. 205-206.

Creo que ha llegado el momento de ofrecer mi propio punto de vista sobre lo dicho hasta ahora. En el fondo es bastante simple y ya lo he presentado de forma implícita al comentar el enfoque de Bernard Cohn. La mayor parte de las teorizaciones de «la inconmensurabilidad cultural» reposan sobre una concepción estructuralista de la cultura que se topa con una cuestión central para los historiadores: la del cambio, la de la evolución. Me gustaría ilustrar esta afirmación con un último ejemplo tomado de la historia militar de los imperios de los tiempos modernos. Se refiere al relativamente oscuro imperio malgache de Merina, en Madagascar, durante el reinado de Andrianampoinimerina (1745-1810). El reino de Merina experimentó un crecimiento espectacular en el curso del siglo XVIII hasta alcanzar su apogeo entre 1780 y 1820, amenazando la hegemonía de los *hetsimisaraka* (literalmente, el «grande-nunca-dividido»), dirigidos por el rey Ratsimilao y sus sucesores. Las armas de fuego y la pólvora, que jugaron un papel crucial en las narrativas de Parker y Gommans, ocuparon un lugar central en el enfrentamiento entre ambas etnias que en modo alguno se ajustaron a nuestras confortables categorías de que no iban a ser capaces de adaptarse ni estaban predestinadas a hacerlo.

En este caso no funcionan, sin embargo, las habituales categorías de análisis según las cuales ninguna de las dos partes iba a ser capaz de adaptarse (lo que las condenaba al fracaso) ni están predestinadas a ello (lo que las haría triunfar, como el Japón de G. Parker). Lo que ocurrió en este caso fue diferente, y me uno aquí a las conclusiones de Gerald Berg y de Maurice Bloch.³⁵ El reino de Merina utilizó las armas de fuego modificando su significado. Desde un punto de vista estrictamente técnico, el uso que de ellas hizo fue poco importante y no determinó la suerte de la batalla, pero su importancia fue muy grande en el plano simbólico. Ni rechazaron la innovación técnica militar, ni la aceptaron de manera mimética y servil porque se la hubiera visto triunfar en otro lugar, sino que en realidad se apropiaron de ella. Es el tipo de interacción que hay que captar.

LAS REPRESENTACIONES VISUALES

Si tratamos de comprender las dinámicas entre los imperios modernos, no ya en términos de inconmensurabilidad, sino de interacción, necesariamente nos encontraremos con el concepto de «aculturación». Este último, forjado en la década de 1880 y más tarde legitimado por los trabajos de Robert Redfield y de Melville Herskovits en la de 1930,³⁶ cayó en el olvido hasta que en plena década de 1970 Nathan Wachtel le dio una segunda vida en su estudio de las relaciones entre los españoles y los incas de los Andes. Redfield y sus colegas habían definido la aculturación como «el fenómeno resultante cuando grupos de individuos procedentes de culturas diferentes entran en

³⁵ Gerald M. Berg, «The sacred musket: tactics, technology and power in Eighteenth-Century Madagascar», *Comparative Studies in Society and History*, 27.2 (1985), pp. 261-279.

³⁶ Robert Redfield, Ralph Linton, Melville J. Herskovits, «Memorandum for the Study of Acculturation», *American Anthropologist*, 38.1 (1936), pp. 149-152. Véase también M. J. Herskovits, *Acculturation: A Study of Culture Contact* (Nueva York: J. J. Augustin, 1938).

contacto directo de manera continuada produciendo los consecuentes cambios en los esquemas culturales originarios de cada uno de los grupos». Wachtel fue más prudente al subrayar que la aculturación podía ser el resultado de la conquista y dominación imperial (como la que se produjo en los Andes), pero que los grupos podían también entrar en contacto directo sin experimentar cambios tangibles. En este caso se producía un fenómeno de disyunción cultural diverso a lo que él llamaba «integración», «asimilación» o «sincretismo».³⁷

Las modas académicas recientes han abandonado este vocabulario para favorecer otros términos como «mestizaje» e «hibridación». El primero ha sido propuesto por Serge Gruzinski, el especialista del México colonial cuyos trabajos más recientes se han centrado en el imperio de los Habsburgo, mientras que Homi Bhabha, cuyo campo de observación ha sido casi exclusivamente el Imperio británico, ha defendido el segundo. Un uso políticamente correcto exige en apariencia reservar el término de la hibridación a «la creación de nuevas formas transculturales en el interior de la zona de contacto producida por la colonización», lo que excluye otras formas no coloniales, de contactos e interacción, así como sus productos.³⁸ Si procedemos de una manera tan restrictiva, no entenderemos nada de la interacción entre los portugueses y los mogoles. De hecho, se nos escapará lo esencial de la historia de los tiempos modernos. Pero también podemos formular otras objeciones de fondo. ¿El concepto de «transculturación» es menos problemático que el de «aculturación»? ¿No seguiríamos ante culturas cosificadas, con simplemente un tercer término más, una «zona de contacto» entre ellas, algo que se parecería a esa noción algo pueril de «semiperiferia», inventada por Immanuel Wallerstein para hacernos creer que su modelo escapaba al anticuado y entrañable binomio centro/periferia?

No deberíamos pensar que somos los primeros en enfrentarnos a estas preguntas que ya se plantearon algunos autores del momento. Uno de ellos fue el jesuita Luís Fróis, que en 1585 redactó un *Tratado sobre las contradicciones y diferencias de costumbres entre los europeos y japoneses*.³⁹ Fróis precisaba, para empezar, que no había que confundir a los japoneses con los que los portugueses se relacionaban en Kyushu con los japoneses en general, puesto que, aunque entre los primeros pueden encontrarse cosas que permiten pensar que «son como nosotros», se trata solo de un efecto artificial «debido al comercio que tienen con los portugueses». La verdad es que «muchas de sus costumbres son tan diferentes y alejadas de las nuestras, que parece casi increíble que pueda existir una diferencia tan tajante con gentes educadas, de espíritu tan despierto y naturalmente sabias como son». Su idea es que no hay que oponer a europeos civilizados con japoneses salvajes, ni a pueblo sometido con pueblo conquistador. El jesuita insis-

³⁷ Nathan Wachtel, «L'acculturation», en Jacques Le Goff, Pierre Nora, eds., *Faire de l'histoire* (París: Gallimard, 1974), vol. 1, pp. 126-133.

³⁸ Bill Ashcroft, Gareth Griffiths, Helen Tiffin, *Post-Colonial Studies: The Key Concepts* (Londres: Routledge, 2000), p. 118.

³⁹ Luís Fróis, *Tratado das Contradições e Diferenças de Costumes entre a Europe e o Japão*, Rui Manuel Loureiro, ed. (Macao: Instituto Português do Oriente, 2001). A comparar con este curioso ejercicio de ventrilocuo: Duarte de Sande, *Diálogo sobre a missão dos embaixadores japoneses à Cúria Romana*, traducción de Américo da Costa Ramalho (Macao: Fundação Oriente, 1997); edición en castellano a cargo de Ricardo de la Fuente Ballesteros en Ediciones Universidad de Salamanca, colección Biblioteca de Pensamiento y Sociedad, 87, Salamanca, 2003.

te de este modo, de manera sistemática, capítulo a capítulo, punto por punto, en comparar a Europa con Japón. Al llegar al final de sus 14 capítulos ha pasado revista a aspectos como la indumentaria masculina y femenina, los niños y sus costumbres, los monjes, los templos, la bebida y la comida, las armas y la guerra, los caballos, la medicina y los médicos, los libros y la escritura, las casas, los jardines y las frutas, los barcos y los astilleros, el teatro y la música, más un último capítulo dedicado a temas variados.

Fróis, en cambio, no dice gran cosa sobre uno de los aspectos de las relaciones interculturales más debatidos desde entonces: el de las representaciones visuales. No habla de cómo los japoneses representan su propia sociedad, o de cómo lo hacen los europeos, ni de la proyección visual de eso que Gruzinski llamó «el pensamiento mestizo».⁴⁰ Sin embargo, resulta fácil constatar la intensidad de las interacciones en este ámbito, a pesar de lo que nuestro jesuita afirme sobre el foso que separa a europeos y japoneses. George Elison (Jurgis Elisonas) ha escrito de forma elocuente y persuasiva sobre estos intercambios en los siguientes términos:

Los ideales etéreos y oníricos de la estética medieval han cedido su lugar a un espíritu enérgico y exuberante. Nuevas formas de expresión se impusieron en el teatro, la música y la pintura, y penetraron en este ritual típicamente japonés que es la ceremonia del té. Los mercaderes europeos y los misioneros católicos aportaron un toque suplementario de innovación al estilo, ya prolijo, de la escena costumbrista japonesa. El siglo xvi conoció una explosión de creatividad deslumbrante, coronada por la época Momoyama, que los cronistas califican de edad de oro.⁴¹

Así pues, «the twain could meet», ¿se podría traducir como «los opuestos podían encontrarse?», aunque solo fuera por un tiempo. Sabemos también que, incluso después de la expulsión de los portugueses, Japón no estuvo completamente cerrado. Las influencias europeas se hicieron sentir en diversas artes visuales, como también ocurrió en Corea y en China. Ronald Toby ha demostrado que la idea de *sakoku*, el país «prohibido», no debe entenderse tan literalmente como pretenden los panegiristas del comodoro Perry.⁴² También en otros lugares de Asia y en América, los contactos interimperiales produjeron innovaciones importantes en este campo. Desde mediados del siglo xvi, la influencia de los artistas safávidas se hizo sentir en las grandes transformaciones visuales que tuvieron lugar tanto en el Decán como en la corte mogola. Del mismo modo, al final del siglo xvi y en el curso del xvii, los mogoles produjeron obras sorprendentes utilizando elementos que provenían de sus adversarios manifiestos, los Habsburgo. Influencias a las que se añadió, en pleno siglo xvii, la del naturalismo holandés, como ha demostrado Ebba Koch a propósito del *Padshahnama*, la obra maestra producida durante el reino de Shahjahan.⁴³ En sentido inverso, las pinturas mogo-

⁴⁰ Serge Gruzinski, *La pensée métisse* (Paris: Fayard, 1999); edición en castellano: *El pensamiento mestizo* (Barcelona: PlanetadelLibros, 2000).

⁴¹ George Elison, «Introduction: Japan in the Sixteenth Century», en G. Elison, Bardwell L. Smith, eds., *Warlords, Artists and Commoners: Japan in the Sixteenth Century* (Honolulu: University of Hawaii Press, 1981), pp. 4-5.

⁴² Ronald Toby, *State and Diplomacy in Early Modern Japan: Asia in the Development of Tokugawa Bakufu* (Stanford: Stanford University Press, 1991).

⁴³ Ebba Koch, *Mughal Art and Imperial Ideology: Collected Essays* (Delhi: Oxford University Press, 2001).

las llegaron a Ámsterdam para influir en diversos pintores, entre los que se encontraba Rembrandt. Se trata de un *feedback* entre Asia y Europa que merecería un estudio más preciso.

El siglo XVIII produjo, por su parte, un buen número de *passequers* o intermediarios culturales. Uno de ellos fue el veneciano Niccolò Manuzzi, que se hizo retratar ataviado con vestiduras típicas de los mogoles, entre quienes vivió, antes de trasladarse más al sur, durante los casi sesenta años que permaneció en Asia, donde murió hacia 1720. Ponía por delante su identidad europea, pero no siempre conseguía adecuarse a ella de manera convincente.⁴⁴ Los hombres como él y los artistas a los que patrocinaron no vivían *entre* los imperios, en esos intersticios tan queridos por los teóricos del poscolonialismo. Vivían *dentro* de los imperios, *a través* de ellos, y tan pronto se mostraban súbditos de uno como de otro. Sin duda, sería muy imprudente considerar que estos personajes constituían la norma: eran casos aislados desde un punto de vista estadístico, e incluso podemos considerarlos «anomalías» en el sentido que Carlo Ginzburg y los microhistoriadores dan a este término.⁴⁵ Pero, como Ginzburg, podemos considerar que estas anomalías no eran simples curiosidades, y que, por el contrario, permiten extraer enseñanzas generales, en este caso en cuanto a las posibilidades —y a los límites— de una conmensurabilidad interimperial.

En este punto podemos apoyarnos en el trabajo de Serge Gruzinski, ya evocado. En su libro *Las cuatro partes del mundo*, estudia de qué manera evolucionaron diversas artes visuales en México, Brasil, la India, Filipinas, China y Japón, entre 1550 y 1650, en el contexto del desarrollo de un imperio ibérico mundial.⁴⁶ Demuestra que, además de ciertas innovaciones formales, nuevos contenidos penetraron en pinturas y grabados. Dicho de otro modo: cuando el arte mogol y el del imperio portugués se conocieron, no se dieron la espalda, sino que se influyeron mutuamente, por mucho que el proceso no fuera ni simétrico ni continuo. En ciertos casos, como en el de la pintura mogola del *Padshabnama* que narra la toma de Hughli en 1632, o en la de Orchha, se traslada a un lenguaje local un elemento europeo como la representación de una ciudad.⁴⁷ En otros, el préstamo es más sutil, como la incorporación a comienzos del siglo XVII del halo característico de los santos cristianos en las representaciones del emperador mogol o, incluso, en la transferencia de ciertos motivos religiosos cristianos tomados de los grabados en madera que encontramos en un cuadro mogol.⁴⁸ De una manera similar, hallamos cambios, improvisaciones o, para retomar el término de Gruzinski, ras-

⁴⁴ Niccolao Manucci [Niccolò Manuzzi], *Mogul India, or Storia do Mogor*, trad. William Irvine, 4 vols. (Londres: 1907-1908), reimpresión Delhi: Gyan Publishing House, 1990. Aunque el texto original no se editó nunca íntegramente, disponemos de una edición parcial y bien ilustrada: Piero Falchetta, ed., *Storia del Mogol di Niccolò Manuzzi veneziano*, 2 vols. (Milán: Franco Maria Ricci, 1986).

⁴⁵ Carlo Ginzburg, «Geografische breedte, slaven en de Bijbel: Een experiment in Microgeschiedenis», *Nexus*, 35 (2003), pp. 167-184.

⁴⁶ Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde: Histoire d'une mondialisation* (París: La Martinière, 2004); edición en castellano: *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010).

⁴⁷ Milo Cleveland Beach y Ebba Koch, *King of the World: The Padshabnama, an Imperial Mughal Manuscript from the Royal Library*, Windsor Castle (Londres, Thames and Hudson, 1997), p. 180.

⁴⁸ Véanse los convincentes argumentos de E. Koch en *Mughal Art and Imperial Ideology: Collected Essays*, *op. cit.*

tros de mestizaje, en pinturas mexicanas o brasileñas. En algunos casos provienen claramente de ese contexto imperial que él denomina «la colonización del imaginario», y no de las circulaciones interimperiales más equilibradas ya evocadas, como cuando vemos a los pintores otomanos utilizar una paleta que proviene de su contacto con los Habsburgo. De este modo se crean situaciones que no son ni el resultado de la mutua indiferencia, ni un simple darse la espalda, ni una incomprensión de raíces profundas, sino fruto de lenguajes compartidos y cambios forjados a lo largo del tiempo por improvisaciones que al final son recibidas en una determinada tradición.

Mis conclusiones me aproximan a la opinión expresada por el filósofo Ian Hacking cuando se pregunta si ha habido alguna vez una traducción que no sea radicalmente falsa.⁴⁹ Igual que él, no tengo la seguridad ni de haber convencido a mis lectores ni de que no se haya producido ninguna «inconmensurabilidad radical» (análoga a la traducción imposible de Hacking) en el contacto entre imperios de la Edad Moderna. Como él, también estoy convencido de que las «encantadoras fábulas» sobre las que reposa la mayor parte de las pretendidas constataciones de inconmensurabilidad no resisten un análisis serio. Los imperios son en muy raras ocasiones naves que navegan sobre el mar tenebroso de la inconmensurabilidad, y cada nuevo estudio sobre el México de la década de 1520 hace más improbable la hipótesis de Todorov sobre la semiótica discontinua de la conquista.

Lo que entonces tuvo lugar fue más bien la aproximación, la improvisación y, finalmente, un desplazamiento en la posición relativa de cada parte concernida. Tras haber conquistado la India, los británicos no siguieron siendo —ni siquiera en la siguiente generación— los mismos británicos que la habían conquistado. Un autor portugués instalado en Vijayanagara en la década de 1550 era muy distinto de otro de 1505.

«Wenn ich Kultur höre [...] entsichere ich meinen Browning», escribió el dramaturgo Hanns Johst en su obra *Schlageter*, una frase que a menudo se ha atribuido, de manera errónea, a Goering, Goebbels o Zinoviev, y que se ha traducido como «Cuando oigo la palabra cultura, saco el revólver». Espero no haber dado pruebas de una misma intolerancia en mi argumentación sobre las posibilidades de una comunicación interimperial. Espero tan solo haber demostrado que, si bien el concepto de inconmensurabilidad cultural pudo haber sido útil en el pasado, aunque solo fuera para suscitar la discusión sobre el problema de los contactos interculturales, me parece que hoy ya ha agotado su potencial heurístico.

⁴⁹ Ian Hacking, *Historical Ontology* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2002), pp. 152-158.

7. A PROPÓSITO DE QUIENES LLEVAN SOMBRERO, SUS COSTUMBRES EN EL ASEO Y OTRAS PRÁCTICAS CURIOSAS¹

Verdaderamente, grandes personas serían los *firanguis*, si no tuvieran tres cosas tan malas: la primera, ser *Cafares* (es decir, infieles), la segunda, comer cerdo, y la tercera, no lavarse las partes por donde la naturaleza repleta expele lo superfluo de los corpóreos vientres.

Atribuido a SHAHJAHAN (r. 1628-1657)

Si preguntamos a cualquier indio culto por el nombre de un viajero famoso del pasado, quizá mencione a Marco Polo, Colón, Vasco de Gama, Ibn Battuta o alguno más reciente como V. S. Naipaul, Paul Theroux o William Dalrymple.² Con el paso del tiempo, los indios se han acostumbrado a que otros viajen por ellos sin llegar a hacerse a la idea de que también ellos han escrito sobre sus experiencias viajeras en el ancho mundo, mucho antes de que Vikram Seth, un autor de fama mundial, viajara a China o Amitav Ghosh se embarcara en sus viajes a Egipto y Camboya. No obstante, en un pasado no muy lejano, los indios viajaron mucho —a Irán, Asia central, el Imperio otomano e incluso Europa— y recogieron sus experiencias en interesantes relatos.

No tenemos certeza de cuándo viajó a Europa el primer indio, pero sí sabemos que, en 1499, cuando la flota de Vasco de Gama regresó a Portugal, llevaba algunos a bordo. Es probable que se tratara de sencillos marineros de Kerala que los portugueses habían reclutado más o menos a la fuerza, como parece indicar el hecho de que, en el apéndice del relato anónimo del viaje, haya un glosario de términos básicos en malabar recopilados por su autor, entre los que se encuentran «cuerda», «buque», «barca»,

¹ Traducción del inglés de Rosa Pérez.

² El título de este capítulo se ha extraído de Luís Silveira, ed., *Itinerario de Sebastião Manrique*, 2 vols. (Lisboa: Agência Geral das Colónias, 1946), vol. 2, pp. 267-268.

«mástil» o «pez», así como «gorro» o «sombbrero» (que consta como *tupy*).³ No obstante, parece que en las naves viajaron también informantes más cultos, como el mercader judío y espía que más adelante sería conocido como Gaspar da Gama y un timonel musulmán (probablemente de Gujarat), que ha sido identificado de manera errónea como el navegante árabe Ahmad ibn Majid. Es posible que algunos de estos hombres acabaran retornando a la India, pero también es cierto que casi todos los barcos portugueses que regresaron a Europa en los años siguientes llevaban a bordo hombres de lejanas tierras, algunos tan célebres como José el Indio, otros menos famosos y, en ocasiones, incluso de nombre y extracción social desconocidos. Es una lástima que ninguno de estos indios que visitaron Europa en las primeras décadas del siglo xvi haya dejado testimonio alguno aprovechable de sus experiencias. José es un caso interesante pero también frustrante. Sabemos que anteriormente, en 1490, había visitado Mesopotamia, donde fue ordenado sacerdote por el «catolicó» de la Iglesia de Oriente en Gazarta NBet Zabdai. En 1501, decidió embarcarse junto a otro sacerdote en la flota portuguesa que zarpaba de Kerala con la intención de visitar Europa. Su compañero murió pronto, pero José no solo llegó a Portugal en junio de ese mismo año, sino que, más tarde, visitó Roma, Venecia y Palestina, antes de regresar a la India, donde continuó ejerciendo su sacerdocio en Cranganor hasta, al menos, el año 1518. Pero, sorprendentemente, los únicos escritos disponibles de José son aquellos en los que describía a sus interlocutores europeos la situación en la India y Asia en general. Ese es el texto que Montalboddo publicó en su *Paesi novamente ritrovati*, donde el propio José se describe como un hombre de «cuarenta años, delgado, de tez oscura y estatura normal», pero también como «un hombre inteligente, veraz y de gran integridad». ⁴ No obstante, este hombre de «vida ejemplar» y «fe profunda» no quiso coger la pluma para informar a las gentes de Kerala, ni tan siquiera a su comunidad cristiana siria, de lo que había vivido en Europa y Palestina, a pesar de que esa información podría haber sido de gran importancia estratégica para la relación de la Iglesia siria con Roma.

Sin duda alguna, la conciencia de Europa en la India se hizo más intensa a medida que avanzaba el siglo xvi,⁵ pero, para la mayoría de sus habitantes, esta Europa no era un lugar físico, sino una región indeterminada de la que provenían los francos (*fīranghis*) o los que llevan sombreros (*kulab-poshān*). Ya en 1502-1503, las crónicas hadramíes del sur de Arabia hacían mención expresa a la presencia de portugueses en el océano Índico y de sus viles ataques a barcos mercantes entre el mar Rojo y la costa occidental de la India, pero sin llegar a mostrar verdadero interés por explicar a sus lec-

³ E. G. Ravenstein, *A Journal of the first Voyage of Vasco da Gama, 1497-1499* (Londres: Hakluyt Society, 1898), pp. 105-108.

⁴ Georg Schurhammer, «The Malabar Church and Rome before the coming of the Portuguese: Joseph the Indian's Testimony», en Schurhammer, *Orientalia*, László Szilas, ed. (Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, 1963), pp. 351-363.

⁵ He tratado algunas de estas cuestiones en un ensayo anterior que puede considerarse complementario de este; véase Sanjay Suhrahmanyam, «Through the looking glass»: Some comments on Asian views of the Portuguese in Asia, 1500-1700», en *As Relações entre a Índia Portuguesa, a Ásia do Sueste e o Extremo-Oriente – Actas do VI Seminário Internacional de História IndoPortuguesa*, Artur Teodoro de Matos y Luís Filipe F. Reis Thomaz, eds. (Macao – Lisboa: Instituto Cultural de Macao, 1993), pp. 377-403.

tores de dónde procedían estos francos ni cómo estaban organizados.⁶ Algo similar ocurría con los autores cristianos sirios que por esa época residían en Kerala. La célebre carta escrita en 1504 por los patriarcas Mar Jaballaha, Mar Thomas, Mar Denha y Mar Jacob al catolicós Mar Simeon anunciándole la llegada de los portugueses a la India, solo contiene indicaciones geográficas de lo más impreciso. Refiere que «desde Occidente han sido enviados poderosos barcos a estos países de la India por el rey de los cristianos, que son nuestros hermanos los francos. Su viaje les llevó un año entero ya que primero se dirigieron al sur y circunnavegaron Kush, que se llama Habesh. Desde allí vinieron a este país de la India, compraron pimienta y otras mercancías y regresaron a su tierra». Hacia el final de la carta, añaden que «el país de estos francos se llama Portkal, uno de los países de los francos, y su rey se llama Emmanuel».⁷ No obstante, no parece que el aspecto de este país ni su emplazamiento tuvieran el menor interés para los cuatro patriarcas.

EUROPEOS SIN EUROPA

El lector podría esperar más del *Tuhfat al-Mujāhidīn fi ba'z Abwāl al-Burtukāliyyīn* ('Obsequio a los santos guerreros en [forma de] algunas historias sobre los portugueses') de Shaikh Zain al-Din Ma'bari, un texto de finales del siglo xvi cuyo título anunciaba expresamente que iba a tratar de los portugueses. La obra estaba organizada en cuatro partes, la primera dedicada a algunos preceptos de la yihad, la segunda a la implantación del islam en Kerala, la tercera a algunas «extrañas costumbres de los infieles de Malabar» ('*adat kufrat malībar al-gharībat*) y la cuarta a «la llegada de los francos a Malabar y algunos de sus actos violentos contra los musulmanes». No obstante, esta cuarta sección, que es también la más extensa, no dice prácticamente nada sobre los portugueses como grupo ni sobre Portugal como país. Por el contrario, el texto empieza de manera abrupta refiriendo que «la primera vez que los francos aparecieron en Malabar fue en 903 a. h. [1498], que llegaron a Pantalayini en tres barcos al final del monzón indio y que de allí se dirigieron al puerto de Calicut, donde se quedaron varios meses, reuniendo información sobre Malabar y la situación del momento, tras lo cual regresaron a Portugal, sin haber establecido relaciones comerciales». El *Tuhfat* pasa entonces a describir con detalle guerras y paces, batallas y escaramuzas que se produjeron en la costa occidental de la India durante las décadas siguientes, especialmente hasta el final de la década de 1570, aunque con algunos añadidos posteriores sobre los años ochenta. El texto de Zain al-Din se convirtió en una de las fuentes utilizadas por Abu'l Qasim «Firishta» en su *Gulshan-i Ibrāhīmī*, escrito a principios del siglo xvii, en el que, una vez más, los portugueses aparecen, por así decirlo, como caídos del cielo. Gracias a la obra de Firishta nos enteramos de que en 1495, cuando «la debilidad y la anarquía habían invadido los reinos del Decán, los cristianos portugueses recibieron órdenes de su rey de construir fortalezas en las costas de los mares de la India».

⁶ R. B. Serjeant, *The Portuguese off the South Arabian coast: Hadramī chronicles* (Oxford: Oxford UP, 1961), p. 43.

⁷ Schurhammer, «Three Letters of Mar Jacob», en Schurhammer, *Orientalia*, László Szilas, ed., *op. cit.*, pp. 335-337.

Así pues, podemos hablar con motivo de una percepción inicial en la que, a los ojos de los indios, había «europeos sin Europa». En las crónicas persas y árabes, las creencias y, sobre todo, las prácticas de estos europeos son presentadas con perfiles muy definidos: se trataba de personas violentas, dadas a mentir e intrigar para promover sus intereses. Así los describe Zain al-Din:

Los musulmanes de Malabar tenían un buen vivir y la vida fácil gracias a la generosidad de los príncipes de la región, en lo que respectaba a sus costumbres y a las condiciones de su comercio. Pero [los musulmanes] olvidaron estos privilegios, pecaron y se rebelaron contra Dios. Fue por ese motivo que Dios envió a los portugueses para dominarlos, estos francos cristianos —¡Que Dios los abandone!— que los tiranizaron, los corrompieron y practicaron actos innobles e infames contra ellos. Los actos de violencia eran innumerables, el desdén y las burlas cuando los obligaban a trabajar; arrastraban sus barcos a dique seco; les arrojaban lodo a la cara y al resto del cuerpo y les escupían; los despojaron de su comercio y sobre todo pusieron trabas a su peregrinación [a La Meca], robándoles y prendiendo fuego a sus ciudades y mezquitas, y apoderándose de sus barcos, maltratando su libro sagrado y otros libros, pisoteándolos y quemándolos. Profanaban los santuarios sagrados de las mezquitas, incitaban a los musulmanes a la apostasía y a adorar la cruz, sobornándolos para tal fin; engalanaron a sus mujeres con las joyas y los suntuosos vestidos que habían arrebatado a las mujeres de los musulmanes y asesinaron a peregrinos y a otros musulmanes con toda clase de violencia. Insultaban al Profeta de Dios públicamente, capturaban musulmanes y los encadenaban y después los arrastraban al mercado para venderlos como esclavos.⁸

En esa misma línea, el autor seguía explayándose sobre el maltrato de mujeres musulmanas y hombres sabios, las conversiones forzosas y las humillaciones públicas, para concluir que «la enemistad de los francos es solo con los musulmanes y su fe, y no con los nayares y los otros infieles». Todo indica, pues, que estos cristianos de Occidente habían logrado abrir una brecha entre las poblaciones «infieles» (hindúes) y los musulmanes, que se veían a sí mismos como sus verdaderas víctimas.

Es difícil saber qué pensaban los hindúes de Kerala sobre esta cuestión, ya que la mayoría de los textos surasiáticos sobre los europeos, compuestos durante los siglos xvi y xvii, pertenecen a autores de la tradición persa o árabe-persa, si bien pueden encontrarse referencias en escritos de Sri Lanka como la *Rājāvāliya*, de la segunda mitad del siglo xvi, o la posterior *Mandārapurapuwatna*. C. R. de Silva ha argumentado de manera convincente que estos textos cingaleses no plasman una única perspectiva.⁹ Algunos, como la *Mandārapurapuwatna*, son, en sus propias palabras, «descaradamente tendenciosos» y retratan a los portugueses de manera bastante parecida a como lo hizo Zain al-Din, si bien es poco probable que estos dos textos se contaminaran entre sí. Así reza un pasaje del texto cingalés: «[Los portugueses] habiendo tomado y des-

⁸ *História dos Portugueses no Malabar por Zinad m: Manuscrito árabe do século xvi*, trad. y ed. David Lopes (Lisboa: Imprensa Nacion, 1898), pp. 44-47.

⁹ Chandra Richard de Silva, «Beyond the Cape: The Portuguese Encounter with the Peoples of South Asia», en *Implicit Understandings: Observing, Reporting, and Reflecting on the Encounters between Europeans and Other Peoples in the Early Modern Era*, Stuart B. Schwartz, ed. (Nueva York: Cambridge UP, 1994), pp. 295-322.

truido terrenos de templos, templos, bibliotecas y árboles sagrados de Bodhi en Lanka, establecieron falsas doctrinas imponiendo severos castigos y generaron malestar oprimiendo a muchas personas en diferentes lugares. Los numerosos habitantes de las llanuras que se negaron a aceptar el cristianismo fueron encarcelados con sus esposas e hijos y quemados hasta morir». Esta era una perspectiva ofrecida desde el altiplano central de Sri Lanka, una región que los portugueses no llegaron a conquistar ni tan siquiera en la cima de su poder. Si bien puede observarse una actitud muy parecida en otros textos como el *Rājasīha Hatana*, escrito alrededor de 1640, lo cierto es que algunos pasajes de la *Rājāvaliya* muestran una cara más amable de los portugueses. En un informe de esta crónica consta que los portugueses llegaron al puerto de Kolontota (Colombo), en Lanka, desde la India y que los lugareños se quedaron impresionados por su aspecto, pues son, escribió un informante, «una clase (*jāti*) de gente muy blanca y de gran belleza; llevan chaquetas y sombreros de hierro, y van de aquí para allá sin parar». El informe pasa a explicar que pagaban precios elevados por artículos sencillos y que tenían poderosos cañones que «hacían más ruido que los truenos en el fin del mundo». Al parecer, el rey de Kotte, Dharma Parakramabahu, se quedó tan impresionado con este informe que envió un príncipe disfrazado a observar a los recién llegados. Sus valoraciones fueron tan positivas que los portugueses fueron recibidos en la corte con «innumerables muestras de aprecio» y se hicieron íntimos amigos del soberano.

El tono de estos pasajes contrasta tanto con el resto del texto que ha suscitado muchas dudas sobre su autor. Hay quien ha pensado que podría tratarse de un cristiano converso, dispuesto, por tanto, a retratar a los portugueses bajo una luz sospechosamente favorable. Otros han creído ver un aire paródico o burlón en esta descripción que, hay quien piensa, va demasiado lejos para ser plausible.¹⁰ Sea como fuere, lo cierto es que este es uno de los pocos documentos autóctonos que no destaca la falsedad y violencia de los portugueses. De hecho, esta idea de que los francos eran maestros del engaño se plasma en un conocido *topos* que se inspira, de una forma bastante curiosa, en la historia de la fundación de Cartago por parte de Dido, de la que pueden encontrarse versiones en Guyarat, Sri Lanka, Malaca e incluso Camboya. La versión de la historia, que guarda relación con el puerto guyaratí de Diu y el sultán Bahadur (m. 1537), dice así:

Un día [los francos] acudieron a verlo [al sultán Bahadur] y le dijeron que los mercaderes de sus puertos que iban a la isla de Diu se veían obligados a dejar su productos y mercancías tirados por ahí; pero que, si el sultán les daba tanto terreno en la isla como una piel de vaca, y construirían cuatro paredes a su alrededor y luego guardarían sus posesiones dentro y se quedarían satisfechos. El sultán accedió a su petición. Cuando Bahadur tuvo que abandonar Diu para luchar contra sus enemigos, los *firangis* aprovecharon la oportunidad. Cortaron una piel de vaca en tiras y abarcaron todo el terreno que pudieron medir con ellas. Luego construyeron una sólida fortaleza de piedra, la armaron con guardias y mosquetes y se instalaron en ella.¹¹

¹⁰ Michael Roberts, «A Tale of Resistance: The Story of the Arrival of the Portuguese in Sri Lanka», *Ethnos*, 54.1-2 (1989), pp. 69-82.

¹¹ Extraído de Sikandar ibn Manjhu, *Mirāt-i Sikandari*, en E. C. Bayley, *The local Muhammadan dynasties: Gujarat* (Londres: W. H. Allen, 1886), pp. 394-395. Bayley rechaza la historia por considerarla inventada, ya que, tal como señala Sikandar, «parece improbable que el sultán fuera tan necio». Compárese, sin embargo, con las car-

Puede encontrarse una versión casi exacta de esta artimaña en el *Maba Hatana*, un texto cingalés de finales del siglo xvii que relata la fundación de la fortaleza portuguesa de Colombo, así como en un texto malayo sobre hechos ocurridos en Malaca en 1511.¹² Las crónicas mogolas profundizan en esta idea de la falsedad de los portugueses apuntando al modo en que, supuestamente, mataron al sultán Bahadur poco después, cuando visitó al gobernador Nuno en su barco anclado en el puerto de Diu.

He aquí, pues, una primera imagen persistente de los «francos» como personas poco de fiar que, a mi juicio, debe ponerse en relación con la que los ve como portadores de «maravillas» (*‘ajā’ib-o-gharā’ib*). Encontramos típicos ejemplos de esto en la corte mogola, que sabemos que envió representantes a Goa a finales de la década de 1570 para hacerse con algunos de estos extraños objetos. Entre ellos había instrumentos musicales, pero también aves y animales del Nuevo Mundo o productos como el tabaco. Es conocida la descripción de uno de estos instrumentos musicales, el *arghanūn*, que hizo ‘Abdul Qadir Badayuni: «era como una caja enorme del tamaño de un hombre. Un europeo se sienta dentro y toca sus cuerdas, y fuera otros ponen los dedos sin parar en las cinco alas de pavo real, y hacen todo tipo de sonidos. Y como el emperador [Akbar] se mostró muy complacido, los europeos siguieron acudiendo en las siguientes ocasiones vestidos de rojo y amarillo pasando de una extravagancia a otra. Las personas reunidas estaban asombradas con esa maravilla y, de hecho, es imposible que las palabras hagan justicia a su descripción».¹³ Una sensación similar de asombro (mezclada, en este caso, con recelo) impregna la recepción de otro artículo que apareció en la corte mogola gracias a la mediación de los portugueses, el tabaco. La mejor descripción que tenemos en este caso proviene del relato del cortesano mogol Asad Beg Qizwini, que regresó de la corte de Bijapur a Agra a principios de siglo xvii con algo de tabaco en su poder.¹⁴ Asad Beg relata que, a pesar de que había decidido regalar como tributo al emperador Akbar diversos artículos, entre ellos varios elefantes, el momento culminante de la ceremonia fue, de hecho, la entrega del tabaco que, si bien era bastante corriente en Bijapur, resultaba una novedad en el norte de la India. Sabiéndolo, Asad Beg había traído del Decán una pipa dorada (*chilam*) incrustada de piedras preciosas para fumarlo; la pipa medía tres yardas y había sido confeccionada en Aceh, Sumatra; tenía ambos extremos decorados y la boquilla provista de un rubí yemení de

tas intercambiadas entre Bahadur, el rey portugués y Nuno da Cunha recogidas en Muzaffar Alam y Sanjay Subrahmanyam, «Letters from a Sinking Sultan», en *Aquém e Além da Taprobana: Estudos Luso-Orientais à Memória de Jean Aubin e Denys Lombard*, Luís Filipe F. R. Thomaz, ed. (Lisboa: Universidade Nova de Lisboa, 2002), pp. 239-269.

¹² Véase Luís Filipe F. R. Thomaz, «Os Frangues na Terra de Malaca», en *Abertura do Mundo: Estudos de História dos Descobrimentos Europeus*, Francisco Contento Domingues y Luís Filipe Barreto, eds. (Lisboa: Presença, 1987), vol. 2, pp. 209-211.

¹³ Citado en Ahsan Jan Qaisar, *The Indian Response to European Technology and Culture AD 1498-1707* (Delhi: Oxford UP, 1982), p. 108. Para un análisis de estos pasajes, véase Sanjay Subrahmanyam, «The circulation of musical instruments in the Indian world, 1500-1800», *Oriente* (Lisboa), 2 (2002), pp. 76-83.

¹⁴ *Waqā'i-i Asad Beg*, Biblioteca Maulana Azad, Universidad musulmana de Aligarh, colección Abdus Salam, núm. 270-740(4), pp. 90-92; véase también el análisis en Qaisar, *Indian Response*, *op. cit.*, pp. 118-120. El relato de Asad Bed es tratado ampliamente en Muzaffar Alam y Sanjay Subrahmanyam, «Witnessing Transition: Views on the End of the Akbari Dispensation», en *The Making of History: Essays presented to Irfan Habib*, K. N. Panikkar, Terence J. Byres y Utsa Patnaik, eds. (Nueva Delhi: Tulika New Delhi, 2000), pp. 104-140.

buena calidad para hacerla incluso más atractiva. Asad Beg traía también un soporte de antorcha dorado típico del Decán, encima del cual había colocado una caja dorada para hojas de betel llena de buen tabaco, de la clase que, cuando se prendía fuego a una hoja, el resto ardía enseguida. Tanto la pipa como los complementos venían en un contenedor de plata cubierto con una tela de terciopelo. Akbar no pudo menos que mostrar curiosidad por el artificio. Uno de los nobles de mayor rango presentes en la ceremonia, Khan-i A'zam 'Aziz Koka, que había sido gobernador de Guyarat, explicó entonces que la sustancia se llamaba tabaco (*tambāku*) y que ya se usaba en La Meca y Medina. Mencionó también que el médico, Hakim Dawa'i, lo había llevado antes a la corte sin que Akbar le prestara mayor atención. Pero esa vez el emperador pidió que prepararan la pipa para ser fumada. Mientras se procedía a ello, apareció el médico y se lo desaconsejó enérgicamente. Pese a ello, el emperador se llevó la pipa a la boca y, tras darle dos o tres caladas, se la pasó a Khan-i A'zam, que hizo lo propio. Cuando, a continuación, el médico fue requerido para que explicara sus propiedades, respondió que el tabaco no se mencionaba en los libros tradicionales por haber sido descubierta hace poco tiempo; en cuanto a las pipas, explicó, solían llegar a los puertos (*banādir*) de la India procedentes de Aceh. A pesar de que los francos (*bukamā'i firang*) le habían atribuido muchas propiedades positivas, otro médico presente, Hakim 'Ali, añadió que se trataba de un medicamento no probado y, por tanto, peligroso, por lo que no podía recomendarlo sin investigar más. Al escuchar eso, Asad Beg intervino con un argumento bastante interesante. Arguyó que los francos no eran tan ingenuos como para no haber reflexionado sobre este punto, pues también ellos tenían hombres sabios, que rara vez se equivocaban al valorar tales cuestiones, de modo que no lo recomendarían a sus reyes y nobles sin haber experimentado con él y establecido sus propiedades. Sin duda, tenía tanto efectos beneficiosos como nocivos, pero no podía calificarse simplemente de vicio. A este argumento francófilo, Hakim 'Ali respondió, según parece, que no era necesario que los mogoles siguieran ciegamente a los francos en tales cuestiones. Asad Beg también tenía una réplica para eso. Al fin y al cabo, dijo, siempre se descubrían cosas nuevas en el mundo y, desde los tiempos de Adán hasta el presente, se habían sucedido los descubrimientos. Si una nación (*qaum*) descubría algo nuevo que luego se extendía por todo el mundo, el cometido de los filósofos y los sabios era averiguar sus efectos, tanto beneficiosos como nocivos. Podía darse que los efectos curativos de un producto fueran descubiertos después de un tiempo de ser ignorados, como había ocurrido con la raíz de China (*chūb-i chīnī*). Parece que este argumento obtuvo la aprobación de Akbar, quien añadió que el hecho de que algo no se mencionara en los libros antiguos no era, en realidad, razón suficiente para prohibirlo. Pero Hakim 'Ali y algunos otros se mantuvieron en sus trece y le pidieron al emperador que prohibiera el tabaco en su reino. Este mandó a buscar a un jesuita residente en la corte (quizá Jerónimo Javier), que explicó los beneficios del tabaco, sin lograr, no obstante, convencer a Hakim 'Ali. Todo indica que al final Asad Beg, que había regresado del Decán con gran cantidad de pipas y tabaco, se salió con la suya y obtuvo autorización para repartirlos entre diversos cortesanos, algunos de los cuales incluso le solicitaron de manera expresa el nuevo producto. El tabaco se popularizó rápidamente, hasta el punto de que su consumo se hizo habitual en todos los ambientes, y los mercaderes, que lo importaban del Decán, pudieron vender-

lo al precio que les plugo. Paradójicamente, el emperador Akbar no volvió a fumarlo nunca más.

Si bien las fuentes indias del siglo xvii proporcionan algunas noticias sobre los francos, apenas dicen nada sobre el país de donde estos procedían, *Firangistān* o *Bi-lād-i Afranj*. Basta ojear las memorias del emperador mogol Jahangir para confirmar esta impresión. En marzo de 1612, se hacen eco del regreso a la corte desde Guyarat del noble Muqarrab Khan, al que Jahangir había «ordenado ir al puerto de Goa por varios asuntos de negocios y ver al *vice-rei*, el gobernador de Goa, y comprar cualquier rareza que pudiera conseguir para el tesoro real». Entre las rarezas que consiguió, había «toda clase de objetos», incluidos varios «animales extraños e insólitos» como un pavo y un tipo de mono poco común o la curiosa «piña, que es una fruta que viene del puerto de los francos». ¹⁵ Como era habitual, esta presentación de los francos desde una perspectiva exótica viene inmediatamente seguida de una referencia a su aspecto más siniestro y pendenciero. Así, poco después, las memorias añaden que, en noviembre de 1613, «llegó la noticia de que los francos de Goa habían faltado a su palabra y habían saqueado en las inmediaciones del puerto de Surat cuatro barcos extranjeros que lo frecuentaban. Habían capturado también a muchos musulmanes apoderándose de sus bienes y enseres. Esto me resultó muy desagradable». ¹⁶ Pero las memorias de Jahangir no muestran el menor interés por el país de procedencia de los francos. Ni tan siquiera cuando en diciembre de 1617 hizo una breve visita al puerto de Cambay, «se subió a un *grab* [barco] y navegó aproximadamente un *kos* en el agua», no quiso hablar de nada más que no fuera Goa, como si la estructura política más grande de la que el virreinato formaba parte no le interesara lo más mínimo. Y, sin embargo, este desinterés suena impostado. A fin de cuentas, Jahangir no solo poseía un globo terráqueo que le habían regalado, sino que se conservan retratos suyos (por ejemplo, uno de Bichitr) en los que aparece sosteniendo con la mano uno en el que se distinguen los nombres de Rusia y Portugal. Desde la época de la primera misión jesuita a la corte mogola, la élite del reino había tenido acceso a documentos europeos tales como ilustraciones y xilografías que representaban ciudades y gentes, e incluso mapas de diversa clase. La interpretación habitual, sin embargo, es que estos documentos fueron recibidos con indiferencia en lo que respectaba a su contenido empírico. Un ejemplo típico es la historia narrada por sir Thomas Roe, el embajador inglés de la Compañía de las Indias Orientales ante Jahangir que, a principios de septiembre de 1617, le entregó la última edición del atlas de Mercator, «que le regalé con el pretexto de que no poseía nada de valor, pero que, como a gran rey que era le ofrecía el mundo, en el que él tenía un papel tan importante y valioso». Parece ser que una semana más tarde Jahangir le hizo algunas preguntas sobre los mapas y que, finalmente, se los devolvió. El motivo del rechazo fue que, tal como el propio Roe escribió, Jahangir había mostrado el atlas a sus *mulaies* [mulás] pero «ninguno había podido leerlo ni entenderlo». ¹⁷ Edward Terry, el capellán de Roe, transformó este incidente en un episodio mucho

¹⁵ *The Jahangirnama: Memoirs of Jahangir, Emperor of India*, trad. Wheeler M. Thackston (Nueva York: Oxford UP, 1999), citas en pp. 133-134 y 206.

¹⁶ *Ibid.*, p. 154.

¹⁷ William Foster, ed., *The Embassy of Sir Thomas Roe to India, 1615-1619* (Londres: Hakluyt Society, 1926), pp. 380-382.

más controvertido. En su versión, al recibir el «magnífico libro de Cosmografía de Mercator [...] [que] describía las cuatro partes del mundo y todos los países que contenían», Jahangir manifestó inicialmente interés, pero, en realidad, lo único que le interesaba era ver dónde estaban sus territorios. «Luego, como hizo mirar el libro de cabo a rabo y descubrió que no le correspondía nada más que lo que había visto al principio, y como se llamaba a sí mismo Conquistador del Mundo y no poseía más que una parte de él, pareció un poco contrariado, pero dijo con cortesía al embajador que ni él ni ninguno de los suyos entendía el idioma en el que estaba escrito el libro».¹⁸ Es decir, que los mogoles devolvieron el libro porque sus territorios les parecieron demasiado pequeños.

En su análisis de la supuesta reacción de Jahangir ante el libro de Mercator, A. Jan Qaisar se ha mostrado escéptico con ambas versiones, ya que, le parece, cuesta aceptar que los mapas europeos no despertaran curiosidad entre los indios. A fin de cuentas, poco tiempo después del incidente narrado, algunos nobles mogoles solicitaron al factor holandés de la Compañía de las Indias Orientales, Francisco Pelsaert, la importación de mapas de Europa, incluido un mapamundi. Por otro lado, el atlas, elaborado en torno a 1647 por un tal Sadiq Isfahani, si bien se ajusta básicamente a la tradición cartográfica árabe (en la que el sur se situaba arriba y el norte abajo, y los meridianos se determinaban sin tener en cuenta la curvatura de la Tierra), parece tener alguna influencia europea.¹⁹

APARECE EUROPA

Los ejemplos mostrados hasta ahora contradicen la idea de Simon Digby de que los habitantes de la India mogola apenas tenían interés empírico en «ultramar».²⁰ Y, sin embargo, si consideramos los principales elementos de su razonamiento, veremos que sería injusto rechazarlo por completo, ya que Digby sostiene que las menciones a los europeos en la literatura indo-persa de los siglos xvii y xviii «reflejan una diversidad de experiencias, grados de contacto y niveles de sofisticación». A grandes rasgos, distingue entre lo que denomina «testimonios fundados» y «creencias populares», pero arguye que, ni tan siquiera en la primera categoría, puede encontrarse nada de mucho valor empírico antes de finales del siglo xviii, cuando los intelectuales indo-persas entablaron una estrecha relación con los británicos. Por el contrario, sugiere «que la falta de curiosidad por cuestiones geográficas que estuvieran fuera de su alcance inmediato fue la reacción predominante entre las clases cultas del Imperio mogol durante los siglos xvi y xvii». Un ejemplo de ello es el caso del gran sabio Shaikh Abu'l Fazl (1551-1602), que se refería vagamente a las «islas de los francos» (*jazā'ir-i Firang*) como si Europa

¹⁸ Edward Terry, *A Voyage to East India* (Londres, 1965), p. 367; publicado por primera vez como parte de *A True relation of strange and admirable accidents which lately happened in the kingdom of the great Magor or Mogul* (Londres, 1622).

¹⁹ Irfan Habib, «Cartography in Mughal India», *Medieval India – A Miscellany*, 4 (1980), pp. 122-134.

²⁰ Simon Digby, «Beyond the Ocean: Perceptions of Overseas in Indo-Persian Sources of the Mughal Period», *Studies in History*, n.s., 14.2 (1999), pp. 241-259.

continental fuera desconocida para él. Para explicar cómo esto podía ser así, Digby trata de resucitar la hipótesis apuntada por M. N. Pearson, según la cual, los conocimientos empíricos de marineros y mercaderes no penetraron en el mundo de los «autores de obras en árabe y persa pertenecientes a la clase administrativa» a causa de «las profundas divisiones, horizontales y verticales, de la sociedad india».²¹

En suma, la típica perspectiva mogola —si seguimos a Digby— sería la de un autor de finales del siglo xvii como Amin al-Din Khan que en su *Ma'lumāt al-āfāq* ('Conocimiento de los horizontes'), informa a los lectores de la existencia de ogros con cabeza de caballo en el país de Firang, dando a entender que «ignoraba que los barcos europeos llevaban dos siglos navegando alrededor de África». En otra ocasión explica con mucho detalle una historia extraída de una versión «falsa» de las memorias de Jahangir, escrita quizá en el Decán en el primer cuarto del siglo xvii, titulada «Asesinato y resurrección de un hombre en el país de los francos», en la que un iraquí que visita su corte le cuenta a Jahangir sus percances en el país de los francos. Durante un viaje por mar realizado muchos años atrás, una fuerte tormenta lo desvió de su curso y lo llevó a una isla infestada de piratas francos de Portugal. La tripulación fue hecha prisionera y, tras ser examinada por un médico, algunos de sus miembros fueron encerrados para ser engordados. La aventura incluye episodios de sangrías y encantamientos, y hasta del asesinato y resurrección del hermano del narrador, al que le llegaron a cortar un brazo. Todo concluyó cuando el iraquí conoció al emperador de los francos (*Bādsbāb-i Firang*), que le dio autorización para abandonar la isla.²² En relatos como este, los francos son aún presentados como personajes de cuento del estilo de *Las mil y una noches*, viviendo aventuras no muy distintas a las de Simbad.

No obstante, esta valiosa y fascinante documentación presentada por Digby puede interpretarse de manera muy distinta si estamos dispuestos a reconocer que las *mirabilia* y los monstruos formaron también parte de la imaginación de los europeos durante mucho después de 1500.²³ De hecho, los monstruos abundaban en las descripciones europeas de otros lugares, incluso, relativamente cercanos, como una del Imperio otomano escrita en la década de 1720.²⁴ Pero, como ocurría con los europeos, la presencia de un registro fantástico (o de «maravillas»: *'ajā'ib-o-gharā'ib*) en el corpus documental indo-persa no impide, de hecho, la acumulación simultánea de textos políticos, económicos y de otro tipo redactados en un tono mucho más objetivo. Un im-

²¹ M. N. Pearson, *Merchants and Rulers in Gujarat: The Response to the Portuguese in the Sixteen Century* (Berkeley: University of California Press, 1976).

²² Digby, «Beyond the Ocean», *op. cit.*, pp. 250-252. Digby ha sugerido que estos textos pueden pertenecer a una tradición más amplia de «cuentos maravillosos»; véase al respecto Simon Digby, *Wonder-Tales of South Asia* (Jersey: Orient Monographs, 2000).

²³ Lorraine Daston y Katharine Park, *Wonders and the Order of Nature* (Nueva York: Princeton UP, 1998), que contrasta con la perspectiva mucho más teleológica de Jean Céard, *La nature et les prodiges: L'insolite au xvie siècle*, 2.^a ed. (Ginebra: Droz, 1996).

²⁴ Véase, por ejemplo, *Emblema vivente, ou, Noticia de hum portentoso monstro que da provincia de Anatólia foy mandado ao Sultão dos Turcos: com a sua figura, copiada do retrato, que delle mandou fazer o Biglerbey de Amasia, recebida de Alepo, em huma carta escrita pelo mesmo autor da que se imprimio o anno passado* (Lisboa Occidental: Pedro Ferreira, 1727), escrito quizá por José Freire de Monterroio Mascarenhas (1670-1760). Un análisis de este texto en Laura Lunger Knoppers y Joan B. Landes; introducción, en *Monstrous Bodies / Political Monstrosities in Early Modern Europe*, Knoppers y Landes, eds. (Ithaca, NY: Cornell UP, 2004), pp. 1-6 y 21-22.

portante texto mogol poco conocido de principios del siglo xvii es un buen ejemplo de ello. Se trata de la obra titulada *Rauzat al-Tāhirīn* ('El jardín de la Inmaculada'), escrita por un tal Tahir Muhammad ibn 'Imad al-Din Hasan ibn Sultan 'Ali ibn Haji Muhammad Husain Sabzwari.²⁵ El autor pertenecía a una familia iraní; su padre, 'Imad al-Din Hasan, había sido funcionario mogol en Guyarat, y uno de sus hermanos, poeta en la corte. Este texto muy extenso, iniciado antes de 1011 a. h. (1602-1603) y terminado en 1015 a. h. (1606-1607), se compone de cinco libros (*qism*), el último de los cuales trata, entre otras cosas, de «las maravillas y curiosidades de los puertos e islas» (*'ajā'ib-o-gharā'ib ki dar banādir-o-jazā'ir wa atrāfo-akñif-i ān bilādast*) próximos a Bengala, e incluye «información sobre Ceilán, Pegu, Arakán, Koch Bihar y Portugal», que el autor había averiguado en gran medida a partir de los escritos de un tal Khwaja Baqir Ansari, que, según parece, llevaba tiempo sirviendo como funcionario mogol en la provincia de Bengala (*az nuskha-i Khwāja Bāqir Ansāri ki muddat-i ma'did dar wilāyat-i Bangāla ba khidmat-i bakhshigarī qiyām dāshta and*). Estos escritos sobre países exóticos vienen después de un capítulo (aparentemente escrito en 1014 a. h. [1605-1606]) que trata de cómo los mogoles habían arrebatado Bengala a la dinastía afgana Karrani.

El libro quinto empieza con una mención a Sri Lanka (*Sīlān*), descrita como «sometida al yugo del Indostán». Su principal interés es su comercio, y los mercaderes acuden allí para llenar las bodegas de sus barcos de canela (*dār-chīnī*) y clavo (*qaranfal*), especias que pueden encontrarse en abundancia, así como de ciertas piedras preciosas. El autor, Tahir Muhammad, refiere que este comercio estaba controlado desde hacía tiempo por los francos, pues cuando llegaron, el soberano de Sri Lanka carecía de los efectivos para hacerles frente. Pero, añade, «hoy que sus gentes han reunido grandes ejércitos y numerosos elefantes, están oponiendo resistencia a la entrada de los *frangis* por lo que, en consecuencia, hay menos canela». Otro apartado habla de Koji (quizá Cochín), que es descrito como una isla de la que se obtiene mucho clavo y está dominada en su mayor parte por los musulmanes. Una lectura más atenta revela que el autor se refiere, de hecho, a las Molucas. Explica que sus habitantes tienen una economía natural y que no conocen ni el oro ni la plata, de modo que todas las transacciones se realizan con clavo. Los barcos llevan telas y arroz y regresan con clavo. En los últimos tres años, es decir, después de 1600, van barcos de Bengala, pero el viaje se considera un poco peligroso. También se menciona un loro parlante muy vistoso que habita en la isla.

Tahir acomete a continuación una descripción muy detallada del reino de Pegu en Birmania, que, de hecho, está a solo unos días por mar de Bengala. Refiere que su rey posee cinco elefantes blancos y que su estilo de vida es distinto al de los musulmanes e hindúes (*az tarīqa-i Musalmānān-o-Hindū'ān alabida ast*); una peculiaridad de sus habitantes es que adoran al camello (*ushtūr*), de manera que cualquiera que lleve camellos

²⁵ Biblioteca Bodleiana, Oxford, Ms. Elliot 314 (Sachau-Ethé núm. 100), *Rauzat al-Tāhirīn*, libro 5, capítulo 5, fls. 621a-626; véase también Biblioteca Británica, Londres, Ms. Or. 168, fls. 698a-700. Para un resumen breve y un tanto engañoso, véase H. M. Elliot y J. Dowson, *The History of India as Told by Its Own Historians: The Muhammadan Period* (Londres: Truber and Co., 1872), vol. 6, pp. 195-201. Se pueden encontrar otros ejemplares en la biblioteca de la Sociedad Asiática de Bengala, en Hyderabad y en Lucknow. Sabemos que este texto también estaba en la biblioteca del sultán Tipu y que podría ser el mismo que el manuscrito conservado por la Sociedad Asiática.

allí puede hacer mucho negocio, ya que están dispuestos a pagar un precio desmesurado por ellos. También hace algunos comentarios sobre la naturaleza de la organización social y sus extraños usos y costumbres. En un alarde bastante gratuito de erudición, explica que en Pegu los sabios y la gente instruida se denominan *rāwali*, que equivale a *‘ālim* y *fāzil* en el islam, *pādri* en Firang, *kashish* en Circasia y Georgia, y *pan-dit*, *sannyāsi* y *barhaman* en el Indostán. Cuando uno de ellos muere, venden sus bienes y, durante tres días, nobles y plebeyos se congregan y festejan con comida y bebida compradas con el dinero obtenido; a continuación, plantan un jardín en su memoria, donde llevan el cadáver, le llenan la panza de pólvora y le prenden fuego; cuando el cuerpo ha quedado reducido a cenizas, recogen los huesos y los entierran. Los nobles, visires y otras personas, pequeños y grandes (*umarā’-o-wuzarā’ wa khwurd-o-buzurg*), acuden a la corte para presentar sus solicitudes al rey (*bākim*), para lo cual se postran con las manos sobre la cabeza, que apoyan sobre sus pies. Nadie se atreve a levantar la voz en su presencia. Celebran sus principales festejos en silencio, de modo que cualquiera que hable es encarcelado de inmediato. Pero no todo es extraño, pues el viernes también es su día especial, en el que se predica el *rāwali*, generalmente exhortando a los fieles a respetar a todo ser vivo. En los santuarios de sus ídolos (*but-khāna*) hacen danzas, en las que algunas muchachas se embriagan, entran en trance y sacan espuma por la boca; festejan de modo especial dos días al año, en los que dan la bienvenida al diablo (*shaitān*) en los santuarios de sus ídolos bebiendo alcohol; quien se pierda este festejo está triste el resto del año porque se cree que eso le traerá mala suerte. Estas descripciones dan a entender que incluso un reino vecino podía ser percibido con una mezcla de «asombro» y precisión empírica.

El autor pasa a describir la ciudad de Pegu, que tiene veintiocho puertas hechas de latón y bañadas en oro, lo que crea la ilusión de ser de oro macizo; son todas idénticas, de modo que un viajero puede confundir una con otra muy fácilmente. Esta es una ciudad única en el mundo, escribe Tahir, pues los maravillosos santuarios dedicados a sus ídolos están hechos de latón (*ruṭm*) con las paredes bañadas en oro. Pero los usos sociales dejan mucho que desear. Por ejemplo, se trata de gente que come animales de toda clase, lo que entra en contradicción con las prédicas de los viernes. Los hermanos a menudo se casan entre sí y, cuando se les reprocha, dicen que descienden de Hazrat Adam (Adán) y que hacen como él. Sus prácticas sexuales fascinan y a la vez horrorizan a nuestro autor indo-persa. Una de las cosas más asombrosas es que algunos hombres se abren el pene (*nafis*), se introducen campanitas de oro (*zangul*) del tamaño de un guisante grande entre la piel y la carne, a continuación se lo cosen y, gracias a la magia de unas fórmulas que recitan, se curan enseguida.²⁶ Cuando tienen una erección, al principio no pueden unirse con sus esposas y tienen que excitarlas durante un rato con las puntas de los dedos, cuando las penetran no pueden separarse hasta que están completamente satisfechos y aun así tienen que hacer grandes esfuerzos para lograrlo. Tahir asegura haber oído contar que, en cierta ocasión en la que se declaró un incendio en Pegu, fue necesario sacar a algunas parejas de sus casas en las ca-

²⁶ Anthony Reid habla de esta costumbre en *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680: The Land Below the Winds* (New Haven: Yale UP, 1988), vol. 1, pp. 148-151.

mas en pleno coito porque no se podían separar. Su fascinación por la desvergüenza (*bi-ghairati*) de las mujeres de Pegu le lleva a asegurar que si un mercader de visita en el país desea a la hija de un notable, se la ofrecen de inmediato pero que, si la muchacha queda embarazada o tiene un hijo, lo obligan a quedarse.²⁷

La descripción, mezcla de admiración y desaprobación moral, concluye con una valoración estratégica en la que asegura que el ejército de Pegu no es nada del otro mundo, ya que, aunque es numeroso, los caballos son mucho más pequeños que los de la India y se compone sobre todo de soldados de infantería. También se han librado allí varias guerras crueles, como la de 1002 a. h. (1593-1594), en la que se produjo una gran masacre, o *qat-i khalaiq*, seguida de una hambruna.²⁸ El principal cultivo es el arroz, si bien también crecen muchos tipos de fruta, como el mango y los plátanos, que se exportan a Bengala. La descripción del reino de Pegu concluye con una breve alusión al puerto de Martaban, famoso por la calidad de sus elefantes, pero carente casi por completo de oro o plata, lo que obliga a utilizar engorrosas monedas de cobre (*biranjī*).

Su siguiente objetivo es el sultanato de Aceh (Áchīn) en el norte de Sumatra que, a diferencia de Pegu, se encuentra fuertemente condicionado por la presencia portuguesa. Empieza refiriéndose a algunos de los principales productos de la región, como el incienso (*lubān*), la pimienta (*fil-fil*) y, sobre todo, el alcanfor (*kāfir*), que se obtiene en una región habitada por caníbales (*ādam-khor*), que todos los años se lo llevan al soberano de Aceh como tributo. Tras mencionar diversas teorías sobre el origen del alcanfor, destaca que el soberano de Aceh había enviado una muestra de la madera de la que se extrae (junto con otros obsequios) al emperador Akbar a través de sus agentes (*wukalā-i khwud*), una referencia interesante a lo que debió de ser una embajada achenesa a la corte mogola. A continuación, describe los usos y costumbres sociales de los «caníbales», que viven distribuidos en aldeas, si bien todos están emparentados entre sí; cuando uno de ellos, asegura, cae gravemente enfermo, lo matan, distribuyen las diversas partes de su cuerpo entre las distintas familias y reservan la cabeza para el jefe (*kalāntar*).

La ciudad de Aceh, sigue describiendo Tahir, está en su mayor parte dominada por un poderoso guardián (*kotwāl*) que vigila estrechamente todo lo que sucede en ella. Es bastante estricto con la moralidad sexual, ordenando la lapidación de los amantes díscolos, y con los ladrones, a los que les cortan las extremidades, un castigo que escandaliza a Tahir Muhammad. Otro castigo que se aplica con rigor es el exilio, algo que a nuestro autor vuelve a parecerle bastante severo. Pero, por otra parte, le impresiona de un modo muy favorable la determinación de los acheneses de luchar contra los francos, y observa que, incluso mientras realizan los actos más sencillos y cotidianos, como beber agua o vestirse, dicen que lo hacen con ese empeño. Los francos no han podido controlar un país habitado por gente tan resuelta, aunque debe reconocerse que ello se debe, en parte, a la cadena montañosa que los separa. Cuando ven que se aproxima una nave, u oyen el disparo de un cañón, los belicosos acheneses se defienden espar-

²⁷ Esta idea de Pegu ya aparece en el relato del siglo xv del ruso Afanasii Nikitin, sobre el cual puede verse Jean-Yves Guillou, *Le voyage au-delà des trois mers de Afanasij Nikitin (1466-1472)* (Quebec: Fayard, 1978), p. 34.

²⁸ Para un análisis de los hechos, veáse Victor B. Lieberman, *Burmese Administrative Cycles: Anarchy and Conquest, c. 1580-1760* (Princeton: Princeton UP, 1984), pp. 38-60.

ciendo sobre el agua un aceite secreto (que era monopolio real), al que luego prenden fuego. El hecho de que también posean salitre en abundancia en este país es asimismo de ayuda para la guerra.

Tahir Muhammad trata de averiguar el origen de los soberanos (*bākim*) de Aceh, que, en un primer momento, estuvo gobernado por un linaje de sayyides originarios de Náyaf. Narra con detalle la historia —claramente inspirada en tradiciones populares de Aceh— de cómo uno de estos sayyides capturó y esposó a una criatura sobrenatural o hada (*pari*), obteniendo así amplios poderes. Cuando el hada escapó, él cayó enfermo y murió, pero seis de sus hijos pasaron a gobernar la región hasta que su linaje se extinguió, con lo que la sucesión acabó recayendo en ciertos sayyides originarios de Java (*sa'adāt-i abl-i Jāva*), que habían sido notables en Aceh.²⁹ Tahir pasa entonces revista a la transición entre el sultán 'Alauddin Mansur Syah (r. 1577-1589) y el sultán «usurpador» 'Alauddin Riayat Syah al-Mukammil (el abuelo del célebre sultán Iskandar Muda, r. 1607-1636). Otras fuentes de la época afirman que Al-Mukammil mató a Mansur Syah y después gobernó durante un tiempo como regente del «rey niño», el sultán Buyung, antes de tomar directamente el poder en torno a 1596.³⁰ Tahir explica que en 999 a. h. (1590-1591), estalló una disputa entre el soberano y uno de sus cortesanos, a raíz de la cual este último decidió entrar en el palacio con sus seguidores para asesinar al sultán y hacerse con el poder. Pronto el nuevo soberano adoptó la costumbre de adueñarse, aduciendo motivos diversos, de las propiedades de los mercaderes que no le eran afectos. Entre las víctimas se encontraron incluso los enviados por Sa'id Khan, el gobernador de Bengala en tiempos de Akbar. Todas las protestas (*mahzar*) de Sa'id Khan y otros nobles bengalíes (*buzurgān*) cayeron en saco roto. En definitiva, en la visión de Tahir, la admiración por la valentía de los acheneses frente a los portugueses se atempera por el reconocimiento del carácter tiránico (y «mal genio» innato) de sus soberanos. De hecho, señala que, en torno a 1606-1607, la situación se agravó debido a que el soberano de Aceh se había apoderado de dos o tres puertos más y adquirido un poder que suponía una grave amenaza para sus vecinos.

Algunas descripciones de Tahir Muhammad no merecen mayor interés. Tal sería el caso de la de Champa (en el sudeste asiático continental), donde comerciaban los portugueses, o de un puerto próximo a China (quizá Macao) habitado por cristianos, judíos, zoroastrianos y algunas personas procedentes de la India.³¹ Cosa distinta es la de Arakán, situado en el norte de Birmania, que en algunos aspectos se parece a la descripción de Pegu, o la de las islas Nicobar a la que sigue —con una lógica algo desconcertante—, otras del reino de Koch Bihar en el norte de Bengala y de Asam y Tippera. Al finalizar su recorrido, Tahir Muhammad insiste en la gran diversidad de gentes que pueden encontrarse en el mundo: «son todas distintas, todas son felices a su manera y todas menosprecian las costumbres del resto». Y eso que todas esas regiones están relativamente cerca de

²⁹ *Rauzat al-Tāhirīn* (Ms. bodleiano), fl. 623b.

³⁰ Compárense con Jorge dos Santos Alves y Pierre-Yves Manguin, *O Roteiro das Cousas do Achem de D. João Ribeiro Gaio: Um olhar português sobre o Norte de Samatra em finais do século XVI* (Lisboa: Centro de Estudos de Comunicação e Cultura, 1997).

³¹ Una vez más, puede resultar conveniente una comparación con Nikitin y su descripción de «Shabait». Véase A. S. Morris, «The Journey beyond Three Seas», *The Geographical Journal*, 133.4 (diciembre de 1967), pp. 502-508.

Bengala y que sus noticias se basan, en su mayor parte, en los escritos de Khwaja Baqir Ansari, mencionado antes. No ocurre así con la siguiente sección, titulada «Una breve descripción del reino de Portugal, que está gobernado por el emperador de Firang».³²

Tahir Muhammad empieza explicando que «Portugal» es una ciudad muy grande, que es la capital (*pā-i takht*) del Badshah de Firang, el emperador de los francos. A unas veinte leguas de su límite con el Magreb se encuentran ciudades como «Kasmalta» (aún sin identificar). Luego, pasa directamente a relatar las «maravillas» de la región. Cuenta que había una gran cueva (*ghār*) en el Magreb donde vivían los genios; allí se extraviaron varias personas, algunas de las cuales regresaron, pero un hombre se quedó y se convirtió en el maestro de las artes mágicas, por lo que el emperador de los francos cerró el acceso a la cueva. Esta historia se interrumpe cuando Tahir adopta un registro narrativo más objetivo y político. Entonces anuncia a sus lectores que va a describir cómo el emperador de Portugal (es decir, Sebastián I) entró en conflicto con el soberano del Magreb en 987 a. h. (1579), en una batalla en la que fue derrotado y muchos de sus seguidores hallaron la muerte.³³ De hecho, nadie sabía a ciencia cierta si el emperador había salido con vida de la batalla, puesto que algunos francos aseguraban que solo lo habían hecho prisionero. Su tío (es decir, el cardenal Enrique I) asumió entonces el poder y pidió que se abriera la cueva mágica. Algunas personas clarividentes que llevaban siete años encerradas en ella disiparon todas las dudas al afirmar que el emperador de Portugal había muerto en la batalla.

A continuación, Tahir Muhammad nos informa de que él mismo fue enviado al puerto de Goa en 1579-1580 por el emperador Akbar como parte de una misión (*hijābat*). Refiere que el puerto estaba controlado por los gobernadores (*hukkām*) del emperador de Portugal y que, en el curso de su misión, supo que este llevaba tiempo queriendo hacerse con el reino del Magreb, por lo que cuando un hermano despedido del monarca reinante le ofreció un plan para la conquista, lo aceptó inmediatamente, preparó sus barcos y puso rumbo al norte de África. Entretanto, el rey del Magreb envió en secreto a uno de sus confidentes a reunirse con su hermano con el fin de transmitirle el siguiente mensaje: «Eres descendiente del Profeta. Es impropio que ayudes a los francos a conquistar un país que lleva tanto tiempo bajo el dominio del islam (*tasarruf-i Islām*). Si lo conquistan, los pueblos del Magreb tendrían que convertirse al cristianismo». Así, hizo prometer a su hermano que no seguiría adelante con su plan de traición. El «despedido» cambió entonces de bando y engañó a los francos diciéndoles que el ejército magrebí era pequeño y podrían derrotarlo fácilmente. Confiados, aquellos desembarcaron y empezaron a perseguirlo tierra adentro hasta que, cuando ya estaban lejos de la costa, se percataron de que habían caído en una emboscada. A lomos de hermosos caballos árabes, las tropas del Magreb arremetieron contra los portugueses matando a un gran número de soldados. El propio emperador de los francos fue pisoteado hasta tal punto que nadie pudo ni tan siquiera reconocerlo. Lo que quedó de su ejército se retiró a sus naves y regresó a Portugal. Como el emperador de Portugal no tenía heredero, el rey de España (*Ray Aspānya*, del portugués «El Rei de Es-

³² *Rauzat al-Tābirīn* (Ms. bodleiano), fl. 626b.

³³ De hecho, la batalla se libró el 4 de agosto de 1578 (30 *jumada al-awwal* de 986 a. h.).

panha»), un rey poderoso entre los francos, entró en Portugal y se apoderó de él. Cuando la noticia llegó a Goa, los francos de los puertos del Indostán aceptaron su autoridad sin vacilar. Tahir Muhammad refiere que tuvo que quedarse en Goa hasta la llegada del nuevo gobernador, enviado por el rey de España, y fue, por tanto, testigo de la transición. Tras un año entero de espera, por fin partió de Goa, quizá en 1581, para viajar al puerto de Khambayat (Cambay), donde su padre ocupaba un cargo administrativo (*mu-tasaddi*). Por último, regresó a la corte de Akbar para presentarle sus respetos, pero también, probablemente, para informarle de lo que había sucedido en el lejano Portugal.

Por supuesto, la versión de Tahir Muhammad sobre la catastrófica campaña de Sebastián I en 1578 no es del todo fiel a la realidad. En primer lugar, la desplaza un año, situándola en 987 a. h. en vez de 986, lo que puede explicarse por el hecho de que ese fue el año que la noticia llegó a Goa. En segundo lugar, los dos rivales del Magreb no eran hermanos, sino tío y sobrino. Es cierto que el soberano saadí 'Abd al-Malik, había llegado al trono después de desplazar a su sobrino Muhammad al-Mutawakkil, pero no hay indicios de que este, que murió luchando contra los portugueses, les hubiera tendido una emboscada.³⁴ Así pues, la versión de Tahir presenta una imagen de solidaridad entre los musulmanes demasiado bonita para ser cierta. A pesar de estas imprecisiones, el relato de los hechos se sitúa en el registro objetivo de la crónica política y no en el registro fantástico del género de *'ajā'ib*. Lo mismo puede decirse de su conclusión, un análisis etnográfico de los francos, a los que había podido conocer en persona.

En suma, la comunidad de los francos (*tā'ifa-i Firang*) viste finas ropas, pero son a menudo desaliñados (*chirkīn*) y con granos. No les gusta utilizar el agua (*ba āb muqayyad nist and*). Se bañan muy rara vez. Entre ellos, lavarse después de hacer sus necesidades (*tihārat-o-istinjā*) es considerado impropio. Son muy diestros en el uso de armas de fuego (*tufang*) y son particularmente valientes en barcos y en el agua. Pero no son tan valientes en tierra. La comunidad malabar, que vive cerca de Ceilán y son musulmanes, está formada por unos cinco mil hogares. Su principal cometido es hacer la guerra (*ghazā*) a los francos. Y, pese a sus debilidades, consiguen vencer a los francos.

Valientes en el agua, cobardes en tierra, los francos no solo son falsos y poco de fiar, sino que también van sucios, no se bañan y, lo peor de todo, no se lavan después de hacer sus necesidades. Pero para Tahir, incluso al diablo hay que reconocerle los méritos. Por ello, insiste en su gran dominio de la navegación. Entre los peligros del mar están los remolinos que engullen barcos, pero los francos saben cómo evitarlos; cuando ven nubes amenazantes, simplemente disparan cañonazos que las empujan hacia arriba y así evitan que se formen remolinos; cuando ven un tiburón (*nahang*), arrojan una bolsa al mar para que se la trague, quede satisfecho y no les ataque; incluso cuando un fuego especial (quizá el fuego de san Telmo) se abate sobre la nave, impidiéndole avanzar y amenazando con hundirla, los francos saben cómo solventar la situación.

Como se puede ver, Tahir Muhammad recurrió tanto a lo maravilloso —de he-

³⁴ Un examen detallado de esta batalla en Pierre Berthier, *La bataille de l'oued El-Makhazen, dite bataille des Trois Rois (4 août 1578)* (Paris: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1985); véase también Lucette Valensi, *Fables de la mémoire: La glorieuse bataille des Trois Rois* (Paris: Seuil, 1992).

cho, su libro se presenta como un «libro de maravillas» (*shagraf-nāma*)— como a un tono mucho más empírico, para tratar de Europa, al igual que hizo para describir Pegu, Aceh y otras islas del océano Índico. De hecho, las breves descripciones que concluyen el capítulo continúan conjugando ambos registros. La descripción de las islas Maldivas (*Dīv Maball*), situadas en la ruta de Aceh a Surat, tiene un carácter fundamentalmente etnográfico. Los habitantes se visten con hojas de árboles y comen sobre todo pescado, mientras que el agua dulce escasea; la gente no se preocupa de llevar ropa; hombres y mujeres viven juntos de manera indiscriminada bajo el mismo techo. Más exótica le resulta aún una isla situada entre Portugal y la India (quizá Santa Elena) descubierta cien años antes. Está deshabitada, pero hay cabras y vacas, y mucha sal mineral. Los francos que se sienten desdichados (*muflis*) desembarcan en la isla y se quedan un año en ella, cazando y desollando animales, hasta que el barco regresa a recogerlos. Una vez más, emplea para describirlas un tono bastante objetivo; estas no son las islas de Simbad ni están pobladas por hombres de una sola pierna y pájaros parlantes. Puede que las maravillas existan, pero no abundan por igual en el ancho mundo.

SE ALCANZA EUROPA

Si bien va mucho más lejos en su realismo que ninguna otra de las obras que hemos analizado en este ensayo, la de Tahir Muhammad no puede ser considerada aún una crónica de Europa escrita en primera persona. De hecho, ninguna de las narraciones del siglo xvii podrá considerarse como tal. Sabemos que una gran cantidad de indios viajaron a Europa antes de 1700, y que algunos de ellos se quedaron años e incluso décadas. A mediados del siglo xvii, los príncipes y principitos de origen surasiático —procedentes de Arakán, las Maldivas, Jaffna, Bijapur, Badakhshan y muchos otros lugares— se contaban por decenas solo en Portugal.³⁵ Pero ninguno de ellos describió lo que sus ojos habían visto. No obstante, cuando ingleses, holandeses y, por último, franceses se sumaron a los portugueses en la India, la complejidad de las divisiones internas de Europa se hizo patente para cortesanos y soberanos desde Calicut y Golconda hasta el Imperio mogol. Así, a finales del siglo xvii, cuando sir William Norris, embajador de la «Nueva» Compañía Inglesa, se presentó en la corte de Aurangzeb en el Decán, fue interrogado abiertamente sobre el carácter preciso de las relaciones políticas en Europa. ¿Cuál era el vínculo de Guillermo de Orange (Guillermo III) con la Compañía Holandesa? ¿Era, de hecho, Luis XIV el rey más grande de Europa en ese momento? Lo que resultó particularmente irritante del interrogatorio para Norris fue que los funcionarios de la corte mogola cotejaran sus respuestas con las que anteriormente habían dado los representantes de la «Vieja» Compañía para descubrir las contradicciones entre ambas.³⁶

³⁵ Como botón de muestra, véase «Príncipes, e pessoas de sangue real convertidos no Oriente pelos religiosos de S. Agostinho», en *Documentação para a História das missões do padroado português no Oriente: Índia*, vol. 12, António da Silva Rego, ed. (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações do Descobrimentos Portugueses, 1958), pp. 62-66.

³⁶ Biblioteca Británica, Londres, Colecciones de Oficinas Orientales y de la India: Mss. Eur. D. 1075, de O.C. 57-1,

El siglo xvii produjo también algunas descripciones de los europeos escritas en sánscrito, si bien escasas y bastante lacónicas. Un ejemplo es la *Viśvaguṇādarśacampū* de Venkatadhvarin, donde dos voces enfrentadas proponen sendas perspectivas alternativas de la ciudad de Madrás.³⁷ Una de ellas insiste en que los europeos (denominados «hūnas», o hunos en el texto) se asocian con productos e ingenios poco comunes (*vastu adbhutam*, similar en esencia a la idea del ‘ajā’ib), «nunca cogen por la fuerza el dinero de nadie injustamente» y aplican reglas estrictas en los castigos. Pero los «caras blancas» (*Ēvetavadanāh*), como despectivamente los designa, tienen también su lado negativo: «no hay nadie peor en este mundo que los hunos: son despiadados, tratan a los brahmanes con desprecio, como si no fueran mejores que briznas de hierba; no hay palabras para expresar sus vicios; no les importan nada las reglas de limpieza». Esta última pulla puede aludir, una vez más, a la falta de higiene corporal de la que hablaba Tahir Muhammad. Estas reflexiones de Venkatadhvarin tendrán eco en textos sánscritos posteriores como *Sarvadevavilāsa*, de finales del siglo xviii, donde, una vez más, los caras blancas (*Ēvetamukkas*) son comparados con el malvado Rávana.³⁸

Pese a los textos hasta ahora examinados habrá que esperar hasta 1750 para encontrar los primeros testimonios oculares indios sobre Europa. Estos han recibido mucha atención recientemente por parte de historiadores de la época colonial. Los autores indios dedicados a describir a las gentes de Europa, de hecho, siguen bastante obsesionados con el problema de la identidad india, aunque esté definida desde un prisma europeo.³⁹ Además, los propios autores británicos de la época colonial estuvieron bastante interesados en el concepto que los indios tenían de ellos y de su civilización, un hecho que explica la fama de la que gozó, por ejemplo, *Masīr-i Tālibī fi bilād-i afranjī* (‘Los viajes de Talib en la tierra de los francos’) de Mirza Abu Taleb Khan Isfahani, traducido al inglés por Charles Stewart ya en 1810.⁴⁰ El autor, que viajó a Inglaterra entre 1799 y 1803, ofreció una perspectiva no siempre benévola de sus habitantes, pero sí lo bastante grata en el sentido de que solía comparar el vigor de Albión con la decadencia india. También es muy conocido el *Shagraf-nāma-i wilāyat* (‘Libro de las maravillas

7561. «La respuesta del rey de Inglaterra, el portador de sombreros, sobre lo que le fue preguntado al embajador». Sobre el contexto histórico, véase Sanjay Subrahmanyam, «Frank Submissions: The Company and the Mughals between Sir Thomas Roe and Sir William Norris», en *The Worlds of the East India Company*, H. V. Bowen, Margarette Lincoln y Nigel Rigby, eds. (Woodbridge: Boydell Press, 2002), pp. 69-96.

³⁷ Marie-Claude Porcher, *La Viśvaguṇādarśacampū de Venkaṭādhvarin: un poème satirique sanskrit* (Pondicherry: Institut Française d’Indologie, 1972), versos 502-506. Un análisis en Velcheru Narayana Rao, David Shulman y Sanjay Subrahmanyam, *Symbols of Substance: Court and State in Nayaka Period Tamilnadu* (Delhi: Oxford UP, 1992), pp. 1-12.

³⁸ Tapan Raychaudhuri, «Europe in India’s Xenology: The Nineteenth-Century Record», *Past and Present*, 137 (1992), pp. 156-182.

³⁹ Un inteligente resumen de la cuestión en Juan R. I. Cole, «Invisible Occidentalism: Eighteen-Century Indo-Persian Constructions of the West», *Iranian Studies*, 25.3-4 (1992), pp. 3-16; un intento de llevar a término un estudio amplio de la documentación en Gulfishan Khan, *Indian Muslim Perceptions of the West During the Eighteenth Century* (Karachi: Oxford UP, 1998). El ensayo de Michael Fisher «From the Mughal Imperial Court to England and Back», en *Counterflows to Colonialism: Indian Travellers and Settlers in Britain 1600-1857* (Ranikhet, India: Permanent Black), también trata ampliamente de estas cuestiones.

⁴⁰ Mirza Abu Tolib Khan Isfahani, *Masīr-i Tālibī fi bilād-i afranjī*, Mirza Husain ‘Ali y Mir Qudrat ‘Ali, eds. (Calcuta, 1812); véase también Charles Stewart, trad. *The Travels of Mirza Abu Talib Khan in Asia, Africa and Europe during the Years 1799-1803*, 2 vols. (Londres: Longman, Hurts, Rees & Orme, 1810).

de Inglaterra’) de Mirza I’tisam al-Din, escrito en 1785, que narra los viajes de su autor dos décadas antes, entre enero de 1766 y octubre-noviembre de 1769.⁴¹ Curiosamente, el texto original en persa nunca ha sido publicado, aunque las traducciones (o adaptaciones) al urdu y al inglés gozan de una amplia circulación desde hace tiempo. Recientemente, Simon Digby ha llamado nuestra atención sobre un manuscrito inédito que obra en su poder, *Tārīkh-i jadīd* (‘Nueva historia’), de un tal Munshi Isma’il, en el que se narra el viaje del autor a Inglaterra a principios de la década de 1770. Digby también menciona la existencia de otro texto indo-persa (también inédito) de la misma década, *Risāla-i abrwāl-i mulk-i Firang-o-Hindustān* de Mir Muhammad Husain ibn ‘Abd al-Husaini, que relata el viaje de Calcuta a Lisboa y Londres en torno a 1774.⁴²

La mayor parte de estos textos está escrita por autores que acompañaban a ingleses en su regreso a su tierra natal desempeñando alguna función, como *munshīs*, enviados, pero también (tal es el caso de Abu Talib) como caballeros ociosos.⁴³ Cabe suponer (como han sugerido Juan Cole y otros) que la producción de estos textos estaba en parte fomentada por los británicos, ya que servían para insistir en el recurrente tema de las «maravillas» de *wilāyat* y la superioridad de la cultura y tecnología occidentales, aunque también pudieran incluir comentarios despectivos sobre la comida, los modales o el clima. Esta admiración por los europeos, debida al mero hecho de que estaban ganando la partida, puede observarse también en los escritos de ‘Abd al-Karim Shahrīstānī, autor de *Bayān-i Wāqī*, aunque, en realidad, nunca llegó a viajar a Europa.⁴⁴ Al narrar sus peripecias en la Bengala de mediados del siglo XVIII, este autor alude a la existencia de distintos asentamientos europeos a lo largo del río, tales como la populosa Calcuta y la más pequeña «Frans Danga» (Chandernagor). También señala que, entre los *firangīs*, había varios grupos (*qaum* o *firqa*), cada uno de ellos conocido por el nombre del país (*mulk*), por ejemplo, fransīs, angrez, valandez y portugez. Esas naciones europeas tenían jardines grandes y bien cuidados como los de sus propios países (aquí *wilāyat*), en los que incluso recortaban con tijeras los árboles grandes para darles una determinada forma. Además, como todos esos europeos vivían concentrados, segregados de los indios, y autogestionados, conservaban el estilo de vida (*auza’-o-atwār*) de su lugar de origen; habían construido iglesias (*kalīsā*), donde incluso leían los *namāz* (rezos) a su manera. Según ‘Abd al-Karim, en estos asentamientos se habían establecido varios distinguidos (*munmtāz*) intelectuales y artesanos francos, ya que podían vivir seguros bajo

⁴¹ Una adaptación al inglés con anotaciones en J. E. Alexander, *Shigurf namah-i velaēt: Or Excellent Intelligence Concerning Europe; being the travels of Mirza Itesa Modeen, translated from the original Persian manuscripts into Hindoostanee* (Londres: Parbury, Allew and Co., 1827); y una versión más reciente en Miza Sheikh I’tesamuddin, *The Wonders of Vilayet: Being the Memoir, Originally in Persian, of a Visit to France and Britain in 1765*, trad. Kaiser Haq (Leeds: Peepal Tree, 2002).

⁴² Simon Digby, «An Eighteenth-Century Narrative of a Journey from Bengal to England: Munshi Ismā’il’s New History», en *Urdu and Muslim South Asia: Studies in Honour of Ralph Russell*, Christopher Shackle, ed. (Delhi: Oxford UP, 1991), pp. 49-65.

⁴³ Véanse también, en este contexto, los interesantes escritos de un indio bastante menos culto presentados en Michael H. Fisher, *The First Indian Author in English: Dean Mahomed (1759-1851) in India, Ireland and England* (Delhi: Oxford UP, 1996).

⁴⁴ Khwaja ‘Abd al-Karim ibn Khwaja ‘Aqibat Mahmud Kashmiri (Shahrīstānī), *Bayān-i Wāqī: A Biography of Nādir Shāh Afshār and the Travels of the Author*, K. B. Nasim, ed. (Lahore, 1970), p. 161 y ss., Bab IV. «Some Events that took place after (his) arrival in Hughli Bandar, until the death of Muhammad Shah».

la protección de sus propios soldados (*ashbāb-i saif-i fīrangiyān*). Su conclusión era que todo esto resultaba posible gracias a la «perfecta unidad de los francos» (*bar kamāl-i yak jihāti-i fīrangiyān*), que contrastaba con la falta de coordinación que reinaba en la corte mogola. Tal como reflexionaba un hemistiquio, «la riqueza surge de los actos coordinados / Su falta proviene de la desunión». Los puntos de vista como este pueden compararse provechosamente con otro texto remarcable y bastante poco reconocido, escrito en las décadas de 1770 y 1780, el relato de viajes malabar que lleva por título *Varttamānappustakam*, escrito por un tal Paremmakkal Tommakattanar (1736-1799).⁴⁵ El autor, un clérigo cristiano sirio, acompañó al obispo Mar Joseph Kariyattil en su visita a Europa (península ibérica y Roma) en un viaje que guarda algunas similitudes con el de José el Indio a principios del siglo xvi.

Claro que entre un momento y otro había llovido mucho en lo relativo a las relaciones entre la Iglesia católica y los cristianos sirios de Kerala, ya que la opinión tan favorable que la jerarquía de la Iglesia siria tuvo inicialmente de los portugueses había empezado a agriarse en la década de 1520. Las razones de este cambio eran diversas, algunas de carácter material (en particular, disputas por el comercio de la pimienta) y otras relacionadas con los conflictos teológicos entre ambas iglesias. Durante el siglo xvi, la presión de los católicos sobre los cristianos sirios aumentó rápidamente hasta culminar en el célebre sínodo de Diamper (Udayamperur), convocado en 1599 por fray Alejo de Meneses, el famoso arzobispo agustino de Goa. Este sínodo no solo obligaba a los cristianos sirios a cambiar su liturgia e importantes aspectos de su teología, sino también a someterse a la autoridad superior del sacerdocio católico.⁴⁶ No obstante, la solución impuesta desde arriba resultó imposible de mantener y, a mediados del siglo xvii, la comunidad siria se había dividido (por el llamado juramento de la cruz de Coonan de 1653). Una parte, los «malabarianos», se mantuvo vagamente fiel a la Iglesia católica, y la otra —los denominados «jacobitas»— retomó las prácticas siríacas occidentales, con un arzobispo distinto, un tal Mar Thomas. No obstante, las tensiones persistieron hasta bien entrado el siglo xviii. La expulsión de los portugueses de sus fortalezas de Kerala y el establecimiento de los holandeses complicaron aún más las cosas. Desde finales de la década de 1650, los misioneros católicos con mayor presencia pasaron a ser los carmelitas, cuyas relaciones con los llamados cristianos malabares tendían a ser muy variables. Hubo un periodo en especial difícil hacia 1770, cuando monseñor Francis de Sales a Mater Dolorosa fue enviado a Malabar como vicario apostólico. Los malabares, que se sentían discriminados por los sacerdotes europeos, protestaron por la negativa de Sales a contemplar la posibilidad de una reconciliación con el líder de los jacobitas, Mar Dionisio, quien, por su parte, se mostró muy dispuesto a poner fin a las divisiones que persistían desde hacía más de un siglo.

⁴⁵ Para el texto en malabar, véase Matthew Ulakamthara, ed., *Varttamānappustakam, athavā Rommayātrā* (Kottayam, 1983). Una traducción al inglés en Cathanar Thomman Paremmakkal, *The Varthamanappusthakam: An Account of the History of the Malabar Church between the Years 1773 and 1786 [...] [and] the Journey from Malabar to Rome via Lisbon and Back*, trad. Placid J. Podipara (Roma: Pontificium Institutum Orientalium Studiorum, 1971). Doy las gracias a Kesavan Veluthat por haberme llamado la atención sobre este texto.

⁴⁶ Para un análisis en Sanjay Subrahmanyam, «Dom Frei Aleixo de Meneses (1559-1617) et l'échec des tentatives d'indigénisation du christianisme en Inde», *Archives de Sciences Sociales des Religions*, 103 (1998), pp. 21-42.

La frustración por la actuación del vicario apostólico carmelita les llevó a enviar una legación ante la Santa Sede, encabezada por los sacerdotes Joseph Kariyattil (antiguo alumno de los carmelitas en Roma) y Tommakattanar, a los que acompañaban dos jóvenes que iban a ingresar en el Colegio de Propaganda Fidei. Estas fueron las circunstancias en las que se escribió la *Varttamānappustakam*.

La identidad del autor y su trayectoria hacen que este texto sea distinto a otros relatos de viajes de la época, como la obra de I'tisam al-Din, pues Tommakattanar, fuera por sus circunstancias personales o como miembro de su comunidad, había acumulado mucha experiencia en el trato con los europeos. Ordenado sacerdote en 1761, a la edad de veinticinco años, era un hombre culto que dominaba el siríaco, el latín y el sánscrito, y tenía conocimientos de italiano y portugués. Antes de su viaje, realizado en compañía de Mar Joseph, que había vivido en Roma, tenía una idea formada de lo que era Europa. No estaba interesado en averiguar cómo los británicos habían podido conquistar la India, las razones de su superioridad tecnológica y militar, o las causas de la «decadencia» de su país. Él era un cristiano interesado en la Europa meridional y católica que, en última instancia, deseaba saber las razones que permitían a un grupo de cristianos afirmar su superioridad sobre otro. El contenido del libro fue considerado tan «subversivo» que, todavía en 1862, estaba censurado (junto con un compendio de las obras de Voltaire) por contener «propuestas falsas y escandalosas que no solo difaman a las órdenes religiosas (de hecho, se escribió con ese propósito), sino también a las Sagradas Congregaciones [...] [y] por ser aún menos respetuoso con el Sumo Pontífice».⁴⁷

En su introducción, con fecha de 17 de septiembre de 1785, el relato empieza recordando al apóstol santo Tomás, y declara la voluntad de «dar a conocer a nuestros hermanos y amigos [...] las experiencias que tuvimos en Portugal y la ciudad de Roma, y por el camino tras nuestra partida hacia Europa, y cómo Dios Todopoderoso nos ayudó y protegió de una manera muy especial». Pasa entonces a evocar las controversias entre los cristianos de Kerala tras el fallecimiento, en 1773, del vicario apostólico monseñor Florence de Jesús de Nazaret, así como la frustración cada vez mayor de los sacerdotes sirios. La asamblea general de la Iglesia malabar decidió en esas circunstancias solicitar la mediación pontificia y enviar una delegación a Roma encabezada por el *malpan* Joseph Kariyattil. Tras recaudar a toda prisa los fondos necesarios para sufragar el viaje, una expedición de veintidós personas partió a Madrás en mayo de 1778, pasando por Tuticorin, Karaikal y Tranquebar. Antes incluso de llegar a Madrás, donde deberían comprar un pasaje a Europa, se dieron cuenta de que los recursos disponibles alcanzaban solo para cuatro viajeros. Estalló entonces una fuerte discusión entre Tommakattanar y un tal Chakkokattanar por ocupar una de las plazas, que, por último, fue decidida por el *malpan* Joseph, que consideró que el primero «podría resultar útil para escribir cartas y hacer traducciones, ya que podría aprender fácilmente las lenguas europeas porque sabía latín».⁴⁸

En Madrás se embarcaron rumbo a Lisboa en el *Esperança*, un barco propiedad de

⁴⁷ *The Varthamanappusthakam*, trad. Placid J. Podipara, introducción, *op. cit.*, p. 23.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 76.

cuatro mercaderes portugueses, capitaneado por Manuel Nascimento da Costa, que había regresado hacia poco de Bengala, Bombay y Goa. Después de superar algunas reticencias por parte de los propietarios, partieron de Madrás a finales de noviembre de 1778. Comenzaban un viaje largo y en extremo penoso. Pronto, el cuerpo se les cubrió de «ampollas y úlceras», que los sacerdotes atribuyeron a la comida y el calor. El *malpan* Joseph creyó llegada la hora de su muerte mientras rodeaban el cabo de Buena Esperanza, arrancándose en lamentos y sollozos por el futuro de una misión conducida por personas que no conocían la lengua de su lugar de destino. Sus previsiones no se cumplieron, y a principios de febrero de 1779, el barco echaba anclas sin mayores problemas en el puerto de Benguela, en Angola.

«Los cuerpos de los europeos que viven allí son pálidos, como cuerpos sin sangre», escribió Tommakattanar, convencido de que «esta fealdad la causan el aire y el calor que hace». La brevedad de su descripción de Benguela no le impide destilar unas cuantas observaciones hostiles hacia los portugueses y el dominio que ejercen sobre el territorio. Una opinión negativa que confirmó en la siguiente escala, el puerto de Bahía en Brasil, donde fue informado de cómo los portugueses habían recurrido al engaño para dominar la región y apoderarse de sus incalculables riquezas en oro, piedras preciosas y madera. Tras unas sucintas alusiones a los «indígenas» y el aspecto de la ciudad, el relato se centra en la recepción del grupo de Kerala por el arzobispo residente, Joaquim Borgia de Figueroa, que, sin embargo, les desaconsejó vivamente que mantuvieran los ritos siríacos en sus ceremonias, a pesar de que estos habían sido, piensa Tommakattanar, la causa de la curiosidad y buena acogida que les dispensaron los mercaderes más ricos de Bahía.

A principios de mayo, estaban listos para zarpar hacia Lisboa, adonde llegaron el 8 de julio, tras diez semanas de viaje. La ciudad le pareció a nuestro narrador ruidosa, atestada de gente, desordenada y reconstruida «sin ningún plan premeditado» después del reciente terremoto, con una gran concentración de iglesias que obtenían ingresos solo superados por los de Roma. A Tommakattanar también le llamaron la atención la gran cantidad de hijos ilegítimos bajo la tutela de establecimientos de beneficencia o la presencia (y, en su opinión, excesiva influencia) de sacerdotes católicos originarios de Goa, como un tal padre Caetano Vitorino Faria. A causa de Faria, el grupo de Kerala se encontró con algunas dificultades para acceder a la reina, aunque al final pudo presentarle sus respetos en el Palacio de Queluz. El 6 de noviembre de 1779, Tommakattanar y los demás partieron hacia Roma por la vía de Génova.

Génova apareció, a los ojos del viajero, como una ciudad de altos edificios, tortuosas calles y vida opulenta, cuya forma de gobierno es una república dirigida por un dux. Su atención, sin embargo, está centrada en las noticias que le llegan sobre las maquinaciones en Roma de algunos influyentes carmelitas enemigos de los malabares. Dada la situación, deciden partir lo antes posible hacia Livorno, desde donde se dirigen primero a Pisa y posteriormente a Florencia y Siena. El 3 de enero de 1780, unos trece meses después de zarpar de Madrás, el grupo llegaba por fin a la Ciudad Eterna.

Las siguientes páginas del relato están repletas de peticiones y contrapeticiones, audiencias eclesíásticas y viles maquinaciones, misivas intercambiadas entre Lisboa, Génova y Roma. Cinco meses y medio después de su llegada, el *malpan* Joseph y su grupo estaban profundamente decepcionados por la desconfianza mostrada por los altos

dignatarios que, sin duda, preferían la versión de los carmelitas a la suya. También la descripción de Roma es somera; Tommakattanar refiere que está «construida en círculo; su suelo está aplanado; los muros y las puertas están contruidos a su alrededor». La basílica de San Pedro y otros edificios religiosos son descritos con parquedad. Le llaman la atención los ricos mercaderes, los jardines de placer e incluso los actores cómicos de las calles. Pero su tono es resentido y desencantado. Las autoridades eclesiásticas han «ignorado la justicia y la gloria de Dios» y, por el contrario, han obrado guiados «por el interés propio y el orgullo». ⁴⁹ El desalentado grupo de Kerala abandonó Roma rumbo a Loreto, y de ahí a Ancona y Génova, donde llegó el 3 de julio de 1780. Esta vez el trayecto de regreso a Lisboa fue por Cádiz y Tavira.

Parece que la segunda estancia en Lisboa resultó incluso más deprimente que la primera. A pesar de que permanecieron en la ciudad casi cinco años, Tommakattanar apenas nos dice nada sobre ellos. Su atención estaba demasiado absorta en las disputas en las que se vieron inmersos. Además del intrigante y temible padre Caetano de Goa, el grupo del *malpan* Joseph también hubo de vérselas con el ministro de las Indias, Martim de Melo, descrito como un «diablo, un enemigo de la paz y la concordia», que se había adueñado de «nuestro pueblo malabar [y] lo había doblegado y les había chupado la sangre». Al parecer, el ministro y otras personas influyentes se las ingenieron para retener al *malpan* Joseph en Portugal, alegando que, si regresaba a Kerala, provocaría «dissensiones y lamentables disturbios». La destacada presencia eclesiástica goana en Lisboa tampoco ayudaba a la causa de los sirios de Kerala. Se intercambiaron virulentas misivas y, en una de ellas, el grupo de Kerala escribió a sus interlocutores católicos que «mediante engaños y artimañas habéis privado a nuestra comunidad de su dignidad y durante mucho tiempo la habéis esclavizado y habéis hasta ahora intentado con todas vuestras fuerzas abolir los viejos ritos y prácticas de nuestra Iglesia». ⁵⁰ Esgrimió argumentos patrióticos para rechazar que sacerdotes europeos ocuparan dignidades eclesiásticas en Kerala. A fin de cuentas, argumentó el *malpan*, eso no era distinto de someter a Portugal al yugo de los Habsburgo. «Suponed que los italianos gobiernan Portugal, los portugueses Italia, los franceses Alemania, los alemanes Francia, añadió. Decidnos si los habitantes de esos países estarían contentos con eso». Su conclusión no admitía dudas: «la naturaleza dicta que el honor, el prestigio y la unidad de una comunidad solo pueden mantenerse intactos si dicha comunidad está gobernada por quienes la forman». ⁵¹

Desconocemos si su retórica, comparando a los europeos con el faraón de Egipto y a los malabares con Moisés y los judíos, surtió algún efecto. Sabemos, no obstante, que, solo después de muchas negociaciones y dificultades, pudo el grupo obtener la autorización para regresar, tras despedirse oficialmente de la familia real, de nuevo en el palacio de Queluz. La única concesión importante que habían obtenido era el nombramiento del *malpan* Joseph Kariyattil como arzobispo de Cranganor. Por fin, bajo la protección del marqués de Castel Melhor, el grupo pudo embarcarse en un navío que transportaba unos trescientos presidiarios el 20 de abril de 1785. Los problemas, sin

⁴⁹ *Ibid.*, p. 173.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 253.

⁵¹ *Ibid.*, p. 259.

embargo, no habían terminado. A finales de junio, después de una tormenta terrible, entraron en el puerto de Bahía, donde, por una vez, el grupo, y particularmente el *malpan* Joseph, fueron tratados con el respeto que creían merecer: «a ambos lados del camino, desde la orilla hasta la residencia del gobernador, había espectadores cuyo número es difícil de calcular». El 30 de agosto de 1785 abandonaban Bahía y, tras un duro viaje, con gran escasez de alimentos y agua, en el que perdieron la vida veintitrés presidiarios y ocho o nueve marineros, el 18 de marzo de 1786 avistaban la isla de Sri Lanka. El 1 de mayo de 1786 estaban en Goa. Cuatro meses después, el *malpan* Joseph Kariyattil moría en circunstancias inciertas. Paremmakkal Tommakattanar regresó a Kerala como administrador de la sede vacante de Cranganor. Su texto, como escribe su traductor moderno, adquirió vida propia y «pareció más subversivo que su autor». También señaló la inauguración de dos nuevas formas literarias en malabar, la narrativa en prosa y la crónica de viajes.

CONCLUSIÓN

En las páginas anteriores hemos tratado de reconstruir la historia de las percepciones de Europa en Asia meridional a lo largo de unos trescientos años. Para ello nos hemos basado en textos y narraciones, organizados de forma un tanto esquemática. Hemos identificado una primera fase en la que los europeos fueron percibidos sin Europa; una segunda en la que aparecen las primeras descripciones de Europa, pero todavía no como relatos en primera persona. Esto no ocurrirá hasta la segunda mitad del siglo XVIII —sorprendentemente tarde—, cuando se encuentran las primeras narraciones personales de viajes a Europa tanto en persa como en malabar.

Desde una perspectiva comparada, el corpus de documentos surasiáticos sobre Europa es, hasta 1800, mucho menos rico sin ningún género de duda que el del Imperio otomano o los países de habla árabe.⁵² En el Imperio otomano podemos hablar de un corpus bastante rico antes de 1800. Así, tenemos el relato de un tal Osman Agha ibn Ahmed Temeshvarli, que escribió sus memorias de los once años, entre 1688 y 1699, que estuvo preso en Hungría y Austria. A pesar de ser un relato de su cautiverio, comparte ciertas características con los relatos de viajes de principios de la década de 1720.⁵³ Publicado por primera vez en una traducción al alemán en la década de 1950, una versión corregida ha sido posteriormente publicada en diversas lenguas europeas. Más conocidos son los informes de embajadores otomanos en cortes extranjeras que constituyen todo un subgénero, del que se conservan varios ejemplares, sobre todo del siglo XVIII.⁵⁴ El informe de Evliya Çelebi sobre su visita a Viena en 1665 ha sido con-

⁵² La documentación árabe es tratada en Nabil Matar, «Spain through Arab Eyes, c. 1573-1691», en *Europe Observed: Multiple Gazes in Early Modern Encounters* (Lewisburg, Pensilvania: Bucknell UP, 2008) y también en Nabil Matar, *The Lands of the Christians: Arabic Travel-Writing in the Seventeenth Century* (Nueva York – Londres: Routledge, 2003).

⁵³ Osman Agha de Temechvar, *Prisonnier des infidèles: un soldat ottoman dans l'Empire des Habsbourg*, trad. Frédéric Hitzel (París: Actes Sud, 1998).

⁵⁴ En Faik Reshit Unat, *Osmanlı Sefirleri ve Sefâretnâmeleri* (Ankara: Turk Taritö Kurumu Basimevi, 1968), aparece

siderado uno de los más antiguos; otro, que proporcionó un modelo a autores posteriores, es el informe del embajador Yirmisekiz Çelebi Mehmed Efendi sobre la corte del joven Luis XV en 1720-1721.⁵⁵ También pueden incluirse en este grupo los informes sobre la Francia revolucionaria y napoleónica de Morali Seyyid Ali Efendi y Seyyid Abdürrahim Muhibb Efendi, el primero escrito entre 1797 y 1802, y el segundo entre 1806 y 1811.⁵⁶ No obstante, esto no debería sorprendernos tanto si tenemos en cuenta la proximidad geográfica y mayor importancia estratégica de Europa para los otomanos, lo que hizo que, ya a finales del siglo xvi, redactaran crónicas de los reyes de Francia y de la conquista del Nuevo Mundo por parte de los españoles.⁵⁷

Tal como apunta un ensayo de un historiador del Irán safávida, «los datos disponibles sobre la percepción safávida de los occidentales durante los siglos xvi y xvii provienen en su mayor parte de fuentes escritas por los propios occidentales». Existía, en el fondo, una fascinación por todo lo occidental, aduce, pero que «aún no había podido atravesar la coraza del dogma religioso, la idea arraigada y aún sin contrastar de una superioridad cultural e incluso militar y la mera distancia física de Europa».⁵⁸ ¿Puede irnos mejor con nuestra documentación de Asia meridional? Estoy convencido de que sí y de que, al menos en el caso de la India, nadie podrá decir que nuestra imagen de lo que los indios opinaban de Occidente estuvo inspirada, «en su mayor parte», en fuentes occidentales. Antes bien, como he argumentado, existía un corpus documental en lenguas surasiáticas, incluido el persa, mucho más rico de lo que a menudo se ha supuesto. Naturalmente, estos materiales textuales podrían ampliarse incluyendo otros recursos, como narraciones orales o canciones, que tratan de las hazañas (o fechorías) de los europeos en diversos lugares, sea en las islas del delta del Ganges o en la llanura costera y el interior de Kerala.

Hemos sostenido que estos textos se caracterizan por reflejar opiniones distintas y a veces incluso contradictorias. En primer lugar, está la imagen del europeo falso y fanático de su religión que no se detiene ante nada para lograr sus fines. Se trata de una imagen muy potente ya en el siglo xvi y que persiste en épocas posteriores. En segundo lugar, hay una serie de estereotipos que se centran en los europeos como artífices de objetos maravillosos y curiosidades (*adbbhuta* y *'ajā'ib*), de las que hemos visto varios ejemplos. En tercer lugar, está la imagen de la propia Europa, que va surgiendo con vacilación de textos escritos durante el siglo xvii hasta adquirir un alto grado de complejidad en las postrimerías del xviii. Es esta última la que Partha Chatterjee ha descrito

una lista de unos treinta de estos informes; se refieren a embajadas enviadas a Viena, Berlín, San Petersburgo, París, Madrid, Marruecos, Irán, la corte mogola y Bujará.

⁵⁵ Para su informe, véase Julien-Claude Galland, *Le Paradis des Infidèles: Un Ambassadeur Ottoman en France Sous la Régence*, Gilles Veinstein, ed. (París: François Maspero, 1981).

⁵⁶ Morali Seyyid Ali Efendi y Seyyid Abdürrahim Muhibb Efendi, *Deux Ottomans à Paris sous le Directoire et l'Empire. Relations d'ambassades*, trad. Stéphane Yerasimos (París: Sindbad, 1998).

⁵⁷ Jean-Louis Becqué-Grammon trad., *La première histoire de France en turc ottoman: Chroniques des pâdichâhs de France, 1572* (París: L'Harmattan, 1997); véase también Thomas D. Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World: A Study of Tarih-i Hind-i Garbi and Sixteenth-Century Ottoman Americana* (Wiesbaden: O. Harrassowitz, 1990).

⁵⁸ Rudi Matthee, «Between Aloofness and Fascination: Safavid Views of the West», *Iranian Studies*, 31.2 (1998), pp. 219-246.

como la mezcla de «miedo y amor» que, en su opinión, impregna la relación euro-india desde 1498 hasta nuestros días.⁵⁹ Ambas emociones estuvieron indudablemente presentes en diversa medida en momentos distintos, aunque, de hecho, es difícil encontrar ejemplos de amor antes de 1750. Pero, si queremos tener una imagen más completa, debemos incluir en la gama de emociones no solo el miedo y el amor, sino también el recelo y el asco, el asombro y la renuencia ante un pueblo que vestía «finas ropas», pero aún no sabía lavarse el trasero. Se trata de emociones complejas, muchas de las cuales nos acompañan incluso hoy.

⁵⁹ Partha Chatterjee, «Five Hundred Years of Fear and Love», *Economic and Political Weekly* (mayo 22-30, 1998), pp. 1330-1336.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

1. «Written on Water: Designs and Dynamics in the Portuguese Estado da Índia», en Susan Alcock, Terence D'Altroy, Kathleen Morrison y Carla Sinopoli, eds., *Empires* (Nueva York: Cambridge University Press, 2001), pp. 42-69.
2. «Turning the stones over: Sixteenth-century millenarism from the Tagus to the Ganges», *The Indian Economic and Social History Review*, vol. XL, 3 (2003), pp. 131-163.
3. «A Tale of Three Empires: Mughals, Ottomans and Habsburgs in a comparative context», *Common Knowledge*, vol. 12, 1 (2006), pp. 66-92.
4. «Holding the World in Balance: The Connected Histories of the Iberian Overseas Empires, 1500-1640», *American Historical Review*, vol. 112, 5 (2007), pp. 1359-1385.
5. «The Birth-Pangs of Portuguese Asia: Revisiting the Fateful 'Long Decade' 1498-1509», *Journal of Global History*, vol. 2, 3 (2007), pp. 261-280.
6. «Par-delà l'incommensurabilité: Pour une histoire connectée des empires aux temps modernes», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, vol. 54, 5 (2007), pp. 34-53.
7. «Taking stock of the Franks. South Asian views of Europeans and Europe, 1500-1800», *The Indian Economic and Social History Review*, vol. 42, 1 (2005).
8. «On the Hat-Wearers, their Toilet Practices and Other Curious Usages», en Kumkum Chatterjee y Clement Hawes, eds., *Europe Observed: Multiple Gazes in Early Modern Encounters* (Lewisburg: Bucknell University Press), 2008, pp. 45-81.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abás el Grande, 58, 75, 76, 122
Abd al-Husaini, Mir Muhammad Husain ibn, 207
‘Abd al-Karim Shahristani, 207
‘Abd al-Malik, 204
Abdiirrahim Muhibb Efendi, Seyyid, 213
Abdullah Niyazi, 80, 81
Abdur Razzaq Samarqandi, 152, 165
Abu Hayat, 174
Abu Muslim, 75
Abu Taleb Khan Isfahani, Mirza, 206
Abu’l Faiz «Faizi», 76, 79
Abu’l Qasim «Firishta», 70, 191
Adán, 80, 195, 200
Adas, Michael, 91
Adil Kahn, 173
Afrayisab, 171
Ahmad ibn Majid, 190
Akbar, Jalal al-Din Muhammad, 14, 57, 67, 69, 81, 82, 83, 84, 97, 101, 111, 112, 163, 171, 179, 194, 195, 196, 201, 202, 203, 204
Alam, Muzaffar, 12, 63, 102, 111, 174, 194
Alauddin Mansur Syah, 202
Alauddin Riayat Syah al-Mukammil, 202
Albuquerque, Alfonso de, 48, 49, 50, 51, 55, 65, 66, 67, 89, 125, 127, 129, 133, 154, 157, 161, 166
Alejandro Magno, 25, 36, 73, 74, 77, 78, 83, 86, 89
Alfonso V de Portugal, 45
Ali, 66, 73
‘Ali ‘Adil Shah, 173
Ali Beg, 171
Alí, Muhammad, 169
Almeida, Francisco de, 38, 48, 125, 149, 150, 155, 156, 157, 161, 166, 167, 175
Alqas Mirza, 72
Amin al-Din Khan, 198
Andrianampoinimerina, 183
Ango, Jean, 132
Aqueménida, dinastía, 36
al-A’raj, Ahmad, 70
Aristóteles, 77, 78
Asad Beg Qizwini, 194, 195
Asaf Khan Ja’far Beg, 84
Atahualpa, 171
Ataíde, Luís de, 173
Atatürk, Mustafa Kemal, 103
Aubin, Jean, 10, 14, 25, 32, 47, 63, 72, 74, 75, 88, 89, 90, 126, 130, 149, 150, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 174, 194
Avedaño Villela, Pedro de, 145
Avis, dinastía, 44, 87, 96, 156
Ayalon, David, 163, 179, 180
Aymard, Maurice, 31
Azevedo, Jerónimo de, 144
Babur, 57, 80, 82
Badayuni, Mulla ‘Abd al-Qadir al-Badayuni, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 194
Bahadur del Gujarat, 51, 174, 193, 194
Balbuena, Bernardo de, 121
Bandarra, António Gonçalves Annes, 90
Barakat, 161
Barreto, Francisco, 134
Barros, João de, 46, 55, 125, 136, 163
Bayanwi, Ala’i ibn Hasan, 80
Bayly, Chris, 20, 96
Beg, Gerald, 183
Bertrand, Romain, 26
Béteille, André, 18
Bhabha, Homi, 184
Biedermann, Zoltán, 28, 29, 30, 142, 161
Biker, Júlio Firmino Judice, 172

- Bloch, Marc, 13, 17, 22, 23, 24, 31
 Bloch, Maurice, 183
 Bocarro, António, 39, 144
 Bolívar, Simón, 118, 119
 Bonajuto d'Albano → Pan, Benvenuto del
 Borgia de Figueroa, Joaquim, 210
 Botelho, Simão, 132, 143
 Boxer, Charles R., 22, 41, 123, 137, 140, 141, 142, 158, 177
 Boyajian, James, 124, 144
 Braganza, dinastía, 36, 99, 122, 147, 159
 Braudel, Fernand, 22, 68, 97, 98, 158, 159
 Brito e Nicote, Filipe de, 60
 Brito Patalim, Rui de, 49
 Burhan Nizam Shah, 81
 Bussy, Charles de, 182

 Cabral, Pedro Álvares, 88, 91, 127, 150, 154, 161
 Cain, Peter J., 99, 100
 Carlos I de España → Carlos V, 100
 Carlos II de España, 100
 Carlos V, 43, 69, 71, 72, 100, 104, 122, 130, 136, 139
 Carlos IX de Francia, 69, 107
 Casas, Bartolomé de las, 127
 Castro, João de, 50, 130, 135, 140, 174, 175
 Catalina de Médicis, 69
 Çelebi, Evliya, 212
 Çelebi Mehmed Efendi, Yirmisekiz, 213
 Chaghatay, Sa'id Khan, 111
 Chakrabarty, Dipesh, 18, 28
 Chartier, Roger, 14, 31, 32, 121
 Chatterjee, Partha, 28, 213, 214
 Ch'en Ch'eng, 177
 Clive, Robert, 182
 Coelho, Nicolau, 92
 Cohn, Bernard, 33, 177, 178, 179, 183
 Cohn, Norman, 64, 65, 91
 Cole, Juan, 206, 207
 Colón, Cristóbal, 45, 47, 67, 68, 91, 106, 125, 126, 127, 128, 131, 189
 Constantino de Braganza, 138, 159
 Constantino el Grande, 88
 Contarini, Gasparo, 130, 154
 Conti, Niccolò dei, 152, 175
 Cook, James, 171
 Copérnico, Nicolás, 68
 Correia, Gaspar, 53, 93, 221, 222

 Cortés, Hernán, 125, 127, 128, 133, 136, 170, 171, 180
 Costa, Cristóvão da, 133, 136
 Costa, Manuel Nascimento da, 209
 Couto, Diogo do, 39, 56, 71
 Coutre, Jacques de, 141, 142
 Cron, Ferdinand, 138, 142, 144
 Cunha, Nuno da, 130, 194

 Dalrymple, William, 189
 al-Darawi, Shaikh, 164
 Darío I, 77
 Das, Veena, 18
 Díaz, Bartolomé, 45, 125
 Diderot, Denis, 170
 Digby, Simon, 197, 198, 207
 Duara, Prasenjit, 18
 Dumont, Louis, 18

 Elisonas, Jurgis, 177, 185
 Elliott, John H., 14, 31, 64, 96, 104, 122, 123, 127, 144, 147
 Enrique I de Portugal, 96, 203
 Enrique el Navegante, 44, 45, 46
 Erasmo de Rotterdam, 71
 Evans-Pritchard, Edward, 18

 Faria, Caetano Vitorino, 210
 Farid Bhakkari, 84, 85
 Febvre, Lucien, 22
 Felipe I de Castilla (Felipe El Hermoso), 153
 Felipe II de España, 56, 69, 90, 96, 97, 99, 122, 125, 137, 226, 229, 230, 233
 Felipe III de España, 58, 104, 122, 140, 141
 Felipe IV de España, 104, 122, 146
 Ferguson, Niall, 95
 Fernandes, António, 174
 Fernández de Figueroa, Martín, 136
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, 125, 126, 180
 Fernando II de Aragón, 43, 44, 126, 127, 133
 Fernando II de Braganza, 45, 87
 Feros, Antonio, 14, 32, 121
 Feyerabend, Paul, 170
 Figueiredo, Jerónimo de, 132, 133
 Finlay, Robert, 71, 153
 Fiore, Joaquín de, 47, 68
 Fleischer, Cornell H., 11, 63, 68, 69, 70, 72, 74, 98
 Flemming, Barbara, 70, 72

- Fletcher, Joseph, 25
 Francisco I de Francia, 45
 Francisco Javier, 59
 Frazer, James, 23
 Freitas, Serafin de, 61
 Fróis, Luís, 184, 185, 215, 232
 Fugger, familia, 137, 138
 Furber, Holden, 22
- Galvão, Antonio, 64, 125, 135
 Galvão, Duarte, 46, 65, 66, 67, 87, 89, 90
 Gama, Aires da, 130, 167
 Gama, Estevão da, 136
 Gama, Francisco da, 140, 141
 Gama, Gaspar da, 150, 190
 Gama, Luís da, 141, 142
 Gamma (Yoshito Sugamoto), 169
 Gazarta NBet Zabdai, 190
 Genghis Khan, 97
 Gerber, Haim, 109, 110
 Gerschenkron, Alexander, 19, 20
 Ghosh, Amitav, 189
 Ginzburg, Andrea, 20
 Ginzburg, Carlo, 20, 24, 69, 186
 Godunov, Boris, 58
 Goebbels, Joseph, 187
 Goering, Hermann, 187
 Gog, 78, 86
 Goldstone, Jack A., 91, 92
 Gomes Solís, Duarte, 144
 Gommans, Jos, 182, 183
 Goonewardena, Kanisha, 142, 172, 174
 Gould, Eliga, 32
 Grenier, Jean-Yves, 31
 Gritti, Alvise, 71
 Gruzinski, Serge, 10, 26, 27, 31, 32, 33, 63, 64, 96, 121, 125, 127, 132, 179, 184, 185, 186
 Guillermo de Orange, 123, 205
 Guzmán, Gaspar de, conde-duque de Olivares, 99, 104, 125, 144, 147
- Habib, Irfan, 101, 111, 112, 116, 194, 197
 Habsburgo, dinastía, 14, 36, 58, 71, 96, 98, 99, 100, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 119, 120, 123, 136, 147, 172, 184, 185, 187, 211
 Hacking, Ian, 187
 Hadim Süleyman Pasha, 54, 175
- Haidar 'Ali, 182
 Hakim 'Ali, 195
 Hakim Dawa'i, 195
 Hardt, Michael, 95
 Herder, Johann Gottfried, 170
 Herees, J. E., 172
 Herskovits, Melville, 183
 Hespanha, António Manuel, 11
 Hideyoshi, Toyotomi, 59, 215, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233
 Hitler, Adolf, 95
 Homem, Vasco Fernandes, 134
 Hopkins, Antony G., 99, 100
 Humayun, 57, 80, 81, 82, 100
 Hung-wu, 176
 Husain, Amir, 163, 164, 165, 166
 Husain Pasha, 171, 180
- Ibn Battuta, 189
 Ibn Hanafiyya, Muhammad, 75
 Ibn Iyas, 164, 165, 166
 Ibn Jaldún, 98
 Ibn Khaldun, 92
 Ibrahim Pasha, 71
 Ieyasu, Tokugawa, 59, 232, 233
 'Imad al-Din Hasan, 199
 Inalcik, Halil, 107, 114, 116
 Inoki, Antonio (Kanji Inoki), 169, 170
 Isabel I de Castilla, 43, 44, 126, 127, 133
 Isabel I de Inglaterra, 58
 Isfahani, Sadiq, 197
 Iskandar Muda, 97, 202
 Islam Khan, 171, 180
 Islam Shah Sur, 80, 81, 84, 174
 Isma'il I, 57, 58, 72, 73, 74, 75, 76, 79, 83, 103, 109
 Isma'il II, 75
 I'tisam al-Din, Mirza, 206, 209
 'Izzat 'Ali, Sayyid', 70
- Jacobo I, 177
 Jahangir, 122, 177, 178, 179, 196, 197, 198
 Jaime de Braganza, 130
 Jamal Khan, 84
 Jami, Abdur Rahman, 25
 Jesucristo, 70, 71, 88, 209
 Johst, 187
 José el Indio, 190, 208

- Juana de Castilla, 153
 Juan I de Portugal, 87
 Juan II de Portugal, 44, 45, 47, 87, 125, 126
 Juan III de Portugal, 46, 90, 133, 135, 136, 154, 159
- Kafadar, Cemal, 11, 98, 102, 118
 Kagan, Richard, 69, 96, 122
 Kariyattil, Joseph, 208, 209, 211, 212
 Karrani, dinastía, 199
 Kayastha, 118
 Khan-i A'zam Aziz Koka, 195
 Khattri, 118
 Khilnani, Sunil, 18
 Khizr, Khwaja, 73, 78, 86
 Khudabanda, Muhammad, 58
 Khurram, 84
 Kipling, Joseph R., 179
 Koch, Ebba, 185, 186
 Krishna, 53, 85, 86
 Krishnadevaraya, 57
 Kuhn, Thomas, 33, 170
 Kumar, Dharma, 18, 19, 20
 Kunt, Metin, 108
 Kuznets, Simon, 19
- Labib, Subhi, 116
 Lane, Frederic C., 158, 159, 160
 Le Roy Ladurie, Emmanuel, 22
 Levine, Philippa, 27, 28
 Lévi-Strauss, Claude, 18
 Lieberman, Victor, 23, 24, 64, 201
 Lockhart, James, 128
 Lombard, Denys, 10, 12, 97, 129, 174, 194
 Lopes de Castanheda, Fernão, 55, 63, 92, 93, 125, 136, 174
 Lopes de Sequeira, Diogo, 53
 López de Gómara, Francisco, 125
 López de Legazpi, Miguel, 139, 230, 231
 Luis XIV, 205
 Lütfi Pasha, 70, 74
- Ma Huan, 152
 Mar Denha, 191
 Mar Dionisio, 208
 Mar Jaballaha, 191
 Mar Jacob, 191
 Mar Simeon, 191
 Mar Thomas, 191, 208
- Magalhães Godinho, Vitorino, 68, 87, 88, 132, 133, 137, 158, 159
 Magallanes, Fernando de, 91, 136
 Magog, 78, 86
 Mahdi, Muhammad, 70
 Mahdi el Esperado, 66, 67, 70, 74, 75, 79, 83, 86
 Mahmud III de Gujarat, 81
 Mahmud Begarha, 79, 165, 166
 Mahmud Pasikhani, 82
 Mahoma, 46, 66, 67, 70, 71, 73, 84, 86, 89, 90, 203
 Makhdum-al-Mulk, 81
 Malik Ayaz, 165, 166
 Manuel I de Portugal, 14, 32, 43, 45, 46, 47, 48, 52, 53, 66, 87, 88, 89, 90, 92, 126, 127, 150, 153, 155, 156, 163, 167, 175, 176
 Manuzzi, Niccolò, 186
 Maquiavelo, Nicolás, 107, 108, 216
 Marchionni, Bartolomé, 152
 Marco Polo, 154, 189
 Marcocci, Giuseppe, 13, 23
 Marikkar, Palassi, 29
 Martinho de Castelo-Branco, 87
 Marx, Karl, 18
 Mascarenhas, Filipe, 97
 Mascarenhas, Pêro, 131
 Mawlana Jalal-ud-Din Muhammad Munajjim al-Yazdi, 76
 Maximiliano II, 75
 McNeill, William, 25
 McPherson, Kenneth, 9
 Mehmed II, 72
 Mehmed IV, 171
 Melo, Martim de, 211
 Membré, Michele, 66, 75
 Meneses, Alejo de, 208
 Meneses, Henrique de, 51, 129
 Mercator, Gerardus, 196, 197
 Minbin, 54
 Ming, dinastía, 36, 55, 57, 98, 101, 135, 152, 154, 167, 176, 224, 232
 Mir Sayyid Ni'matullah Rasuli, 79, 81
 Miyan Mustafa Bandagi, 83
 Miyan Sayyid Yusuf, 79
 Moctezuma, 170, 171
 Monserrate, Antonio, 67, 69
 Morosini, Giovanni, 73
 Mubarak Nagauri, 79, 81, 82

- Muhammad al-Mutawakkil, 204
 Muhammad 'Arif Qandahari, 83
 Muhammad Khan Andijani, 84
 Mulla Ahmad Thattawi, 84
 Muqarrab Khan, 196
 al-Mutawakkil, 165
- Nabucodonosor, 77, 86
 Nader, 102
 Nadir Shah, 182
 Naipaul, Vidiadhar S., 189
 Narasa Nayaka, 175
 Nasir-i Khusrau, 83
 Nassau, Juan Mauricio de, 99
 Nayinar, Setu, 49
 Negri, Antonio, 95
 Nicolás V, 52
 Nizam Shahi, dinastía, 53, 84
 Nobunaga, Oda, 59, 215, 216, 217, 219, 220,
 221, 224, 229, 230, 231, 232
 Norris, William, 179, 205, 206
 Nova, João da, 152, 161
- Olivares → Gaspar de Guzmán,
 conde-duque de
 Orme, Robert, 182
 O'Rourke, Kevin, 159, 160
- Pacheco Pereira, Duarte, 46
 Pagden, Anthony, 31, 121, 127, 170
 Pan, Benevenuto del, 152, 153
 Parakramabahu, Dharma, 193
 Parker, Geoffrey, 56, 63, 96, 99, 122, 180, 181,
 182, 183, 229
 Parsam de Akhtamar, 74
 Pearson, Michael N., 37, 198
 Pedro IV de Portugal y I de Brasil, 36
 Pehalwan, Akram, 169
 Pelsaert, Francisco, 197
 Pereira, Diogo, 167
 Pinch, William, 178, 179
 Pinto Pereira, António, 173
 Pires, Sancho, 134
 Pizarro, Francisco, 131, 171
 Polier, Antoine, 179
 Prakash, Om, 10, 18, 19, 129
 Preste Juan, 47, 65, 66, 88, 89, 157
 Priuli, Girolamo, 153, 160, 161, 162
- Qaisar, A. Jan, 194, 197
 Qa'it Bay, 162
 Qansuh al-Ghauri, 162
 Qing, dinastía, 36, 98, 121
 Quine, Willard V., 170
 Quirini, Vincenzo, 130, 153, 154, 155, 156, 157,
 159
- Radcliffe-Brown, Alfred, 18
 Raleigh, Walter, 100, 101
 Ranke, Leopold von, 172
 Rao, Narayana, 12, 133, 182, 206
 Ratsimilao, 183
 Rávana, 206
 Raychaudhuri, Tapan, 19, 112, 117, 206
 Raymond, André, 108
 Redfield, Robert, 183
 Reubeni, David, 90
 Ribeiro, João, 61, 142, 202
 Roe, Thomas, 58, 177, 178, 179, 196, 197, 206
 Romano, Francesco, 73
 Rostow, Walt Whitman, 19
 Rovellasca, Giovanni Battista, 137
- Saadí, dinastía, 70
 Safávida, dinastía, 11, 57, 58, 59, 68, 72, 74, 75,
 76, 79, 82, 84, 98, 101, 107, 122, 135, 141,
 144, 151, 171, 176, 180
- Sagudino, Alvisé, 162
 Saldanha, Antonio de, 160
 Sales, Francis de, 208
 Salvador, Luís do, 156, 175
 Samudri de Calicut, 88, 89
 Sanuto, Marino, 74, 152, 153, 161, 166
 Sassetti, Filippo, 138
 Savonarola, Girolamo, 47, 69
 Sayyid Muhammad Jaunpuri, 78, 79, 80, 81,
 84
- Schepper, Cornelius, 71
 Schumpeter, Joseph, 19
 Schurhammer, Georg, 174, 190, 191
 Schwartz, Stuart, 33, 125, 145, 146, 192
 Sebastián I de Portugal, 14, 46, 87, 90, 96, 137,
 138, 144, 203, 204
 Selim I, 57, 70, 72, 74, 76, 97, 179
 Seth, Vikram, 189
 Seyyid Ali Efendi, Morali, 213
 Shahi, Husain, 54
 Shahjahan, 84, 185, 189

- Shahrukh, 165
 Shaikh Abu'l Fazl, 75, 111, 197
 al-Shaikh, Muhammad, 70
 Sharif Amuli, 82
 Sherley, Anthony, 144, 147
 Sher Shah, 80
 Shulman, David, 12, 133, 182, 206
 Silva, Chitta R. de, 192
 Silva y Figueroa, García de, 141
 Simbad, 198, 205
 Sinha, Mrinalini, 18
 Sirhindi, Shaikh Ahmad, 70, 84
 Smith, Adam, 19
 Soares, Lopo, 50
 Sodré, Vicente, 161
 Solimán el Magnífico, 14, 54, 70, 71, 72, 74, 97, 122, 181
 Sousa, Martim Afonso de, 54, 133, 134, 138, 140
 Spence, Jonathan, 65
 Srinivas, Mysore Narasimhachar, 18
 Stalin, Iósif, 95
 Steensgaard, Niels, 21, 22, 30, 98, 137, 158, 159
 Steuart, James, 179
 Stewart, Charles, 206
 Studnicki-Gizbert, Daviken, 144, 145
 Solimán Pasha, Hadim, 54, 70, 164, 175, 180
 Szeffü, Gyula, 115
- Tabinshwehti, 54
 Taghribirdi, 162
 Tahir Muhammad, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206
 Tahmasp, 58, 66, 72, 75, 79
 Talib, Abu, 206, 207
 Tamerlán, 97, 101, 176, 177
 Távora, Rui Lourenço de, 140, 159
 Teldi, Francesco, 162
 Temeshvarli, Osman Agha ibn Ahmed, 212
 Terry, Edward, 196, 197
 Theroux, Paul, 189
 Thomaz, Luís Filipe, 10, 11, 13, 32, 36, 37, 47, 50, 52, 72, 88, 129, 131, 135, 137, 138, 139, 149, 150, 166, 167, 174, 190, 194
 Tiepolo, Antonio, 159
- Tiepolo, Lorenzo, 159
 Timur, 83
 Tipu Sultan, 182, 199
 Toby, Ronald, 185
 Todorova, Maria, 110
 Todorov, Tzvetan, 33, 169, 170, 177, 187
 Tokugawa, shogunato, 20, 106, 144, 185, 229, 233
 Tomás de Aquino, 52, 209
 Tommakattanar, Paremmakkal, 208, 209, 210, 211, 212
 Toungoo, dinastía, 36, 60, 122, 135
 Tovar, Sancho de, 126
- Ulugh Khan, 175
 Urdaneta, Andrés, 139
- Vasco de Gama, 11, 44, 45, 47, 48, 51, 52, 53, 87, 88, 91, 92, 93, 125, 127, 129, 136, 146, 150, 151, 152, 153, 154, 160, 161, 171, 189, 190, 231
 Vaz Coutinho, Gonçalo, 134
 Vaz de Sampaio, Lopo, 131
 Velasco, Juan de, 139
 Velensi, Lucette, 172
 Velho, Álvaro, 150
 Venkatadhvarin, 206
 Vilar, Pierre, 64
 Vira Narasimha Raya, 156, 175
 Voltaire, François Marie Arouet, 209
- Wachtel, Nathan, 144, 183, 184
 Wake, C. H. H., 160
 Wallerstein, Immanuel, 184
 Weber, Max, 21
 Welser, familia, 137
 Williamson, Jeffrey, 159, 160
 Wong, R. Bin, 31
 Woods, Bretton, 19
- Yusufi Tarkishduz, 76
- Zain al-Din Ma'bari, Shaikh, 163, 191, 192
 Zinoviev, Grigori, 187
 Zu'lqarnain el «Bicorne», 78

IMPERIOS ENTRELAZADOS

En los orígenes del mundo moderno

El presente libro recopila, traducidas por primera vez al castellano, algunas de las aportaciones más decisivas de Sanjay Subrahmanyam, cuya obra es fundamental para comprender la época moderna. Historiador creativo y prolífico, su forma de hacer historia, basada en la perspectiva de la historia global o en las «historias conectadas», término que él mismo acuñó, permite conocer la relación entre individuos, sociedades, ideas y prácticas en todo el mundo moderno. En este volumen se ocupa del imperio portugués en Asia, de los intercambios entre los imperios ibéricos, de los imperios modernos desde una óptica comparada, así como de ciertas formas de conexión entre Europa y el sur de Asia durante este periodo. Más que factores concretos, como podrían ser las personas que vivieron entre mundos diferentes o los textos generados por la confluencia de culturas varias, Subrahmanyam aborda la enorme dimensión de las entidades políticas y de la magnitud de los inmensos espacios geográficos.



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions